JENNIFER DONNELLY



13

¿Tener demasiada ambición? ¿Ser demasiado orgullosa? ¿Ocupar demasiado espacio? ¿O simplemente desear algo, lo que sea, con demasiada intensidad?

Ese es el problema al que se enfrenta Arabella cuando hace su debut en sociedad. Sus padres quieren que sea dulce y obediente para que pueda casarse bien, pero por más que lo intenta, Arabella no puede apagar el fuego que arde dentro de ella: la fuente de sus deseos más profundos, sus sueños más salvajes.

Cuando un intento de reprimir sus emociones sale trágicamente mal, una figura misteriosa castiga a Arabella con una maldición, condenándola a ella y a todos los que ama, atrapándolos en el castillo.

Jennifer Donnelly

BELLEZA FEROZ

Título original: *Beastly Beauty*
Jennifer Donnelly, 2024
Traducción: Ana González, 2026

Revisión: 1.0

03/09/2026

Este es para ti, querido lector.



PRÓLOGO

Érase una vez, y desde entonces, una llave que giró en una cerradura oxidada y una mujer entró en una celda pequeña y lúgubre.

Su vestido, del color de las cenizas, le colgaba de los hombros como un sudario.

El cabello, recogido en lo alto de la cabeza, era tan negro como el ébano. Sus ojos oscuros brillaban; su mirada atrapaba a quien cayera en ella, absorbiéndolo como un remolino.

Al otro lado de la estancia, una ventana alta, en forma de medialuna, enmarcaba la medianoche y, sin embargo, la habitación no estaba a oscuras. Una luz mortecina la impregnaba, como la de una sola vela.

Esa luz venía de una niña.

La pequeña miraba hacia la ventana, con las manos entrelazadas a la espalda.

—*Lady* Asonperides, siempre es un placer —dijo al rato, volviéndose hacia la mujer.

Su vestido rosa, antaño bonito, estaba sucio y rasgado. El pelo, tan rubio que parecía casi blanco, estaba revuelto. Su rostro era abierto y franco. Cualquiera que lo mirase habría dicho que tenía nueve o diez años, salvo por los ojos, que eran tan antiguos como las estrellas.

Lady Asonperides dejó su farol sobre una mesa y abrió la pequeña caja de madera que llevaba.

—¿Pasamos el rato jugando? —preguntó, sacando una baraja de cartas—. ¿Cuánto hace que no charlamos tú y yo? ¿Un año? ¿Dos?

—Veinticinco.

Lady Asonperides soltó una carcajada. Era un sonido feo, chirriante, como de cristales rotos cayendo.

—Ah, es cierto lo que dicen los mortales: los días son largos y los años cortos.

Colocó la baraja bocarriba sobre la mesa y la desplegó con destreza. Las cartas tenían los bordes amarillentos, pero estaban bellamente ilustradas. Los reyes, reinas y sotas estaban enmarcados por una fina línea negra. Ricos pigmentos teñían sus túnicas. Sus coronas doradas relucían; sus espadas de plata centelleaban.

La reina de corazones parpadeó y se estiró. Luego vio a la reina de picas, que estaba junto a ella, y la saludó emocionada. La reina de picas jadeó y luego rio. Alargó la mano hacia el marco que la rodeaba y lo empujó. Al principio, con suavidad. Después con más fuerza. Hasta que empezó a golpearlo con los puños.

El rey de diamantes se llevó una mano al pecho y observó, con angustioso anhelo, a su reina. La reina de tréboles, atrapada entre dos cartas numeradas, miraba sin vida hacia delante.

Asonperides pareció no darse cuenta de su desconsuelo. Con rapidez, recogió las cartas, las barajó y repartió dos manos.

Pero la niña sí lo notó.

—Pobrecitos —comentó, levantando sus cartas—. Encerrados en sus cajas, igual que los mortales que los dibujaron.

—Una caja es el mejor lugar para los mortales —replicó Asonperides—. Así se mantienen apartados de los problemas.

Asonperides miró sus cartas y sonrió; se había repartido una mano excelente. Mientras las ordenaba por rango, la reina de tréboles lanzó un apasionado beso al apuesto sota de corazones. El rey de tréboles lo vio y su sonrisa se quebró. Agarró su espada con ambas manos y, con un grito de angustia, se la clavó en el corazón.

La reina se volvió al escuchar el sonido y gritó al ver lo que había hecho. La sangre manó de la herida del rey. Golpeó el fondo del marco, se derramó por una grieta en la esquina y cayó sobre los dedos marchitos de Asonperides.

Ella estampó las cartas contra la mesa, frunciendo el ceño, y se limpió la sangre en la falda.

—Qué maneras tan encantadoras tienes —dijo la niña—. ¿Por qué has venido? Seguro que no ha sido para jugar a las cartas.

—Por supuesto que sí —indicó Asonperides—. Me gusta un buen desafío cuando juego, y nadie farolea como tú.

—Mentirosa.

Asonperides le lanzó una mirada fulminante a la niña.

—Está bien, como quieras. Quiero proponerte un trato.

—Ah, ahora tenemos la verdad. ¿Qué clase de trato? —preguntó la niña.

—Vete de aquí. No vuelvas.

—¿Y qué me ofreces a cambio?

—Tu vida.

Una sonrisa lenta se dibujó en el rostro de la niña.

—Vaya, *lady* Asonperides, tienes miedo.

Asonperides agitó una mano en el aire.

—¿Yo? ¿Miedo? ¿De ti? No digas absurdeces.

—No me ofrecerías este trato de otro modo.

—Sí, lo haría. Porque quiero librarme de ti, y sería sensato que aceptaras mi oferta. La muchacha está derrotada. Se ha rendido. Ahora solo aguarda su hora, esperando el final.

El dolor cruzó el rostro de la niña al mencionar a la muchacha.

Asonperides lo vio y se inclinó hacia delante.

—No puedes ganar. El reloj se agota. La historia ha terminado.

La niña alzó la barbilla.

—Casi, pero no del todo.

Sus palabras fueron como una antorcha sobre la paja. Asonperides apartó las cartas de un manotazo. Se levantó de golpe y las patas chirriaron sobre el suelo de piedra.

—No eres más que una embaucadora —siseó, señalando a la niña con un dedo huesudo—. Vienes y vas, tan despreocupada como el viento, dejando tras de ti un rastro de mortales rotos. Pero yo permanezco. Yo estoy aquí para ellos, después de que tú los abandones, con los brazos bien abiertos, mi abrazo tan profundo como…

—Una tumba recién cavada.

Lady Asonperides parecía querer rodear con sus manos el delgado cuello de la niña y partirlo.

—Lamentarás no haber aceptado mi oferta —dijo.

—Esta celda no me retendrá para siempre.

—Grandes palabras para una niña tan pequeña. Espero que disfrutes de la oscuridad.

La puerta se cerró de un portazo metálico. La llave giró en la cerradura.

Los pasos de Asonperides se fueron apagando y el silencio descendió de nuevo, asfixiante y cruel.

La niña permaneció sentada, inmóvil y sola, con la cabeza inclinada y los puños apretados.

Intentaba recordar la luz.

UNO

—Me estoy helando los huevos —gruñó Rodrigo—. Y con un hambre de mil demonios, además. ¿Y tú, chico?

Beau no respondió. No podía; los dientes le castañeteaban demasiado. La lluvia helada le azotaba la cara, le pegaba el cabello al cráneo y le goteaba de los lóbulos de las orejas.

La tormenta había caído con fuerza sobre los ladrones cuando salieron de las tierras del mercader. Ahora aullaba con ferocidad, azotando las colinas pedregosas a su alrededor, enredándose en las ramas de los árboles desnudos y negros. A Beau le parecía que aquellas ramas en movimiento les advertían, haciéndoles señas para que retrocedieran. Pero ¿volver a dónde? Estaban perdidos. Cabalgando con la cabeza agachada, por culpa de la lluvia torrencial, se habían pasado de largo el sendero hacia las montañas. Hacia la frontera. Hacia la salvación.

Raphael estaba convencido de que, si seguían hacia el sur, encontrarían el camino. Unos kilómetros más… Un poco más allá…, repetía. Habían pasado por cabañas en ruinas y un pueblo desierto. Habían atravesado bosques densos y cruzado un río, pero no habían encontrado aún la senda.

Beau se encogió bajo su abrigo empapado, buscando calor y consuelo, pero no halló ninguno.

—¿Qué pasa, Romeo? ¿Echas de menos la bonita sonrisa de Su

Gracia? —preguntó Rodrigo, cabalgando a su izquierda.

—¡Míralo, derritiéndose bajo la lluvia como si fuera de azúcar! —se burló Miguel, desde la derecha. Se inclinó hacia él y sonrió, mostrando una boca llena de dientes podridos—. Esa carita bonita es tu fortuna, pero qué pasa si te la rajo, ¿eh? —Sacó la daga.

—Lo que pasa es que Raphael te raja a ti, imbécil, porque mi cara también es su fortuna —replicó Beau.

—Caniche —murmuró Miguel, envainando el arma—. Lo único que haces es mendigar golosinas y besos a las ricachonas mientras nosotros trabajamos de verdad.

—Mendigar golosinas y besos es un trabajo duro —apuntó Beau.

Imaginó a su señora —a su antigua señora—. Era mayor que él, pero no mucho. Casada con un hombre que solo amaba su dinero. Ella no le había dado esa información; Beau la había robado. Le había quitado la pena de su sonrisa, el hambre de sus ojos, la tristeza de su voz, y lo había usado. Igual que ella lo había usado a él.

—Oh, criatura hermosa —le susurró la noche anterior, trazando la línea de su mandíbula con un dedo.

Él estaba de pie en su alcoba, mirando los libros de la mesilla de noche. Sus ojos brillaron al ver *Cándido*.

—He leído todo lo que ha escrito Voltaire —comentó, girándose hacia ella con entusiasmo, pensando que había encontrado un espíritu afín; alguien, aunque fuera la única, con quien hablar de un libro—. ¿Podría llevármelo? Solo por un día o dos. Leo rápido.

Pero su señora solo se rio de él.

—Eres un sirviente, muchacho. No te pago para que leas. Ni para que hables —dijo, arrancándole el ejemplar de las manos. Luego, tiró del lazo que recogía su pelo oscuro y contuvo el aliento al verlo caer sobre sus hombros. Un momento después, sus labios estaban sobre los de él, y las cosas que Beau había querido decir, los pensamientos que había deseado compartir sobre libros e ideas, se convirtieron en cenizas en su lengua.

Se imaginó su cara al descubrir que su sirviente había

desaparecido y, con él, su fino anillo de esmeralda, y el remordimiento se apretó a su alrededor como unas botas prestadas. Luchó contra ello, diciéndose que su marido era rico y que le compraría otro anillo… Casi se lo creyó.

El anillo estaba bien escondido dentro de una ranura que Beau había hecho tras un botón de su chaqueta; un sitio donde no se notaban sus contornos. Raphael solía cachearlos a todos después de cada golpe, y Beau lo había visto apalear a un hombre por guardarse una sola moneda. El anillo le compraría lo que más deseaba: una salida. Para él y para Matteo.

El niño estaba enfermo la última vez que Beau lo había visto, débil y pálido, con una tos quebradiza. Fiebre.

«Pasará», había dicho la hermana María Teresa.

Beau le había escrito dos semanas antes, preguntando si su hermanito estaba mejor, y aquella misma tarde había recibido respuesta, pero la había guardado, sin abrir, en el interior de su chaqueta. No había tenido tiempo de leerla. No con el golpe planeado para esa noche.

—No es justo. Yo podría ser el hombre que esté dentro. ¿Por qué no? —dijo Miguel, interrumpiendo los pensamientos de Beau, alzando la barbilla hacia él—. ¿Qué tiene él que no tenga yo?

—Dientes —respondió Rodrigo.

—Pelo —dijo Antonio.

—Una pastilla de jabón —puntualizó Beau.

Miguel le lanzó una mirada venenosa.

—Te atraparé, chico. Cuando menos te lo esperes. Y, entonces, veremos quién ríe. Entonces…

—Callaos. Ya.

Las palabras de Raphael cayeron sobre los hombres como el chasquido de un látigo. Estaba varias zancadas por delante, pero Beau aún podía verlo bajo la lluvia que azotaba: su sombrero negro de fieltro, el agua chorreando del ala de este y la coleta gris empapada, cayéndole por la espalda. Los hombros tensos; la cabeza ladeada.

Un instante después, Beau lo escuchó: el ladrido de los sabuesos. Amar, su caballo, piafaba nervioso bajo él. La jauría, probablemente, estaba formada por una docena, pero las colinas amplificaban sus gritos, haciéndolo sonar como si fueran mil.

—Los hombres del *sheriff* —dijo Rodrigo en voz baja.

Raphael asintió con gesto sombrío y salió al galope.

Beau y los demás lo siguieron.

El suelo mojado era traicionero y tuvieron que esforzarse para no perder la montura. La lluvia había amainado, pero una niebla espesa se deslizaba entre los árboles. Un minuto, Beau veía al Señor de los Ladrones delante; al siguiente, desaparecía.

Cada vez cabalgaban más y más rápido, pero los sabuesos seguían tras ellos, con sus aullidos feroces y sedientos de sangre. El corazón de Beau martilleaba contra sus costillas.

«Ahora no, —pensó desesperado—. Aquí no».

Se suponía que este era su último trabajo. Unos kilómetros más y estaría fuera del alcance de alguaciles, cárceles y horcas. Fuera del alcance de Raphael. Él y Matti, los dos.

Los aullidos crecían. Los ollares de Amar se abrieron; se lanzó hacia delante, intentando alcanzar al caballo de Raphael.

Cada segundo que pasaba, Beau esperaba tropezarse con una rama caída o que el caballo se rompiera una pata en una zanja. Podía ver la espuma en el cuello del animal; podía oír su jadeo. Tendrían que rendirse. Los caballos no aguantarían mucho más.

Y, entonces, llegó un chillido que partió la noche como un sable.

—¡Quietos! ¡Que nadie se mueva! —gritó Raphael. Había sido su caballo el que había emitido aquel sonido horrible. Se encabritaba, con las patas delanteras cortando el aire.

Beau, justo detrás, apenas tuvo un instante para detener a Amar.

—¡Eh, tranquilo, muchacho! ¡Quieto! —gritó, tirando de las riendas. Mordió el freno y el caballo se detuvo de golpe, lanzando a Beau hacia delante, como un muñeco de trapo. Se sostuvo a duras penas, hundiendo el peso en los estribos para no caer.

Los demás se detuvieron tras él, chocando, maldiciendo, con las

manos en las armas. Sus ojos buscaban movimiento, pero la niebla los cegaba. Sus oídos se tensaban, pero los sabuesos habían callado. Solo se oía el jadeo de los animales exhaustos.

Esperaron, con el corazón desbocado, la sangre ardiendo y los cuerpos listos para un ataque que no llegó.

En su lugar, la niebla retrocedió como un mar traicionero, alejándose de unas rocas afiladas, y los hombres vieron un acantilado, alto y escarpado, que se precipitaba hacia la nada.

Raphael, encaramado al mismo borde, había estado a un suspiro de una muerte espantosa. Y, sin embargo, el miedo, si lo había sentido, no se reflejaba en su rostro curtido y lleno de cicatrices. En su lugar, sus facciones mostraban una expresión de asombro… Una expresión que se intensificó aún más al revelarse, entre la niebla que se retiraba, lo que se alzaba al otro lado del abismo.

Beau apretó los ojos con fuerza y luego los abrió de nuevo, pero no se trataba de un espejismo. Veía con claridad lo que lo rodeaba: la niebla, los hombres, sus caballos resoplando y pateando el suelo. Todo aquello había estado allí un instante antes.

Pero el castillo, no.

DOS

Era un febril sueño gótico en tonos grises.

Altas agujas se alzaban, perforando el cielo nocturno. Las torres se cernían sombrías. Arcos puntiagudos enmarcaban ventanas en penumbra. Un alto muro de granito, ennegrecido por el tiempo y el clima, rodeaba el castillo. A lo largo de su almenado borde, un ejército de gárgolas gesticulaba y se burlaba con muecas grotescas.

La niebla había desaparecido. La luz de la luna caía ahora, iluminando un largo puente de madera que salvaba un profundo foso y que conducía a la puerta fortificada del castillo. Beau vio que la enorme reja de hierro estaba alzada. Filas de pinchos recorrían su borde inferior.

—¿Quién deja abierta una puerta a estas horas? —preguntó en voz baja—. ¿Dónde están los guardias?

Raphael espoleó a su caballo. Sus hombres lo siguieron. Sus ojos de ladrones avezados se movían con rapidez por muros, arcos y cimas de las torres. Vieron lo que no habían notado en el primer sobresalto: un parapeto derrumbado, torres de vigilancia vacías y una bandera raída.

—No hay guardias. El sitio está desierto —dijo Antonio.

La mirada de Beau se posó en el puente. Al hacerlo, un escalofrío lo recorrió, que nada tenía que ver con el frío. El puente le pareció la lengua de un ogro, y la oscura arcada de la puerta, la boca de ese

ogro. Sintió, muy dentro de los huesos, que, si lo cruzaba, sería devorado vivo.

Los demás lo sintieron también.

—Algo no va bien. Deberíamos seguir adelante —indicó Rodrigo.

Raphael escupió al suelo.

—Hablas como una vieja. Los sabuesos han perdido nuestro rastro. ¿Quieres ayudarles a encontrarlo de nuevo? —Clavó los talones en los flancos de su caballo y se adentró en el puente. Uno a uno, sus hombres lo siguieron.

Las viejas tablas de madera crujieron y gimieron bajo el peso de los caballos.

Una, blanda por la podredumbre, se desmoronó bajo la pata trasera de Amar y lo hizo trastabillar. Los fragmentos cayeron al foso con un repiqueteo de salpicaduras.

Precavidos, ante el mal estado del puente, los hombres mantuvieron a sus caballos al paso.

Beau cruzó la puerta fortificada con los primeros jinetes y, aunque reinaba la oscuridad, distinguió la silueta de un torno, cadenas, rollos de cuerda y contrapesos.

Raphael también los vio.

—Decid a los últimos que bajen la reja —ordenó a Rodrigo.

Beau tanteó la empuñadura de su daga. Se estaban arriesgando. Si la reja caía, los hombres que los perseguían no podrían seguirlos. Pero ¿y si el castillo no estaba desierto? ¿Y si necesitaban huir con rapidez?

Un instante después, Raphael se movió y entró en un amplio patio empedrado.

Beau lo siguió de cerca, con los ojos rastreando cualquier amenaza. Esperaba una emboscada. Esperaba hombres aguardando; hombres con pistolas y espadas.

No esperaba ver dos antorchas de hierro ardiendo vivamente a ambos lados de las enormes puertas del castillo, ni ver cómo estas se abrían en ese momento, como si una mano invisible las destrabara. No esperaba ver la luz de las velas danzando en los

ventanales enrejados, ni oír música sonar. Y los aromas que flotaban en el aire —carne asada, pan recién hecho, nuez moscada y canela — hicieron que su estómago vacío se retorciera con tanta fuerza que se le humedecieron los ojos.

—No es real. No puede serlo —susurró.

Raphael se detuvo un momento, permitiendo que los hombres que habían bajado la reja lo alcanzaran y luego, como en trance, se deslizó de la silla, pasó las riendas por el cuello de su caballo y avanzó hacia las puertas.

El resto de los ladrones lo imitaron.

Uno a uno, dejaron atrás la noche húmeda y entraron en la acogedora calidez, envuelta en una luz danzante.

Beau fue uno de ellos y, al cruzar el umbral del castillo y mirar dentro, sus ojos se agrandaron y su corazón se llenó de algo extraño, algo largo tiempo olvidado, un sentimiento al que ya no sabía dar nombre: asombro.

TRES

Beau giró en un lento círculo, con los brazos extendidos a los lados, como si buscara mantenerse en pie. Había olvidado sus miedos. Había olvidado que estaba frío y empapado. Había olvidado hasta su propio nombre.

La sala en la que acababa de entrar, el gran salón del castillo, era tan magnífica que lo mareaba.

Su techo abovedado se alzaba hasta tres pisos de altura. Candelabros de cristal, cada uno tan alto como un hombre, ardían con velas. Un espejo dorado colgaba sobre la chimenea. En tres de las cuatro paredes había tapices, tan grandes como las velas de un barco, y decenas de retratos. La cuarta pared, artesonada en caoba, estaba desnuda. En un rincón, una gran caja de música, de plata, sonaba.

Pero lo más maravilloso de la sala era una larga mesa de ébano que se alzaba en el centro, puesta con fina porcelana, lino tan blanco como la nieve y plata reluciente; parecía sacada de un cuento de hadas. A los ladrones apenas les llamó la atención la belleza de la mesa; sus ojos estaban fijos en la montaña de comida que la cubría.

Era un festín digno de reyes.

Un enorme asado de ternera, ya cortado en lonchas, reposaba en una bandeja. Aves de caza, con la piel tan crujiente que parecía que se quebraría al tocarlas, estaban dispuestas en otra fuente. Altos

pasteles dorados de venado y faisán se erguían como torres. Pescados a la parrilla brillaban bajo mantequillas de hierbas derretidas. El vino centelleaba en decantadores de cristal.

Miguel se relamió los labios.

—¡Mira todo eso! —exclamó. Sus ojos de cabra se movieron con cautela por la sala. Se llevó las manos a la boca y gritó—: ¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

—Idiota. Claro que hay alguien —dijo Antonio—. ¿Acaso crees que ese asado se puso solo sobre la mesa?

—¿Para quién es todo esto? —preguntó Beau.

—Para nosotros —respondió Raphael.

Antonio lo miró de reojo.

—¿Y quién lo dice?

Raphael dio una palmada sobre la pistola que llevaba en la cadera.

—Lo digo yo.

Eso fue todo lo que los hombres necesitaron escuchar. Cayeron sobre el banquete como lobos sobre un cordero. Algunos ni siquiera esperaron a sentarse antes de arrancar muslos de pato o ensartar lonchas de ternera con sus dagas. Hambrientos, tras la larga y penosa cabalgada, devoraban con ferocidad.

Beau, acostumbrado a los guisos grasientos y chuletas quemadas que cocinaba Rodrigo, saboreó cada bocado: la riqueza salvaje del faisán, el ácido brillante de la salsa de grosellas que vertió sobre él, el crujido graso de las patatas asadas… Terminó un plato y se sirvió otro. Lo acompañó con una copa, tras otra, de un buen Burdeos, que sabía a tierra y lluvia, tiempo y secretos.

Tras devorar tres raciones, Beau se recostó en su silla y cerró los cansados ojos. La comida, el vino, el fuego… lo habían calentado por dentro y por fuera. Por primera vez en todo el día, respiró hondo.

No era su culpa que todo hubiera salido tan mal. Él había hecho su parte, y bien. Conseguir trabajo como sirviente en la casa de un rico mercader. Atraer la mirada de su señora. Sonreír, al servirle el plato. Rozar su mano al retirarlo.

Esa misma mañana, cuando su señora había rozado su mano y se la había llevado a los labios, Beau había enviado aviso a Raphael: *Esta noche*.

Había dejado la puerta de la cocina sin cerrar y, unas horas más tarde, cuando los criados dormían y él y su señora no, los ladrones entraron en la casa. La caja fuerte cedió enseguida a las manos expertas de Raphael, pero, antes de que pudieran vaciarla, el marido apareció. Nadie lo esperaba. Había estado fuera durante meses por negocios, pero, de pronto, estaba allí, plantado en la cocina con sus hombres, bramando por comida y bebida.

Los criados saltaron de sus camas y los ladrones fueron descubiertos. Desenvainaron espadas y cargaron pistolas. El mercader corrió escaleras arriba hacia la alcoba de su esposa. Beau corrió hacia la ventana. Afuera, los caballos los esperaban, ocultos en el bosque. Los hombres del mercader fueron rápidos, pero los ladrones lo fueron más. Saltaron a sus sillas y huyeron, deslizándose como humo entre los árboles.

Tuvieron suerte de salir vivos de la mansión del mercader, y agradecieron esa suerte, pero la gratitud no los sacaría de Francia, donde los buscaban. Esa gratitud no los llevaría a través de las agrestes tierras fronterizas hasta España y luego hasta la costa, y Barcelona. Desde allí, Raphael esperaba encontrar un barco con rumbo a Estambul, Tánger o Mombasa; a algún puerto abarrotado donde a nadie le importara quiénes eran o qué habían hecho.

Ese era el plan, pero los pasajes por mar costaban dinero, y apenas habían conseguido llevarse un pequeño saco de monedas de plata de la caja fuerte, antes de ser descubiertos.

Ahora Rodrigo maldecía el tiempo perdido.

—Antes de llegar a Barcelona tendremos que cruzar las montañas, y casi es invierno —dijo—. Necesitaremos abrigos. Mantas. Comida para nosotros y para los caballos. ¿Cómo vamos a pagarlo? Estas cosas no se compran con palabras ni con deseos.

—Tampoco las mujeres bonitas —indicó Miguel, borracho—. ¡Y Barcelona está llena de ellas!

Beau abrió los ojos. Fingió seguirles el juego. Sus planes incluían a su hermano pequeño, no un barco, pero nadie debía saberlo.

—Bueno, eso es un gasto menos del que preocuparnos —señaló, lanzando un trozo de pan a Miguel—. Aunque robásemos a cincuenta mercaderes, no tendríamos suficiente oro para que una mujer te sonriera.

—¡Bastardo! —gritó Miguel. Le devolvió el pan, pero falló.

Beau rio y le sacó el dedo. Miguel se levantó tambaleante y echó mano a la daga, pero Antonio, sentado junto a él, lo agarró y lo sentó de nuevo en la silla.

—Basta —le advirtió.

Raphael, royendo un hueso, miró a Beau y Miguel, pero no dijo nada. Permaneció sentado en su silla, en la cabecera de la mesa, con los ojos entornados e inescrutables. Su silencio puso en guardia a Beau. Como un lobo, Raphael siempre callaba, justo antes de atacar.

Los hombres siguieron atiborrándose hasta que ya no pudieron más. Algunos se aflojaron los cinturones; otros se recostaron en sus sillas y eructaron. Beau desabrochó su chaqueta. Miguel se levantó tambaleante y orinó en un rincón. La caja de música se había detenido y ahora se oía un tictac, amortiguado y bajo, como el de un reloj, en otra sala.

La punzante inquietud que Beau había sentido, apagada por el festín durante un rato, regresó. Apartó el plato y se irguió. Sus ojos recorrieron las puertas en penumbra de la sala.

«¿Cómo había llegado allí toda esa comida? ¿Quién la había cocinado? ¿Dónde estaban?», se preguntó.

—No deben de ser muchos —comentó Raphael, como si leyera sus pensamientos—. Un viejo, quizá. O una viuda. Un puñado de criados. —Arrojó el hueso roído sobre el plato y se limpió las manos grasientas en el mantel—. Estaban a punto de cenar, pero nos oyeron llegar y se escondieron. No nos darán problemas. —Una sonrisa helada curvó sus labios—. Pero nosotros sí se los daremos a ellos. Quiero todo lo que podamos cargar. Coged la plata. Arrancad

los tapices. Luego, dispersaos y encontrad la caja fuerte.

Miguel había vuelto, tambaleándose, a la mesa, para servirse más vino. Al oír a Raphael, vació la copa de un trago y la lanzó al suelo.

—¡Seremos los reyes de Barcelona! —vociferó, mientras se hacía añicos.

Los ladrones prorrumpieron en vítores. Engulleron más vino. Comieron pastelitos y se chuparon la grasa de los dedos. A continuación, se pusieron manos a la obra.

Miguel recogió cuchillos y tenedores, como si fueran un manojo de trigo. Antonio se metió un cucharón de plata por la camisa. Beau deslizó un par de aros de servilleta enjoyados en su bolsillo.

Raphael arrancó una rosa roja de un jarrón y pasó el tallo por un ojal de su chaqueta. Luego, se irguió y adoptó una pose, con la mano dentro de la casaca y la barbilla arrogante, como los grandes aristócratas de los retratos. Sus hombres rieron, golpeándose unos a otros con el dorso de las manos. Bulliciosos y achispados, presumieron a gritos de las pistolas finas y los calzones elegantes, las botas suaves y los pendientes de oro que comprarían en Barcelona.

Beau estaba a punto de coger un pimentero de plata cuando lo sintió.

Comenzó como un leve estremecimiento, como si el propio castillo se desperezara y despertara, y luego se transformó en un retumbar bajo. Pudo percibir las vibraciones bajo sus pies, que ascendían por su cuerpo, sacudiéndole los huesos. Los prismas colgantes de los candelabros se balancearon y chocaron con un tintineo cristalino, semejante a la risa de un hada oscura.

Observó a los demás; estaban paralizados. Solo sus ojos se movían, tratando de localizar, cautelosos, el origen del ruido. Un zumbido metálico apareció. Le siguió un chasquido grave. Ruedas invisibles giraban. Engranajes encajaban. Y entonces, un crujido, tan seco como un disparo, hizo que los ladrones se agacharan buscando protección. Pero no era un arma lo que había hecho aquel ruido.

—¡Mirad! —dijo Rodrigo, señalando la pared del fondo, la única desnuda de tapices o pinturas.

Una estrecha grieta, que iba del suelo al techo, marcaba el artesonado por el centro. Ante los ojos de los hombres, embelesados, los dos lados de la pared empezaron a deslizarse y de la rendija brotó un resplandor dorado. La abertura era cada vez más amplia y, lo que reveló, le cortó la respiración a Beau. Dejó la daga sobre la mesa y dio unos pasos hacia delante, embrujado por la pura imposibilidad del objeto que había ante él.

Era un reloj dorado, que ocupaba toda la anchura de la pared y se alzaba sobre tres pisos columnados hasta el techo. El nivel superior albergaba una gran campana de plata. El intermedio contenía la reluciente esfera del reloj, hecha de nácar. Sus manecillas eran de plata; piedras preciosas incrustadas formaban los números. En los huecos del nivel inferior, un péndulo de plata oscilaba de un lado a otro. Detrás, pesas de latón colgaban de gruesas cadenas.

—Joder… —murmuró Beau, con los ojos redondos como platos.

El reloj debía medir seis metros de alto por nueve de ancho. A cada extremo se erguía un juego de altas puertas dobles. Un raíl corría entre ellas, formando un semicírculo.

Beau se acercó más. No podía apartar la mirada. Toda aquella plata, aquellas piedras, aquel oro.

El reloj estaba recubierto con finas láminas del metal precioso, unidas con ingenio por diminutos clavos, y había suficiente oro allí para comprar su propio castillo a cada hombre presente.

Los ladrones permanecían en silencio, sus rostros asombrados iluminados por el resplandor dorado del reloj. Raphael fue el primero en romperlo.

—¿Qué se siente, muchachos, al ser tan ricos como Dios? —preguntó.

Beau se acercó aún más al reloj. Echó la cabeza hacia atrás, preguntándose con qué rapidez podría trepar por aquellas columnas doradas.

Y entonces lo vio. De pie, en la plataforma del nivel superior.

Un hombre, alto y pálido, delgado como un suspiro, que lo observaba desde arriba.

CUATRO

Vestía un traje del color de la medianoche. Una corbata gris, prendida con una aguja de azabache, cerraba el cuello de su camisa. Su largo cabello blanco estaba recogido con una cinta negra. Un par de gafas reposaba en la punta de su nariz. Detrás de ellas, sus ojos brillaban como dos estrellas oscuras.

Al mirarlos, Beau sintió una extraña e inquietante sensación de que ya había visto a aquel hombre antes, aunque no recordaba dónde ni cuándo.

Miguel, demasiado borracho para tener miedo, se pavoneó hasta llegar al reloj y señaló al hombre.

—¡Eh! ¡Señor! —Chasqueó los dedos—. ¿Qué hace ahí arriba?

El hombre no respondió; en lugar de ello, levantó el brazo en un gesto rígido y entrecortado, y luego giró el torso hacia la campana. Beau vio que sostenía un martillo de plata en la mano y que en los bolsillos llevaba alicates, unas cizallas y un destornillador.

—¡Ja! ¡Es un estúpido muñeco! —exclamó Miguel.

—Entre ellos se reconocen —bufó Rodrigo.

Beau había robado suficientes objetos valiosos para saber que los artesanos solían firmar su obra de formas ingeniosas: añadiendo sus iniciales a una filigrana en un collar, o tallando su propio rostro en la figura de un santo. Pero el hombre que había hecho aquel reloj había llevado la vanidad más lejos: había firmado su obra añadiendo

una figura a tamaño real de sí mismo.

Se sintió atraído por el misterioso relojero. Quería tocar su pálida mejilla de porcelana, sujetarle el brazo y sentir el frío metal bajo la tela. Quería, necesitaba, asegurarse de que aquel hombre no era real.

Justo entonces, los contrapesos del reloj se elevaron, sobresaltando a Miguel, que retrocedió, tambaleándose, tropezó y cayó de culo. Los demás se rieron de él, pero Beau no se unió.

«¿Quién había subido los contrapesos?», se preguntó.

La aguja de los minutos encajó junto a la de las horas en el doce y el relojero golpeó la campana con su martillo. Las campanadas sonaron como una advertencia para Beau y, cuando la última se apagó, empezó a sonar música: una melodía chirriante y disonante de feria, que llenó cada rincón de la sala. El raíl arqueado frente al reloj comenzó a moverse.

Las puertas del lado izquierdo del reloj se abrieron con un crujido y de ellas emergió un bufón sonriente, vestido con harapos de dormir y un gorro cascabelero, que saltaba como un loco. El rubor en sus mejillas y el destello en sus ojos de cristal lo hacían parecer muy vivo. Pero entonces, Beau vio que también era una figura mecánica, repitiendo los mismos movimientos.

Tras el bufón salieron un mozo de cuadra y una lechera, inclinándose para compartir un beso, antes de apartarse de nuevo. Una fregona alargaba la mano hacia un dulce, y un pinche de cocina acunaba un gran jamón dorado. Un guardia erguido paseaba de un lado a otro, fusil al hombro; otro dormitaba en un rincón. Gatos merodeaban. Perros roncaban. Una rata mordisqueaba una rueda de queso. Una dama de compañía remendaba un vestido, con la aguja entrando y saliendo, entrando y saliendo. Una mujer de belleza regia leía a la luz de una vela, las manos cubiertas de anillos y el camisón de seda extendiéndose a su alrededor. Un hombre apuesto, vestido con una túnica forrada de piel, jugaba al ajedrez con su ayuda de cámara, moviendo su rey dentro y fuera del jaque.

Mientras las figuras avanzaban por el raíl, las puertas del lado

derecho del reloj se abrieron. El bufón condujo la comitiva por ellas y cuando el último —un paje pequeño que llevaba un orinal— desapareció por la oscuridad, la música cesó y las puertas se cerraron con un soplo tan suave y triste que sonó como un suspiro.

Beau observó las puertas cerradas, sorprendido al sentir un dolor en el corazón, súbito y profundo. Los otros ladrones, enardecidos por la codicia, silbaron y chiflaron.

—¿Habéis visto esa túnica de piel? ¡Es mía, muchachos!

—¡Quédatela! ¡Yo me quedo con los anillos de mi señora!

—Nos lo quedaremos todo. ¡Abrid las puertas agolpes! —ordenó Raphael.

Dos de los hombres agarraron una silla pesada y la arrastraron hacia una de las puertas, dispuestos a derribarla.

Estaban haciendo tanto ruido que no oyeron el gruñido gutural, al principio.

Se deslizó en la sala como sangre en el agua, moviéndose sinuoso bajo la ruidosa risa, hasta que fue creciendo, envolviendo a los ladrones como una resaca. Cuando se dieron cuenta de que estaban en peligro, ya era demasiado tarde. Su risa se apagó. Sus gritos murieron.

—¿Qué es eso? —preguntó Ramón, apenas en un susurro.

—Viene de allí —dijo Beau con voz tensa, señalando el vestíbulo de entrada.

Los ladrones habían pasado por él, camino al gran salón. Hacía solo unos momentos, la sala estaba inundada de luz, pero ahora estaba envuelta en sombras.

—Armaos —ordenó Raphael.

Los hombres se lanzaron a por sus armas. Un sonido seco de succión se escuchó por la sala y el fuego se apagó. Una a una, las llamas de las velas se extinguieron. Solo los pálidos rayos de la luna, que entraban por los altos ventanales, iluminaban el gran salón.

—¿Qué demonios pasa? —gritó Rodrigo.

El gruñido se elevó. Fuera lo que fuese aquello que lo producía, se acercaba.

El terror apretó la mano de Beau sobre la daga. Imágenes le golpearon la mente: dientes desgarradores y garras cortantes, heridas profundas y sangrantes.

Una ráfaga de aire frío entró, trayendo consigo el olor a pinos, y entonces la oscuridad de la puerta se abrió como un par de cortinas de terciopelo.

—Madre de Dios —susurró Raphael.

Logró disparar una vez, antes de que la criatura cayera sobre él.

CINCO

Tras el ruido del disparo llegó el crujido del hueso.

Un grito de agonía se alzó, mezclándose con un alarido animal cargado de furia.

La cosa que estaba en la sala con ellos era tan alta como un hombre. Sus plateados ojos de depredador relucían como el filo de un cuchillo. Sus colmillos blancos centelleaban bajo la luz de la luna. Beau alcanzó a distinguir una nariz en forma de hocico, labios oscuros enmarcando una boca cruel. Potentes músculos se notaban bajo el espeso pelaje. Garras afiladas se curvaban en los extremos de unos largos dedos.

—Dios mío…, ¿qué es eso?

—¡Es un lobo!

—¡Un monstruo!

—¡El mismo demonio!

La pistola de Raphael yacía en el suelo. Él estaba de rodillas, acunando su brazo derecho. La mano se doblaba en un ángulo nauseabundo por la muñeca. Alzó la cabeza, con los ojos brillando de dolor.

—¡Disparad, cabrones! —Rugió.

Antonio apuntó con su arma, pero, antes de poder disparar, la criatura cayó sobre Raphael y lo levantó de un tirón. Se colocó detrás de él, usándolo de escudo; un brazo fuerte le cruzaba el

pecho y una mano con garras le apretaba el cuello.

Con las manos alzadas, la pistola apuntando en alto, Antonio dio unos pasos hacia delante.

—Suéltalo. No queremos hacerte daño.

La criatura gruñó y clavó las garras en el pecho de Raphael. Flores carmesí brotaron en su camisa.

—¡Dispara, Tonio! —chilló Raphael.

Rápido como un rayo, Antonio bajó la pistola y apuntó, pero antes de que pudiera apretar el gatillo, la criatura se apartó de la luz de la luna y entró en la oscuridad, arrastrando a Raphael con ella.

—Déjalo —suplicó Rodrigo—. Perdónale la vida y no volveremos a molestarte, lo juro.

Un sonido surgió de la oscuridad. Gutural. Burlón. La risa de un demonio.

—Ayudadme… —jadeó Raphael.

Mientras las palabras se le atragantaban, Beau sintió una mano áspera cerrarse en la parte trasera de su chaqueta. En un abrir y cerrar de ojos, lo empujaban a través de la oscuridad, demasiado aturdido para sentir miedo.

—¡Lleváoslo! Es joven y tierno. ¡Sabrá mejor! —gritó alguien a sus espaldas.

Entonces, Beau lo entendió; el miedo destrozó su confusión. Intentó clavar los talones en el suelo, pero resbalaron sobre la piedra lisa. Se retorció, tratando de liberarse, y dejó caer la daga.

—¡Déjame! ¿Qué eres…?

La punta de una hoja se le clavó en la espalda, silenciándolo.

—Sigue el juego —susurró una voz en su oído—. Volveremos a por ti.

Era Miguel, ahora sobrio.

La criatura volvió a salir a la luz. Con un movimiento de su brazo, lanzó a Raphael, tambaleándose, hacia sus hombres.

Ramón lo atrapó.

Al mismo tiempo, Miguel le dio a Beau un fuerte empujón. Perdió el equilibrio y cayó de rodillas.

Los ladrones se dispersaron como ratas.

Beau giró la cabeza y los vio esquivar sillas, rodear la mesa del banquete y desaparecer por la puerta.

«Miguel dijo que volverán a por mí», martilleaba su mente. «Pero ¿cuándo?».

Se obligó a mirar a la bestia. Una furia fría y plateada brillaba en sus ojos. La saliva goteaba de sus colmillos.

El miedo de Beau se transformó en terror.

Se levantó de un salto e intentó correr junto a la mesa, pero la bestia previo el movimiento y le cortó el paso.

Giró y corrió hacia el otro extremo, pero no llegó ni a la mitad: la criatura ya estaba allí.

Lo acorralaba, atormentándolo. No tenía arma. Su daga estaba en algún lugar del suelo. Tenía que liberarse y escapar, mientras aún quedara una posibilidad. Pero ¿cómo? ¿Cómo?

«Respira, imbécil, —se dijo—. Piensa».

Inspiró con fuerza y lo soltó despacio. Su corazón se calmó, su cabeza se despejó y se dio cuenta de que lo habían acorralado así muchas veces antes. Perseguido por los matones del pueblo. Cazado por el *sheriff*. Acechado por su padre borracho y furioso.

Sabía lo que tenía que hacer.

Retrocedió despacio, sin apartar los ojos de la bestia, hasta chocar con la mesa. Las sillas que antes estaban junto a ella habían sido apartadas o derribadas. Se movió a lo largo del borde, con las manos a la espalda, los dedos tanteando platos, cucharas, una copa volcada; buscando lo único que necesitaba y no encontraba.

—Vamos, vamos… Sé que estás aquí —murmuró.

Servilletas, un hueso roído, una corteza de pan, cáscaras de nuez… Y mientras, la bestia se acercaba cada vez más. Beau olía su pelaje almizclado, empapado por la lluvia; sentía sus ojos clavándose en él, y sabía que solo le quedaban segundos antes de que saltara y le hundiera los dientes en la garganta.

Entonces, sus dedos encontraron lo que necesitaba.

Un objeto pesado, frío y afilado.

Agarró el mango y, con un rugido, Beau lanzó el cuchillo de trinchar.

La hoja falló su blanco, pero el pesado pomo golpeó a la criatura en la cara. Retrocedió unos pasos, solo unos pasos, pero fueron suficientes. Beau saltó sobre la mesa, la recorrió a trompicones y brincó al otro lado.

Y entonces corrió.

Por su vida.

SEIS

Nadie, ni siquiera Dios, puede enseñar a un hombre a rezar como lo hace el miedo.

Cuando Beau salió disparado del gran salón, rezó a San Nicolás, patrón de los ladrones. Rezó a San Antonio, patrón de las cosas perdidas. Rezó en busca de velocidad. Rezó para que las puertas exteriores siguieran abiertas. Rezó para llegar a ellas, antes de que la bestia lo alcanzara.

Pero los santos no escuchaban.

Corría tan deprisa que no vio la alfombra del vestíbulo, arrugada. Tropezó con ella y cayó al suelo de bruces. El dolor le recorrió los nervios como fuego. Mientras yacía allí, con los ojos cerrados, soltando jadeos fuertes y cortos, una palabra retumbaba en su cabeza como un tambor: *levántate, levántate, levántate, levántate…*

Con un gemido desgarrador, Beau se obligó a ponerse de rodillas.

El estrépito de la bestia corriendo tras él lo alzó de nuevo.

—Por favor, que no esté cerrada. Por favor, por favor, que no esté cerrada… —jadeó, mientras atravesaba a trompicones el oscuro pasillo.

Se sintió abrumado cuando llegó a las puertas y vio que una estaba entornada.

Cruzó el umbral y la cerró de un portazo, esperando detener a la bestia, o al menos retrasarla. Pero, al girarse, el estómago se le

desplomó. El patio estaba vacío: los ladrones se habían ido, y también los caballos.

Entonces, un movimiento atrapó su mirada.

Una docena de hombres, montados sobre caballos nerviosos, se amontonaban ante la puerta fortificada. Gritaban y empujaban, cada uno intentando adelantarse.

Beau no entendía la razón. El arco era ancho. Habían pasado de dos en dos al entrar en el patio. ¿Acaso no habían podido levantar la reja?

—¡Esperad! ¡Esperadme! —gritó. Pero nadie lo oyó; estaba demasiado lejos.

«Puedo alcanzarlos», pensó, echando a trotar con paso rígido y torpe.

Escudriñó el grupo, buscando un caballo sin jinete, buscando a Amar, pero no lo veía. Y entonces, lo encontró: estaba atado al caballo de Miguel.

La amenaza de Miguel resonó en su cabeza:

«Te atraparé, chico. Cuando menos lo esperes. Y, entonces, veremos quién ríe…».

El miedo le atravesó el corazón como una estaca. Miguel había encontrado su oportunidad de cumplir la amenaza y la había aprovechado. No planeaba volver. Ni esa noche. Ni mañana. Ni nunca.

Beau corrió, ignorando el dolor, moviendo brazos y piernas con fuerza. Tenía que llegar hasta los ladrones antes de que cruzaran el puente. Una vez hubieran cruzado, galoparían hacia el bosque y nunca los alcanzaría.

Estaba a medio camino del patio cuando Miguel desapareció bajo el arco.

Solo quedaban dos hombres.

—¡Esperad! —bramó Beau—. ¡Carlos…, Tonio, esperad!

Antonio espoleó su caballo.

Carlos se giró en la silla. Sus ojos encontraron a Beau; le hizo señas para que corriera más deprisa. Pero, al momento, su mirada

se movió hacia algo detrás de él y la sangre se le heló en el rostro.

—¡Corre, chico, corre! —gritó, azuzando a su caballo. El animal cruzó el arco.

Beau se atrevió a mirar atrás y las entrañas se le licuaron.

El monstruo estaba en el patio. También corría. Y era más rápido.

Al cruzar sus miradas, la bestia lanzó un rugido desgarrador. Los altos muros de piedra atraparon el sonido y lo amplificaron.

Beau sabía que solo le quedaban segundos para vivir o morir.

Alcanzó la puerta fortificada y descubrió la causa del atasco: no era que la reja no estuviera levantada, sino el viejo puente. Se desmoronaba bajo el peso atronador de los caballos. Enormes trozos ya habían desaparecido, tragados por el foso. Los animales, aterrados, corrían a través de los restos, con las orejas bajas y los ojos desorbitados.

Beau sabía que debía cruzar.

«Ahora».

Inspiró hondo y dio un cuidadoso paso sobre la estructura tambaleante, con los brazos extendidos como un funambulista.

Delante, Carlos y su caballo se acercaban a la orilla opuesta. Estaban a unos metros de alcanzarla, cuando lo que quedaba del puente se estremeció de manera nauseabunda. Las tablas de delante del animal se levantaron y cayeron al foso. El caballo relinchó, tensó las patas traseras y saltó. Sus cascos delanteros tocaron la hierba; los traseros resbalaron en la roca suelta y, milagrosamente, encontraron apoyo.

Carlos alcanzó tierra firme y giró sobre su silla.

—¡Corre, Beau! ¡Corre, cabrón, corre! —gritó.

Los gemidos del viejo puente crecieron hasta convertirse en un grito de muerte, mientras el tablero temblaba y se balanceaba.

Beau trató de agarrarse a la barandilla, pero se deshizo bajo su mano, cayendo al agua negra. Las tablas bajo sus pies saltaron y se partieron, lanzándolo hacia atrás. Cayó de culo y se arrastró hacia atrás. Logró impulsarse hasta el umbral de la puerta fortificada, justo cuando el puente se desmoronaba por completo.

Allí se quedó, horrorizado, viendo cómo las últimas tablas caían al foso, levantando geiseres de agua. Luego, alzó los ojos hacia la otra orilla, diciéndose que los hombres que estaban allí —hombres con los que había vivido años, hombres a los que había llamado familia— lo ayudarían. Se dijo que empujarían un árbol caído sobre el foso. O que le lanzarían una cuerda.

Y, durante un largo y desesperado momento, lo creyó.

Hasta que Antonio se persignó.

Hasta que Miguel le sacó el dedo.

Hasta que Raphael dijo:

—Levántate, chico. Muere de pie como un hombre.

Beau los observó, con el estómago revuelto, mientras giraban sus caballos con lentitud y se internaban en el bosque. Luego, se alzó y volvió a cruzar la puerta fortificada.

La bestia lo esperaba en el patio. La luz de las antorchas danzaba en sus crueles ojos. ¿Quería que corriera? ¿Quería hacer la caza más emocionante? No se lo daría. Dio unos pasos hacia la criatura y se detuvo.

«Muere de pie como un hombre…».

Pero no iba a morir. No podía morir. Porque, si él moría, Matti también lo haría. Él era todo lo que el niño tenía.

Beau sabía lo que debía hacer. Atraería a la criatura y luego iría a por su garganta con las manos desnudas. Necesitaba valor y un poco de suerte. Solo tendría una oportunidad.

—Vamos… —susurró.

La criatura empezó a avanzar hacia él.

Beau atrapó su mirada asesina y la sostuvo.

Se acercó más y más, hasta quedar a pocos pasos.

«Más cerca», lo urgía en silencio. «Más cerca…».

La criatura se inclinó hacia él, aspirando su olor.

Beau se negó a darle el placer de su miedo. No se estremeció; no parpadeó. Sabía dónde atacaría. En algún lugar blando y desprotegido. El cuello. El vientre. Tenía que atacar primero, antes de que su sangre rociara los adoquines y sus entrañas le llenaran las

botas.

Pero el monstruo eligió otro lugar: uno duro, acorazado, cubierto por una jaula de hueso.

Extendió un brazo y colocó una mano llena de garras sobre el pecho de Beau.

No se lo esperaba y, durante unos segundos, se quedó helado. Solo se movía su corazón, martilleando contra las costillas, marcando el ritmo de su terror.

La bestia lo sentía. Sus garras se apretaron, atravesando la ropa y la piel, hundiéndose, como si fuera a arrancarle el corazón. Levantó las orejas, alerta. Sus labios negros se retrajeron.

«Ahora, —se dijo Beau—. Hazlo. ¡Hazlo ya!».

Movió las manos, apuntando al cuello del monstruo, con la esperanza de destrozarle la tráquea. Fue rápido, el golpe fuerte y certero, y de haber alcanzado su blanco, habría hecho daño.

Pero, una vez más, la criatura fue más rápida. Vio venir el ataque.

Beau oyó un grito de furia. Sintió las garras hundirse en él. Sintió sus pies abandonar el suelo y su cuerpo volar por los aires.

Después, su visión estalló en un resplandor blanco.

Y no sintió nada más.

SIETE

El ciervo es descuidado. El hambre lo ha vuelto así.

Sale de un grupo de pinos que se balancean y entra en un claro.

La bestia, oculta en un matorral de helechos cubiertos de escarcha, observa.

¿Por qué han venido esos hombres al castillo? No deberían haberlo hecho. Ahora, el que han dejado atrás pagará el precio.

Cuánto envidia al necio ciervo. No sabe nada de pena ni de arrepentimiento. No sabe nada del miedo. Aún no.

La bestia se tensa. Se agazapa y salta. Es implacable, pero rápida, y aúlla sobre su presa. Las criaturas nocturnas la oyen y corren hacia sus madrigueras. Saben lo que viene después.

La bestia arrancará el corazón aún palpitante del ciervo, porque no puede arrancarse el suyo propio.

OCHO

—¿Cuál es esa, Beau? —preguntó el niño pequeño, señalando hacia el cielo nocturno.

Estaban acurrucados en un pajar intentando dormir, pero la noche era fría, sus vientres estaban vacíos y el sueño no llegaba.

—Esa es Hércules, Matti —respondió Beau—. Uno de los dioses.

—¿Los dioses hicieron las estrellas?

—Sí. Eso creo.

—¿Y esa de ahí?

—La Osa Mayor. El gran oso.

Su padre le había enseñado los nombres de las constelaciones. Hacía mucho tiempo.

—¿Y esa de allí? —preguntó Matti, trazando la silueta con el dedo.

—Esa es la cola del oso. Algunos la llaman el Carro. O el Gran Cucharón.

—¿Qué guarda el Gran Cucharón?

—No lo sé. Oscuridad, supongo.

—No.

—¿No?

—Guarda cosas buenas, Beau. Y un día los dioses las derramarán sobre nosotros.

Beau giró la cabeza y miró a su hermanito, sorprendido por la

fiereza de su voz.

—¿Qué cosas, Matti?

Matti giró la cabeza y lo miró.

—Monedas de oro con chocolate dentro. Naranjas. Almendras garrapiñadas. Y mermelada.

—¿Mermelada? —dijo Beau, riendo.

Matti asintió con solemnidad. Siempre era solemne. Eso preocupaba a Beau, e intentó animarlo:

—Vamos a ponernos perdidos si los dioses nos echan encima mermelada, ¿no crees?

Matti soltó una risita, pero enseguida volvió a ponerse serio y su mirada se perdió en el cielo estrellado.

—Un día, caerán cosas buenas sobre nosotros, Beau. Y entonces, no volveremos a pasar hambre, ni frío. Ya lo verás.

Beau apretó a su hermano contra sí, intentando darle calor. Quería decirle que un día tendría cosas buenas, que él —Beau— se aseguraría de ello, pero no pudo; el nudo en la garganta no lo dejó. Siguió la mirada de Matti y vio cómo unas nubes se deslizaban sobre las estrellas. Oyó campanas tañendo. ¿O eran las campanadas de un reloj? Un presentimiento lo envolvió. Había algo que debía hacer, algún lugar en el que debía estar. ¿Qué era?

Matti le decía algo, pero no lograba entenderlo. Su voz sonaba lejana. Le tiró de la oreja. Luego le dio una bofetada. Primero en broma, pero después con bastante más fuerza. Hasta que la mejilla de Beau ardió y los dientes le castañetearon.

—¡Ay! —protestó, apartando la mano de su hermano—. ¡Déjalo ya, Matti!

—Me llamo Valmont, no Matti —dijo una voz ronca—. Despierta, ladrón.

Los ojos de Beau se abrieron de golpe. El dulce rostro de Matti había desaparecido y, en su lugar, se inclinaba sobre él un rostro nada dulce: una cara con bigote, cejas pobladas y una nariz que parecía haberse roto una o dos veces.

—¿Qué demonios…? —Gritó, echándose hacia atrás y dándose

un golpe en la cabeza—. ¡Ay!

—Levántate —le ordenó el hombre, enderezándose.

Un vértigo irreal envolvió a Beau. Sacudió la cabeza dolorida, tratando de despejarse, pero el movimiento lo empeoró. Una oleada de náuseas se apoderó de él.

«Demasiado vino», le dijo una voz interior. Pero ¿dónde? ¿Cuándo? Los pensamientos le llegaban espesos y lentos, como miel cayendo de una jarra.

Intentando dispersar el mareo, Beau se incorporó sobre los brazos y se miró. Estaba vestido, salvo por la chaqueta y las botas, tumbado en una cama estrecha de madera. Había un cabecero detrás de él y un colchón de paja debajo. Una jarra de agua y una taza reposaban en una mesilla junto a la cama. En la pequeña chimenea de la estancia brillaban las brasas. La luz del sol inundaba el espacio a través de una única ventana.

Miró de nuevo al hombre. Con un corte de pelo bastante corto y de aspecto canoso, llevaba una chaqueta azul pizarra, camisa blanca y calzones negros. Al menos veinte llaves maestras colgaban de un gran aro de hierro en su cintura.

—Esta… Esta es una habitación de criados… y tú eres un criado… ¿Es tu habitación? —preguntó Beau—. No, no eres real. Esto es un sueño. Debe serlo. Sigo dormido.

Se frotó la cara con una mano mugrienta y se estremeció al encontrar un enorme chichón en la cabeza. El repentino dolor lo convenció de que no estaba soñando. Sonidos e imágenes empezaron a aparecer en su mente como un torbellino: un castillo, un banquete, una bestia. Su ingenio regresó y, con él, una oleada ardiente de furia.

—Esa cosa… Ese monstruo… ¡Me lanzó contra una pared! —dijo.

—Monstruo, ¿eh? —replicó el hombre—. ¿Salió de una botella de vino?

Beau comprendió que sonaba como un loco.

—Me persiguió… Yo… Me golpeé la cabeza.

—Eso suele pasar cuando uno se atiborra de alcohol y va

tambaleándose en la oscuridad.

—No estaba borracho. ¡Me duele la cabeza como el demonio! Hay un chichón…

El hombre cruzó sus fornidos brazos sobre el pecho, con una sonrisa socarrona.

—¿Quieres que te lo bese para que se cure?

—¿Por qué no me besas el culo? —replicó Beau.

Qué desfachatez la de aquel vejestorio. Encerrarlo, burlarse. Mentirle. Había un monstruo. Lo había perseguido. Lo había atrapado. Casi lo mata. ¿O no?

A la fría luz de la mañana, Beau también encontraba difícil creerlo. Lo que había creído un monstruo, con seguridad no había sido más que un hombre —un guardia con capa de piel, o un cazador—, que había intentado ahuyentar a una banda de ladrones. Él estaba exhausto tras la larga cabalgada, empapado por la lluvia, medio muerto de hambre, y luego había bebido demasiado. El alcohol le había jugado una mala pasada.

—Levántate —dijo el hombre—. Te han convocado.

El orgullo estalló en Beau. Estuvo a punto de contestar que *él* no era el criado de nadie, pero se mordió la lengua. Al parecer, ahora era un prisionero, y el orgullo no lo liberaría; la astucia, sí.

Se incorporó del todo y lo lamentó al instante. La cabeza le martilleaba. Se le escapó un gemido, y alzó de nuevo la mano hacia el chichón.

—Duele, ¿eh? —preguntó el hombre.

Beau no dijo nada, pero dejó de frotarse la cabeza. El hombre no era un amigo, y no convenía dejar que un enemigo viera que estaba herido.

«Los lobos solo rondan a los débiles», decía siempre Raphael.

«Raphael…».

El resto de la noche irrumpió en el cerebro de Beau como una avalancha.

Raphael, Rodrigo, Antonio, los demás… lo habían abandonado después de que el puente cediera. Habían cabalgado sin mirar atrás,

dejándolo allí, para convertirse en prisionero. O en un muerto.

«¿Por qué te sorprendes?», se dijo a sí mismo. Sabía mejor que nadie que no debía confiar en los demás. Ni siquiera en aquellos que se hacían llamar familia.

Era lo peor que podía haberle ocurrido, y los helados dedos del miedo le arañaron el corazón. Sin embargo, una oleada de euforia los derritió, al comprender que lo peor también era lo mejor.

No planeaba subir a un barco en Barcelona con los otros.

Su idea siempre había sido escapar. De la vida de ladrón. De Raphael.

Había planeado huir una noche, mientras los demás dormían. Iría a buscar a Matti y se esconderían en algún pueblo sin nombre, donde nadie pudiera encontrarlos.

Ya había intentado marcharse una vez. Hacía mucho. Pero Raphael lo había atrapado. Aún podía saborear la sangre en la boca tras la paliza; aún oía las palabras del Señor de los Ladrones, de pie sobre él: «¿Irte? Nunca te irás, chico. Yo te salvé, ¿recuerdas? Ahora me perteneces».

Raphael lo había salvado. Lo había alimentado, le había dado techo y también le había enseñado. Lo había hecho uno más de su banda. Beau habría muerto en la calle sin él. Y, a cambio, Raphael lo había usado. Como vigía al principio, luego como carterista, después como infiltrado.

«Mi ayuda tiene un precio, chico, —solía decir—. La de todos lo tiene».

Beau alcanzó sus botas y se las calzó. El corazón le latía con fuerza, lleno de emoción. Era casi libre. Seguro que había otro puente para cruzar el foso, o un túnel bajo él. Solo tenía que esperar su oportunidad y luego correr.

Se puso la chaqueta. Sus dedos tantearon el anillo que había escondido detrás del botón; seguía allí. Luego, toqueteó un bolsillo interior, buscando la carta de la hermana María Teresa.

Había desaparecido.

El corazón de Beau dio un vuelco.

Palpó de nuevo el bolsillo; a continuación lo volvió del revés, pero estaba vacío. Registró los demás bolsillos, pero la carta no estaba en ninguno.

La llevaba encima cuando cabalgaba con los otros por el bosque, la noche anterior; recordaba el crujido del papel dentro de su chaqueta. ¿La habría perdido al huir del gran salón? ¿O cuando el puente se derrumbó bajo sus pies? Si era así, estaría en el fondo del foso.

No la había leído. No tenía ni idea de qué noticias contenía. Esperaba que dijera que Matti estaba mejor, pero ¿y si no?

—No —dijo en voz baja. No se permitiría ni siquiera pensarlo. Iría a Barcelona, con carta o sin ella, tal y como había planeado. Y Matti estaría allí esperándolo. Tenía que estarlo.

—¿Qué pasa?

El hombre corpulento estaba en el umbral, mirándolo fijamente, y Beau se dio cuenta de que sus sentimientos se reflejaban en su cara. Maldiciéndose por bajar la guardia, respondió:

—Tengo hambre.

El hombre soltó una carcajada vacía de alegría.

—Un estómago vacío es lo de menos —indicó, saliendo del cuarto.

Beau se abotonó la chaqueta y lo siguió.

Al cruzar el umbral, se encontró en un rellano en lo alto de una escalera de caracol.

El hombre ya iba a mitad de la bajada.

—¡Date prisa! —gritó por encima del hombro—. Llegamos tarde.

—¿Quién me ha mandado llamar? ¿Qué quiere? —preguntó Beau, alcanzándolo.

—*Ella. Lady* Arabella, la señora de este castillo. Haz bien en recordarlo. Al igual que tu lugar.

Beau se crispó por su tono condescendiente.

—Eh, Fremont… Te llamas así, ¿no? ¿Fremont? ¿Tremont?

—Valmont.

—¿Quién es *lady* Arabella? ¿Qué es este lugar?

Valmont le lanzó una mirada fulminante, pero no dijo nada.

La sombría escalera desembocaba en un pasillo igual de sombrío, que los condujo a otra escalera que los llevó hasta la armería del castillo: una sala cavernosa, con ventanas estrechas y techos abovedados.

—Por aquí —dijo Valmont, gesticulando con impaciencia mientras Beau se fijaba en las armas y armaduras—. La señora no tiene todo el día. Está desayunando y no suele demorarse.

Mientras Valmont hablaba, Beau se detuvo. Había visto una hilera de escudos colgados en la pared, brillando. Se acercó a uno y se contempló en su reflejo.

—Así que quiere verme, ¿eh? No es ninguna sorpresa —comentó, quitándose una mancha de tierra de la mejilla.

Valmont también se detuvo, con las manos en las caderas.

Beau lo vio en el brillo plateado del escudo y le guiñó un ojo.

—¿Qué mujer dejaría que esto se desperdiciara? —Gesticuló hacia sí mismo, mientras lo decía. Se pasó las manos por los largos mechones oscuros y sus dedos se toparon con un nudo—. ¿Tienes un peine, Monty?

Valmont lo fulminó con la mirada.

—Vamos.

—No pretenderás que me presente así ante tu señora —dijo Beau con una sonrisa insolente—. Pensaba marcharme, pero quizá me quede… El tiempo suficiente para que se enamore de mí y me nombre señor del castillo, solo para echar a tu feo culo al frío.

Valmont juntó una de sus manazas con la otra y crujió los nudillos.

—Camina.

Beau se humedeció los dedos y se alisó un mechón que le caía sobre el rostro.

Todavía sonreía cuando alcanzó a Valmont, pero, en cuanto este se giró, la sonrisa se borró. Todo había sido una farsa: pavonearse,

arreglarse, provocarlo. Beau no se había mirado en el reflejo del escudo, sino que había estudiado la sala, buscando objetos de valor, vías de escape, una ventaja… Su daga había desaparecido; lo había comprobado. La única arma que le quedaba era el conocimiento. Incluso el austero cuartucho donde había dormido le había proporcionado una gran cantidad de información. El ángulo de los rayos de sol entrando por la ventana le decía que la habitación estaba en el lado este del castillo. Las paredes curvas, que se encontraba en una torre; la larga escalera, que era una torre alta. Había contado los escalones y los pisos descendidos para poder rehacer el camino, incluso en la oscuridad.

Valmont condujo a Beau fuera de la armería, por una galería, a través de una sala de música, un estudio, dos salones y hasta las enormes cocinas del castillo. Justo cuando pensaba que nunca llegarían a dondequiera que fueran, desembocaron en el gran salón.

Unas voces airadas los recibieron.

—Los interrogué a todos, mi señora. A cada uno de ellos.

Valmont se detuvo en el umbral.

Beau, que se había quedado unos pasos atrás, se asomó a su lado para ver quién hablaba.

—Todos dicen lo mismo: que no estaban cerca de la puerta fortificada anoche.

La voz pertenecía a un hombre bajo, delgado, de aspecto nervioso, vestido con una chaqueta verde menta y calzones color canela. Estaba de pie junto a la cabecera de la mesa de comedor.

—Parece entonces que la reja se levantó sola. ¿Es eso lo que me estás diciendo, Percival?

Esa voz, joven pero autoritaria, pertenecía a una mujer.

«*Lady* Arabella», supuso Beau.

Estaba sentada en una silla al final de la mesa, de espaldas a un fuego crepitante. Beau no podía verla —el hombre llamado Percival le tapaba la vista—, pero podía oír sus palabras. Eran frías y medidas, aunque bajo la superficie corría la ira, como un río por debajo del hielo.

—No sé cómo el malhechor consiguió entrar por la puerta fortificada para alzar la reja —insistió Percival, negando con la cabeza—. La puerta permanece cerrada y la llave nunca se aparta de mi vista. Tal vez los ladrones lograron atravesar los muros…, o se colaron por la ventana sobre la entrada.

—O quizá alguien está mintiendo.

Esa era una voz nueva: fría y severa.

Beau estiró el cuello y vio a otra mujer. Era mayor, y estaba sentada a la derecha de la más joven. Su cabello, recogido sobre la cabeza, era negro como el azabache. Su rostro, pálido como la muerte. Sus labios, finos y sin color. El vestido, de una seda pesada y de buena confección, le pareció de un tono gris plomo apagado.

Otras mujeres ocupaban los asientos alrededor de la mesa. Serían unas dos docenas, calculó Beau. Debían de ser la corte de *lady* Arabella.

A primera vista, parecía que desayunaban, pero, al observarlas mejor, advirtió que una arrancaba los pétalos de una flor; otra, espantosamente delgada, se mordía una uña con furia; una tercera usaba el tenedor para lanzar bayas a las demás, riendo histéricamente mientras lo hacía. Su rostro estaba pintado de blanco, como el de un payaso, con cejas negras dibujadas con carbón, círculos rojos en las mejillas y labios en forma de corazón.

Beau intentó no mirarlas, pero su comportamiento era tan extraño que no pudo evitarlo. Era como intentar no mirar una ejecución.

Al cabo de un momento, desvió la vista, buscando el gran reloj dorado. Había desaparecido, oculto de nuevo tras el muro panelado, aunque aún podía escuchar su tictac.

—Averiguaremos quién lo hizo, Percival, y cuando lo sepamos… —empezó la dama de gris.

La mujer que destrozaba la flor la interrumpió:

—Alguien robó la llave, *lady* Asonperides. ¿De qué otra forma podría haber entrado por la puerta? —dijo con voz estridente. Beau vio que vestía un traje carmesí.

—Entrégala, Percival. Sabandija —escupió la mujer espantosamente delgada, cuyo vestido era del color de la carne desmenuzada—. Eres un mentiroso. Un embustero. No se puede confiar en ti.

—¡Pero la llave no se apartó de mi vista, *lady* Gunezarev, lo juro! —exclamó Percival.

Beau no podía ver su rostro, pero percibió el dolor en su voz.

—La llave, Percival. Ahora —ordenó la mujer de gris.

Los hombros de Percival se hundieron.

—Como desee, *lady* Asonperides.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, sacó una gran llave maestra de latón y la depositó sobre la mesa. La mirada de Beau se aguzó, y sus dedos de ladrón se crisparon. Era una llave maestra; lo supo al instante por su forma. Abriría todas las puertas del castillo.

Mientras Percival permanecía allí, con la cabeza gacha, las damas continuaban acosándolo, como una bandada de cuervos picoteando un cadáver.

Valmont carraspeó con fuerza, y el sonido bastó para silenciarlas.

—¿Qué ocurre, Valmont? —preguntó *lady* Arabella, con voz áspera e impaciente.

—He traído al visitante, Su Gracia.

—¿Visitante? —murmuró Beau por lo bajo. Palabras duras se le amontonaron en los labios, pero las contuvo. Si esperaba encantar a la dueña del castillo, para que lo dejara libre, debía usar palabras bonitas.

Entonces, Percival se apartó y Beau vio a una joven, de no más de dieciocho años y, por primera vez en su vida, descubrió que no tenía palabras. Ninguna.

Habían caído de sus labios.

Como monedas entre torpes dedos.

NUEVE

Llevaba una chaqueta de un azul huevo de petirrojo, de corte impecable y ribeteada con trenza negra, y una falda de montar del mismo tono oscuro. Su cabello dorado estaba recogido en un moño perfecto. De sus orejas colgaban un par de perlas sin tacha. Su espalda era tan recta como una espada, y su porte… regio.

Pero fue su rostro lo que dejó a Beau sin palabras.

La luz del sol, que entraba a raudales por las ventanas, jugaba sobre su hipnotizadora geometría. Beau vio los amplios planos y ángulos de sus pómulos, la firme línea de su mandíbula y el arco completo de sus labios rojos. Vio sus hermosos ojos grises —fríos, escrutadores, fieramente inteligentes.

Y esos ojos lo miraban a él.

Había planeado encantar a la dueña del castillo, hacer que le temblara el corazón con sonrisas sedosas y palabras de satén, jugar con ella como había hecho con todas las mujeres que había conocido… Pero fue él quien acabó hechizado.

—Haz una reverencia, zoquete —ordenó Valmont. Le agarró la nuca y trató de obligarlo a inclinar la cabeza.

El contacto brusco rompió el hechizo.

Beau le apartó la mano de un golpe y se irguió.

—Acércate —dijo Arabella, con un ademán de su mano enjoyada. Ya no lo observaba.

—No, gracias —replicó Beau, desafiando su tono imperioso—. Estoy bien dond… ¡Ough!

Un empujón de Valmont lo hizo trastabillar. Casi cayó de bruces, pero logró sostenerse en una silla. Las risas estallaron entre la corte de Arabella, pero Beau las ignoró. Lanzó a Valmont una mirada asesina y avanzó hasta la cabecera de la mesa.

Si Arabella había visto su torpeza, no lo demostró. Su atención estaba fija en un libro abierto, junto a una taza de porcelana llena de café negro. Cerca del ejemplar había fuentes de irresistible comida, y el estómago de Beau gruñó al ver los *brioches* dorados y mullidos como almohadas, cruasanes quebradizos, rebosantes de chocolate y magdalenas de manzana cubiertas con una lluvia de *streusel*. También había huevos revueltos con cebollino, salchichas relucientes de grasa y tiras de beicon crujiente.

Arabella cerró el libro cuando Beau se acercó.

Él echó un vistazo al lomo: *Los antiguos edificios de Atenas*.

Arabella dio un sorbo a su café, dejó la taza y se recostó en la silla, mirándolo con aquellos hipnóticos ojos. Beau sabía que tenía un aspecto terrible; lo había visto reflejado en el escudo. Estaba sucio, sudado y desaliñado. Su pelo era un auténtico pajar.

«Tu cara es tu fortuna, chico. Y la mía también», solía decir Raphael, pero, si eso era cierto, en ese momento estaba en bancarrota y, el darse cuenta de ello, lo hizo encogerse un poco bajo aquella mirada penetrante.

Finalmente, habló.

—¿Cuál es tu nombre, ladrón? —preguntó con voz gélida.

Beau alzó la barbilla.

—Beauregard Armando Fernández de Navarre —respondió—. Beau, para abreviar.

—*¿Beau?* —repitió Arabella, mirándolo de arriba abajo—. No hay nada *beau* en ti, Beau.

Sus damas rieron, y Beau se estremeció. El insulto le dolió, así que hizo lo que siempre hacía cuando alguien lo hería: herir más profundamente.

—Supongo que eso nos deja igual —soltó—. Porque no hay nada *belle* en ti, Ara-*bella*.

Era una mentira a medias. Arabella era hermosa, pero su frialdad y desdén la volvían menos hermosa.

Mentira o no, sus palabras le habían llegado. La furia centelleó en sus ojos, aunque desapareció tan pronto como surgió, sepultada bajo el hielo.

—¡C-cómo te atreves! —farfulló Percival, indignado—. ¿Quién te crees que eres? ¡No eres más que un ladrón! ¡Valmont, llévalo de vuelta al calabozo!

«No eres más que un ladrón…».

Las palabras resonaron en los oídos de Beau; su veneno amargo goteó hasta su corazón, quemándolo. ¿Cuántas veces las había oído antes? De alguaciles y jueces, de tenderos, del maestro, del sacerdote…

«Una paliza es poco para ti, chico. No eres más que un ladrón…

No hay sitio para ti en mi escuela, chico. No eres más que un ladrón…

No eres bienvenido en esta iglesia santa, chico. No eres más que un ladrón…».

El sonido de los pasos de Valmont acercándose los acalló.

Beau apartó el dolor. Le quedaban apenas segundos antes de que el hombre lo atrapara.

—¿Por qué estoy prisionero? —exigió, sosteniendo la mirada de Arabella—. No tienes derecho a retenerme.

Valmont estaba a solo unos pasos cuando Arabella alzó la mano, deteniéndolo.

—No eres un prisionero —dijo.

—Ah, ¿no? —replicó Beau—. Ugh… —Inclinó la cabeza—. Entonces, ¿qué soy? ¿Un huésped de honor? Debo de serlo, porque me habéis dado la *suite* de la torre. Con una puerta que se cierra desde fuera.

—Te encerré porque no puedo permitir que un criminal violento deambule libremente por mi castillo —respondió Arabella—. Debo

velar por la seguridad de mi casa.

—¿Criminal violento? —se burló Beau—. ¡Solo cogí un par de servilleteros! —Los sacó del bolsillo y los dejó caer con un golpe sobre la mesa—. ¡Y ni siquiera me los llevé! Lo cual significa que no los he robado. Técnicamente. Así que déjame ir.

Arabella se sirvió más café.

—Me temo que eso es imposible.

Una imagen fulguró en la mente de Beau: Matteo, su cuerpo sacudido por la tos.

—¿Por qué? —preguntó, con una nota de desesperación en la voz —. ¿Por qué es imposible?

—¡Porque los idiotas que te acompañaban destruyeron el puente!

Las palabras no salieron de Arabella, sino de la mujer vestida de carmesí. Agarraba los brazos de su silla y lo miraba con tal furia desnuda que Beau dio un paso atrás.

—Basta, *lady* Ari —advirtió *lady* Asonperides.

—No puedo quedarme aquí. Tengo que irme ahora, antes de que la nieve bloquee el paso de la montaña —protestó Beau—. Tiene que haber otra salida.

—No la hay —dijo Arabella sin emoción, volviendo la vista a su libro.

—Pero este es un castillo antiguo, construido en la frontera entre España y Francia, dos países que a menudo han estado en guerra.

—¿Y qué?

—Los castillos propensos a ser atacados tienen más de una salida. ¿Pretendes decirme que no hay un segundo puente? ¿Un puente levadizo? ¿Uno peatonal?

—Así es —respondió Arabella, sin levantar la vista—. Exactamente, eso estoy diciendo.

Mientras terminaba de hablar, se oyó un chirrido agudo y molesto. Ari se había levantado de su silla. Asonperides le lanzó una mirada de advertencia y la otra volvió a sentarse, con una expresión de furia contenida.

La desesperación de Beau se tornó pánico. Intentó dominarlo.

Perder la cabeza no lo acercaría más a su hermano.

—¿Y un túnel? —insistió—. ¿Bajo el castillo? ¿Cómo, si no, enviaba el señor del lugar un mensajero en caso de asedio? ¿O hacía escapar a una princesa a salvo?

—En este castillo no hay señores —respondió Arabella—. Ni princesas tampoco.

—Mientes —soltó Beau con furia—. Hay un túnel. Tiene que haberlo.

—¡Basta! —gritó *lady* Ari, golpeando la mesa con tanta fuerza que el plato saltó—. ¿Quieres irte de aquí? ¡Pues construye un nuevo puente y cruza por él!

Beau la miró como si estuviera loca.

—¿Construir un puente? —repitió—. ¿Sobre el foso? ¡Debe de haber veinte pies de caída!

—Treinta —corrigió Arabella, y chasqueó los dedos—. Quítalo de mi vista, Valmont. Encuéntrale algo que hacer. Tiene una deuda que pagar. Sus amigos robaron la mitad de mi plata.

—Llévalo a las caballerizas, ¿por qué no? —indicó con desgana *lady* Gunezarev—. Algo me dice que se le daría bien palear estiércol.

—Por aquí —dijo Valmont, agarrando a Beau del brazo.

Pero este se soltó y volvió a la mesa, furioso.

—¡Dime dónde está el maldito túnel! —exigió.

Lady Ari saltó de su silla tan rápido, que esta cayó al suelo con un estruendo ensordecedor. Cogió una pesada copa de cristal de la mesa y la lanzó a la cabeza de Beau. Falló por apenas un suspiro y fue a estrellarse contra la pared detrás de él, explotando como un fuego artificial. Las demás damas se agacharon y gritaron.

—¡Podrías haberme matado! —gritó Beau, furioso.

—Detente, Ari —ordenó *lady* Asonperides—. Ahora.

—¿Por qué has venido aquí? ¿Por qué? ¡No deberías haber venido! —bramó Ari, fuera de sí.

—¡No me digas! —le gritó Beau, devolviendo el alarido.

Arabella levantó la vista del libro. Sus ojos se cruzaron con los de Beau.

—Pobre necio —soltó—. No sabes lo que has hecho.

Beau negó con la cabeza, incrédulo.

—¿Yo soy el necio? ¿De verdad? ¡La necia eres tú, muchacha! ¿Quién deja una reja de entrada levantada a medianoche?

En ese instante, Valmont, que se había acercado sigilosamente por detrás, le agarró un brazo y se lo retorció a la espalda, arrancándole un grito de dolor. Lo poco que quedaba del autocontrol de Beau se hizo añicos.

—¿Dónde estoy? —vociferó—. ¿Qué es este maldito lugar?

—Precisamente eso —respondió Arabella—. Un lugar maldito por Dios.

—¿Y tú? —replicó Beau—. ¿Quién eres tú?

Arabella soltó una risa seca, vacía, como el susurro de los tallos de maíz agitados por el viento.

—Maldita, también. Todos aquí lo estamos, ladrón. —Asintió hacia Valmont—. Llévatelo.

Valmont empujó a Beau hacia delante. Le costó mantenerse en pie, mientras Arabella los observaba marcharse.

En cuanto desaparecieron por la puerta, se volvió hacia Percival.

—Esto es culpa tuya —dijo con dureza—. Has permitido que una banda de ladrones entrara a comerse mi comida y a robar mis pertenencias. ¿En qué estabas pensando?

Percival parecía devastado.

—No sabíamos que eran ladrones cuando les servimos la comida —balbuceó—. Solo intentábamos ser hospitalarios, Su Gracia. Ofrecer refugio a unos viajeros perdidos.

—Eso es mentira, Percival. Sé perfectamente lo que estabais haciendo, todos vosotros, y no lo toleraré. Estáis jugando con la vida de un hombre. *Su vida*. Averiguaré quién levantó la reja y, cuando lo haga, pagará por ello. Muy caro.

Durante un largo momento, Percival no respondió. Permaneció allí, con las manos entrelazadas delante de él, intentando ocultar la pena en sus ojos. Luego, con voz temblorosa, dijo:

—Mi señora, no puede castigar a alguien por aferrarse a la

esperanza.

Arabella cerró los ojos con fuerza, como si luchara contra un dolor repentino y profundo. Pasado un momento, los abrió, se levantó de la mesa y tomó su libro.

—¿Aún tienes esperanza, Percival? —preguntó con frialdad.

—La mayoría de los días, es lo único que me queda —respondió este.

—Qué afortunado eres —dijo Arabella mientras salía de la sala—. Yo la perdí… hace un siglo.

DIEZ

—¿La cocina? Perfecto. Tomaré una tortilla, Monty —dijo Beau—. Con pimientos y cebolla, por favor. ¿Y un poco de pan tostado también?

—Cierra la boca —gruñó Valmont, empujándolo hacia delante.

Un nuevo dolor le recorrió el brazo; Valmont aún se lo tenía torcido a la espalda. Caminaban por la cocina del castillo, una estancia más grande que la mayoría de las mansiones en las que Beau había trabajado. Vio a un chef con gorro blanco removiendo un caldo en una enorme olla. Un chico adolescente pelaba y picaba verduras; otro salía de la despensa cargando un saco de harina al hombro. Una mujer, con las mangas de la blusa arremangadas y el cabello recogido en un pañuelo, amasaba pan sobre una mesa de mármol. Sus ojos siguieron a Beau.

Valmont le dio otro empujón y esta vez Beau perdió el equilibrio y cayó, liberándose del agarre de su captor. Aterrizó con torpeza a cuatro patas, a unos pocos metros de una larga mesa de trabajo de madera y de las grandes cestas de mimbre llenas de cebollas, zanahorias y patatas que la rodeaban.

—Levántate —ordenó Valmont.

Beau se agarró al borde de una cesta y se impulsó para ponerse en pie. Se movía despacio; estaba cansado y hambriento. Y estaba alterado. Muy alterado. Por Arabella, que le había dicho que no había

forma de salir de aquel sitio, y por la cortesana desquiciada que le había lanzado una copa a la cabeza. Pero sabía que no podía dejarse dominar por sus emociones; debía mantenerse alerta.

—En serio, Monty, ¿alguna posibilidad de conseguir algo de comida? —preguntó, ya de pie.

La expresión tormentosa de Valmont se suavizó. Hizo un gesto hacia un taburete, junto a la mesa de trabajo.

—Siéntate ahí —le ordenó y se volvió hacia la mujer que amasaba—. Camille, prepara un desayuno para nuestro invitado.

Beau se acomodó.

El muchacho que pelaba verduras se acercó a Valmont, para pedirle ayuda con un grifo atascado.

Este advirtió a Beau de que no se moviera y siguió al chico.

Camille se limpió las manos en el delantal, tomó una taza del estante, la llenó de café, de una tetera esmaltada y se la entregó a Beau sin decir una palabra.

—Gracias —dijo, sosteniendo la taza con ambas manos. El café estaba caliente y fuerte, y le devolvió un poco de vida.

Mientras bebía, Camille sacó un panecillo de una cesta y lo partió con destreza. Untó mantequilla en ambas mitades y cortó unas lonchas de jamón y queso, de los restos del desayuno de los sirvientes.

Beau la observaba mientras trabajaba, hasta que fijó su atención en Valmont y en el chico del grifo, en el cocinero en su fogón, en un niño pequeño, que giraba un asador, y en una doncella que lustraba un par de botas. Lo veía todo, excepto lo que realmente buscaba.

No creía a Arabella. Sabía que *debía* haber un túnel bajo el castillo, y que la entrada estaba en la bodega.

«¿Dónde está la puerta?», se preguntó, alzando el cuello. Parecía una jirafa, pero, por suerte, todos estaban demasiado ocupados para notarlo. Justo cuando iba a rendirse, vio pasar de nuevo al chico del saco de harina, pero esta vez con una cesta en una mano y un farol en la otra, antes de desaparecer por un pasillo.

Beau dejó la taza sobre la mesa y su corazón empezó a latir más

rápido.

«Va a la bodega a buscar algo, —razonó—. ¿Para qué más llevaría una cesta y un farol?».

—Toma.

La voz lo sobresaltó. Era Camille. Había terminado su bocadillo y lo había envuelto en un paño de cocina limpio.

—Toma —repitió, tendiéndoselo.

Beau lo cogió y desplegó su sonrisa más deslumbrante; esa que nunca fallaba para derretir corazones. Con Arabella no había funcionado, pero ahora, justo frente a él, tenía una segunda oportunidad. Iba a halagar a la pequeña panadera, a adularla, para sonsacarle información.

—Gracias, *mademoiselle* —empezó.

—Es *madame*, y los dos lo sabemos —replicó Camille con frialdad.

La sonrisa engreída de Beau se desvaneció, pero insistió:

—Es muy amable de su parte apiadarse de un pobre prisionero. Yo soy…

Camille lo interrumpió con brusquedad:

—¿Crees que eres el único?

Beau ladeó la cabeza, sin comprender, hasta que lo entendió: si él no podía salir de allí, tampoco los demás. Una punzada de culpa le mordisqueó la conciencia con sus dientes de rata. La espantó enseguida. Si alguien debía sentirse culpable, era Arabella.

—Sí, el puente… —empezó a decir.

—Sí, el puente —lo imitó Camille—. Ese que tú y tu jauría destruisteis.

—Eh, nosotros no… —Intentó justificarse.

—¿No qué? ¿Pensasteis? ¿Os importó? ¿Os dio igual? No, claro que no. Veinte caballos sobre un puente podrido… ¿Qué esperabais que pasara? —Camille negó con la cabeza, llena de desprecio—. No sabes *dar* nada, ¿verdad, ladrón? Solo sabes quitar.

El comentario le dolió, igual que el de Arabella, pero no iba a dejar que esta panadera insolente lo viera sangrar.

—Oh, qué cruel —dijo con fingida ironía.

Los ojos de Camille se entrecerraron. Estaba a punto de soltarle una buena, cuando Valmont reapareció.

—Vamos —ordenó con brusquedad y, por una vez, Beau se alegró de verlo.

Camille bajó la cabeza y volvió a su masa, golpeándola con tanta fuerza que la mesa tembló.

Beau se levantó, con el bocadillo aún en la mano.

Esperó a que Valmont lo sujetara de nuevo, pero el hombre pareció concederle el beneficio de la duda esta vez. Caminaron en silencio, separados por un paso de distancia, saliendo por la puerta trasera de la cocina, atravesando un patio amurallado donde había un huerto —ahora empapado y dormido—, hasta llegar a las caballerizas.

—Los establos necesitan limpieza. Toma… —dijo Valmont, entregándole una horca—. Ponte a trabajar. No me hagas arrepentirme de no haberte encerrado.

En cuanto Valmont se fue, Beau tiró la horca al suelo.

—Limpia tu propia mierda, Monty —murmuró y se sentó en una caja de pienso. Desenvolvió el bocadillo del paño y se lanzó sobre él.

Como todo aquel que ha pasado hambre, sabía que había que comer deprisa, antes de que alguien más grande y fuerte te lo quitara. Cuando terminó, se limpió la boca con el paño y se recostó contra la pared.

—En cualquier momento… —dijo.

Pasaron un par de minutos. Luego cinco. Diez. Beau canturreaba mientras esperaba, dejando que su mirada vagara. Los caballos, curiosos, asomaban la cabeza por encima de los establos, parpadeando ante el ruidoso recién llegado. Al fondo del pasillo, había una guarnicionería, y a través de la puerta abierta podía ver una fila de sillas de montar.

Allí tenía que haber toda clase de herramientas útiles —lesnas, ganchos, limas, tijeras—. Iba a servirse él mismo.

Unos pasos —varios pares de ellos para ser exactos, viniendo del

patio exterior— lo sacaron de sus pensamientos.

—Vaya, os lo habéis tomado con calma —murmuró.

Se encogió de hombros, se quitó la chaqueta, la colgó en un gancho y tomó la horca.

—¿Dónde está? —Tronó Valmont, irrumpiendo en el establo como una tempestad.

Beau metió las púas de la horca bajo un montón de estiércol y lo volcó en una carretilla, fingiendo que llevaba rato trabajando. Puso cara de desconcierto cuando Valmont se acercó a él. Detrás del capataz había dos jóvenes que Beau reconoció de la cocina.

—Sé que la tienes. Entrégala. Ahora.

Beau se apoyó en el mango de la horca.

—Estás siendo muy enigmático, Monty. Entregar, ¿qué?

—Henri, sujétalo. Florian, regístralo —ordenó Valmont.

Henri, bajo y robusto, le agarró los brazos y se los echó hacia atrás.

Florian, alto y delgado, empezó a palparlo, recorriéndole el torso, metiendo las manos en los bolsillos, tanteándole la cintura.

—Con calma, amigo —protestó Beau cuando el otro le palpó los pantalones—. ¿No prefieres invitarme a cenar primero?

—No lleva nada encima —dijo Florian cuando terminó.

—Quítale las botas —ordenó Valmont.

Florian obedeció, volcó cada bota y las sacudió. Al no caer nada, metió la mano dentro para asegurarse.

—¿Puedo saber qué demonios estamos buscando? —preguntó Beau.

—Lo sabes perfectamente —gruñó Valmont. Sus ojos se fijaron en la chaqueta de Beau; la arrancó del gancho y rebuscó en los bolsillos.

—La verdad es que no —replicó Beau.

Henri lo zarandeó con brusquedad.

—La llave maestra. Percival la dejó sobre la mesa del gran salón y ahora ha desaparecido.

Beau se volvió de golpe y empujó a Henri con fuerza.

—Cuidado —advirtió, sin rastro de burla en la voz—. No tengo vuestra llave. Tal vez la señorita «Susceptible» me la lanzó. O una doncella la barrió, junto con los trozos de la copa. Id a rebuscar en la basura. —Se agachó, cogió una bota y se la volvió a poner.

—No te creo —dijo Valmont.

—Y a mí me importa una mierda lo que creas —replicó Beau, mientras se calzaba la otra.

Valmont, con el ceño fruncido, se dio media vuelta y salió sin decir palabra. Henri y Florian lo siguieron.

Un semental, inquieto por las voces airadas, golpeó con las patas el fondo de su pesebre. Beau se acercó al animal y le acarició el cuello para calmarlo.

—¿Sabes cuál es la primera regla del oficio, amigo? ¿No? Te la diré: nunca te dejes atrapar con el botín encima. —Se inclinó y susurró al oído del caballo—: Cogí la llave de la mesa del gran salón cuando tiré los servilleteros. Luego, la solté en la cesta de cebollas de la cocina. —El caballo relinchó con suavidad, y Beau ladeó la cabeza—. ¿Por qué?, te preguntas. —Le rascó detrás de las orejas—. Porque pienso largarme de aquí. Esta noche.

ONCE

El castillo abría los ojos por la noche. Cobraba vida en la oscuridad.

Arabella lo oía. Escuchaba los aullidos, las risas, los susurros y los lamentos.

Percival siempre le decía que solo era el viento arremolinándose entre los aleros, o las viejas vigas crujiendo.

Mientras caminaba por los oscuros pasillos, Arabella deslizaba una mano por las antiguas paredes de piedra. Sus dedos quedaban húmedos.

—Solo es una gotera, señora —solía decir Percival, pero Arabella sabía la verdad.

Las paredes habían sido testigos de lo ocurrido en aquel lugar. Habían contenido tanto dolor, tanta pena, que ahora eran ellas las que lloraban.

Fantasmas vagaban por allí, criaturas hechas de recuerdos y remordimientos. Flotaban por los pasillos y las estancias, dejando tras de sí un rastro de tristeza, como una cortesana deja el perfume a su paso.

Y, todo el tiempo, el reloj dorado marcaba las horas, los minutos, los días y los años.

Arabella no podía escapar de su sonido.

Fuera donde fuera, lo oía latir, como si fuera el monstruoso corazón del castillo.

Al pasar junto a una galería, una ventana captó su reflejo: el cuello de su bata de terciopelo azul enmarcándole el rostro, su cabello dorado cayendo sobre la espalda, sus pies enfundados en zapatillas, deslizándose sobre el suelo como un suspiro. En las alas más apartadas del castillo —lugares a los que ya nadie iba—, las sillas cubiertas con sábanas se alzaban como espectros malévolos, con los brazos extendidos. Armaduras polvorientas se erguían, como sombríos centinelas en los rincones, cubiertos de telarañas. Los retratos de severos antepasados la observaban desde sus marcos con mirada implacable.

Avanzando con rapidez por un pasillo lúgubre tras otro, Arabella probaba cada picaporte, asegurándose de que las puertas estuvieran bien cerradas. De vez en cuando, apoyaba una mano o la frente contra alguna, con el oído atento y el cuerpo tenso.

Lady Asonperides las había encerrado.

«Por su propia protección, señora», le había dicho.

Nunca le reveló dónde estaban, por si —en un momento de debilidad— Arabella sentía la tentación de liberarlas. Habían guardado silencio durante su encierro, pero ahora estaban inquietas; Arabella podía sentirlo. Querían salir, deambular de nuevo… Hacerle daño.

No descansaría hasta asegurarse de que ninguna puerta quedaba abierta.

Fue entonces, mientras pasaba del ala este a la oeste del castillo, cuando la escuchó: una canción. El sonido era tan inesperado, tan completamente fuera de lugar, tan hermoso, que se detuvo en seco. Nadie cantaba. No, allí. Ya no.

Oh, canción del sol naciente, y canción del rocío.
Oh, canción de las aguas…

Era una voz masculina, tan cálida y rica, como una cinta de caramelo derretido.

Más española que francesa.

Arabella reconoció la letra: *Las montañas de Canigou*; una vieja canción, dulce y triste, que la gente de los Pirineos solía cantar.

El canto se hizo más intenso.

Arabella comprendió que provenía del exterior y corrió hacia una ventana.

Mirando hacia abajo, vio a un hombre de hombros anchos, cruzando el patio, en dirección a la cocina, con la linterna en la mano.

—¿Valmont? —susurró, sorprendida ante la idea de que su severo mayordomo cantase.

Pero no.

Era otro hombre. Más joven y de figura esbelta, que caminaba tras Valmont a paso tranquilo, con las manos en los bolsillos y los hombros encogidos por el frío.

—El ladrón —murmuró Arabella.

Valmont lo escoltaba de vuelta, desde las caballerizas.

La luna derramaba su luz sobre él, trazando vetas de plata en su negro cabello, resaltando los ángulos de su rostro, hundiéndose en sus ojos oscuros e impenetrables.

—Es un hombre de una belleza poco común —dijo una voz a su espalda.

Arabella dio un salto y se apartó de la ventana, turbada.

Una mujer estaba de pie en las sombras, a pocos pasos de ella.

—Me ha asustado, *lady* Asonperides.

—El más hermoso de todos, diría yo —añadió Asonperides, acercándose. Sus finos labios se curvaron en una sonrisa de pesar—. Pero, a diferencia de los demás, él está atrapado aquí, querida. Por tu culpa.

Arabella se estremeció. Las palabras de Asonperides le arañaron el corazón.

—No fui yo —protestó—. Lo sabes. Yo prohibí que se levantara la reja.

—¿Y acaso importa quién lo hizo? —replicó Asonperides—. Lo único que importa es *por qué*. Y solo imagina lo que ocurriría si él

llegara a descubrirlo.

Arabella percibió la amenaza velada y se irguió, altiva.

—No se lo dirás. Te lo prohíbo.

Asonperides se llevó una mano al pecho.

—¿Yo? Jamás, Su Gracia.

Arabella volvió a la ventana, buscando con la mirada otra visión del ladrón, pero ya había desaparecido.

Asonperides extendió su mano —los dedos curvados como ramas desnudas en invierno— y acarició el cabello de Arabella.

—La cena es en una hora. Ven, debemos vestirte.

—Aún no. No he terminado aquí.

—Te esperaré —dijo Asonperides, y se marchó.

Arabella permaneció un momento más junto a la ventana, para proseguir al poco con su camino por el pasillo oscuro, probando puerta tras puerta, asegurándose de que todas estuvieran cerradas. El extraño resplandor que había sentido hace un momento en el corazón se desvaneció. Ahora se sentía pesada. Hundida. Como un cadáver en el fondo de un lago, mirando hacia arriba con ojos vacíos, a un cielo oscuro y lejano.

DOCE

El chico que giraba el enorme asador cruzó la cocina con un cuenco en las manos. Tenía el ceño fruncido y caminaba con cuidadosos pasos. Era pequeño y delgado, de unos nueve o diez años. También era, sin duda, el crío más sucio que Beau había visto en su vida.

Llevaba una gorra que, en otro tiempo, debió de ser blanca, pero que ahora era gris de hollín. Tenía las mejillas manchadas de especias; la ropa, cubierta de masa, mantequilla, salsa y grasa, y parecía no haberse bañado en un año. Tal vez en dos.

Al observarlo, Beau pensó en su hermano, que apenas era dos o tres años mayor.

Incluso cuando estaban solos, durmiendo en graneros y establos, robando huevos de los gallineros y manzanas de los huertos para sobrevivir, Beau había intentado mantener al pequeño limpio. Siempre encontraba un arroyo donde bañarlo, o un abrevadero donde, al menos, pudiera mojarse la cabeza.

Se había asegurado de que Matti estuviera limpio el día que lo llevó con las monjas. Estaba delgado y harapiento —ambos lo estaban—, pero bien aseado.

Al principio, Matti no entendía por qué estaban en el convento.

Cuando Beau se arrodilló para explicárselo, el niño le echó los brazos al cuello y rompió a llorar.

Cuando trató de hacerle comprender que necesitaba comida, un

fuego, una cama cálida y seca —cosas que él no podía darle—, Matti gritó que prefería morirse de hambre antes que separarse de su hermano.

—No me dejes aquí, Beau, por favor, no me dejes. Quiero ir contigo…

—No llores, Matti. Por favor, no llores. Volveré por ti. En cuanto pueda. Te lo prometo. Lo juro…

Entonces, las monjas se llevaron al niño, arrancándole los brazos del cuello de Beau, y él se alejó. Fue como si le extirparan el corazón del pecho.

La promesa que le había hecho a Matti resonaba ahora en su cabeza.

—Muévete, chaval —murmuró entre dientes.

Tenía la vista fija en la cesta de cebollas, al otro lado de la cocina, y el mugriento chico del asador se interponía en su camino.

Beau estaba sentado, de nuevo, en la mesa de trabajo de la panadera. Después de traerlo de las caballerizas, Valmont le había puesto una mano, como una losa, en la espalda y lo había empujado hacia un taburete.

—Siéntate y estate quieto —le había dicho, como si hablara con un perro sarnoso.

Pero Beau no quería sentarse. Ni estarse quieto. Necesitaba llegar hasta la cesta de cebollas y recuperar la llave que había escondido dentro. El deseo de cruzar las montañas para reunirse con su hermano era tan poderoso que dolía. Se sentía como un zorro atrapado en una cruel trampa de hierro, tan desesperado por escapar, que se mordería su propia pata para liberarse.

Había irrumpido en decenas de tiendas y mansiones sin ser descubierto. Había forzado cerraduras endiabladamente complejas. Había deslizado relojes de los bolsillos de sus dueños. Todo lo que tenía que hacer ahora era sacar una llave de una cesta: una tarea sencilla y, sin embargo, aparentemente imposible. Había tanta gente

en la cocina cortando, salteando, emplatando, salseando y decorando, que no podía mover un músculo sin que diez pares de ojos lo vieran.

—Vamos, chaval. Quítate de en medio —murmuró entre dientes.

Pero en lugar de apartarse de su línea de visión, el chico se acercó a él y dejó el cuenco que llevaba en las manos.

Beau se echó un poco hacia atrás, esperando que un niño tan mugriento como aquel apestara a estiércol, pero no era así. De hecho, olía bien. A pollo dorado en mantequilla. A castañas asadas. A grasa de tocino.

—Para ti. He ayudado al chef a hacerlo —dijo el muchacho, con un tímido orgullo hinchándole el pecho. Sacó una cuchara del bolsillo del delantal, la colocó junto al cuenco y se alejó, volviendo al reino de los hornos ardientes y los asadores crepitantes.

Beau miró el cuenco: contenía un estofado de carne.

No le apetecía —los nervios le habían quitado el hambre—, pero tomó la cuchara de todos modos. No comer, después de trabajar todo el día, parecería extraño, y podría despertar las sospechas de Valmont. No podía arriesgarse.

Cogió una cucharada, sopló sobre ella y se la llevó a la boca, dispuesto a tragarla rápido, pero, en cuanto la probó, sus ojos se abrieron de par en par y su estómago emitió un ronroneo largo y agradecido, mientras la carne se derretía como mantequilla en su lengua. Los trozos tiernos de zanahoria y patata, las diminutas cebollitas que se deshacían en la oscura salsa avenada… sabían a algo más que a sí mismos. Sabían a paciencia. A tiempo invertido. A cuidado.

Tomó otro bocado y, al hacerlo, un intenso recuerdo lo atenazó y le robó el aliento.

Vio a una mujer. Tenía una cara sonriente y unos ojos amables. Cantaba para él, con una voz cálida y suave. Podía olería —vainilla, mantequilla, almendras—, mientras ella le tomaba el rostro entre las manos y besaba la cima de su cabeza. Perderla casi lo había matado, pero también le había enseñado algo: aprendió a amurallar

su corazón, ladrillo a ladrillo, para que no pudieran volver a romperlo.

Nadie podía atravesar ese muro. Nadie, salvo Matti.

—¿Quieres un poco de pan? —La voz lo arrancó de su recuerdo.

Levantó la vista y vio a Camille acercándole un plato. En él había gruesas rebanadas cortadas de una gran hogaza. Le dio las gracias, rompió una por la mitad y arrastró su borde esponjoso por la salsa.

—Rémy puede traerte más estofado —dijo Camille, asintiendo hacia el chico.

—¿Se llama Rémy? —preguntó Beau—. ¿Alguna vez se baña?

Camille esbozó una sonrisa.

—No es muy amigo del agua.

Reanudó su tarea, decorando con manga pastelera unas flores de glaseado, sobre un par de tartas, y Beau dejó que su mirada se posara en ella. Era menuda, de figura llena y atractiva, rodeada por las herramientas de su oficio: una balanza, mangas pasteleras, cuencos de glaseado, cucharas de madera, espátulas, cascanueces y punzones. Había sentido el filo de su lengua unas horas antes, pero sus ojos castaños eran cálidos, y en su profundidad había una tristeza que no supo nombrar.

«La gente triste es gente amable, —pensó—. Hazla hablar. Que se abra. Tal vez te diga algo útil».

—Son bonitas —dijo, señalando las tartas.

Pero antes de que ella pudiera agradecerle el cumplido, una voz profunda tronó a su espalda.

—Acaba, ladrón. Y lava tus platos. En cuanto sirva el postre, te llevaré de vuelta a tu habitación.

Era Valmont. Cruzó al otro lado de la mesa, tomó una tarta de chocolate sobre su soporte de porcelana con una mano y una de castañas con la otra, y salió de la cocina.

Beau maldijo en silencio. Solo tenía unos minutos para conseguir la llave, y seguía sin encontrar la forma de hacerlo. Engulló el resto de su comida y llevó sus platos sucios al fregadero, demorándose unos segundos para ofrecer ayuda a los pinches, pero estos negaron

con la cabeza.

Frustrado, miró a su alrededor.

Camille estaba en la despensa. El chef colaba el contenido de una olla. Rémy limpiaba los asadores. Los demás estaban ocupados terminando el servicio. Nadie lo miraba. Sus ojos volaron hacia la puerta del gran salón. Valmont aún no había vuelto, pero podía hacerlo en cualquier momento. Era ahora o nunca.

Comenzó a caminar, con paso lento y despreocupado, aunque luchaba contra el impulso de correr.

Poco a poco, fue acortando la distancia entre él y la cesta, con la esperanza creciendo con cada paso. Veinte pies… Quince… Diez… Ya casi estaba allí.

Entonces, las puertas de la cocina se abrieron de golpe y apareció Valmont. Sus ojos lo atravesaron.

—¿Adónde crees que vas?

Beau se detuvo.

—Quiero una cebolla —dijo con inocencia.

Las espesas cejas de Valmont se alzaron.

—¿Una cebolla?

—Me entra hambre por las noches.

—¿Y una manzana?

—Me gustan las cebollas —respondió Beau.

El ceño de Valmont no desapareció, pero su expresión escéptica se suavizó ligeramente. Beau sintió una oleada de emoción. La llave era suya.

—Solo una pequeña —se apresuró a decir—. Puedo cogerla yo…

Pero Valmont lo interrumpió:

—¡Rémy! —gritó—. ¡Lánzame una cebolla!

El chico corrió hacia la cesta, tomó una cebolla grande y se la lanzó.

Valmont la atrapó al vuelo y se la tendió a Beau.

Beau forzó una sonrisa al tomarla.

—Vaya, una grande. Gracias.

—Vamos —dijo Valmont, dándole un empujón.

El corazón de Beau se hundió mientras echaban a andar; sus planes se habían desintegrado como un castillo de arena bajo las olas. Aquella llave, la misma de la que ahora se alejaba, era su única esperanza.

Después de que Valmont lo registrara más temprano y regresara al castillo, dejando solo a Beau, este había decidido explorar un poco.

Había ido desde los establos hasta la muralla del castillo, siguiéndola hasta encontrar una escalinata de piedra tallada en su costado. Las escaleras llevaban a un estrecho pasadizo que corría por lo alto del muro. Trepó por los peldaños y luego recorrió toda la longitud de la muralla. Le llevó más de dos horas. Mientras estuvo allí arriba, descubrió que Arabella no le había mentido sobre lo del puente.

Fuera de la muralla, el foso rodeaba el castillo en un anillo largo e ininterrumpido, y no había nada —ni puente levadizo, ni pasarela— que lo cruzara. Dentro de los muros, los terrenos del castillo parecían infinitos. Había jardines y pastos, graneros para el ganado, campos, un lago y un bosque.

En un momento, se había detenido, contemplando aquella inmensidad ilógica, imposible, y le había parecido que el dominio de Arabella era un universo en sí mismo, contenido y autosuficiente, sin necesidad del mundo exterior. El pensamiento le heló la sangre.

«Arabella no te mintió sobre el segundo puente… y puede que tampoco mienta sobre el túnel», le susurró una voz interior.

Pero Beau la acalló.

Necesitaba que existiera ese túnel.

El camino hasta su habitación era largo y sinuoso, y la linterna que llevaba Valmont apenas lograba ahuyentar la penumbra que crecía en los pasillos y escaleras.

Caminaron en silencio, Beau detrás de su captor, hasta que, al cabo de unos quince minutos, llegaron a la pequeña habitación de la torre.

Mientras Valmont abría la puerta y lo hacía pasar, Beau vio que la

cama estaba hecha. En el hogar ardía un fuego acogedor. Había una jarra de agua fresca sobre la mesa y un vaso limpio. Una vela encendida brillaba en un candelabro de hojalata.

La habitación era más limpia, cálida y confortable que cualquiera de los tugurios húmedos donde había vivido entre ladrones y, aun así, detestó la visión. Le hacía sentirse como un animal encerrado en una jaula.

—Si crees que soy tan malditamente peligroso, ¿por qué no me dejas fuera? —preguntó con furia, mientras Valmont le daba las buenas noches—. Haz que duerma en los establos, ¿no? Si soy un riesgo para todos, ¿por qué mantenerme aquí?

El mayordomo no se dignó a responder, pero, cuando la puerta se cerró, murmuró algo. Era difícil escucharlo, por encima del traqueteo de la llave en la cerradura, pero Beau alcanzó a distinguir unas pocas palabras:

—No es por nuestra seguridad, ladrón. Es por la tuya.

TRECE

Josephine, la lavandera, se sentaba, decaída, en su mecedora, calentando sus viejos huesos junto al fuego.

—Después de tantos años, alguien consigue levantar el rastrillo del portón y, ¿esto es lo que entra? —dijo con disgusto—. Es una pérdida de tiempo. El peor de todos. No hay esperanza con él. Ninguna. —Una de las doncellas, que zurcía un calcetín en la mesa de los sirvientes, levantó la cabeza—. Es astuto y taimado —añadió Josephine—. Un mentiroso, un bribón y un ladrón. Todo en uno.

La doncella rompió a llorar. Soltó su costura y salió corriendo de la habitación.

Lucile, la esposa del jardinero, una mujer activa y de ojos vivaces, bajó su labor de punto.

—De verdad, Josephine. ¿Era necesario eso? —la reprendió.

—¿El qué?

—Destrozar las esperanzas de Claudette. La pobre está enamorada.

—¿Enamorada? —repitió Josephine, sorprendida—. ¿De quién?

Lucile se inclinó hacia delante en su silla. Sus ojos brillaban a la luz del fuego.

—¡De Florian! —susurró.

—¿Florian? —resopló Josephine—. Es medio tonto. ¿No puede encontrar a alguien mejor?

—¿Y dónde iba a hacerlo exactamente? ¿En el mercado? ¿En un baile del pueblo?

Josephine tuvo la decencia de sonrojarse.

—Bueno, yo no pondría mis esperanzas en el ladrón si fuera ella.

Un silencio sombrío cayó sobre las dos mujeres, y sobre el resto de los sirvientes.

Estaban sentados en la cocina, como todas las noches. Los mayores se relajaban en sillones acolchados cerca del fuego, bebiendo *brandi*. Los más jóvenes se reunían alrededor de una larga mesa de pino, cosiendo o jugando a las cartas, y compartiendo una olla de chocolate caliente.

Percival fue el primero en romper el silencio.

—¿Quién lo hizo? Quiero saberlo. ¿Quién tuvo la… la…?

—¿Pelotas? —ofreció Josephine.

—Temeridad —continuó Percival—, de abrir la caseta del portón, girar el torno y levantar el rastrillo. ¿Y cómo consiguieron mi llave?

Josephine arqueó una ceja.

—¿Y cómo sabemos que no fuiste tú?

El resto de los sirvientes estalló en risas.

—No puede ser nuestro Percival —indicó Phillipe, aún con su chaqueta blanca de chef. Le dio una palmada cariñosa al mayordomo adjunto—. Es tan leal a la señora como el día es largo.

—Quizá fuiste tú, Josephine. Eres fuerte como un buey —bromeó el jardinero, Gustave; un hombre corpulento, con un suéter de lana y una pipa entre los dientes. Empujó a Percival con el codo—. Podrías haberlo hecho, ¿sabes? Solo hay que mirar tus manos… ¡Cada una tan grande como un jamón!

—Tú eres tan tonto como un jamón, Gustave —replicó Josephine —. Estuve enferma en cama con un resfriado de pecho esa noche. Dormí todo el tiempo.

Gustave dio una larga y pensativa calada a su pipa.

—¿Valmont? —tanteó, exhalando una nube de humo.

Percival negó con la cabeza.

—Estaba conmigo, jugando a las cartas. —Señaló al chef y al

mozo de cuadra principal, por turnos—. Phillipe, tú puedes confirmarlo. Estabas allí.

El chef asintió, y Percival volvió a mirar al jardinero con los ojos entrecerrados.

—Quizá fuiste tú, Gustave.

—No digas tonterías. A las nueve ya estoy dormido —respondió Gustave con un gesto despectivo—. ¿Claudette, tal vez? Ella sí que tiene un motivo… Está enamorada.

—¿Claudette? ¿Manejar un torno? —bufó Phillipe—. Apenas puede usar un batidor de huevos.

—Yo creo que fueron los chicos de cocina —dijo Percival—. Siempre están tramando algo. Les he preguntado, por supuesto, pero lo han negado.

Mientras Phillipe servía más *brandi*, Gustave repasaba la lista de sospechosos: Martin, el granjero, y su hija Mirabelle. El cazador, Jacques. Josette, la otra doncella. Los lacayos. Las fregonas.

Gustave acababa de sugerir que Louise, la costurera —encorvada y tan delgada, que una brisa de verano podría llevársela—, era la culpable, cuando se oyó un ruido. Provenía de la puerta trasera. Sonó como un arañazo, seguido de un golpe seco.

Percival dio un brinco.

—¡Aún no es medianoche! —exclamó.

—¡Son solo las diez! —susurró Lucile, alarmada.

—Entonces no puede ser… —La voz de Gustave se apagó.

—Entonces, ¿qué es? —murmuró Percival.

En el bosque del castillo vagaban osos. Pumas. Lobos. Uno había matado una oveja la semana pasada.

—¡Atrás! —gritó Gustave, levantándose de su silla. Sacó unas tijeras de podar del bolsillo de sus pantalones y las blandió con valentía hacia la puerta.

Henri agarró un cuchillo de carnicero, y Phillipe un cuchillo de trinchar.

Todos se acercaron con cautela.

Hubo otro ruido fuerte, y luego la puerta se abrió de golpe sobre

sus bisagras.

Lucile dio un salto.

Josephine jadeó.

Pero no apareció ningún lobo babeante, ni un oso. En su lugar, emergió Camille de la fría noche, sacudiendo las hojas del dobladillo de su capa, con el asa de una cesta de mimbre colgando de un brazo.

—¡Camille! ¡Nos has dado un susto! —gritó Gustave, agitándole las tijeras.

La mujer lo miró sorprendida y luego dejó la cesta en el suelo.

—Lo siento —dijo—. La puerta estaba atascada.

—¿Qué demonios haces fuera del castillo a estas horas?

—Recolectando matadóridas —respondió Camille, colgando su capa en un gancho—. Hay un parche que aún sobrevive bajo el viejo roble.

—¿Matadóridas? ¿Y para qué quieres eso? —preguntó Gustave, frunciendo el ceño—. ¡Son venenosas!

—Valmont me envió a por ellas. Dice que no son venenosas, si se machacan con una vara de plata y se preparan en té —replicó Camille—. Dice que calma el corazón.

El ceño de Gustave se transformó en una expresión preocupada.

—¿Cómo está la señora?

Los ojos de Camille se encontraron con los suyos.

—Inquieta.

—¿Y Valmont cree que puede calmarla con una taza de té? —preguntó Gustave, moviendo la cabeza de forma negativa.

—Será mejor que me ponga a trabajar —dijo Camille, tomando su cesta y dirigiéndose hacia la despensa—. Falta poco para la medianoche.

—La medianoche nunca está lejos —indicó Lucile, con los ojos fijos en la puerta.

—¿Dónde está Valmont? —preguntó Percival, con voz nerviosa.

—Haciendo su ronda por el castillo, con Florian. Están comprobando que todo esté cerrado —aclaró Gustave.

—Camille… —La llamó Percival.

La panadera se detuvo. Miró por encima del hombro y sus cejas se alzaron.

—Hazlo lo mejor que puedas. Esta es nuestra última oportunidad.

Con un breve asentimiento, Camille se marchó.

Gustave la observó marcharse y luego volvió la vista hacia los demás. En voz baja, con tono conspirativo, dijo:

—¡Quizá fue ella!

—¿Nuestra pequeña panadera? —preguntó Phillipe riendo—. Vamos, Gustave. Ella hace dulces, pasteles delicados y tartas. Si hasta tengo que bajarle las ollas pesadas del estante. Levantar un rastrillo es trabajo de hombres, y de hombres fuertes, además. Camille no podría hacerlo, si quisiera.

Gustave puso una mano sobre el hombro de Phillipe. Sus ojos azules, turbios y apagados, estaban llenos de tristeza.

—¿Si? Viejo amigo… —indicó—, no hay ningún «si», en eso. Por supuesto que quería hacerlo. Todos queremos hacerlo. ¿Quién entre nosotros desea morir?

CATORCE

«¡Cabeza de chorlito con dedos de salchicha! ¿Cuántas veces te lo he dicho? Una cerradura es como una mujer. Para cortejarla, debes pedir, no exigir. Escuchar, no hablar. Dar, no tomar…».

La voz de Antonio resonaba en la cabeza de Beau, mientras se arrodillaba en el suelo de su habitación, trabajando con un tenedor de plata —cuyos dientes había doblado hacia atrás—, dentro de la cerradura de la puerta.

Antonio fue quien le enseñó a fabricar aquellas llaves de tensión, imposiblemente finas, las delgadas ganzúas y los rastrillos, y cómo usarlos. Le había enseñado a ver dentro de una cerradura con las manos, en lugar de los ojos; a escuchar cómo los pasadores y resortes le revelaban sus secretos.

«Haz esas cosas, chico. Hazlas bien, y no habrá cerradura en el mundo que no puedas abrir».

—Lo estoy haciendo bien, Tonio —murmuró Beau entre dientes —, pero ni tú podrías abrir una cerradura con un maldito tenedor de encurtidos.

El fuego se había apagado casi por completo y la habitación se había enfriado, pero el sudor le corría por el rostro. Se lo limpió con la manga y giró el mango del tenedor una vez más, pero el metal era demasiado blando. La punta se atascó y no quiso moverse. Maldiciendo, furioso, tiró hasta liberarla y la arrojó al otro lado del

cuarto.

—Nunca saldré de aquí —gruñó, dejándose caer sobre su trasero.

Llevaba horas trabajando en la cerradura. Debía de ser pasada la medianoche. Había esperado estar muy lejos a esas alturas, pero allí seguía, atrapado en su habitación.

El viento aullaba fuera como un espíritu vengativo, con dedos largos que hurgaban y golpeaban las viejas piedras de la torre, buscando un modo de entrar. Beau conocía ese viento; lo odiaba. Era el mismo viento acechante que giraba alrededor del convento a las afueras de Barcelona. Ahora se revolvía entre sus recuerdos, como si limpiara tierra de una tumba, dejando al descubierto cosas enterradas hacía mucho tiempo.

Cerró los ojos con fuerza para ahuyentar las imágenes, pero de nada sirvió. Vio a Matti, delgado y pálido, encorvado y tosiendo. El sonido áspero y traqueteante resonó en su cabeza, obligándolo a ponerse de pie de un salto. Si tan solo no hubiera perdido la carta de la hermana María Teresa… Entonces sabría con certeza si su hermano se había recuperado.

Se sacudió la tensión de las manos, limpió su mente y recordó las enseñanzas de Antonio.

«Piensa en la cerradura como el corazón de una amante: guardado, desconfiado, lleno de secretos. Anhela abrirse a ti… y lo hará, si se lo permites».

Beau comprendió su error. En su prisa por escapar, había sido impaciente y torpe, hurgando en la cerradura con sus improvisadas herramientas, como un dentista de dedos gruesos tratando de arrancar un diente podrido.

Su vela estaba en el suelo, en su soporte. La levantó y la acercó a la cerradura.

—Eres de hierro y vieja —le dijo—. También estás oxidada, lo que significa que te han descuidado. Si Antonio tenía razón, y las cerraduras son como los corazones, entonces el tuyo es muy pesado.

Frunciendo el ceño, Beau colocó la vela a un lado y revisó los

objetos que había robado, más temprano, en los establos y la cocina, todos extendidos sobre una servilleta en el suelo. Un pincho para nueces parecía prometedor. Introdujo la punta en el ojo de la cerradura y giró. Se rompió en dos al instante. Gimió, sacó el pedazo roto y volvió a hurgar en su pila, escogiendo un clavo de hierro delgado y un diente de rastrillo.

«Paciencia, muchacho, paciencia…».

Lenta y metódicamente, Beau trabajó la cerradura: tanteando, persuadiendo, escuchando… hasta que finalmente un pasador se movió a su sitio, y luego contuvo la respiración, mientras los demás lo seguían en una sinfonía metálica de rasguños, chasquidos y clics. Pocos sonidos le resultaban tan hermosos como el profundo y satisfactorio *clunk* de un cerrojo abriéndose.

Rápido, ató sus herramientas con la servilleta y se la escondió en la cintura. Luego, abrió la puerta —no mucho, solo lo suficiente—. Sus ojos de ladrón habían observado a Valmont entrar y salir, y había notado el punto exacto donde chirriaban las bisagras. Se deslizó por la rendija, llevando la vela consigo y dejando el candelabro atrás.

—¡Sí! —susurró al salir de su habitación—. Aún hay tiempo para encontrar el túnel. Con un poco de suerte, estaré muy lejos cuando Valmont venga a despertarme.

Sosteniendo la vela en alto, Beau cruzó el rellano y empezó a bajar las escaleras. Había dado cinco o seis pasos cuando miró hacia atrás, pero la oscuridad era tan espesa y la luz tan débil, que ya no podía ver la puerta. Era como si la noche lo hubiera sentido y se abalanzara sobre él como un mar oscuro, ansioso por arrastrarlo. Un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza.

—Contrólate, bebé —se dijo.

Siguió bajando la empinada escalera, tan silencioso como una sombra, cuidando de no hacer el más mínimo ruido. Las escaleras terminaban en un amplio rellano en el tercer piso del ala este. Tres largos pasillos se extendían desde allí. Beau no podía verlos en la oscuridad espesa, pero había memorizado su ubicación.

No sabía adonde llevaban los de la derecha y la izquierda, pero el que quedaba al frente lo conduciría a la escalera principal del castillo, que descendía hasta el vestíbulo de la entrada. Desde allí, podría cruzar el gran salón, llegar a la cocina y de ahí al sótano.

Empezó a avanzar, caminando en silencio sobre el suelo de madera.

Y fue entonces cuando escuchó el sonido, bajo y helado.

Trató de convencerse de que era solo el viento. O la lluvia. Las piedras asentándose. Las vigas crujiendo.

Pero no lo era.

Era el sonido de un gruñido.

QUINCE

«No te muevas. No tiembles. No respires», le advirtió su corazón desbocado. «El lobo nunca corre delante del conejo».

Así que escuchó, como escucha un ratón cuando el gato está cerca. Con los oídos, con la piel, con los nervios, con cada fibra de su ser. Y su cuerpo le dijo que la bestia estaba agazapada en la boca del mismo pasillo al que él pensaba dirigirse.

Lentamente —tan lentamente que apenas parecía moverse—, Beau acercó la vela a sus labios y sopló la llama. No podía ver a la bestia, pero ahora ella tampoco podía verlo a él.

El gruñido creció, más profundo, más gutural.

Beau escuchó un paso, luego otro. Se acercaba. Los músculos de sus piernas se tensaron, temblando, rogándole que corriera.

«Corre. Corre ya».

Pero se mantuvo firme. Sabía que solo tenía una pequeña oportunidad de escapar.

«Diez pasos hasta la escalera, —se dijo—. Cuarenta y dos escalones hasta el rellano…».

Raphael le había enseñado a buscar salidas. Siempre. En todas partes. Había aprendido a medir distancias en su cabeza, a memorizar giros, esquinas y puertas.

«Cinco pasos a través del rellano hasta la puerta de la habitación…».

Inspiró despacio, en silencio, llenando los pulmones de aire, y mientras lo hacía, echó el brazo hacia atrás. Luego lanzó la vela con todas sus fuerzas, apuntando hacia el pasillo de la izquierda, rezando para que pasara por el arco.

La oyó caer y rodar por el suelo. Oyó a la bestia abalanzarse fuera de su escondite tras ella, y luego no escuchó nada más que el estrépito de sus propios pasos cuando echó a correr escaleras arriba.

Había dejado la puerta de su habitación entreabierta, y el fuego, aún vivo en la chimenea, proyectaba una fina franja de luz sobre el rellano. Se lanzó dentro, cerró la puerta de un golpe y cayó de rodillas. De forma frenética, sacó el fajo de herramientas de su cintura y lo desató.

Mientras intentaba meter el diente del rastrillo y el clavo en la cerradura, oyó pasos en las escaleras de piedra. Un gruñido se transformó en un rugido. El pánico lo invadió como una ola de tormenta, haciéndole temblar las manos. Se le cayeron las herramientas.

—Vamos… Vamos… —murmuró, buscándolas a tientas.

«Con calma, chico… Tómate tu tiempo…».

Antonio estaba otra vez en su cabeza, estabilizando sus manos.

«Suave y lento, como un primer beso…».

El rugido crecía. La bestia estaba en el rellano. Sintió el corazón en la garganta, martilleando con fuerza.

En un último movimiento desesperado, introdujo de nuevo el diente en la cerradura y lo pasó por los pasadores, empujando los resortes, y uno a uno cedieron. En lugar del ruidoso clunk, que había sonado al abrir la puerta antes, esta vez solo hubo un suave clic, cuando el cerrojo se deslizó a su sitio.

Un segundo después, la bestia se lanzó contra la puerta. El impacto hizo que Beau cayera hacia atrás. Sentado en el frío suelo, con las manos apoyadas detrás y el pecho agitado, la oyó rugir, llena de furia. Se arrojó contra la puerta otra vez, y escuchó cómo su gruñido se alejaba, como si la criatura descendiera por la escalera.

Contuvo el aliento. Pasó un largo minuto. Silencio.

Beau exhaló un suspiro tembloroso y se dejó caer de espaldas en el suelo, presionando las palmas sobre sus ojos.

—Eres un mentiroso, Valmont —susurró.

La bestia no era una fantasía. No era un producto de su imaginación empapada en vino.

La bestia estaba allí.

Era real.

Y quería matarlo.

DIECISÉIS

Lady Celso observó con preocupación al resto de cortesanas, que la acompañaban en la mesa del desayuno. No tenían buen aspecto.

Lady Cadicio, que había cogido la cesta de panecillos y se los había comido todos, parecía a punto de vomitar. *Lady* Confendizasa, pálida como una larva, se acurrucaba en un rincón, negándose a probar bocado.

—La comida está envenenada —aseguraba.

Lady Gunezarev se hurgaba una costra en la barbilla. *Lady* Densed frunció el ceño y le dijo que era asquerosa. *Lady* Diome removía una cucharada de azúcar tras otra en su té, con manos temblorosas. *Lady* Diermontirem permanecía junto a la ventana, mirando en silencio hacia la distancia. *Lady* Asonperides estaba inmóvil, con los dedos tamborileando en el brazo de su silla.

Todas estaban nerviosas por culpa del ladrón.

Un movimiento al otro lado de la mesa sacó a Celso de sus pensamientos. Era *lady* Paluc. Se había levantado de su silla y caminaba hacia Arabella.

—Mira a esa aduladora —le siseó Celso a Densed—. Reptando alrededor de la señora como una hiena. La odio.

Paluc apoyó un brazo en el respaldo de la silla de Arabella. Su manga estaba arrugada y el puño mugriento.

—¿Una segunda ración de beicon, Su Gracia? ¿Está segura de

que es buena idea? —preguntó con voz melosa y viscosa.

Celso la observaba, hirviendo por dentro como una olla de gachas.

—Bueno, supongo que la modista siempre puede soltar unas costuras —añadió Paluc—. Habría sido mejor no comer tanto desde el principio, pero el autocontrol nunca ha sido su punto fuerte, ¿verdad? —Las manos de Arabella, apoyadas sobre la mesa, se cerraron en puños—. Oh…, qué demonios. Ya que vamos a lo grande —dijo Paluc, con tono alegre—, ¿por qué no conseguimos más? Iré yo misma a buscarlo.

—¡No, iré yo! —gritó Celso, incapaz de soportar más la zalamería de Paluc. Se levantó de golpe y le arrancó la bandeja de las manos.

Paluc jadeó.

—Eso ha sido una maldad, *lady* Celso. Aunque no me sorprende, siendo usted una persona malvada.

Pero Celso ya no la escuchaba. Se encaminaba a la cocina.

«¿Por qué la señora la tolera?», se preguntó. «Ella, Celso, era mil veces más encantadora. Más inteligente. Más divertida. Más elegante. Mucho más hermosa».

Al entrar en la cocina, esperaba ver a los sirvientes en sus puestos habituales, trabajando con gesto adusto. Casi se le cayó la bandeja cuando los vio reunidos alrededor de una mesa de trabajo —todos, menos Valmont—, riendo y gritando.

Curiosa, se acercó en silencio y vio lo que los tenía tan entretenidos. Era el ladrón. Tenía algo entre las manos.

—¿Estás segura, Josette? —le oyó decir—. ¿El grano de café está bajo esa cáscara? ¿Esa es tu elección definitiva?

Le sonrió a la joven doncella —una sonrisa capaz de aflojar rodillas, hacer temblar corazones y sonrojar mejillas.

—¡Sí! ¡Sí! —chilló ella, dando pequeños saltos sobre la punta de los pies—. ¡Segurísima!

Celso vio a Florian lanzarle una mirada anhelante a Josette. Su enamoramiento era el secreto peor guardado del castillo; y que Claudette estaba enamorada de él. Y que Henri estaba enamorado

de Claudette.

—¡Josette tiene razón! ¡Es esa! —exclamó emocionada Camille. Estaba de pie junto al ladrón, con un cuenco de mezcla encajado en el brazo.

Percival, que servía hojas de té Darjeeling en una tetera, asintió.

—No hay duda.

—¿Seguro, Perce?

—Lo estoy —respondió Percival, lanzándole a Beau una mirada severa—. Y no me llames *Perce*.

El chef, Phillipe, intervino:

—Por supuesto que es esa. ¡Lo he visto con mis propios ojos!

Hasta el pequeño y mugriento pinche habló.

Celso frunció la nariz al verlo. Estaba sucio y despeinado, como siempre, y apestaba a mantequilla, romero, y otras cosas que le daban arcadas. Procurando no acercarse demasiado, bordeó al grupo y se asomó por encima del hombro de Florian.

Beau tenía tres cáscaras de nuez alineadas frente a él.

—Muy bien, entonces, si estáis realmente, realmente, realmente seguros…

—¡Sí! ¡Sí! ¡Vamos, dale la vuelta! —Le rogó Josette.

Beau suspiró profundamente, con dramatismo.

—Supongo que me habéis pillado esta vez. —Entonces, levantó la cáscara. No había nada debajo—. ¡Ja! ¡Os he engañado! —gritó, estallando en carcajadas.

Los sirvientes prorrumpieron en una algarabía de fingida indignación.

—Imposible —dijo Florian, negando con la cabeza—. Nos has hecho trampa. No está debajo de ninguna.

Beau sonrió. Levantó la cáscara de la derecha. El grano estaba allí.

Un grito se alzó: la alegre sorpresa de quienes se saben embaucados con gusto.

Gritos de: ¡Otra! ¡Hazlo otra vez!, llenaron la cocina.

«Esto no pinta bien», pensó Celso.

—La señora requiere más beicon —anunció con voz fuerte, sosteniendo la bandeja.

Los sirvientes se pusieron en posición al instante, avergonzados por haber sido sorprendidos jugando.

Phillipe ordenó a Henri que atendiera su pedido.

Mientras el muchacho tomaba la bandeja, Celso se acercó a Florian. Tanto, que su brazo rozó el del chico, haciendo que la sonrisa luminosa del joven se desvaneciera.

—Ah, el juego de las conchas —dijo ella jovialmente—. Continúa, me encantan los trucos de magia.

Los sirvientes se relajaron un poco, y las sonrisas regresaron.

—¡Enséñanos cómo lo haces, Beau! —suplicó Josette—. ¡Por favor!

—No es buena idea —dijo Florian, con gesto reprobador—. Si Valmont nos pilla perdiendo el tiempo…

—¡No seas aguafiestas! —le reprendió Josette—. Valmont no está aquí, ¿verdad?

Florian hizo una mueca y dio un paso atrás.

—¡Vamos, Beau, enséñanos! —lo animó Claudette.

Beau negó con la cabeza y dijo que no podía revelar sus secretos, pero las doncellas insistieron tanto que terminó cediendo. Dio la vuelta a su mano izquierda y les mostró cómo usaba el dedo anular para sujetar el grano de café contra la palma, para luego dejarlo caer bajo la cáscara que quisiera. Las invitó a intentarlo.

Celso observó cómo Josette reía, se sonrojaba y miraba a Beau mientras intentaba torpemente dominar el truco. Fallaba una y otra vez, hasta que Beau le tomó la mano, presionó el grano de café en su palma y le cerró los dedos sobre él.

Una pequeña y secreta sonrisa jugueteó en los labios de Celso. Se inclinó hacia Florian y apoyó una mano sobre su antebrazo.

—Dios mío, pero qué ingenioso es, ¿verdad? —susurró.

Florian asintió, con brusquedad.

—Sí, *milady*. Muy ingenioso.

Había algo nuevo en su voz, algo tenso y contenido. Celso lo

notó, y su sonrisa se ensanchó.

—Y además es divertido, y Dios sabe que nos vendría bien un poco de eso por aquí. También es guapo —añadió, con un ronroneo en la voz—. Ese cabello… Es como… —Enredó los dedos en el collar de perlas que llevaba—… como una cascada a medianoche.

Florian se tensó, y Celso lo sintió.

—Y el cuerpo no está nada mal, tampoco —continuó ella. Soltó una risita grave, luego miró de reojo a Florian—. Oh, lo siento. Eso ha sido bastante inapropiado, ¿no? Hablemos de su rostro, entonces. Esos pómulos cincelados, esa mandíbula… ¡Y esos ojos! Como *brandi* brillando en una copa de cristal. Y, por Dios, esos labios…

—¡Josette! —La palabra estalló en la boca de Florian.

La joven doncella se volvió hacia él, con expresión confundida.

—Por el amor de Dios, Florian, ¿qué te pasa?

—Nosotros… deberíamos irnos. Hay trabajo que hacer.

—Yo no voy a ninguna parte —replicó Josette con un movimiento de cabeza. Segundos después, volvía a reír con Beau.

Furioso, Florian se alejó a zancadas. La sonrisa de Celso se ensanchó tanto que parecía la de un cocodrilo. Se volvió, buscando a Henri.

—¿Qué hay de ese beicon, chico? —dijo con fingida despreocupación.

Henri, que acababa de terminar de apilar las tiras en la bandeja, se la acercó para que lo aprobara.

—¿Se la llevo a la señora, *milady*?

Celso ladeó la cabeza y lo observó.

—Sí. Vamos, se la llevaremos juntos.

Mientras se dirigían al salón, le puso una mano en la espalda y, en voz baja, dijo:

—No parece justo que Phillipe te haya hecho encargarte del beicon, mientras Florian se quedaba a ver el juego. Pero claro, él es el favorito del chef, ¿no? Debe de ser difícil para ti, Henri, ser más joven que Florian… y no tan atractivo… ni tan listo, y, bueno, algo falto de encanto, y además… Umm, ¿cómo decirlo? Desaliñado. No

es que haya nada de malo en eso… —Para deleite de Celso, la cabeza de Henri se inclinó, pulgada a pulgada, hasta que su mirada quedó fija en el suelo—. Debes estar molesto con Florian. Tal vez, incluso odiarlo. Yo, desde luego, lo haría —continuó ella, con su voz endulzada con falsa compasión.

—No, yo… Yo no… —La voz de Henri se quebró. Levantó la cabeza. Su expresión, siempre tan abierta y ansiosa, se endureció. Algo feo afloró en sus ojos, como sangre filtrándose a través de una venda—. Sí, lo odio. Lo odio.

Celso sonrió y le dio una palmadita en la espalda, complacida de saber que no había perdido el toque.

Aunque su sonrisa se desvaneció pronto, mientras caminaban por el pasillo. Si el ladrón podía hacer sonrojar a las doncellas, reír a la panadera e incluso arrancarle una sonrisa al quisquilloso Percival… ¿Qué podría hacerle a la señora?

Una nueva ráfaga de risas provenientes de la cocina llegó a sus oídos.

«Esto no puede seguir así», pensó mientras regresaba al gran salón.

Asonperides, el resto de la corte… Todas habían trabajado demasiado, durante demasiado tiempo, como para que ese intruso llegara y lo echara todo a perder.

Habían cometido un error.

Todas, incluso Asonperides —la más fuerte entre ellas—. Habían subestimado al ladrón, pero este era diferente a los otros que habían llegado al castillo, y podía resultar mucho más problemático de lo que habían previsto. Al fin y al cabo, aún no sabían de qué era capaz.

«Claro que…, —se dijo a sí misma—, él tampoco sabe de qué somos capaces nosotras». El pensamiento devolvió la sonrisa a sus labios.

—Ten cuidado, joven Beauregard Armando Fernández de Navarre —susurró, mientras sus ojos se posaban en Asonperides—. No tienes ni idea de con quién te estás metiendo.

DIECISIETE

—Tomaré más café —le dijo Beau a Camille, deslizando su taza vacía por la mesa.

—¿Requiere algo más Su Gracia? —preguntó Camille, sin apartar la vista de la masa que removía.

Beau le sonrió.

—¿Otro *brioche*? ¿Con mermelada de fresa?

—¿No tienes trabajo que hacer?

—El juego de las cáscaras es trabajo. Me llevó años aprender a hacerlo bien.

Camille asintió hacia la bandeja de pasteles, al final de su mesa de trabajo.

—Sírvete. La cafetera está en el fuego.

Beau lo hizo, complacido. La petición había sido una pequeña prueba —ver si le permitirían alejarse del puesto de Camille y moverse por la cocina—, y la había superado.

Untó mermelada en su *brioche*, como un albañil enluciendo un muro.

—Esto está buenísimo. ¿Qué le echas? —preguntó.

Un rubor de placer subió por las mejillas de Camille ante el cumplido.

—Agua de rosas —respondió—. Solo una gota.

Se estaba ablandando con él. Todos lo estaban, porque les había

divertido con el juego de las cáscaras. Les había encantado. Les había hecho reír. La gente haría cualquier cosa por ti, si la haces reír.

Contaba con eso, al hacer su siguiente petición.

—¿Puedo coger también una cebolla?

Camille lo miró con extrañeza.

—¿Una cebolla?

Beau rio.

—¿A quién no le gustan las cebollas?

—Picadas y salteadas con mantequilla, sí. ¿Enteras y crudas? ¿Para desayunar? —Camille negó con la cabeza, pero hizo un gesto hacia la cesta.

«¡Sí!», gritó Beau en silencio.

Terminó su *brioche* y cruzó la cocina, saludando alegremente a Phillipe al pasar junto a él, luego a Henri y a Claudette. Le dolían las mejillas de tanto fingir una sonrisa. Se había hecho querer por aquella gente, pero él no los quería. Eran unos mentirosos; todos y cada uno de ellos.

Había una bestia; una criatura brutal y asesina. Valmont lo sabía; todos lo sabían. Debían saberlo, y, sin embargo, nadie hablaba de ello.

Valmont le había negado su existencia a la cara.

Cuando el mayordomo lo había sacado de su cuarto aquella mañana, Beau había querido lanzarse sobre él y contarle lo cerca que había estado de ser despedazado la noche anterior, pero no podía: si Valmont supiera que había salido de su habitación, le quitaría las herramientas y le buscaría un alojamiento más seguro —como una celda de la mazmorra, por ejemplo.

La noche anterior, —después de volver a su habitación por los pelos—, había permanecido despierto en la cama, comprendiendo que ahora sería mil veces más difícil escapar; que necesitaría toda su habilidad y astucia solo para llegar desde su cuarto hasta la puerta del sótano. Perder el tiempo forzando cerraduras con herramientas malas lo mataría. Necesitaba la llave maestra.

Beau había llegado ya a las cestas. Miró a su alrededor deprisa,

para asegurarse de que nadie lo observaba. Camille estaba en el horno sacando hogazas. Phillipe y Rémy ensartaban aves de caza en los asadores. Las doncellas se encontraban en la despensa. A Valmont le habían llamado fuera de la cocina, pero podía volver en cualquier momento.

Beau se agachó sobre la cesta de cebollas y hundió las manos en ella, buscando la llave.

Pero no estaba.

Cavó más hondo, apartando cebollas frenéticamente. Sus dedos hurgaron entre las pieles sueltas, buscando el duro metal, pero no hallaron nada.

Un frío pavor se apoderó de él. ¿Y si no había enterrado la llave lo bastante abajo y alguien la había visto? Volcó la cesta hacia sí, y empezaba a sudar, cuando la vio: un destello brillante de latón.

—¿Qué demonios haces? —Gruñó una voz brusca detrás de él.

—Maldita sea —susurró Beau, con el corazón desplomándose.

No podía permitir que sus planes se malograran otra vez.

Tenía que conseguir esa llave.

Tomó una cebolla y se incorporó.

—Estoy desayunando —indicó, mostrando a Valmont una sonrisa inocente.

El hombre estaba a unos pasos, con una pesada llave inglesa en la mano. Florian y Henri le flanqueaban.

—De veras, ¿vas a comerte eso? —dijo Valmont con escepticismo, apoyando una mano en la cadera—. No vi que te comieras la anterior.

—Lo hice. Fue mi merienda de medianoche —mintió Beau. La había escondido en una canaleta bajo su ventana.

«No se lo cree. Piensa que tramo algo, y tiene razón», pensó Beau, esforzándose por mantener la calma. Tenía que convencer a Valmont de lo contrario. Tenía que encontrar la forma de quedarse por allí.

—¿Qué iba a hacer con ella, si no? —preguntó.

—Anda, cómetela —dijo Valmont, señalando la cebolla.

—¿Comerla? —Beau fingió indiferencia y se encogió de hombros —. Como quieras.

Se recostó en la mesa, cruzó un tobillo sobre el otro y empezó a pelar la piel papirácea de la cebolla, esperando que Valmont milagrosamente fuera requerido de nuevo y no tuviera que tragarse la maldita cosa, pero el hombre no se movió. Se mantuvo allí, sosteniendo la llave inglesa como un garrote. Florian y Henri, a ambos lados, tenían los ojos como platos.

Beau terminó de pelarla. La miró, la giró en la mano y mordió como si fuera una manzana recién cogida del árbol.

Casi lo mata.

La carne punzante le contrajo la lengua; los vapores le hicieron saltar las lágrimas. Dio otro mordisco, y otro, masticando los bocados crudos y tragándoselos, obligando al estómago a no devolverlos.

—Umm…, delicioso —dijo al terminar, secándose la boca con el dorso de la mano—. Bien jugosa.

—Me cago en la mar —soltó Valmont.

—Nunca había visto algo así —añadió Henri.

—Chicos, deberíais comer cebollas —aconsejó Beau—. Las cebollas os hacen más guapos.

En ese momento, pasó Josette y lo escuchó.

—Pues debes haberte comido un carro entero. —Le lanzó con una sonrisa coqueta.

Florian miró a Beau con envidia, y Henri miró la cesta con esperanza.

—¿Te importa si cojo otra? —preguntó Beau con naturalidad—. Tratar con tanto estiércol por aquí me abre el apetito.

Valmont ignoró la pulla y negó con la cabeza, como quien aún no da crédito a lo que ha visto.

—Coge las que quieras —dijo—. Pero lo de palear puede esperar. Ponte con la leña. Estos dos suelen hacerlo —asintió hacia los chicos de cocina—, pero los necesito esta mañana. Empieza por el gran salón, luego los aposentos de las damas, y después la cocina. La

leña está en un almacén junto a los establos. —Y se fue. Florian y Henri le siguieron.

La emoción recorrió las venas de Beau. Le había salido otra oportunidad con la cesta. Se volvió a inclinar, hundió las manos entre las cebollas y trabajó hasta el fondo, donde había visto el destello de latón. Sus dedos encontraron la llave y la empujaron hacia el interior de la manga.

Al incorporarse, apoyó la mano en la rodilla derecha y dejó que la llave se deslizara de la manga hasta su bota.

—¡Ah! Aquí hay una buena —dijo, levantando una cebolla para admirarla, por si alguien aún lo observaba. La metió en el bolsillo de su chaqueta, tomó de pasada una rama de canela del manojo que había sobre la mesa del chef y salió a buscar la leña.

Mientras cruzaba el patio vacío, pasando junto a los tristes y marchitos jardines, partió un trozo de la rama de canela con los dientes y lo masticó, desesperado por quitarse el sabor a cebolla de la boca. Una ráfaga de viento aulló, obligándolo a agachar la cabeza. Era finales de noviembre, y el clima estaba cambiando.

«Ese es el lobo del invierno que aúlla. Su pelaje está hecho de nieve; sus colmillos, de hielo; sus ojos, del gris del cielo tormentoso. Corre cuando lo oigas, chico. Cierra la puerta y atranca las ventanas. Trae consigo a toda su manada».

Raphael le había dicho eso, la primera vez que lo encontró. Tendido en un callejón, con su sangre tiñendo la nieve. Luego, le había sacado el cuchillo del pecho, lo había levantado y se lo llevó a casa.

El viento amainó. Ahora apenas era un murmullo. El cielo se oscurecía. La temperatura caía. La nieve no estaba lejos; Beau podía sentirlo. Unos cuantos pasos más, y aún podría cruzar las montañas; si se retrasaba, quedaría atrapado en el castillo durante meses.

Beau se abotonó la chaqueta hasta el cuello y siguió caminando. La horrible sensación de impotencia que lo había dominado la noche anterior había desaparecido; en su lugar, una determinación sombría lo llenó.

Tenía la llave. Todo lo que debía hacer ahora era esperar hasta la caída de la noche. Al día siguiente, a esta hora, planeaba estar en las montañas.

La bestia había intentado matarlo dos veces.

Y que lo partiera un rayo si le daba una tercera oportunidad.

DIECIOCHO

Buenos días, Su Gracia.

Arabella, con los codos apoyados sobre la mesa y la barbilla descansando en una mano, no levantó la vista. Estaba concentrada en el tablero de juego que había frente a ella. Sus ojos se movían sobre él, como aves de rapiña.

Y los de Beau se movían sobre ella, deteniéndose en las joyas que llevaba: la peineta, las perlas de sus orejas, el collar de oro, las pulseras y los anillos.

El anillo de su antigua ama bastaría para pagarle el camino hasta Barcelona, pero no había pensado en más allá de eso, hasta que se encontró siendo prisionero en el castillo de Arabella. Mientras cruzaba el gran salón, comprendió que necesitaría más dinero, una vez llegara a la ciudad, y, con una sola de las alhajas de Arabella, podría mantener durante años, a Matti y a sí mismo, alimentados y con un techo.

Se acercó un poco más a ella, flexionando sus dedos de ladrón.

Beau lo intentó de nuevo.

—Em… Buenos días, Su Majestuosísima Excelencia.

Una chispa de irritación cruzó el rostro de Arabella, indicándole que había escuchado el saludo, pero no se dignó a responderle.

—¿Buenos días, Su Alteza Real Excelentísima? ¿Su Graciosa Dama de lo Más Elevado? ¿Su…?

—Apila la leña y márchate, muchacho. —La voz era de *lady* Densed.

Beau le dedicó una sonrisa y, a cambio, recibió una mirada tan afilada que podría grabar el cristal. Siguió su camino, con los músculos de los brazos protestando bajo el peso de la leña.

Las demás damas de la corte estaban con Arabella en el gran salón, al igual que el día anterior.

—Y están igual de raras que ayer —murmuró Beau para sí.

No le tenían aprecio, eso era evidente.

Echó una mirada a *lady* Diome, que se encogió, apartándose de él, aunque ni siquiera estaba cerca. *Lady* Ari, forcejeando con un hilo de bordado enredado, le lanzó una mirada que decía claramente que todas sus desgracias eran culpa de él.

Lady Asonperides, sentada frente a una rueca, lo observaba sin expresión, con sus ojos hundidos, siguiendo cada uno de sus pasos.

Beau le sostuvo la mirada un instante, pero enseguida la apartó. Había algo en esa mirada que lo inquietaba. Algo oculto y peligroso.

Llegó a la chimenea del gran salón y se inclinó para dejar la leña.

Al hacerlo, los troncos se movieron en el arnés de cuero y cayeron al suelo de piedra, con el estrépito de un derrumbe. Las damas, sobresaltadas, chillaron como estorninos.

—¡Zoquete!

—¡Torpe!

—¡Idiota!

—¡Imbécil!

Arabella, que de algún modo seguía concentrada en su juego, no dijo nada.

Beau se preguntó cómo podía soportar tener a aquellas mujeres a su alrededor. Estaba claro que estas disfrutaban insultando, burlándose y humillando, pero, por curioso que fuera, su mal comportamiento parecía casi protector hacia Arabella. Era como si recelaran de que alguien más se le acercara demasiado.

Apiló la leña a toda prisa y echó unas cuantas piezas al luego.

Ya había tenido suficiente.

Esperaba entablar conversación con Arabella y quitarle un anillo o una pulsera, pero prefería cargar leña y palear estiércol todo el día, antes que pasar un minuto más en compañía de su corte. Tomó el arnés y regresó hacia la cocina, pero, al pasar junto a ella, la vio extender la mano lucia una pieza de ajedrez, frunció el ceño y la retiró.

Arabella no veía su jugada, pero Beau sí vio la suya.

—Buena decisión. Si hubieras movido la reina a f6, tu oponente habría usado la defensa bovordunkiana, y te habría atrapado en la trampa Trockenbunger-Tinklepot —dijo.

—¿Podrías callarte, por favor? —replicó Arabella sin apartar la vista del tablero—. El ajedrez es un trabajo duro. Requiere concentración, disciplina y silencio.

—Pfff… —soltó Beau—. ¿Y qué?

Arabella alzó la vista hacia él, con su concentración hecha añicos.

—¿Y qué? —repitió, con hielo en la voz—. Acabas de arruinar mi partida y eso es todo lo que tienes que decir… ¿Y qué?

Sus ojos atraparon los suyos y no los soltaron. Eran del gris plateado de un amanecer de enero, y lo dejaron paralizado. Le cortaron la respiración. Hicieron que todo el maldito mundo desapareciera.

«¿Qué te pasa? ¿Nunca has visto una cara bonita? Espabila», le dijo una voz interior.

Beau le hizo caso, jugando su propia partida. Soltó el arnés, tomó una silla del comedor, la giró y se sentó al revés, frente a Arabella.

—No recuerdo haberte invitado a sentarte —indicó ella.

Beau la ignoró. Si quería robarle algo, tenía que acercarse.

—El ajedrez es una pérdida total de tiempo —comentó, apoyando los antebrazos en el respaldo—. Digamos que entras en una partida épica. Juegas ocho horas seguidas. No comes ni bebes. Con el paso de las horas, te agotas. Te destrozas. Llegas al límite de tu resistencia. Y luego, después de esta lucha enorme y agotadora, ganas. —Le señaló con el dedo—. ¿Qué tienes?

—Una victoria —respondió Arabella—. Ahora, si fueras tan amable de…

Pero Beau la interrumpió:

—No. Nada. No tienes nada. Has ganado un juego. Un juego. Como las damas. O el parchís. ¿A quién le importa un maldito comino? En todo ese tiempo que acabas de perder, podrías haber robado cien bolsillos, levantado decenas de carteras y birlado una docena de relojes. Podrías haberte hecho un hombre rico. O una mujer —añadió.

—Ya soy una mujer rica.

—Sí, lo eres —corroboró Beau. Se inclinó sobre la mesa, tomó un trozo de beicon de una bandeja y le dio un mordisco crujiente—. Supongo que ahí está la diferencia entre los ricos y los pobres. Los pobres trabajan. Los ricos juegan y lo llaman trabajo.

Arabella cruzó los brazos sobre el pecho.

—Qué afirmación más pomposa, pretenciosa y absolutamente estúpida —indicó—. ¿De verdad pretendes decirme que lo que tú haces es trabajo? Un ladrón es el parásito definitivo.

Beau parpadeó. Su respuesta no era la que esperaba y lo descolocó por un instante. No estaba acostumbrado a que una mujer lo calara así, y no supo qué hacer. Abrió la boca, esperando que algo ingenioso saliera de ella, para que pudiera recuperar su aplomo.

Pero Arabella no le dio oportunidad.

—Muéstramelo —le pidió.

—¡No, Su Gracia! ¡Él la matará! —chilló *lady* Diome.

—¿Ha perdido usted el juicio? —soltó *lady* Gunezarev.

—Muéstramelo —repitió Arabella, sin prestarles atención.

Beau ladeó la cabeza, confuso.

—Mostrarle, ¿qué?

—Muéstrame eso que llamas trabajo. Robar bolsillos, forzar cerraduras… Esas cosas. —Arabella descruzó los brazos y se inclinó hacia delante—. Has dicho que los ricos juegan y los pobres trabajan. Así que vamos, pedante, insufrible saco de viento, muéstramelo.

Beau silbó con suavidad.

—Pedante, insufrible saco de viento… —enumeró—. Me siento medio insultado, medio impresionado. Yo habría dicho maldito hijo de…

—Seguro que sí —lo interrumpió Arabella—. La vulgaridad es el refugio de los perezosos.

—¿Qué demonios significa eso?

Arabella no le prestó atención.

—La vulgaridad es aburrida y falta de imaginación —dijo—. Date un momento, piensa, y luego comenta lo que realmente quieres decir. Si yo siguiera describiéndote, «vomitador de estiércol o cuervo ratero y desaliñado», también encajarían.

Beau asintió con fingida reflexión.

—Ya veo lo que dices. Si tuviera que describirte a ti, diría «estirada pedante de tres al cuarto».

—¿De tres al cuarto? —repitió Arabella con desdén incrédulo—. Ni siquiera es una expresión…

De pronto dejó de hablar, y sus ojos se desviaron hacia la puerta.

Su gélida compostura se resquebrajó, solo por un instante, y Beau alcanzó a ver un destello de fuego bajo la superficie. El desconcierto era bueno; podía usarlo. Sus sentidos de ladrón se agudizaron. La suerte acababa de ponerle en bandeja una enorme oportunidad.

—¿De verdad quieres aprender a robar bolsillos? —preguntó, antes de que ella pudiera llamar a Valmont para que lo echara.

La pregunta flotó en el aire y el corazón de Beau se hundió. Estaba seguro de haberla perdido, pero entonces Arabella apartó la mirada de la puerta —con evidente esfuerzo, como si luchara contra su buen juicio—, y se la devolvió.

—Sí —afirmó.

Las damas se inclinaron unas hacia otras, murmurando escandalizadas.

—¡Esto es indignante! ¡Vergonzoso! ¡Una deshonra!

—Considere su posición, Su Gracia —advirtió *lady* Asonperides—.

No es más que un vulgar delincuente.

«No es más que un vulgar delincuente…».

Por un instante, no fue Asonperides quien habló, sino la celadora del hospicio, con la mano alzada, lista para abofetearlo hasta dejarlo aturdido.

Beau se sacudió el recuerdo. No era momento para distraerse.

Los ojos de Arabella volvieron al tablero de ajedrez.

Beau rodeó la mesa hasta quedar frente a ella y le tendió la mano.

Ella la miró, pero no la tomó.

—Lo crea o no, no tengo todo el día —dijo él.

Tras un largo instante, Arabella —con las manos firmemente pegadas a los costados— se levantó de la silla.

Beau percibió su aroma. Olía a chica rica: vetiver, cuero, lino y libros.

—Ya he visto suficiente —dijo *lady* Gunezarev.

Salió de la habitación, y las demás la siguieron, lanzando miradas reprobatorias por encima del hombro, chasqueando la lengua y moviendo la cabeza de forma negativa. Solo *lady* Asonperides permaneció, sentada junto a su rueca, inmóvil como una araña.

Beau se puso manos a la obra.

«No seas codicioso», se dijo. «Los ladrones codiciosos son los que acaban atrapados. Solo necesitas una joya. Una sola».

—Eh, en realidad…, aquí no —indicó, fingiendo concentración—. Necesito espacio. —Le tomó el brazo y la condujo hacia la chimenea, pero, al llegar allí, se movió a su otro lado—. No, tampoco sirve. ¿Qué tal allí? —Señaló el espacio entre el extremo de la mesa y la puerta. Le tomó el otro brazo, guiándola más allá de la repisa, esquivando una silla—. Yo… ¡Ough! ¡Ay! —Tropezó, y su brazo libre se agitó en el aire.

Arabella se giró de inmediato para sujetarlo. Puso una mano firme en su pecho, intentando mantenerlo erguido.

Beau sintió el calor de su toque a través de la camisa.

—¿Qué pasa? —le preguntó, con el ceño fruncido por la

preocupación.

—Perdón —dijo, fingiendo una mueca de dolor—. Me he golpeado el dedo del pie.

Se inclinó hacia ella, obligándola a sostener su peso. Sus manos pasaron de su brazo a su hombro, y luego a su cintura. Podía sentir su pecho alzarse, mientras ella luchaba por mantenerlo en pie.

—Creo que me lo he roto. Duele como un… No, espera… —Frunció el ceño teatralmente—. Duele como si Satanás hubiera calentado su tridente favorito en las llamas sulfurosas del Hades y me lo hubiera clavado directamente en los músculos martirizados, los tendones desgarrados, mi herida supurante, mi…

—Creo que ya me ha quedado claro —dijo Arabella.

Titubeó un poco, esforzándose bajo su peso. Luego, volvió a enderezarse con un empujón. Beau esperó unos segundos y, cuando sintió temblar sus brazos, se irguió.

Arabella exhaló un suspiro largo y cansado.

—¿Estás seguro de que estás bien? —preguntó, enderezándose también.

Beau asintió.

—Por aquí —indicó, continuando con el brazo aún entrelazado con el de ella. Cuando al fin llegaron al centro de la sala, la soltó.

—¿Y bien? —preguntó Arabella, mirándolo expectante.

Beau ladeó la cabeza.

—Y bien, ¿qué?

—¿Vas a enseñarme a robar a la gente o no?

—Extiende las manos.

Arabella vaciló.

—¿Para qué? ¿Para que me quites los anillos? ¿Me los devolverás?

—¿Qué anillos? —preguntó Beau, mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

Arabella bajó la vista a sus manos y ahogó un grito. Estaban desnudas.

—¿Qué? ¿Dónde…? No puede ser… ¿Cómo…?

Alzó los ojos hacia Beau. El hielo en ellos se había derretido. Ahora brillaban con una mezcla vertiginosa de asombro y alegría. Parecía una niña que acababa de presenciar el truco de magia más increíble del mundo.

—Ja… ¡Ja! —dijo, negando con la cabeza—. Es imposible. Increíble. Asombroso. Eres asombroso. ¡Ja!

Beau sintió una oleada de orgullo. Nadie lo había llamado *asombroso* jamás. Todo lo contrario. Era una sensación extraña, nueva, y no estaba seguro de que le quedara bien. Era como las cosas bellas que veía en los escaparates de lujo, que parecían destinadas a otra persona.

—¿Dónde están?

Beau tomó sus manos y las juntó en forma de cuenco. A continuación, metió la suya en el bolsillo de su chaqueta. De allí sacó un anillo. Lo sostuvo ante los ojos asombrados de Arabella y luego lo depositó en sus palmas. Tres anillos más aparecieron. Luego, su collar, y sus pendientes de perlas.

Era necesario hacer un espectáculo para devolverle las cosas, y así prolongar el momento, porque, de ese modo, parecería que le había devuelto todo.

Arabella observó el montón de joyas crecer entre sus manos, muda de asombro.

Después, levantó la mirada hacia Beau.

—¿Cómo lo has hecho?

—Distrayéndote —respondió él—. Desviando tu atención. Llevándote de un lado a otro, tropezando, fingiendo caer…

—Enséñame —le pidió con entusiasmo, dejando caer sus joyas sobre la mesa.

—No hagas eso —advirtió Asonperides con voz tensa, pero ni Arabella ni Beau la escucharon.

—Primero dime por qué quieres aprender a robar —dijo Beau—. Dinero no necesitas, desde luego.

Seguía manteniéndola ocupada, distrayéndola, asegurándose de que su atención permaneciera totalmente en él; que no decidiera de

repente volver a ponerse las joyas y notara que faltaba una.

—Me gusta aprender cosas nuevas.

—¿Y un idioma, por ejemplo?

Ella hizo un gesto despectivo con la mano.

—Hablo diecisiete.

Beau la miró con escepticismo.

—Nadie habla diecisiete idiomas. Dos, si vives en las fronteras. Cuatro o cinco, si trabajas para un rey. Pero más de eso… Solo si eres algún tipo de genio.

Arabella apartó la vista.

—Sí, bueno… —Lo miró de nuevo—. Enséñame. Este es tu trabajo ahora. ¿O prefieres apilar leña?

Beau meditó su oferta, y alzó un dedo.

—Primera lección: las cosas que están justo frente a ti son las más difíciles de ver.

Arabella ladeó la cabeza.

—No lo entiendo.

Beau se acercó a ella. Cuando se detuvo, su rostro quedó a pocos centímetros del suyo.

«Menos mal que he cogido el trozo de canela», pensó.

—Aquí estoy. De pie, muy cerca de ti. Un poco *demasiado* cerca.

—Un poco —dijo Arabella, visiblemente incómoda.

—Ves mi cara, pero ¿qué no ves? Mis dedos, justo junto a tu muñeca. ¿Por qué? Porque estás distraída por mi extrema hermosura. —Arabella bufó—. Tan cautivada por mis ojos marrones. Tan profundos, derritiéndose como chocolate al sol; tan cálidos que podrías bañarte en ellos…

—Si es que me bañara en chocolate.

—Y mi fuerte y noble nariz… Mi boca perfecta…

—Que nunca parece cerrarse.

—¿Dónde están mis manos todo este tiempo, Arabella?

—Yo… No lo sé.

—Porque estás distraída.

—Ciertamente, no lo estoy.

Beau dio un paso atrás y levantó las manos. Tres pulseras pendían de sus dedos.

—Espera… ¿Qué? —exclamó Arabella, entre escandalizada y encantada.

—La otra cosa que debes aprender: tus manos deben ser hábiles y rápidas —dijo Beau. Caminó hacia la mesa, dejó las pulseras y tomó un anillo—. Intenta sacarme esto del bolsillo sin que me dé cuenta. No te preocupes por la velocidad, todavía. Despacio. Movimientos pequeños, ligeros.

Arabella asintió, emocionada. Esperó a que Beau se diera la vuelta y se preparara, y entonces se lanzó sobre él. Sus movimientos fueron tan torpes que parecía estar intentando meterle un ladrillo en el bolsillo. Primero, casi le bajó los pantalones —él alcanzó a sujetarse la cintura justo a tiempo—, y luego, al intentar sacar la mano, se los subió demasiado.

—¡Uf! ¡Ay! —jadeó Beau.

Arabella retiró la mano de inmediato.

—Perdón —dijo, haciendo una mueca.

—Recuerda: movimientos pequeños y ligeros —repitió Beau, ajustándose los pantalones—. Se supone que no debo sentir nada. —Volvió a darle la espalda.

Arabella respiró hondo y deslizó de nuevo la mano en su bolsillo. Esta vez, los pantalones permanecieron en su sitio.

—Eso está mejor.

Animada, agarró un puñado… pero no de joyas.

Beau soltó un grito.

—¡Ay! ¡Por todos los demonios! ¡Es el anillo lo que quieres robar, no mi nalga izquierda!

Arabella se tapó la boca con las manos.

—¡Lo siento muchísimo! —dijo, totalmente turbada—. Yo no… No quería…

Beau levantó la mano.

—Disculpa aceptada. Tengo un trasero estupendo, pero concéntrate, *Bells*, concéntrate.

Las mejillas de Arabella se tiñeron de un rojo intenso.

—No me llamo *Bells*, y yo…

—Inténtalo otra vez. Imagina que soy un hombre rico que ha bebido de más. Estoy paseando por el Palais-Royal de París. Es medianoche, la fiesta acaba de empezar. Hay música. Bailes. Acróbatas actuando. Estoy mirando a una hermosa acróbata en lo alto de un trapecio. Es una diosa. No puedo apartar los ojos de ella. Aquí está tu gran oportunidad…

Se dio la vuelta una vez más y sintió un tirón leve en la parte trasera de los pantalones, como un pez picando el anzuelo. Un segundo después, Arabella levantaba el anillo en alto, exclamando victoriosa.

—¡Ja! ¡Mira! ¡Lo he logrado! ¡Lo he logrado!

—Mucho mejor. Pero has usado demasiados dedos. Lo he notado —comentó Beau. Tomó su mano y la aplanó—. Solo necesitas el índice y el medio. —Le dobló los demás dedos y el pulgar contra la palma—. Úsalos como unas pinzas —le indicó, y se inclinó por detrás de ella, para quitarle la peineta de su cabello—. ¿Ves? ¡Fácil!

Las ondas de su melena cayeron sobre los hombros de Arabella.

—¡Mi peinado! —exclamó.

—Ahora es más bien un *despeinado*.

—Devuélvemelo —dijo, arrebatándole la peineta. Se la puso entre los dientes, recogió el cabello con torpeza y lo fijó en su sitio. Parecía un nido de ardilla—. ¿Qué? —preguntó, al ver la expresión divertida de Beau, mientras se apartaba un mechón de la cara.

—Tal vez deberías dejarlo como estaba. Te queda bien suelto.

Él le quitó la peineta de nuevo y se la puso en la mano.

Entonces, tan cerca como estaban, sin hablar, el silencio se volvió un poco incómodo, y Beau le sonrió.

Era su sonrisa de seductor; esa que se ponía como un viejo abrigo.

Ni siquiera lo pensó.

La había usado con todas las mujeres que había conocido.

Era una sonrisa lenta, cálida y llena de promesas.

Eficaz. Devastadora.

Un error.

Arabella le apartó la mano de un golpe. Dio un paso atrás, con una expresión de quien acaba de probar algo amargo.

—¿Bells? —dijo Beau, algo inseguro—. ¿Lista para la siguiente lección? ¿Forzar cerraduras? Vamos a necesitar…

Ella lo interrumpió:

—Mi nombre es *Arabella*. Y ya he terminado, gracias.

—Pero…

Arabella giró sobre sí misma, alterada, con los ojos recorriendo la habitación.

—Estoy aquí, niña. Siempre estoy aquí.

Arabella dejó escapar un suspiro de alivio al ver a Asonperides.

Pero no parecía contenta de verla. La luz se apagó en sus ojos, y sus hombros se hundieron.

—Dile a Valmont que cenaré en mis aposentos hoy —le dijo a su dama de compañía, y salió de la sala con las manos entrelazadas y los tacones resonando sobre el suelo.

Asonperides fue tras ella. La alcanzó justo antes de que desapareciera por la puerta.

—Tonta. —Escuchó que le decía—. Te lo advertí. Ve a tus aposentos. Te llevaré una buena taza de té.

Arabella asintió, y se marchó.

Por segunda vez, la lengua de plata de Beau le había fallado. No supo qué decir, qué hacer. Se sintió como un tirador experto que un día toma su rifle y descubre que ya no recuerda cómo acertar al blanco.

—Arabella, espera. Yo no… No era mi intención… —La llamó, pero ya era demasiado tarde.

«Coquetear contigo, —iba a decir—. Jugar contigo. Para conseguir lo que quiero de ti».

Había alterado a Arabella, y no sabía por qué.

Y eso lo alteraba a él.

Ella lo desconcertaba. Lo intrigaba. ¿Por qué quería aprender a

robar bolsillos? ¿Cómo había aprendido diecisiete idiomas? Se sorprendió recordando la emoción en su voz, la calidez de su toque, la luz en sus ojos… y echándolas de menos.

«Déjalo», se dijo.

Se había divertido enseñándole a Arabella. Había disfrutado presumiendo, pero tenía un objetivo más grande que una tonta coquetería. Y había conseguido lo que quería: uno de los anillos de Arabella.

Lo había guardado cuando le devolvió el resto de las joyas y, con la emoción, ella no había notado su ausencia. Dudaba que lo hiciera; tenía tantas. El aro era sencillo, pero el engaste contenía tres zafiros. Él y Matti pasarían el invierno abrigados y bien alimentados.

Estaba a punto de salir del gran salón, cuando escuchó las voces de nuevo; las que siempre estaban dentro de su cabeza, diciéndole que no era más que un ladrón. Y, entonces, oyó una nueva voz, superponiéndose a las otras. Silenciándolas. La voz de ella.

«Eso es imposible. Es increíble. Es asombroso. Eres asombroso…».

Beau miró la pila de joyas que aún descansaba sobre la mesa, donde Arabella las había dejado, y lo invadió un deseo de lo más extraño: el de devolver el anillo robado. El deseo de ser algo más que un ladrón.

Maldiciendo su propia necedad, sacó el anillo del bolsillo, caminó hasta la mesa y lo dejó caer sobre las demás joyas. Mientras lo hacía, una voz habló:

—*Monsieur* Beauregard…

Beau dio un salto. Sus ojos buscaron a quien hablaba y pronto la localizaron. Era Asonperides. Estaba de pie entre las sombras del umbral. No tenía ni idea de que aún seguía allí.

—Creo que tengo algo que le pertenece —dijo ella. Sacó de su corpiño un pequeño sobre arrugado y se lo tendió—. Lo encontré esta mañana, bajo una alfombra del vestíbulo. Debió caerse en su prisa por marcharse.

Beau apenas logró contenerse para no arrancárselo de las

manos.

—Gracias, *lady* Asonperides —dijo, al tomarlo. Asonperides inclinó la cabeza a modo de respuesta y salió del salón.

Tan pronto como se fue, Beau rasgó el sobre y leyó. A medida que avanzaba por las líneas, el color se desvaneció de su rostro.

2 de noviembre de 1785

Querido Beauregard:
He recibido tu carta y te escribo con gran premura.
La enfermedad de Matteo ha empeorado. Es consunción. Lo siento mucho.
Estamos haciendo lo que podemos, pero necesita un médico y medicinas, y somos una orden pobre; no podemos permitírnoslos.
Debes venir por él de inmediato. Nuestra abadía, ya húmeda y fría, se vuelve aún más conforme se acerca el invierno, y eso agrava su condición.
Con los cuidados adecuados, podría tener una oportunidad.
Sin ellos, no vivirá para ver la Navidad.

Tuya,
Hermana María Teresa

DIECINUEVE

La niña observaba desde la esquina de su celda mientras la mujer se sentaba a la mesa.

—¿Otra visita? ¿Tan pronto? Debes estar preocupada.

—No preocupada, *aburrida* —respondió *lady* Asonperides, colocando una caja, de madera de palo de rosa, tallada, sobre la mesa.

La niña tomó asiento frente a su invitada. Sonrió con dulzura y dijo:

—¿A qué jugamos? ¿Canasta? ¿*Whist*? ¿Qué tal, *bridge*?

Los labios delgados de Asonperides se volvieron aún más delgados.

—¿Ya has descubierto quién lo hizo? —se burló la niña.

—No, pero lo haremos.

—El visitante está agitando las aguas. Desde luego ha agitado a *lady* Ari. He escuchado la algarabía desde aquí abajo.

—No seas tan engreída —la reprendió Asonperides, abriendo la caja—. No te queda mucho tiempo. Te estás desvaneciendo.

La niña levantó las manos frente a su rostro. Podía ver a Asonperides a través de ellas.

—Cuidado con lo que deseas —dijo mientras las bajaba—. Me necesitas. No puedes existir sin mí.

—Tonterías. No puedo esperar a librarme de ti —replicó

Asonperides.

Metió la mano en la caja, sacó un tablero de juego plegado y lo abrió. En él se había dibujado con esmero una cuadrícula con cuadrados de medio centímetro. Alegres querubines pintados a mano retozaban entre nubes blancas, alrededor del borde.

Al abrirse la caja, los querubines parpadearon, deslumbrados por la luz. Algunos charlaban o reían; otros volaban por el tablero.

Asonperides entregó un pequeño atril tallado en hueso a la niña y colocó otro frente a ella. A continuación, empujó una bolsa de tela hacia la pequeña. Esta la abrió y sacó una ficha de marfil con una letra grabada.

—¡Una A! —gritó triunfante.

Asonperides le arrebató la bolsa, sacó una Z, frunció el ceño y la arrojó de nuevo dentro. Agitó la bolsa, sacó siete fichas nuevas y las colocó en su atril.

Cuando la niña hizo lo mismo, Asonperides sacó de la caja un pequeño reloj de arena, lo invirtió y lo colocó sobre la mesa. Arena reluciente, de un rojo sangre, comenzó a fluir.

—Ari es un problema. Siempre lo ha sido —dijo la niña, ordenando sus fichas—. Pero tú lo sabes, y lo aprovechas. La utilizas.

—Tonterías. Es una de las criaturas de Arabella.

La niña frunció el ceño con pesar.

—La antigua Arabella no quería saber nada de ella.

—¿Y qué quería la antigua Arabella? —preguntó Asonperides con sorna—. ¿Te lo digo?

—No.

—De. Ma. Sia. Do. Mucho. —La niña puso los ojos en blanco—. Sabes que es verdad —insistió Asonperides—. Se negó a ser lo que las muchachas deben ser.

—¿Y qué deben ser?

—Dulces, tiernas y amables. Además de… pacientes, desinteresadas, complacientes, serviciales, indulgentes, resignadas, graciosas, sumisas…

—¿Has terminado?

—Apenas he empezado. Comprensivas. Poco exigentes. Afables. Confiadas. Dóciles. Tranquilas. Agradables. Amables. Simpáticas. Empáticas. Cariñosas. Modestas. De voz suave. Pacificadoras. Obedientes. Pacientes. Maleables. Moderadas. Encantadoras. Y, por supuesto, *buenas*.

Suspirando, la niña tomó varias fichas y empezó a colocarlas en la cuadrícula.

—Qué curioso, ¿no? Los hombres quieren el mundo entero y, porque lo quieren, lo toman. César, Alejandro, Tamerlán, Atila, Carlomagno, Ashoka, Gengis Kan… y pronto, un nuevo hombre, uno bajito: Bonaparte. Pero una mujer… A ella no se le permite desear nada, y mucho menos tomarlo. No debe tomar la iniciativa, ni el mando. Ni siquiera un pedazo de pastel. —Colocó su última ficha y sonrió—. ¡Ahí está! Siete letras. Ciento setenta y cuatro puntos.

Los querubines, al ver la palabra, aplaudieron con sus regordetas manitas.

—*Floruit* —leyó Asonperides—. Eso no es una palabra.

—Sí, lo es. De hecho, es una de mis favoritas. Viene del latín *florere*, que significa florecer, prosperar, estar en plenitud de los poderes propios. Algo así como yo.

Asonperides resopló.

—¿Vas a desafiarla? —preguntó la niña, tomando más fichas—. Si lo haces y te equivocas, pierdes el turno.

Los labios de Asonperides se apretaron, como las cuerdas de la bolsa de un avaro.

Tomó una ficha, la devolvió, y luego tomó otra.

—Veamos… ¡Aquí está! *Condenada*. —Exclamó, colocando sus fichas para usar la *o* de *floruit*—. Es una de mis palabras favoritas. Significa «destinada a un desenlace desafortunado e inevitable». Muy parecida a ti. Eso son… A ver… Ciento cincuenta y dos puntos.

Los querubines miraron la palabra. Sus sonrisas se desvanecieron. Sus alas cayeron.

La niña observó a su oponente con desprecio.

—Eres como un hongo venenoso, alimentándote de cosas rotas. No me extraña que te hayas hecho tan fuerte.

—Tsk, tsk… —dijo Asonperides, alcanzando la bolsa de fichas, y giró el reloj de arena.

Después de eso, ambas libraron su batalla sobre el tablero durante más de una hora, hasta que se usaron todas las fichas y el marcador quedó empatado.

—¿Jugamos otra vez? —preguntó la niña, recostándose en su silla.

Asonperides guardó silencio unos segundos y luego dijo:

—¿Has considerado mi oferta?

—Ni por un segundo.

La mirada de Asonperides se endureció.

—Pones a prueba mi paciencia, niña. Márchate mientras aún puedas, o no te irá bien.

La niña se inclinó hacia delante, con la misma dureza en los ojos.

—¿Dónde están los demás?

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Se han marchado? ¿Muertos? En cualquier caso, no están aquí.

—No te creo. Creo que también los has encerrado.

—Piensa lo que quieras. El reloj avanza. *Au revoir*.

La niña observó a Asonperides levantarse, cruzar la habitación y vio cómo la pesada puerta de hierro se abría, para cerrarse de golpe a continuación.

El resplandor de la niña, ya débil, se apagó un poco más. Miró el tablero y escogió once letras, de entre las fichas que había allí, para formar la palabra A-S-O-N-P-E-R-I-D-E-S.

Empezó a reorganizarlas, añadiendo algunas más.

Los querubines pintados la observaban, al principio curiosos, pero pronto volaron despavoridos a esconderse tras las nubes al ver lo que había formado:

DESESPERACIÓN.

VEINTE

Beau sintió que descendía a su propia tumba.

Los escalones de piedra que bajaban en espiral hacia el sótano eran estrechos y empinados. El olor que subía desde las profundidades era una mezcla de tierra húmeda y madera vieja.

Arañas, ciempiés y otras criaturas con demasiadas patas se deslizaban por las paredes. Aunque, lo peor, era la oscuridad. Esta giraba a su alrededor como una niebla densa. La débil llama de su única vela hacía poco por disiparla.

Pero Beau no dejó que la oscuridad lo detuviera.

Bajó los traicioneros peldaños a toda prisa, sin preocuparse por el peligro.

Cuando leyó la carta de la hermana María Teresa, había tenido que reunir toda la fuerza de voluntad de la que era capaz para no correr directamente hacia la puerta del sótano en ese mismo instante. Esperar a que cayera la noche, a que los sirvientes se alejaran del fuego de la cocina y se fueran a dormir, a que el castillo quedara en silencio, había sido una agonía. La Navidad estaba a solo unas pocas semanas, y él estaba muy lejos de Barcelona.

Esperó en su habitación hasta escuchar el reloj dorado del gran salón marcar las once, con la esperanza de que los sirvientes ya durmieran y la bestia estuviera en su guarida, dondequiera que eso fuera. No sabía cuándo despertaba, ni cuándo rondaba la temible

criatura, pero las dos veces que la había visto había sido poco después de la medianoche.

Con la llave maestra, se deslizó fuera de su habitación y recorrió el castillo, esperando escuchar pasos detrás de él a cada giro que daba. Cuando finalmente llegó a la puerta del sótano, estaba empapado en sudor.

—Aguanta, Matti. Solo aguanta —susurró cuando llegó al final de las escaleras—. Pronto estaré allí.

Solo tenía que encontrar el túnel. Había estado en las bodegas de los ricos; sabía que habría varias salas con alimentos salados, fermentados y azucarados, además de una zona de vinos. No tardaría mucho en atravesarlas todas.

Alzó su vela temblorosa y vio que estaba equivocado.

La bodega de Arabella no consistía en unas cuantas habitaciones: era inmensa. Estaba de pie en el umbral del almacén del castillo, y era tan grande como una iglesia. En el centro, enormes barriles de madera estaban apilados de tres en tres, y en las paredes había filas de toneles de *brandi*, coñac y oporto.

—Cada hombre, mujer y niño de Francia podría emborracharse aquí —susurró.

Caminó hasta uno de los barriles del centro, quitó el polvo y vio el nombre de un *château* grabado en la madera. Con un sobresalto, reconoció el lugar: lindaba con las tierras del comerciante al que él, Raphael y los demás habían robado. Pero aquel *château* era una ruina; se había incendiado hacía cincuenta años.

—Debe de ser un vino antiguo —murmuró.

Las telarañas rozaban su cabeza mientras salía de la zona y avanzaba por pasillos sinuosos, entrando y saliendo de habitaciones sin puertas. En una de ellas, jamones tan grandes como niños pequeños colgaban del techo, y salamis gruesos como lianas en una selva. Tomó uno y se lo metió en la cintura, como el cuchillo que solía llevar allí. No tenía idea de cuánto tardaría en llegar al pueblo más cercano desde el castillo, y el salami mantendría a raya el hambre.

En otra habitación, grandes ruedas de mantequilla salada reposaban sobre bloques de hielo, y quesos envueltos en tela se alineaban en los estantes. Vio conos de azúcar blanco y tabletas de chocolate, tarros de miel, castañas confitadas, encurtidos y chutneys, latas llenas de costosas especias, cajas de té y sacos de granos de café.

—Aquí hay comida suficiente para durar un siglo —dijo mientras salía de una sala y entraba en otra.

Sus propias palabras lo inquietaron. Las había dicho en tono de broma, pero no lo eran.

Era verdad.

Había suficiente comida para alimentar a Arabella y a sus sirvientes durante cien años. ¿Por qué alguien necesitaría tantas provisiones?

Otra pregunta sin respuesta.

Pero Beau no tenía tiempo para pensar en ello. Calculaba que ya había perdido media hora vagando de un cuarto a otro. Tomó otro pasillo, pero, al llegar al final, se volvió a encontrar con lo mismo: sin puerta, sin salida, sin túnel. Solo otra habitación.

El pánico se deslizó por sus pensamientos como un ratón entre la paja. ¿Qué tan grande era ese sótano? ¿Cuántas habitaciones tendría que cruzar? ¿Y si no encontraba el túnel y el amanecer lo sorprendía allí abajo?

Medio caminando, medio corriendo, Beau entró en otra habitación, llena de hortalizas en cajones y frascos de fruta en conserva. Tan alterado estaba que no vio el nabo tirado en el suelo, tal vez caído de una repisa por un descuido. Su pie cayó justo encima. El nabo rodó hacia la izquierda, lanzándolo hacia la derecha. Perdió el equilibrio y terminó en el suelo, con un golpe que le sacudió los huesos.

La vela voló de su mano y aterrizó en una caja de patatas. Titiló brevemente y se apagó.

La oscuridad inundó los ojos de Beau; la humedad le llenó la nariz. Estaba tendido boca abajo en el suelo de tierra. Rodillas y

codos habían absorbido el golpe, y un intenso dolor lo recorrió. El aliento rancio del miedo le enfrió la nuca. Su vela había desaparecido. No veía nada. Se puso de pie con dificultad, dio unos pasos y chocó la espinilla contra algo duro. Al agacharse para frotarse el dolor, se golpeó la cabeza contra un estante. Hubo un tintineo y, un segundo después, un estallido. Un aroma dulce se elevó en el aire.

—Una compota de manzana menos en el mundo —murmuró entre dientes.

Giró en otra dirección, con las manos extendidas frente a él, tanteando la oscuridad. Su manga se enganchó en algo y, un instante después, una calabaza rodó al suelo.

—Detente. Cálmate. Piensa, Beau. Piensa.

Respiró hondo, tratando de recuperar el equilibrio, y se dio cuenta de que no todo estaba perdido. Si Valmont o Florian bajaban a buscarlo, podría esconderse. El sótano era un laberinto oscuro y enmarañado. Podía ocultarse tras los toneles de oporto o meterse debajo de los quesos. Nunca lo encontrarían.

Y luego, mañana por la noche, cuando todos durmieran de nuevo, regresaría a la escalera, iría a la cocina a por otra vela y reanudaría su búsqueda. No le entusiasmaba la idea de pasar la noche entre ratones e insectos, pero había soportado peores cosas.

Mientras tanto, no corría riesgo de morir de hambre ahí abajo. Podía servirse de cualquier manjar que quisiera y, como si lo hubiese invocado, su estómago gruñó. Sacó el salami de la cintura y le dio un gran y ansioso mordisco.

Fue entonces cuando escuchó el llanto.

VEINTIUNO

Beau no podía ver en la oscuridad, pero sí podía oír.

Quienquiera que estuviera llorando, no se encontraba muy lejos.

Su primer pensamiento, impulsado por el pánico, fue que se trataba de la bestia, pero enseguida lo descartó. La bestia gruñía, rugía, bramaba… No lloraba. ¿Sería una de las doncellas? ¿Uno de los chicos de cocina? ¿Lo habrían oído? ¿Avisarían a los demás?

Beau volvió a meter el salami en su cintura y, como una criatura nocturna, dejó que sus oídos lo guiaran hacia el sonido.

Con las manos extendidas frente a él, dio unos cautelosos pasos. Sus dedos encontraron el marco de una puerta. Avanzó a tientas por el umbral y siguió las paredes de otro pasillo.

De pronto, notó un vacío bajo las manos: la entrada a otra habitación.

Pasó a través de ella, descendiendo aún más en las profundidades del sótano. Giró hacia otra habitación, pero el llanto se volvió más tenue, así que dio marcha atrás hasta que se intensificó de nuevo.

Dos habitaciones más, otro pasillo, un giro brusco… y entonces lo vio: una fina línea de luz, de poco más de dos pies de ancho, que corría por el suelo.

Se detuvo, sorprendido por el resplandor repentino. Caminó hacia él y sus manos se toparon con una madera áspera. La luz se filtraba

por debajo de una puerta, y los sollozos, agudos y finos, provenían del otro lado.

Palpó hasta encontrar el picaporte y lo giró con lentitud, pero la puerta estaba cerrada con llave. Sus dedos expertos exploraron la cerradura y le bastó un instante para entenderlo: solo podía abrirse desde fuera.

Quienquiera que estuviera ahí dentro, había sido encerrado.

Impulsos contrarios chocaron en su interior. La persona tras la puerta era una prisionera, y estaba claro que necesitaba ayuda.

Pero él no estaba en posición de dársela.

Solo había una persona a la que debía ayudar: Matti.

Aun así, la persona cautiva tenía una vela o una linterna. Si conseguía apoderarse de ella, quizá fuera capaz de encontrar el túnel antes de terminar la noche.

Beau metió la mano en el bolsillo y sacó la llave. Abriría la puerta; eso sería suficiente ayuda. Luego, tomaría la luz y se marcharía. Su ayuda tenía un precio. La de todos la tenía.

Rápido, para mantener el factor sorpresa de su lado, introdujo la llave en la cerradura, la giró y abrió la puerta de un tirón.

Se tensó, preparado para defenderse, pero salvo por unos pocos muebles, la habitación parecía vacía.

Dio un paso dentro y, en ese instante, algo le agarró el tobillo.

Beau soltó un grito. Tiró con fuerza de la pierna, tratando de liberarse, pero lo que fuera que lo sujetaba solo apretó más, clavándosele en la piel. Miró hacia abajo y vio una mano rodeándole el tobillo. Una mano de niña, pequeña y sucia.

Un suspiro entrecortado escapó de Beau. El miedo se disipó, reemplazado por la furia. ¿Por qué estaba una niña encerrada en una celda fría y húmeda? ¿Quién había hecho algo tan atroz? ¿La bestia? Varias imágenes aparecieron en sus recuerdos —su hermano, la cruel celadora del hospicio—, pero las apartó de inmediato.

Entonces, despacio —con la llave en una mano y la otra levantada en señal de paz—, se agachó y miró a la niña.

Ella lo observó. Estaba sentada en el suelo de la celda. Su cabello rubio sucio le caía sobre los ojos. Tenía las mejillas surcadas por lágrimas. Estaba cubierta de mugre, pero su rostro emitía una luz pálida y temblorosa. A Beau le recordó a la llama de una vela, agitada por el viento.

La niña lo soltó, se incorporó de un salto y retrocedió, temblando. Llevaba un vestido rosa. El dobladillo estaba hecho jirones, el cuello rasgado y las faldas manchadas de tierra. Era pequeña, no más de un metro veinte, y Beau vio, asombrado, que todo su cuerpo brillaba con la misma luz tenue que iluminaba su rostro.

La luz que había visto filtrarse bajo la puerta no provenía de una vela, ni de una linterna: provenía de ella.

Sus ojos, enormes y asustados, se alzaron hacia los de él.

—No es seguro estar aquí —susurró—. Ella viene.

—¿Quién viene? ¿Y quién eres tú?

La niña no respondió. Dio unos pasos vacilantes hacia Beau, que seguía agachado sobre una rodilla.

—No dejes que te encuentre —dijo—. Es peligrosa. Ella me encerró aquí.

—¿Quién? ¿Asonperides? ¿Una de las damas de la corte? ¿Por qué le tienes tanto miedo?

Rápida como una serpiente, la niña pasó junto a Beau y salió de la celda. Era tan veloz y de dedos tan ágiles, que no se dio cuenta de que le había arrebatado la llave de la mano, hasta que la vio brillar entre sus dedos.

—¡Eh! ¡Devuélveme eso! —gritó, poniéndose de pie.

La pequeña negó. Ya no lloraba ni temblaba. Retrocedía por el pasillo, sonriendo, y Beau comprendió que todo había sido una farsa.

—Nos vemos luego, cocodrilo —dijo, girando la llave entre sus dedos—. Y… ¡Gracias!

VEINTIDÓS

«Así que, *esto* es lo que se siente el ser un idiota, —pensó Beau—. Vaya…, ahora lo sé».

La niña lo había engañado por completo. Era tan sorprendente, tan absolutamente desconcertante, que durante un largo y doloroso instante no supo qué hacer.

—Espera. ¡Eh! ¡Detente! ¡Detente! —gritó tras ella.

—Ni lo sueñes.

—¡Quiero mi llave! *Ahora* —tronó Beau, sacando el cuchillo de su cinturón.

Esperaba que ella se aterrorizara al ver la hoja y que le arrojara la llave enseguida. En cambio, la niña soltó una carcajada.

—¿O qué? ¿Me obligarás a comer una tabla de embutidos? —dijo, señalando su «arma».

Beau miró el cuchillo que creía estar sosteniendo y vio que, en realidad, tenía en la mano… un salami.

—¡Maldita sea…!

—¿Puedo acompañarlo con un poco de queso? —se burló la niña —. ¿O quizá con dulce de membrillo?

Beau lanzó el salami al suelo.

—Quiero esa llave de vuelta. —Gruñó—. Me la has robado.

—Y eso lo dices *tú*, el ladrón —respondió ella, dejando caer la llave dentro del bolsillo de su falda.

La desesperación atravesó a Beau como una estocada. Intentó una nueva táctica. Solo era una niña, una que había sido cruelmente encerrada en la oscuridad. Fingiría compasión.

—¿Quién te ha encerrado aquí abajo, pequeña?

—*Lady* Asonperides.

—¿Cuándo?

La niña ladeó la cabeza.

—Umm… Hace unos cien años.

—¿Cien años? —repitió Beau, incrédulo.

—Década arriba, década abajo.

—Las niñas no deberían mentir.

—Ni los hombres adultos. Ni tampoco deberían robar cosas.

El cuerpo entero de Beau se heló.

—¿Cómo sabes tú…?

Ella lo interrumpió.

—Me encantaría seguir charlando, pero tengo trabajo. Te aconsejo que no te quedes aquí abajo. Ta-ta.

Entonces, se dio la vuelta y echó a correr, llevándose consigo la luz.

La oscuridad envolvió de nuevo a Beau con sus tentáculos.

—¡Espera! —gritó, corriendo tras ella—. ¡No te vayas!

La niña tenía un efecto extraño en él. Lo atraía como un faro, y se dio cuenta de que no podía soportar perderla de vista. Ella lo guiaría fuera de la oscuridad, de vuelta a la escalera. A las cocinas. Con suerte, aún habría tiempo para conseguir otra vela, encontrar el túnel y escapar de ese horrible sitio. Llegar hasta Matti. Salvarlo. Podía hacerlo. Haría todo eso. Nada lo detendría.

Pero la niña era endiabladamente rápida, y tuvo que correr para no perderla. Se deslizaba por las habitaciones y pasillos, doblando esquinas a una velocidad vertiginosa. Llegó a la escalera en un instante y subió de dos en dos los escalones.

Beau emergió en la cocina unos segundos después, jadeando, y la encontró de pie, en medio de la estancia, con la cabeza ladeada, escuchando. Cuando empezó a avanzar hacia ella, la niña giró sobre

sí misma, señaló la larga mesa de trabajo y dijo:

—Yo me agacharía debajo de eso, si fuera tú. Justo… ahora.

—¿Valmont? ¿Percival? ¿Camille? —llamó una voz desde el pasillo —. Su Gracia está alterada. Requiere una tetera.

Beau se metió bajo la mesa justo cuando *lady* Asonperides y *lady* Ari entraban en la cocina. Las oyó detenerse de golpe y jadear.

Apoyado en la punta de los dedos, se inclinó hacia delante para verlas mejor.

Asonperides, con los ojos absurdamente abiertos, se aferró al brazo de Ari con tanta fuerza, que sus uñas se hundieron en la piel. La sangre brotó bajo los afilados puntos. Para su sorpresa, Ari no pareció sentirlo. Su mirada estaba fija en la niña; su expresión era asesina. *Lady* Gunezarev, que había entrado detrás, retrocedió tambaleándose, cubriéndose los ojos con las manos, como si la luz tenue y parpadeante de la niña la cegara. Detrás de ella, media docena de damas más murmuraban y siseaban como un nido de víboras.

—Tú —dijo Asonperides—. ¿Cómo has salido de ahí?

—Jamás te lo diré —respondió la niña, guiñando un ojo.

—¡Detenedla! ¡Llevadla de nuevo al sótano! —le gritó Asonperides a Ari.

—No lo creo —soltó la niña.

En un abrir y cerrar de ojos, introdujo la llave en la cerradura de la puerta del sótano, la giró… y desapareció, saliendo de la cocina por otra puerta.

El corazón de Beau se desplomó. Su oportunidad de libertad también. La puerta del sótano estaba cerrada, otra vez. ¿Cómo podría reanudar su búsqueda del túnel sin la llave?

Trató de ver hacia dónde había huido la niña para seguirla, pero una pata de la mesa bloqueaba su vista. Aún alcanzaba a ver a Asonperides. Su rostro estaba pálido como el hueso. Sus manos temblaban. No estaba furiosa, como Ari. Ni aturdida, como Gunezarev.

Asonperides estaba aterrada.

VEINTITRÉS

Beau corría por el estrecho pasillo del ala oeste del castillo, pasando como un rayo frente a una habitación tras otra. Todas sus puertas estaban cerradas con llave.

Luego, dobló una esquina… y ya no lo estaban.

En el pasillo que tenía delante, cada una de las puertas había sido abierta de par en par. Podía ver dentro de las habitaciones; el corredor estaba iluminado por faroles, que se habían colocado en los huecos de las paredes.

Alguien estaba cerca; podía oír los pasos. ¿Sería la niña? Se tensó en la oscuridad, escuchando.

Un segundo después de que la niña huyera de la cocina, Asonperides había recuperado la compostura y ordenado a las damas de la corte que se dispersaran por el castillo para buscarla.

Beau esperó hasta que todas se fueron, y entonces salió disparado, decidido a encontrar a la niña antes que ellas. Había tenido cuidado de evitar a las mujeres y, mientras observaba las puertas que ya no estaban cerradas, se preguntó quién las habría abierto. ¿La niña? ¿Alguna de las damas?

Beau sabía que no podía quedarse allí para siempre. Tenía que moverse, aunque eso significara arriesgarse a ser descubierto.

Con los ojos recorriendo el pasillo de un lado a otro, y los oídos atentos al menor ruido, dio unos pasos silenciosos. Llegó a la

primera puerta, a la derecha, y se asomó. Vacía. Se deslizó hasta la segunda, a la izquierda. También vacía. Avanzaba con ligereza, obligándose a ser invisible. Estaba a mitad del corredor cuando el reloj dorado del gran salón comenzó a dar la hora: medianoche. Los ecos metálicos deberían haberlo detenido en seco y hacerlo correr a ponerse a salvo, pero estaba tan desesperado por recuperar la llave que ni siquiera los escuchó. Siguió caminando, y justo cuando cruzaba el umbral de la última habitación del pasillo, una figura salió disparada de ella y chocó con él con tanta fuerza que lo lanzó de costado.

Beau cayó al suelo.

Gimiendo, alzó las manos en señal de rendición. Quien lo había derribado era grande y fuerte. Tenía que ser Valmont.

Esperó a que el hombre lo sujetara, le gritara y lo arrastrara a alguna celda húmeda y oscura, pero, al levantar la cabeza, vio que no era Valmont. Era ella, la niña. Lo miraba fijamente, con el rostro congelado en una expresión de alarma.

—¡Ahí estás, pequeña sabandija! —gritó Beau, poniéndose en pie de un salto.

La niña retrocedió. Giró la cabeza hacia la escalera, escuchando el reloj.

—Ni se te ocurra correr otra vez —dijo Beau—. Te quedas ahí.

—¡Vete, zoquete! ¡Sal de aquí! —le siseó, agitando la mano para que se fuera.

Beau parpadeó.

—¿Cómo me has llamado?

—¡Escóndete! ¡Rápido!

—No voy a ninguna parte, pequeña. Y tú tampoco. No hasta que me devuelvas la llave.

El último tañido del reloj resonó, y la niña se encogió contra la pared.

«*Bien*, —pensó Beau—. *La he asustado. Tal vez ahora entre en razón*».

Esperó a que se disculpara, a que le entregara la llave, pero no

hizo ninguna de las dos cosas.

—Ya viene —anunció ella, con temblor en la voz. Tenía los ojos fijos en la escalera.

—*¿Viene?* ¿Te refieres a Asonperides? —preguntó Beau—. No le tengo miedo a…

La niña alzó una mano, mandándolo callar.

Su miedo desconcertó a Beau. No parecía especialmente asustada de Asonperides cuando se había enfrentado a ella en la cocina. Más bien, había sido esta la que parecía tenerle miedo a *ella*.

Un segundo después, se oyeron pasos más arriba, fuertes, retumbantes.

La niña corrió hacia Beau, y le tomó de la mano.

—Tienes que irte —dijo despacio, como si hablara con un niño—. Vuelve a tu habitación. Cierra la puerta con llave.

Los pasos se hicieron más fuertes. Ya no venían de arriba; estaban bajando por la escalera.

Rápida como un pez, la niña echó a correr otra vez. Giró hacia él una última vez, con el terror ardiendo en sus ojos.

—Corre, Beau —dijo—. *Corre*.

VEINTICUATRO

Lady Diome, temblaba, se sobresaltaba con cada ruido y miraba constantemente por encima del hombro, mientras se aferraba al brazo de *lady* Asonperides.

—Esa pequeña alimaña… Está buscando a sus hermanas. Claro que sí. Tenemos que encontrarla antes de que las localice. Juntas son más fuertes, ya lo sabes. Ellas…

—¡Deja de parlotear, idiota, y búscala! —La interrumpió Asonperides, sacudiéndola con brusquedad—. Seguro que se ha escondido en algún agujero oscuro, como la ratita asquerosa que es.

Asonperides llevaba un bastón de paseo con empuñadura de plata; lo usaba con fiereza, hurgando debajo de los muebles y en los rincones, mientras hablaba.

Diome gimoteó, miró detrás de una puerta y luego apartó unas cortinas polvorientas, tragando saliva con fuerza.

—Es todo c-c-culpa suya… del ladrón. Lo s-s-sé, lo sé.

El ceño de Asonperides se frunció aún más.

Diome tenía razón: el ladrón estaba implicado en aquello. Demasiadas cosas habían ocurrido desde su llegada —la desaparición de la llave maestra y la repentina liberación de la niña —, como para ser mera coincidencia.

Había alterado el equilibrio de las cosas de una manera en que ningún otro visitante lo había hecho. Desarmó a Arabella. La

involucró. La desafió… Su influencia debía ser contenida de forma permanente.

Asonperides le había devuelto su carta después de haberla abierto con vapor, y esperaba que la desesperación que sentía lo empujara a hacer algo impulsivo. Algo estúpido, como conseguir que lo mataran.

Tanto él como la niña eran amenazas para el orden que Asonperides había impuesto, y ella no toleraba las amenazas. Sabía que Arabella había dejado de desear cosas que no podía tener, mucho tiempo atrás. ¿O tal vez no? ¿Quedaba en ella alguna pequeña parte secreta que aún no se había rendido?

Al principio, Arabella había adorado a la niña, manteniéndola siempre a su lado. Pero luego, la niña comenzó a ir y venir, como una hermosa mariposa: aquí un momento, y arrastrada por la brisa al siguiente. Los días sin ella eran una tortura para Arabella.

Asonperides lo había visto. Más que ninguna de las otras damas de la corte, comprendía el tormento de su señora.

Con los años, mientras los visitantes iban y venían del castillo, las ausencias de la niña se hicieron más largas, pero no importaba cuánto tiempo pasara fuera, porque Arabella siempre la recibía con los brazos abiertos. La cubría de besos y le hacía prometer que nunca volvería a marcharse.

La maldita mentirosa rompía sus promesas una y otra vez.

Cuando se iba, Arabella pasaba días enteros en la cama, de espaldas, mirando la pared, negándose a comer o a hablar.

Asonperides era la única a la que Arabella permitía acercarse cuando esto sucedía. Era ella quien se sentaba junto a la cama durante las largas y oscuras horas, acariciándole la frente. Era ella quien la convenció de que era mejor vivir sin la niña, que volver a tener el corazón roto, una y otra vez. Le llevó tiempo envenenar a Arabella en contra de la pequeña, pero, una vez logrado, fue fácil persuadirla para encerrarla.

Cuando la niña desapareció, Asonperides elevó a las damas que le eran leales —Ari, Paluc y Gunezarev, entre ellas—, y desterró a las

que no lo eran.

Asonperides y Diome continuaron con la búsqueda, pasando del salón de música a la galería de retratos, abriendo armarios y arrancando sábanas de los muebles, hasta que finalmente se encontraron con otras damas de la corte en un pasillo.

—La pequeña peste no está en el ala norte. He buscado hasta el último rincón —dijo Paluc. Se sentó en una silla, se quitó una zapatilla y se frotó el pie—. No puedo creer que nos hayas hecho registrar todo el castillo, Asonperides. Estoy agotada. Me duele la espalda. Tengo frío. No tienes consideración. Ninguna. En realidad, tú…

—¿Dónde están las demás? —exigió Asonperides, cortándola en seco.

—Celso y Densed siguen buscando —respondió Paluc.

—¿Y Ari?

—Está en el ala sur. Oí muebles rompiéndose, así que preferí no acercarme.

—¡La niña hallará a las otras antes de que vosotras la encontréis! —gritó Asonperides, furiosa—. ¡Las liberará! ¡No se detendrá hasta hacerlo!

—No nos regañes, Asonperides —replicó Gunezarev—. Esto es culpa tuya. Deberías haber sido más atenta. Más diligente. Has sido tonta y perezosa. Deberías haber previsto…

—Oh, cállate, Gunezarev —interrumpió *lady* Lubijo—. Nuestra pequeña fugitiva no es más que una niña tonta. La encontraremos pronto. No hay motivo para preocuparse. —Sonrió, mostrando una hilera de dientes torcidos—. Sigamos buscando, ¿de acuerdo? —Añadió, conduciendo a las demás fuera de la habitación.

En cuanto se fueron, Asonperides volvió a hurgar en los rincones con su bastón.

Lubijo se equivocaba: había *muchos* motivos para preocuparse.

En todo el mundo, solo existía una persona que podía superarla. Solo una era capaz de derrotarla.

Esa traidora, esa miserable niña.

VEINTICINCO

—¡Niña! ¡Eh, pequeña, espera! —gritó Beau.

Echó a correr tras ella, decidido a no dejarla escapar otra vez.

Pero la pequeña desapareció por el pasillo, giró la esquina y se esfumó en lo que dura un suspiro.

Beau aceleró, desesperado por alcanzarla.

Al doblar la esquina, su corazón dio un salto.

Estaba justo delante.

Estaba a punto de gritarle de nuevo, cuando escuchó pasos que retumbaban por el pasillo detrás de él. Subían de volumen, se desvanecían y luego volvían a sonar, y comprendió que quien fuera que lo hacía, corría entrando y saliendo de las habitaciones, registrándolas.

La niña se detuvo frente a una puerta y sacó algo del bolsillo de su falda: la llave.

Beau se dio cuenta por el temblor de sus manos, mientras forcejeaba con la cerradura, que también había escuchado los pasos.

La puerta se abrió justo cuando él la alcanzó.

Sin decir una palabra, la niña le agarró el brazo y lo arrastró adentro.

Se llevó un dedo a los labios, cerró la puerta con rapidez, volvió a echar el cerrojo y se guardó la llave en el bolsillo. Luego, dio un paso atrás.

Escuchaba. Observaba. Esperaba.

—¿De quién estamos…?

—¡Shhh!

«¿Huyendo?», articuló Beau sin voz.

La niña no respondió. Tenía la vista fija en la puerta.

Beau pensó en arrebatarle la llave del bolsillo, pero era probable que peleara, y no quería que quien estuviera fuera los escuchara. No quería estar allí, perdiendo un tiempo precioso, cuando podría estar en el sótano, o quizá ya a mitad del túnel… Pero no tenía opción.

Mientras la niña permanecía junto a la puerta, escuchando, Beau miró a su alrededor y vio que se habían refugiado en unos aposentos privados. Estaban en lo que parecía una sala de estar, pero daba la impresión de no haberse usado en años. Una alfombra de lana carcomida por las polillas cubría el suelo. En las ventanas colgaban cortinas de seda, con los bordes deshilachados y el bordado de plata deshecho. El papel floral de las paredes había amarilleado, y algunas tiras se habían desprendido, cayendo al suelo en espirales polvorientas.

Un arco comunicaba esa sala con otra habitación.

Beau echó una mirada hacia la niña, temiendo que abriera la puerta y echara a correr, pero seguía inmóvil, con las manos apretadas.

Dejando que la curiosidad lo dominara, Beau atravesó la sala, notando una delicada silla tapizada, con una pila de libros sobre el asiento, y un chal de seda colgado del respaldo de un sofá. Sus ojos se detuvieron en la repisa de la chimenea. Al ver lo que colgaba encima, se quedó paralizado.

El marco del retrato, como todo en la habitación, estaba cubierto de polvo y ennegrecido por el tiempo, pero el rostro del lienzo seguía siendo tan fresco, tan intenso, como el día en que fue pintado.

Beau lo contempló, impresionado por la niña que le devolvía la mirada desde el cuadro. Le resultaba familiar, aunque no podía situarla. Tendría unos doce años, con una expresión regia y segura,

pero una sonrisa viva y desafiante. Su cabello rubio, recogido en una coleta suelta, caía sobre un hombro. Llevaba una chaqueta verde musgo de cuello alto. Sus ojos grises eran grandes, expresivos; una inteligencia ardiente brillaba en ellos.

Y, entonces, con un sobresalto al darse cuenta, comprendió que la conocía.

—Es ella —dijo, señalando el retrato—. Oye… Oye, pequeña. Es Arabella.

La niña se giró, le lanzó una mirada fulminante y replicó con sarcasmo:

—Estoy sobrecogida ante tus deslumbrantes poderes de observación.

VEINTISÉIS

A Beau no le hizo ninguna gracia que una niña se burlara de él.

—Esa no es forma de hablarle a tus mayores y superiores —le susurró.

—Entonces es la forma correcta de hablarte, ya que no eres ninguno de los dos —le devolvió la niña en el mismo tono.

Beau se acercó a ella. Se arrodilló y le puso las manos sobre los hombros, listo para decirle que aquel estúpido juego había ido demasiado lejos.

La niña miró una de sus manos, luego la otra y, alzando la vista, lo fulminó con una mirada abrasadora.

Avergonzado, Beau retiró las manos y la bombardeó con preguntas:

—¿De quién estamos huyendo? ¿Por qué estabas encerrada? ¿Cómo te llamas? —Su frustración lo hacía hablar demasiado alto.

—¡Cállate, necio! —ordenó la niña.

Beau bajó la voz.

—Solo dime una cosa… ¿Estas eran las habitaciones de Arabella?

—*Eran*. Eran las habitaciones de Arabella. Ya no viene aquí.

Ella se concentró en la puerta de nuevo, y Beau volvió la mirada hacia la repisa de la chimenea, intentando conciliar en su mente a la fría, frágil y distante Arabella adulta con la niña del retrato.

Recordó esa misma mañana, durante su lección de carterismo.

Había visto destellos de aquella muchacha pintada en el cuadro: una sonrisa entusiasmada, un brillo vivaz en sus ojos grises… Y, aunque no quería hacerlo, recordó más: el aroma de Arabella, la sensación de su brazo entrelazado con el de él, y el calor de su mano sobre su pecho.

Un momento después, casi sin darse cuenta, se encontró entrando en su dormitorio.

«¿Qué estás haciendo? ¿Por qué pierdes el tiempo?, —lo reprendió una voz interior—. Admirar la decoración no te sacará de aquí».

Pero Beau no supo qué responder.

La habitación contenía una cama con dosel, un gran espejo apoyado contra una pared, un escritorio, una cómoda, varios armarios y un amplio asiento junto a la ventana.

Lo que lo dejó boquiabierto fue la cantidad de libros. Las paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de volúmenes encuadernados en cuero.

Una punzada de anhelo le atravesó el pecho. Jamás había codiciado nada de lo que robaba para Raphael —ni joyas, ni plata, ni siquiera monedas de oro—, pero siempre había sentido hambre por los libros.

Pasó los dedos por los lomos de varios tomos. En uno estaba grabado en oro Le Vau; en otros, Wren, Palladlo, Mansart. Eran arquitectos. Había oído sus nombres en las mansiones donde había trabajado. Siguió explorando: historia, filosofía, teatro, novelas y poesía. Sus dedos se detuvieron en un pequeño volumen de los *Sonetos* de Shakespeare. Lo sacó de la estantería, y comprobó que la cubierta de cuero rojo estaba desgastada por donde las manos la habían sostenido.

Lo abrió y comenzó a leer, cautivado por la belleza de los poemas. Algunos los recitó en voz baja, saboreando el ritmo en la lengua; otros, los leyó en silencio, sintiendo su peso en el corazón.

Beau deseó, con desesperación, quedarse con el libro y, por un instante, pensó en esconderlo dentro de su chaqueta, pero lo

devolvió a su sitio.

Algunas cosas eran demasiado valiosas para robarlas.

Se separó a regañadientes de los estantes, y continuó explorando.

Al otro lado de la habitación había un delicado escritorio de nogal, cubierto de papeles enrollados, un tintero de cristal, una pluma y una carpeta de cuero.

Una nube de polvo se levantó cuando Beau abrió la carpeta.

La apartó con la mano, y sus ojos se posaron en dibujos de edificios: la catedral de Notre-Dame de Francia, el castillo de Fasil Ghebbi en Etiopía y Kukulkán, una pirámide de Yucatán.

Beau sabía que los aposentos privados eran los santuarios de las personas. Guardaban allí lo que más amaban —retratos, cartas, joyas—. Al parecer, Arabella no amaba ese tipo de cosas.

Arabella amaba los edificios.

Un sobresalto de emoción le recorrió el cuerpo al comprenderlo. Quizá, entre los planos, habría un dibujo de *este* castillo: una elevación, una sección transversal… Algo que le mostrara dónde estaba el túnel.

Tomó un cilindro de papel y lo desenrolló, pero contenía planos de la Ciudad Imperial de Pekín.

Lo tiró con frustración.

Abrió otro, que representaba la biblioteca de Éfeso.

Nada de lo que necesitaba.

Alzó la vista y vio un gran cofre de madera apoyado contra la pared, asegurado con un candado de hierro, lo que indicaba que guardaba algo valioso.

Con un abrecartas y un pequeño destornillador que encontró en un cajón, forzó el candado en cuestión de minutos.

Pero el contenido no era lo que esperaba.

—¿Qué es toda esta porquería? —murmuró, rebuscando entre un revoltijo de transportadores, compases, escuadras y reglas.

Cerró la tapa y registró el resto de la habitación, abriendo cajones y armarios, pero una vez más no encontró nada que le

revelara información sobre el castillo.

Se dejó caer sobre la cama y soltó un gemido.

Otro callejón sin salida.

La noche se le escapaba, las horas se consumían, y él no estaba más cerca de escapar.

Oyó en su cabeza la voz temblorosa de su hermano: «*No me dejes aquí, Beau, por favor. Por favor, no me dejes…*».

Y su propia voz respondiendo: «*No llores, Matti. Por favor, no llores. Volveré por ti. En cuanto pueda. Lo prometo. Lo juro…*».

Una oleada de furia lo recorrió, alimentada por el miedo —miedo a llegar demasiado tarde, a que Matti muriera creyendo que había roto su promesa.

Se levantó, tomó una almohada y la lanzó con una patada al otro lado de la habitación. Golpeó la pared con un *sonido* sordo.

Lo hizo de nuevo.

Estaba a punto de hacerlo por tercera vez, cuando su pie se enredó en los pliegues del enorme cubrecama de satén. Forcejeó y maldijo hasta liberarse, pero, en ese momento, vio un destello brillante. Se agachó, entornando los ojos, y se dio cuenta de que el reverso del cubrecama estaba bordado con lo que parecían millas de hilo de plata.

Intrigado, arrancó la colcha de la cama y la extendió en el suelo, tirando de los pliegues, alisando las esquinas, hasta dejarla completamente abierta.

Entonces, retrocedió un paso, asombrado por lo que veía.

Extendida ante él, ocupando todo el suelo, se desplegaba una ciudad magnífica, centelleante como un cielo estrellado a medianoche. Y, en la esquina superior derecha, una sola palabra estaba bordada:

Paradisium.

VEINTISIETE

Beau había visto bordados lujosos antes.

Había visto cuellos de encaje que costaban más de lo que la mayoría de la gente ganaba en una década. Casacas de seda bordadas con rosas tan realistas que parecía que los pétalos fueran a desprenderse. Vestidos adornados con gemas y perlas. Pero nunca había contemplado nada tan exquisitamente elaborado como el bordado que tenía frente a él.

Utilizando una variedad de puntadas —algunas pequeñas y rectas, otras onduladas y entrelazadas—, la bordadora había creado un dibujo arquitectónico de detalle diabólico.

En el centro del satén azul oscuro se alzaba un elegante ayuntamiento con columnas, amplias escalinatas de piedra y una torre que se elevaba hacia el cielo. Frente a él había una plaza bordeada de árboles, con una fuente en el centro. La reluciente ciudad plateada también contaba con una universidad —con edificios abovedados y torres puntiagudas—, un hospital, una escuela, un mercado cubierto, tiendas y cafés.

Beau se arrodilló y pasó la mano sobre las puntadas.

«¿Quién ha hecho esto?, —se preguntó—. ¿Arabella? ¿Por qué querría ocultarlo?».

En ese instante, un movimiento llamó su atención. Un destello azul al otro lado de la habitación. Beau se quedó inmóvil y alzó la

vista. El espejo seguía allí, apoyado contra la pared, y miró directamente dentro de él.

Había alguien en el reflejo.

De pie, justo detrás de él.

VEINTIOCHO

Beau se puso de pie de un salto y giró en redondo, listo para pelear.

Pero no había nadie.

Dio un paso vacilante hacia el centro de la habitación. Estaba seguro de que alguien había estado allí… Justo *allí*, en medio de la alfombra. ¿Estaría imaginando cosas?

Se pasó una mano temblorosa por el cabello, y se volvió de nuevo hacia el espejo.

El vidrio plateado estaba *vivo*, en movimiento.

Imágenes danzaban ante sus ojos —sombras que titilaban, iluminadas desde atrás—, como las figuras en un espectáculo de linterna mágica. Vio otra vez un destello azul, luego resplandores de carmesí, amarillo, rosa y verde. Todos se difuminaron como pinturas corriendo bajo la lluvia, y después cobraron nitidez.

La boca de Beau se abrió ante la sorpresa.

El espejo agrietado mostraba a Arabella. Estaba sentada en su escritorio, con la cabeza inclinada y el cabello recogido en un moño desordenado. Libros, compases, reglas, plumas y papeles cubrían el tablero. Estaba dibujando.

Su mirada recorrió la figura de la chica, notando el ceño fruncido, la firmeza de su mandíbula, y la luz en sus ojos —no dura ni desdeñosa, como de costumbre, sino encendida por la intensa concentración de una artista perdida en su propio mundo.

Detrás de ella, sobre la cama, había media docena de cajas abiertas. De ellas se desbordaban vestidos coloridos, cada uno más hermoso que el anterior.

Josette, con la expresión preocupada, los observaba.

—Señorita, su madre vendrá pronto —dijo—. Querrá saber qué vestido piensa usar para el baile, ¡y aún no se ha probado ninguno!

—Umm… —respondió Arabella distraída, esbozando las ventanas de un edificio con un trozo de grafito.

Josette levantó un corsé.

—Por favor, señorita, debe…

—Oh, Josette, ¡que se ahogue el baile! —exclamó Arabella—. Es un fastidio, y lo detesto… —El sonido de unos pasos firmes que se acercaban por el pasillo la interrumpió. Sus ojos se abrieron, llenos de pánico—. ¡Ayúdame a guardar todo esto! ¡Rápido! —susurró, limpiándose las manchas grises de las manos en su bata.

Juntas, escondieron las reglas y los compases en los cajones, y luego metieron los papeles y libros bajo la cama.

Cuando la puerta de la habitación se abrió, Arabella sostenía el corsé en su lugar, mientras Josette apretaba las cintas.

—Buenos días, madre… Tía Lise —dijo Arabella, forzando una sonrisa cuando dos mujeres altas e imponentes, ambas con los mismos ojos grises y el mismo cabello rubio que ella, entraron en la estancia.

—Josette, cuando termines aquí, dile a Valmont que debe cambiar la colocación de los asientos para la cena del baile —dijo la madre de Arabella, entregando a la criada una hoja de papel—. Me ha puesto junto a un simple barón. ¿En qué estará pensando ese hombre? —Se volvió hacia su hija—. Acabo de ver al maestro de danza, Arabella. Me ha dicho que no has asistido a tu lección de esta mañana.

—Lo he olvidado. Perdóname, madre —respondió Arabella.

—Ah…, ¿sí? ¿Y qué estabas haciendo que fuera tan absorbente?

—Yo… —La voz de Arabella vaciló. Miró a su alrededor, de forma frenética. Sus ojos se posaron en la cama—. ¡Intentaba decidirme

entre todos estos vestidos tan preciosos! —dijo, con un tono alegre pero forzado.

La duquesa arqueó una ceja, incrédula.

Arabella se encogió.

—Mamá, ¿qué importa? —indicó conciliadora—. Sé bailar.

—Ese corsé está demasiado suelto —dijo la duquesa, repasando a su hija con una mirada crítica—. Arréglalo, Josette.

La doncella desató las cintas con rapidez. Las agarró, plantó los pies y tiró con fuerza.

Arabella soltó un jadeo; llevó las manos a su caja torácica, mientras sus pulmones luchaban por encontrar su nueva forma.

Josette volvió a anudar las cintas y se apartó.

Beau hizo una mueca. El corsé estaba tan apretado que casi esperaba oír cómo se le rompían las costillas.

Entonces, *sí* oyó un crujido, pero provenía de la duquesa: algo se había roto bajo su pie.

—¿Qué demonios es esto? —dijo, agachándose.

Un delgado trozo de grafito yacía hecho pedazos sobre la alfombra.

La duquesa los recogió, y su rostro se endureció al reconocer lo que eran. Giró la mano, dejó caer los fragmentos, y de un tirón levantó la colcha de la cama.

Sus ojos agudos recorrieron los libros y papeles escondidos debajo.

Soltó la tela y se volvió hacia su hija.

—Debería haberlo sabido —rumió, con la voz helada por la furia —. ¿Debo recordarte, Arabella, que muchos jóvenes ricos y poderosos asistirán al baile, y que todos buscan esposa, no una albañil? No eres una campesina libre para ir y venir a tu antojo. Eres la única hija, y heredera de un duque.

Arabella bajó la mirada, con las manos inquietas a los costados.

Beau observó cómo luchaba por contener sus emociones, intentando aguantarse las palabras…, pero estas se escaparon de todos modos.

—Preferiría encontrar un maestro antes que un marido —dijo—. Y preferiría estudiar Arquitectura, antes que probarme vestidos.

El rostro de la duquesa se ensombreció.

—¿También debo recordarte que no quiero una repetición de comportamientos pasados? —continuó—. De hecho, te comportarás de la mejor manera posible, o habrá consecuencias.

Chasqueó los dedos hacia la criada y señaló los libros de Arabella.

—Josette, lleva esas cosas abajo. Dile a Valmont que las queme.

Arabella alzó la cabeza con brusquedad.

—¡No! ¡Mamá, por favor!

—No puedes culpar a nadie, Arabella. Te lo advertí, una y otra vez. No necesitas libros ni compases para encontrar un marido. Necesitas dulzura, docilidad y el vestido adecuado.

Josette se arrodilló, sacó los libros de Arabella de debajo de la cama y los llevó fuera de la habitación.

Arabella la siguió con la mirada.

Y Beau observó a Arabella. La vio perder su batalla por el control, vio cómo las emociones la desbordaban, como una represa rota bajo el torrente.

—¡Mamá, eres cruel! —gritó—. Quiero aprender cómo se construyen los edificios. Cómo crecen los pueblos y las ciudades. Cómo vive, trabaja y se divierte la gente en ellos. —Su voz se alzó—. ¡Y en cambio me obligas a perder el tiempo en un baile aburrido, hablando y sonriendo, y fingiendo ante hombres más insulsos que la muerte!

Dos manchas rojas aparecieron en las mejillas de la duquesa, pero su voz, cuando finalmente se escuchó, fue firme.

—Cómo te atreves a hablarme así.

La tomó del brazo y la condujo frente al espejo.

—Mírate, Arabella. Observa.

La joven alzó los ojos hacia el espejo de plata. Estaban llenos de lágrimas.

—Fosas nasales dilatadas como las de un toro… El rostro tan rojo

como la cresta de un gallo… La voz tan chillona como la de una hiena…, erizándose como una vil jabalina —dijo la duquesa con asco —. Una muchacha que no puede controlar sus emociones no es mejor que una bestia.

Un silencio crudo y doloroso cayó sobre la habitación.

Lise fue la primera en romperlo.

—Qué vestido tan encantador, querida —dijo, levantando la tela azul—. Cualquier hombre que te vea con él se enamorará perdidamente y pedirá tu mano de inmediato.

Un destello de desafío brilló en los ojos tristes de Arabella.

—Preferiría que pidiera mi corazón primero.

Lise negó. Miró a su hermana y, con una sonrisa preocupada, dijo:

—La niña tiene un espíritu fogoso.

—Los fuegos que arden demasiado pronto, se apagan con rapidez —indicó la duquesa.

Lise le tendió el vestido.

Arabella suspiró. Se metió en él y pasó los brazos por las mangas.

Su tía le abrochó la fila de botones que corría por la espalda.

—A nadie le gustan las chicas con demasiadas opiniones, Arabella —dijo con suavidad—. Ni las chicas ruidosas. Ni las que se enfadan. Ni las difíciles.

—¿Y las tristes? —preguntó Arabella sin vida.

Lise se estremeció.

—Esas son las peores de todas.

—Entonces, ¿qué clase de chica debo ser, tía?

—Una encantadora. Amable. Una chica que siempre esté alegre, siempre positiva, siempre sonriendo. Una chica que hable de jardines, de conciertos, de caballos y de flan.

—¿Flan? —repitió Arabella, incrédula.

Lise asintió con gravedad.

—El flan es seguro y no genera controversia. ¿Has conocido alguna vez un flan que provoque un acalorado debate?

—No, tía —indicó, hundiendo los hombros—. No lo he hecho.

Después de probarse el vestido azul, Arabella se puso los demás.

La duquesa declaró que el azul era el más favorecedor y salió de la habitación.

Lise la siguió, y Arabella se quedó sola, mirándose en el espejo.

A los ojos de Beau, parecía más pequeña. Diminuta. Derrotada. La ira se había desvanecido de su rostro y, debajo de ella, quedaba solo la angustia, pura y punzante.

Mientras la observaba, ella dio un paso más cerca del espejo, apoyó un dedo sobre el cristal plateado y dibujó una sonrisa en su propio reflejo. Aquel pequeño y triste gesto atravesó el corazón de Beau. Sin ser del todo consciente de lo que hacía, extendió la mano y la presionó contra el vidrio; sus dedos se encontraron con los de ella.

Olvidó que Arabella no podía verlo.

Olvidó que no era más que una imagen en el espejo.

—Y, al final, la duquesa tenía razón: hubo consecuencias. —La voz proveniente de la puerta lo hizo saltar. Era la niña—. La duquesa le quitó casi todas sus cosas, pero Arabella encontró la manera de seguir dibujando. De seguir soñando —dijo, dando unos pasos hacia dentro, con la mirada perdida en la ciudad resplandeciente que aún se extendía sobre el suelo.

—¿Arabella hizo esto? —se interesó Beau.

La niña asintió.

Caminó hacia las cortinas polvorientas y trazó con el dedo la silueta de las flores sombreadas; al hacerlo, su pálido resplandor se intensificó.

—Por las noches, descosía el hilo de plata de estos paneles y lo usaba para crear su ciudad. Trabajaba durante las horas oscuras y solitarias, cuando todos los demás dormían profundamente. Las únicas que lo sabían eran las doncellas, pero les daba monedas para que guardaran su secreto. Encontró la forma. Y eso bastó… —Su luz se apagó un poco—. Hasta que dejó de bastar.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —preguntó Beau.

La niña estaba a punto de responder cuando un alarido salvaje, ensordecedor, de pura furia, la interrumpió. Le siguió un fuerte golpe en la puerta.

—¡Rápido! ¡Tenemos que escondernos! —susurró, temblando. Le agarró la mano a Beau y tiró de él hacia las ventanas.

Otro golpe. Más fuerte. Más cerca. Beau lo oyó, y por fin comprendió quién —o mejor dicho, qué— los perseguía.

—No se trata de Asonperides, ¿verdad, niña? —dijo, sintiendo el pánico apoderarse de él.

Apenas las palabras salieron de su boca, la puerta estalló en mil astillas con un estruendo seco.

Un segundo grito, más terrible aún, llenó la habitación.

La pequeña le agarró la mano otra vez, y esta vez Beau no se soltó.

Bajo el asiento de la ventana había unos armarios de frente calado en filigrana de bronce. La niña abrió uno y le hizo señas para que la siguiera. Los armarios eran anchos y profundos, y ambos pudieron plegarse dentro del oscuro espacio. Cerraron las puertas justo cuando aquello que había emitido aquellos gritos escalofriantes entraba en la estancia.

Beau contuvo la respiración al verlo, y susurró dos palabras:

—La bestia.

VEINTINUEVE

La niña le clavó los dedos en el brazo, advirtiéndole, en silencio, que no hiciera ni un solo ruido. Que no se moviera. Que no respirara.

Los ojos de la criatura ardían, llenos de furia. Su boca era una hendidura roja. Músculos poderosos se vislumbraban bajo su pelaje. Las fosas nasales se le ensancharon mientras olfateaba la habitación. Echó la cabeza hacia atrás y rugió, y Beau sintió cómo la niña se encogía contra él. Le cubrió la mano temblorosa con la suya y la apretó con fuerza.

La bestia se movía, con torpeza, por la habitación, buscándolos. Al no encontrarlos, arrojó una pila de libros del escritorio, que cayeron al suelo en una avalancha de golpes sordos. Pero, en lugar de calmarse, aquella acción destructiva no hizo sino avivar más su furia. Volcó una silla. Tiró las mesillas de noche. Tomó una mesa y la estrelló contra la pared.

Comenzó a avanzar por la habitación, hacia ellos.

Beau sintió cómo la niña se tensaba de terror. Sabía que, si la bestia se acercaba un poco más, si se asomaba a las puertas de filigrana, los vería. Su corazón golpeaba con tanta fuerza contra sus costillas que estaba seguro de que la criatura también lo escucharía.

A mitad de la habitación, la bestia se detuvo y fijó la mirada en la colcha que yacía amontonada en el suelo. Aplastó las orejas contra el cráneo, mostró los dientes y se abalanzó sobre el montón, pero, al

descubrir que la niña no estaba allí, sus ojos se llenaron de una furia asesina y salió de la habitación embistiendo.

Beau esperó hasta oír sus rugidos y chillidos desvanecerse por el pasillo, para atreverse a salir de su escondite. Siempre se había enorgullecido de tener nervios de acero. Había pasado por situaciones difíciles. Lo habían perseguido y golpeado. Pero nunca, jamás, había sentido tanto miedo como con la criatura que había irrumpido por esa puerta. Le temblaban las piernas, como si no tuvieran huesos. Los pensamientos eran confusos. Le costaba hablar.

—¿Q-qué era esa cosa? ¿Cómo…? ¿Quién…? —balbuceó.

La niña salió del escondite.

Beau notó que su luz se había reducido a un parpadeo. Parecía a punto de apagarse con apenas un soplo.

—Tengo que irme ya —dijo.

—No, no puedes. Necesito esa llave. Tengo que encontrar el túnel.

—No hay ningún túnel.

Beau negó.

—Eso no es verdad. No puede serlo.

La niña le dirigió una mirada llena de compasión.

—Ten cuidado, Beau. Soy yo a quien quiere la bestia, pero, si te encuentra, también te hará pedazos —dicho eso, echó a correr.

Beau estaba demasiado aturdido para perseguirla, pero gritó tan alto como se atrevió:

—¡Espera! ¡Detente! Por favor…, dime tu nombre. ¿Quién eres?

Justo antes de desaparecer por la puerta, la niña se volvió hacia él y, con una sonrisa temblorosa, respondió.

—Esperanza.

TREINTA

Arabella observó cómo Beau dejaba caer una cuchara de plata dentro del bolsillo de su chaqueta.

—Cógela —dijo, esbozando una sonrisa mientras se daba la vuelta.

—Está bien, lo haré —respondió ella.

«Pero aún no, —pensó, complacida de que él no pudiera verla mientras lo observaba—. Todavía no».

Él permanecía de pie, con una cadera ladeada, el cabello largo recogido hacia atrás y el rostro de perfil. Los ojos de Arabella se detuvieron en su nariz —con aquel pequeño bulto en el puente—, en sus pómulos altos, y luego descendieron por la línea de sus hombros, hasta el arco elegante de su espalda.

—Estaría bien que fuera hoy —comentó el joven.

—Estoy trabajando el elemento sorpresa —respondió ella, deseando poder detener el tiempo y quedarse allí, en ese instante, para siempre.

Un segundo después, cuando sacó la cuchara de su bolsillo, Beau atrapó su mano, sorprendiéndola hasta arrancarle una cascada de risas.

—¡La tengo! —exclamó, triunfante—. Fui suave como la seda. Y silenciosa, además.

—¿Silenciosa? —replicó este, riendo—. Ha sido como si hubieras

lanzado fuegos artificiales.

No soltaba su mano.

Arabella lo miró a los ojos —aquellos cálidos ojos castaños, llenos de sorpresas—, y a su sonrisa, tan llena de promesas. Y, por un instante, por un solo instante en un interminable siglo, fue feliz.

Entonces, otro sonido se alzó sobre su risa: regular, inevitable, como el tictac de un reloj. Arabella levantó la vista, y la sangre se le heló al ver quién se acercaba hacia ellos.

El relojero.

—¡No! —gritó, con el corazón desbordado por el miedo—. Por favor. ¡Él no, él no!

Apretó la mano de Beau y echó a correr hacia la puerta más cercana, pero, cuando llegaron, *lady* Paluc la bloqueaba. Llevaba un vestido color mostaza, con el encaje amarillento y el dobladillo sucio. Su rostro pálido estaba cubierto de llagas violáceas.

Arabella giró en redondo y corrió hacia otra puerta, arrastrando a Beau tras ella, pero *lady* Gunezarev apareció, mirándolos con odio. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, como si se atara a sí misma con una camisa de fuerza. Sus uñas, curvadas y afiladas, se clavaban en sus costados.

Desesperada, Arabella corrió hacia la última salida, aún aferrando la mano de Beau, pero en el umbral se alzaba *lady* Asonperides, mirando hacia el suelo. Al oírlos acercarse, levantó la cabeza, y Arabella observó que no tenía ojos —solo dos huecos negros, profundos y vacíos.

Arabella gritó, y se incorporó de golpe.

Asustada y desorientada, miró a su alrededor con desesperación y comprobó que no estaba en el gran salón con Beau, sino en su habitación. Sola. La luz gris de la mañana se derramaba por la ventana. Se había quedado dormida en su silla.

—Solo ha sido un sueño… No era real —susurró, presionando una mano contra su agitado pecho.

El alivio la inundó, pero pronto fue sofocado por el miedo.

«Nada es más real que un sueño», dijo una voz dentro de ella, y

Arabella supo que tenía razón.

Los sueños eran poderosos. Eran espejos del alma.

En su sueño, había sentido que volvía a aquellos primeros días… Días en que la niña siempre estaba a su lado.

Sacudió el recuerdo de su cabeza.

Era peligroso desear que esos días regresaran.

La niña estaba a salvo, encerrada hacía ya décadas.

Las tres lo estaban.

Bajo la débil luz de la mañana, comprendió que el ladrón estaba condenado, al igual que las demás, y que no había nada que pudiera hacer al respecto.

Sintió un pinchazo en el corazón ante ese pensamiento, y cerró los ojos para bloquear el dolor punzante que le atravesaba el pecho.

—*Esto* no es culpa mía —dijo con voz quebrada—. *Tú* no eres culpa mía.

«Oh, pero sí que lo es, —respondió la voz—. Y él también lo es».

Arabella se puso de pie, desesperada por huir de la voz. Saldría a cabalgar. Haría que el mozo ensillara a su semental, Horatio, y galoparía por el bosque. El viento rugiría en sus oídos, y ahogaría todo lo demás.

Bajó la escalera de caracol, con un torbellino de faldas, y salió corriendo del castillo.

Cuando llegó a los establos, descubrió que el mozo estaba en el granero, arrojando fardos de heno. Ella misma ensilló a Horatio, y se dirigió al bosque, espoleando al caballo hasta el galope, antes incluso de salir del patio.

Las viejas decían que no existía jinete en la tierra capaz de dejar atrás a la muerte.

Tal vez no.

Pero ella pensaba intentarlo.

TREINTA Y UNO

Una ráfaga de viento recorrió el patio de los establos, haciendo vibrar las puertas del granero. Murmuraba y se reía como una bruja, con una voz áspera y baja, burlándose de Beau. Le decía que se acercaba una tormenta. Una que traería nieve y hielo. Una que lo mantendría allí.

Con un martillo en una mano y una bolsa de clavos en la otra, él la ignoró, así que el viento lo intentó de nuevo, elevando su lamento hasta que su voz se volvió la de un niño —aguda y temerosa.

«¡Por favor, no te vayas! ¡No me dejes, Beau!».

Beau sabía que la voz no era real; sabía que solo era su mente inquieta jugándole una mala pasada.

Pero saberlo no ayudaba.

Aun así, veía a Matti de pie junto a una ventana, esperando, deseando y rezando para que él regresara. Y lo veía darse la vuelta, destrozado, cuando día tras día tras día, él no volvía. Todavía sentía como si el viento que gemía hubiera metido su mano despiadada dentro de su pecho y le apretara el corazón.

Encogiendo los hombros por el frío, Beau se arrodilló y, furioso, clavó dos tablones, extremo con extremo. Cuando terminó, corrió al taller del establo, tomó dos más y repitió la operación. Después, superpuso un extremo de un tablón recién alargado sobre otro y los volvió a clavar. Estaba apurado y distraído, y el martillo cayó sobre

su pulgar.

Lanzó un grito de dolor, agitó la mano y soltó una serie de maldiciones de lo más coloridas.

«Arabella no estará contenta», pensó, cuando el dolor comenzó a disminuir.

Bueno, no le importaba un comino lo que pensara Arabella. Por su culpa, había pasado todo el día construyendo el puente más miserable del mundo. El crepúsculo estaba cayendo ya, y ni siquiera había terminado.

La idea se le había ocurrido la noche anterior, después de que Esperanza se marchara, y de haber corrido de vuelta a su habitación y haberse encerrado con llave.

No existía ningún túnel —ella lo había convencido de eso—, así que tuvo que idear otra forma de escapar: un puente delgado de tablones.

La distancia a través del foso debía de ser de unos doce metros. Los tablones clavados medían unos tres cada uno. Beau planeaba hacer seis en total, para tener unos tres metros extra a cada lado del foso. Conectaría los tablones con más clavos y un poco de cuerda, luego empujaría los doce metros de puente improvisado a través de la torre de la puerta, sobre el foso. Tras ello, estabilizaría el extremo del lado del castillo con contrapesos que había encontrado en la torre… y cruzaría los dedos, esperando con todas sus fuerzas que el otro extremo se clavara bien en la orilla opuesta y quedara firme.

Y esa era la parte fácil.

Si lograba realmente extender su endeble artilugio sobre el foso, y de algún modo se sostenía, tendría que cruzarlo. Tendría que caminar sobre una tabla de madera de apenas quince centímetros de ancho y más de dieciocho metros de largo, endeble como un látigo, sujeta con clavos oxidados y un poco de cuerda roída por ratones.

El plan era una locura, y él lo sabía, pero era el único que tenía.

Tomó el martillo y volvió al trabajo, pero justo entonces la puerta se abrió, golpeando las bisagras.

—Maldito viento… —murmuró, poniéndose de pie para cerrarla.

Pero no era el viento. Era Valmont, y Percival estaba con él. Ninguno de los dos parecía contento.

Los ojos de Valmont pasaron del martillo en la mano de Beau a las tablas en el suelo y a los clavos esparcidos a su alrededor. Soltó un bufido y empezó a caminar hacia él.

Beau se preparó para pelear.

Ya había tenido suficiente: de Arabella y de su siniestra corte, de la niña de los dedos ligeros y de los monstruos asesinos que salían a medianoche.

—Aléjate, Monty. No tienes derecho a detenerme. Todos vosotros sois una panda de mentirosos. ¡Todos! Tú…

Pero Valmont lo interrumpió:

—Cállate. —Le arrebató el martillo y lo arrojó al suelo—. Ven con nosotros.

—¿Adónde? ¿A la mazmorra?

—No, al foso.

—¿Y por qué tendría que ir ahí? —preguntó Beau, desconfiado.

—Para que no te mates —respondió Percival.

Los dos hombres se dieron la vuelta, y él los siguió.

Caminaron en silencio hasta llegar a la torre de la puerta y al arco que daba al foso.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Beau, mirando hacia el agua turbia.

Algunas rocas cubiertas de moho sobresalían de la superficie, pero nada parecía vivir allí.

Valmont tomó una gran piedra, que había a los pies del muro de la torre, y la arrojó al foso. Cayó con un chapoteo profundo y ruidoso.

Durante un largo instante, no pasó nada, pero, de pronto, una de las rocas se movió.

Se inclinó hacia atrás, y Beau vio un rostro que lo observaba desde el agua. Su piel era de un verde gangrenoso, sus ojos estaban blanquecinos por la podredumbre, y sobre sus labios crecían hongos.

Mientras Beau lo miraba, con el estómago encogido de horror, la cosa le gruñó, mostrando dientes ennegrecidos.

—¿Q-qué es eso? —balbuceó, retrocediendo un paso.

Apenas pronunció las palabras, el agua empezó a hervir y a agitarse alrededor de la criatura. Una segunda apareció en la superficie. Luego otra. Y otra. En cuestión de segundos, había docenas, gimiendo y agitándose.

Vio a un hombre, cuya piel colgaba de sus huesos como un harapo, y como un pez nadaba de dentro hacia fuera de las cuencas oculares de otro. Una anguila se deslizó a través de la caja torácica de un tercero.

—Si aún quieres construir tu puente, asegúrate de que sea resistente —dijo Valmont, y se marchó.

Percival se quedó.

Juntos observaron a aquellas tristes y sombrías criaturas; algunas aún gruñían y mordían, otras arañaban el aire en vano hasta que, una por una, volvieron a sumergirse.

Beau permaneció inmóvil, con las horribles imágenes grabadas en su mente: los rostros deformes y los sonidos de gorgoteo que brotaban de sus gargantas. Un solo paso en falso sobre su ridículo puente, y acabaría allí, entre ellos.

—Percival, ¿qué son? —preguntó.

—Soldados. Mercenarios. Cualquiera que haya intentado atacar el castillo.

—¿Están vivos? ¿Muertos? ¿Las dos cosas?

Percival vaciló antes de responder.

—Hay cosas aquí, Beau… Cosas que no comprendes.

—Entonces, explícamelas.

—Ellos nos protegen —dijo Percival, asintiendo en dirección al foso—. Protegen a Arabella.

Beau soltó una risa amarga.

—Por favor, Arabella no necesita protección. Arabella es dura como una roca.

—Hablas como el ignorante que eres —escupió Percival.

La vehemencia con que lo dijo estremeció a Beau.

—Sé todo lo que necesito saber sobre Arabella —replicó, sin convicción.

—No sabes nada —respondió Percival—. Nada de la bebé que gateaba hasta la despensa para apilar tazas y platillos más altos que ella. Nada de la niña que sus padres llevaban a París a comprar vestidos, pero que se escapaba para ver Notre-Dame. O de cómo la encontraron fuera de la catedral, dibujando las torres, las ventanas o los arbotantes. Nada de la joven que soñaba con construir cosas.

La ira de Beau se encendió. Recordó las palabras crueles de Arabella cuando se conocieron, y cómo lo había despreciado después de enseñarle a robar.

—Tienes razón, no lo sé —dijo—. La Arabella que yo conozco trata mal a la gente. Los usa.

La mandíbula de Percival se tensó, y desvió la mirada hacia el bosque, más allá del foso.

Pasó un rato antes de que volviera a hablar.

—Hace mucho tiempo, cuando yo era un niño, hubo un juez que gobernaba estas tierras, nombrado por el viejo duque, el abuelo de Arabella. Su primer decreto fue que cada pueblo debía construir una cárcel y una horca. Todo ladrón, ya fuera que robara un saco de oro o un pedazo de pan, era ahorcado. A las mujeres que respondían a sus maridos, se les colocaba un freno de arpía. Los adúlteros eran marcados con una «A». Los cepos nunca estaban vacíos. La sangre corría por los postes de los azotes. Los cuerpos se pudrían en las horcas.

»El juez se erigió como nuestra brújula moral. Él y su familia nunca faltaban a la iglesia. Vestían con modestia y se comportaban con decoro. Pero una vez, cuando ya era mayor y trabajaba en una tienda, la esposa del juez entró a comprar guantes. Al señalar un par, su manga se levantó y vi que el brazo estaba cubierto de moretones. La lavandera, que sabía los secretos de todos, me contó que el juez la golpeaba. También a sus hijos. Había más historias. Decían que el juez estafaba a sus socios y calumniaba a sus rivales.

—Percival lo miró directamente—. Siempre me he preguntado…, cuando ese juez dictaba sus duras sentencias; ahogar a una chismosa en el estanque, colgar a un ladrón, ¿a quién estaba condenando en realidad? —Con un breve asentimiento, se marchó, dejando a Beau solo en la torre.

Aunque fuera hacía un frío helado, las mejillas le ardían. Aquel viejo necio no estaba comparándolo con ese juez…, ¿verdad?

Sin querer, una imagen acudió a su mente: Arabella, tal como aparecía en su retrato. Sus ojos vivos. Su espalda erguida. El porte orgulloso de sus hombros. La inclinación desafiante de su cabeza.

La persona que era ahora era tan distinta de la del retrato. ¿Qué había ocurrido para cambiarla? ¿Quién le había robado lo que allí tenía: su orgullo y su pasión?

«¿Por qué te importa?, —se preguntó—. A ella no le importas tú. Te ha convertido en su prisionero, y si no terminas ese puente, seguirás siéndolo».

Otra ráfaga de viento aulló desde lo alto, arrastrando granizo sobre los adoquines, lo que obligó a Beau a encogerse dentro de su chaqueta y regresar a los establos.

Al entrar con prisas, una furia repentina —roja y voraz— se apoderó de él. Pateó la bolsa de clavos. Pateó una de las tablas mal ensambladas, una y otra vez, desahogando su rabia contra Miguel y Arabella; contra alguaciles, celadoras y maestros de escuela, incluso contra su propia estupidez, hasta que quedó hecho pedazos lo que había construido.

Luego, con el pecho agitado y el rostro encendido, observó las tablas que aún no había destrozado. Eran una broma. No soportarían su peso. No soportarían ni el de un gato. Se doblarían, se hundirían y lo lanzarían directo al foso.

Se arrodilló, derrotado, y recogió los clavos que había esparcido por todo el suelo.

No sabía nada sobre construir cosas. Su inútil padre no se lo había enseñado. Tampoco Raphael. Lo único que sabía era robar, y eso no le serviría ahora. No lo acercaría más a Matti.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué demonios voy a hacer? —gritó.

Como si respondiera a su desesperación, la voz de Percival resonó en su mente:

«No sabes nada de la joven que deseaba construir cosas…».

Los clavos se deslizaron de las manos de Beau. Se puso de pie y empezó a caminar. Cuando salió al exterior, ya corría.

No necesitaba saber cómo construir un puente, porque conocía a alguien que sí lo sabía.

TREINTA Y DOS

Lady Densed miró a Beau por encima de su larga y elegante nariz.

Este estaba de pie, en el umbral de las habitaciones privadas de Arabella. En los brazos llevaba un gran y abultado fardo atado, dentro de una sábana.

—La señora está tomando el té. Ha pasado el día cabalgando y está cansada —dijo Densed con un resoplido—. No puedes verla ahora. O, en realidad, nunca.

—No me importa si está tomando el té, un baño o una buena y larga meada, necesito verla —indicó Beau, abriéndose paso dentro de las estancias.

—¡Detente! ¡No puedes…! ¡Oye, jovencito!

Beau ignoró los chillidos de Densed y pasó junto a ella hacia la sala de estar.

Arabella estaba leyendo junto al fuego, envuelta en una cálida bata de lana, rodeada por sus damas. Una bandeja de plata con té reposaba sobre una mesa, entre su sillón y la chimenea. Un libro abierto descansaba sobre su regazo. Al oír los pasos del joven, levantó la cabeza.

—¿*Lady* Densed? —empezó a decir—. ¿Qué está pasando…?

Beau no le dio oportunidad de terminar. Se acercó y dejó caer el bulto a sus pies, que aterrizó en el suelo con un estruendo metálico.

—Ahí tienes todo lo que vas a necesitar —señaló—. Excepto esto.

Metió la mano en el bolsillo, sacó una botella de tinta bien tapada y la golpeó sobre la mesa. Mientras lo hacía, algo en la bandeja le llamó la atención: un pequeño pastel cubierto con glaseado de limón y una violeta confitada. Lo tomó y se lo metió en la boca.

—Sírvete, por favor —comentó Arabella con tono mordaz—. ¿Deseas un té, también? Permíteme servírtelo. ¿Azúcar? ¿Crema?

Beau, todavía masticando, levantó un dedo. Tragó y respondió:

—Crema. Sin azúcar.

Arabella frunció el ceño, claramente molesta porque él había aceptado su sarcasmo sin inmutarse. Tomó una taza y un platillo, sirvió el té, le añadió crema y se lo tendió. Beau asintió en señal de agradecimiento y sorbió con ruido.

Con los ojos entrecerrados, la joven dama esperó a que terminara. Cuando por fin lo hizo, preguntó:

—¿Ahora podrías explicarme por qué has arrojado una bolsa de basura a mis pies?

—Vas a construirme un puente sobre el foso. Te he traído todo lo que necesitas para empezar. —Beau se arrodilló y desató las cuatro esquinas de la sábana. En el centro quedaron esparcidos compases, transportadores, plumas, libros, una escuadra, una regla ajustable, una plantilla francesa, varias reglas normales y un rollo de papel de dibujo.

Arabella jadeó. La máscara de frialdad construida con cuidado se quebró y cayó, dejando ver una sonrisa radiante, llena de alegría.

Pero duró apenas un instante, antes de ser reemplazada por la ira.

—¿De dónde has sacado estas cosas? —exigió saber.

—De tus antiguas habitaciones.

Lady Ari, que estaba sentada cerca, se puso de pie de un salto. Agarró la tetera de la bandeja y la arrojó al suelo.

—¡Cómo te atreves! ¡Cómo te atreves! —gritó mientras se hacía añicos—. ¡No tienes derecho a estar ahí!

—¡Husmeando entre las cosas ajenas! ¡Debería darte vergüenza! —lo reprendió Gunezarev.

Asonperides no dijo nada. Solo observaba, moviendo con destreza su aguja de bordar, con los ojos saltando de Beau a Arabella y de vuelta a él.

—Tú… Tú has entrado sin permiso. Has invadido mi privacidad —dijo Arabella—. Tú…

—Me importa un comino tu privacidad —la interrumpió Beau—. Por tu culpa, estoy atrapado en este montón de piedras. Necesito salir de aquí, y tú vas a ayudarme.

El dolor asomó en los ojos de Arabella ante sus palabras, y Beau creyó haber atravesado su armadura, pero se equivocaba.

—Me temo que estás cometiendo un error —dijo con frialdad—. No tengo ni idea de cómo construir un puente. —Se volvió hacia *lady* Paluc—. Llama a Valmont.

Paluc corrió hacia el cordón de la campanilla y tiró de él con desesperación.

—Eso es una tontería, Arabella —soltó Beau—. Sí que sabes. He visto tus libros y tus herramientas. También vi la colcha. —Arabella, ahora furiosa, inspiró con fuerza. Parecía una cobra hinchándose para atacar, pero el joven no le dio la oportunidad—. Además —continuó—, Percival me ha dicho que estudiaste los grandes edificios del mundo. Dijo que fuiste a Notre-Dame y la dibujaste. Si puedes entender un contrafuerte vol…

—Contrafuerte volante, idiota —lo corrigió Arabella entre dientes —. Un contrafuerte volante.

Beau se tocó la barbilla con un dedo.

—Umm… Un poco impreciso, ¿no crees? Con seguridad, podrías usar algo más descriptivo que «idiota».

—¿Dónde demonios está Valmont? —gritó Arabella, perdiendo por completo la compostura.

Paluc corrió hacia la puerta para buscarlo.

—Pero, en fin —siguió Beau—, el punto es que si sabes todo sobre catedrales, templos y pirámides, sabrás sobre puentes. Así que, constrúyeme uno. No tiene por qué ser gran cosa.

Arabella soltó una risa incrédula.

—¿No tiene por qué? —repitió con ironía—. Oh, qué alivio. Ya me preocupaba.

—Con un puentecillo estrecho basta. Solo tiene que aguantar y no caerse.

En ese momento, Valmont irrumpió en la habitación.

—¿Qué ocurre, Su Gracia? ¿Qué pasa? —preguntó.

Entonces, vio a Beau y el revoltijo de herramientas en el suelo.

—Sácalo de aquí, Valmont —ordenó Arabella—. Y luego manda a las doncellas a limpiar esta porquería. Que la quemen.

Su última frase no fue hablada, más bien escupida. Directamente hacia Beau.

Un furioso Valmont lo tomó del brazo y lo arrastró fuera de la sala, pero justo antes de llegar a la puerta, Beau se soltó. Se giró hacia Arabella, atrapó su mirada ardiente y la sostuvo. Era su última oportunidad.

—Tú me has metido en este lío —le recordó—. Puedes sacarme de él.

Arabella mantuvo su mirada, pero se inclinó, al poco para recoger las reglas de madera, la plantilla francesa y el papel de dibujo, y los arrojó al fuego.

TREINTA Y TRES

Las viejas esposas guardan silencio.
Porque ya nadie quiere ser salvado.
Eso es solo para los débiles.
Y ahora todos son fuertes.

Las viejas esposas están cansadas,
de contarte historias bonitas.
Aquellas que nunca pediste,
son las que más necesitas escuchar.

Sobre un caballero de armadura oxidada.
Y una reina de hielo que se derritió.
Sobre un apuesto príncipe que acecha,
con dientes afilados y largas garras.

Las viejas esposas ya se han ido.
A sentarse con la bruja.
A beber con el leñador.
Ya esperarte en el bosque.

TREINTA Y CUATRO

Deja de pasearte, pequeña. ¿Cómo se supone que vamos a arreglarte el pelo? ¿O vestirte para la cena?

Arabella desestimó las palabras de Asonperides con un gesto de la mano.

—Qué descaro tiene —dijo, caminando de un lado a otro—. Entrar así… Hacer sus ridículas exigencias… —Se detuvo en seco en medio de la estancia—. ¿Construir un puente…? ¿Un puente?

—¿Con qué? —Bufó *lady* Ari—. ¿Con tus propias manos?

Lady Paluc estaba de pie en el umbral del tocador de Arabella, y sostenía un vestido de seda.

—Señora —empezó con su gutural y lúgubre voz—, Percival ha dispuesto su mesa. Valmont ha decantado el vino. La comida de Phillipe se enfría. El fuego se apaga. Las velas también. Florian la espera junto a su silla. Pronto las flores se marchitarán.

—Vale, *lady* Paluc, ya voy, ya voy… —dijo Arabella, con un rubor de remordimiento tiñéndole las mejillas. No quería hacer esperar a sus sirvientes.

Aún irritada, aún murmurando, entró en su tocador.

Un espejo alto se alzaba en una esquina. El vidrio parecía sentir el tumulto dentro de ella y responderle. Diferentes colores giraban en su interior, llamándola.

Las imágenes empezaron a tomar forma.

Arabella retrocedió al ver cómo el espejo de plata cobraba vida.

Un impulso destructivo le recorrió el cuerpo. Quiso tomar un jarrón, una figurilla, un tope de puerta —cualquier cosa—, y hacerlo pedazos.

Pero era inútil.

No podía romper los espejos.

¿Cuántas veces lo había intentado ya?

Aunque no quería, se quedó quieta, como tantas otras veces, observando cómo la historia —su historia— se desplegaba ante ella, esperando, tontamente, un final diferente.

El espejo le mostró una escena resplandeciente: un salón de baile formal, todo dorado y de cristal, donde las rosas desbordaban de los jarrones y la luz de las velas danzaba sobre rostros empolvados y coloreados.

Una muchacha tomó forma. Llevaba un vestido azul. Joyas colgaban de sus orejas y su cuello. El cabello recogido en lo alto de la cabeza, ni un solo mechón fuera de lugar. Todo en ella estaba contenido: su cuerpo, sus gestos y su voz. Se movía por el salón con una rigidez de porcelana y una fragilidad que parecía a punto de quebrarse. Era como una de esas decoraciones de azúcar que adornan los pasteles finos: hermosa, pero lista para hacerse trizas al menor toque.

El duque, su padre, la había visitado en sus aposentos antes del baile, con una advertencia:

—Espero de ti nada menos que un comportamiento perfecto esta noche, Arabella. Tengo una lista de pretendientes tan larga como mi brazo: un duque sardo, un vizconde alemán, un barón austríaco, un príncipe rumano… Pero, si no te controlas, tendré suerte si logro casarte con un cazador de ratas.

El propósito del baile era encontrarle un marido, pero ella no quería uno.

Quería piedra y argamasa. Travesaños y vigas maestras. Quería levantar muros, construir torres y alzar agujas que perforaran el cielo. Pero sabía que era un sueño imposible; sus padres jamás lo

permitirían, y estaba cansada de luchar contra ellos.

Estaba cansada de decepcionarlos.

Así que, en lugar de eso, charlaba, bailaba y sonreía.

Jóvenes caballeros se presentaban ante ella.

Un conde la llevó por el salón, del tamaño de una catedral, deleitándola con historias sobre su pasatiempo: la filatelia. Un barón bailó con ella y le habló todo el tiempo de sus spaniels. Tras escuchar durante una hora a un duque apasionado por la pesca dar una conferencia sobre las diferencias entre la brema común y la brema plateada, Arabella declaró que tenía calor y se excusó para ir a por ponche.

Le resultaba difícil hablar —sobre jardines, conciertos, caballos o flan, como le había aconsejado su tía—, pero a sus acompañantes no parecía importarles. Cuanto menos comentaba ella, más podían hacerlo ellos.

Al llegar a la mesa de los refrigerios, divisó a su padre, de espaldas, conversando animadamente con el embajador italiano.

—Ojalá su señor estuviera aquí. —Le oyó decir—. Valoro su consejo en un asunto político que afecta a mi ducado.

—Quizá pueda serle de ayuda, Su Excelencia —ofreció el embajador.

Los hombres se acercaron el uno al otro.

Arabella, intrigada, se inclinó, intentando escuchar mejor, pero estos formaron una barrera con sus cuerpos, excluyéndola. Aun así, alcanzó a oírlos.

—Mi pueblo se inquieta. Ha habido brotes de rebelión —informó su padre—. Han golpeado a mis recaudadores de impuestos. Derribado las horcas. Saqueado los graneros.

—Porque gravaste a tu pueblo sin piedad, para construir un enorme reloj dorado, papá —murmuró Arabella para sí misma. O eso creyó.

—Qué sarta de tonterías —rezongó una voz masculina.

Arabella se volvió.

Cerca de ella había un joven noble de pie, que sostenía un

pastelillo entre el pulgar y el índice. Era alto, como ella, y fríamente apuesto, con el cabello castaño claro recogido con una cinta, ojos azules aburridos y una sonrisa indolente.

—¿Sabe cuál sería mi consejo? —preguntó, con la boca llena de hojaldre—. Reúna a los cabecillas, cuélguelos y deje sus cuerpos para los buitres.

Arabella se estremeció por sus crueles palabras.

—¿Siempre ofrece consejos no solicitados, señor? —preguntó.

El hombre soltó una risita.

—¿Y usted siempre escucha conversaciones ajenas?

Terminó su pastel, frunció el ceño al ver un poco de crema en su pulgar y miró a su alrededor. Sus ojos se posaron en Florian, que llevaba una pesada bandeja de frutas confitadas hacia la mesa.

—Tú, chico…, ven aquí —ordenó.

—¿Mi señor? —preguntó Florian, jadeando bajo el peso de la bandeja.

El hombre se limpió la mano en la manga del muchacho.

—Sigue tu camino. Anda —dijo, espantándolo con un gesto, a continuación.

Arabella lo miró, muda de asombro, hasta que la indignación la recorrió, borrando el estupor. Abrió la boca, lista para decirle exactamente lo que pensaba de su comportamiento atroz, pero, antes de que pudiera hacerlo, el joven hizo una breve reverencia y añadió:

—Olvido mis modales. Permítame presentarme… Constantine, príncipe de Rumanía.

En ese mismo instante, justo cuando el príncipe se inclinaba, el padre de Arabella pasó junto a ellos, aún enfrascado en su conversación con el embajador. La miró, y debió ver sus sentimientos reflejados en el rostro, porque sus ojos se oscurecieron al instante.

La joven vio la advertencia en ellos y se contuvo.

—Es un placer conocerlo, alteza —dijo, tragándose su emoción—. Mi nombre es…

—Arabella. Sí, lo sé. Eres demasiado compasiva, Arabella. Solo hay una manera de tratar con campesinos rebeldes: eliminarlos.

«Habla de jardines, —chilló una voz, presa del pánico, dentro de Arabella—. Habla de gatitos. Habla de flan».

Pero no le hizo caso.

—El pueblo de mi padre no necesita cuerdas alrededor del cuello; necesita comida en sus mesas —replicó Arabella—. Dos años de veranos lluviosos han provocado malas cosechas. No hay trigo para hacer pan, ni heno para alimentar a los animales.

Constantine rio.

—Mi querida niña, no entiendes el poder. Permíteme explicártelo: si les das demasiado a los campesinos, les enseñas a desear cosas que no deberían. Así comienzan las revoluciones.

—La gente solo se rebela cuando no tiene nada —respondió Arabella—. ¿Has visto alguna vez a un rey iniciar una revolución?

—¿Y supongo que tú has ideado una forma de tratar con una población rebelde? —preguntó Constantine.

—Creo que sí.

Arabella esperaba que él volviera a reírse de ella o simplemente se marchara. En cambio, dijo:

—Cuéntame, por favor.

Los invitados al baile, intrigados por la visión de la joven hija del duque discutiendo con un príncipe, se acercaron.

—Mi solución es dar a nuestro pueblo las herramientas que necesita para mejorar sus vidas —informó Arabella con convicción.

—¿Y esas son…?

—Escuelas y hospitales. Buenas carreteras. Alcantarillado adecuado.

—¿Alcantarillado? —Constantine arrugó la nariz.

—Un tema poco atractivo, sí —afirmó Arabella con seriedad—, pero importante. La ciencia nos dice que el agua potable limpia, y los sistemas de alcantarillado bien mantenidos reducen los brotes de enfermedades.

Arrastrada por su entusiasmo, Arabella no escuchó los

comentarios sarcásticos de las mujeres, susurrados tras los abanicos de seda. No notó los gestos de desaprobación de los hombres. Encantada de tener audiencia para sus ideas, confundió el interés de Constantine con entusiasmo genuino.

—Sé que son ideas ambiciosas —continuó, con las palabras saliéndole de forma atropellada—. Empezaría con el pueblo más cercano a nuestro castillo y lo usaría como campo de prueba.

—¿Y cómo llamarías a esa ciudad modelo tuya? —interrogó Constantine—. ¿Tienes un nombre? ¿Utopía, tal vez?

La multitud estalló en carcajadas.

Demasiado tarde, Arabella comprendió lo que él había hecho. Le había hecho preguntas, la había animado a hablar, la había llevado a compartir el sueño que llevaba en el corazón, no porque creyera que tenía mérito, sino para ridiculizarla.

La vergüenza y la humillación la abrasaron, pero aun así insistió.

—No, Utopía no —dijo—. *Paradisium*.

Constantine arqueó una ceja.

—¿Y qué lo convertiría en un paraíso, mi señora? ¿El hecho de que usted viviera allí?

Otra oleada de risas envolvió a Arabella.

Esta levantó la barbilla y replicó:

—No, mi señor. El hecho de que usted no.

Un murmullo de asombro recorrió a los cortesanos. Luego, vinieron las risitas y los bufidos.

Constantine le dedicó a Arabella una sonrisa venenosa y comentó:

—Tenía la impresión de que la hija del duque era una joven en edad de casarse. Me equivoqué. Es joven, sí, pero no es una dama. —Y se marchó.

Arabella se quedó sola un momento, mortificada por todas las miradas puestas sobre ella. Había vuelto a ocurrir. Aunque se había esforzado por contenerse, su emoción se le había escapado, desbocada y rugiente, como un muñeco diabólico saltando de su caja.

El remordimiento la apretó. La noticia llegaría a sus padres; los había decepcionado una vez más. Deseaba con desesperación poder comportarse como ellos deseaban, pero no sabía cómo. Era imposible no sentir lo que sentía; sería como intentar ordenar a su corazón que no latiera o a sus pulmones que no respiraran.

—¡Arabella, aquí estás! ¡Te he buscado por todas partes!

Arabella se volvió y vio a su madre acercándose, con las mejillas encendidas. Su corazón se hundió. Se preparó para la reprimenda que sabía que venía.

Pero la duquesa sonreía.

«Por una vez parece feliz de verme, —pensó Arabella—. ¿Por qué será?».

No tuvo que esperar mucho para averiguarlo.

—¡Te he encontrado un marido! —anunció la duquesa con entusiasmo—. Estaba hablando con una vieja y querida amiga. Su familia vivía cerca de la mía en París, antes de casarse, y, por cierto, se casó muy bien. Resulta que tiene un hijo, solo unos años mayor que tú, y creemos que seriáis la pareja perfecta.

Arabella estaba agotada. Le dolía la cabeza. No quería un marido, ahora ni nunca, pero era tan raro hacer feliz a su madre, tan extraño ver aprobación en sus ojos, que sonrió con esfuerzo y trató de parecer entusiasmada al preguntar:

—¿Quién es, madre?

La duquesa le tomó del brazo y, con voz entrecortada por la emoción, respondió:

—¡Su alteza real, el príncipe Constantine!

La verdadera Arabella se apartó del espejo y cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió de nuevo, las imágenes en el vidrio plateado habían desaparecido. Permaneció inmóvil un momento, con las uñas hundiéndose en las palmas, intentando no recordar el siguiente capítulo de su historia.

Había pedido perdón mil veces, pero no importaba. Jamás podría perdonarse a sí misma.

TREINTA Y CINCO

Beau observó la fila de puertas abiertas que se abrían, como bocas oscuras, en el pasillo frente a él.

Era la niña. ¿Quién más podría ser? Estaba en ello otra vez, buscando algo… O a alguien.

—¡Ey, pequeña! ¡Pss…! ¡Eh, Esperanza! —susurró, llamándola.

Alzó el candelabro y dio unos pasos vacilantes por el corredor, asomándose por la primera puerta que encontró. La habitación —un dormitorio— era un desastre. ¿Había estado allí? ¿Seguía allí?

La luz de la luna entraba a raudales por una hilera alta de ventanas, bañando la estancia en un resplandor plateado. Beau parpadeó, momentáneamente cegado después de la profunda penumbra del pasillo, y entró a continuación.

—¿Esperanza? ¿Estás aquí? —susurró, pero no obtuvo respuesta.

Había salido de su propio cuarto hacía apenas unos minutos y se dirigía a las antiguas habitaciones de Arabella para buscar libros sobre puentes. No había vuelto a saber nada de ella desde que le había exigido que lo ayudara a construir uno. Cuando amaneciera, iría a buscarla de nuevo y le tiraría los libros al suelo. También recogería sus cuadernos y los arrojaría allí. Dibujos, pergaminos, planos… Todo lo que encontrara. Haría tanto alboroto que esta acabaría por ceder y lo ayudaría, aunque solo fuera para librarse de él.

El reloj dio las once. Sus siniestros tañidos, que resonaron por todo el castillo, le recordaron a Beau que debía moverse. Después de su último encuentro con la bestia, estaba decidido a regresar a su habitación antes de la medianoche.

Estaba a punto de salir del dormitorio revuelto cuando los grandes armarios del fondo llamaron su atención. Sus puertas estaban abiertas y de ellos se derramaban costosos vestidos. Había chaquetas ricamente bordadas con hilo de oro, capas de piel y abrigos de satén. Encima, alineados en los estantes, había sombreros con plumas, manguitos y delicados zapatos de seda.

Beau se acercó, guiado por su instinto de ladrón. Quizá hubiera algo de valor allí. Aún tenía el anillo de su antigua patrona cosido en el forro del abrigo, pero ¿sería lo bastante valioso como para comprar la salud de Matti?

Cruzó la habitación con zancadas rápidas y metió la mano en un armario, pero, cuando tomó una chaqueta de su percha, la tela se deshizo entre sus dedos. La arrojó al suelo y agarró una capa en su lugar, pero mechones de piel se desprendieron. Tiró de una falda, de un vestido, de un manto…, pero cada prenda que tocaba estaba carcomida por las polillas, vieja o arruinada.

—¿Qué es esto? —murmuró, desconcertado—. ¿Por qué guardaría Arabella toda esta ropa hecha trizas?

Recordó, con una inquietud creciente, los muebles cubiertos de polvo en las antiguas habitaciones de ella, y la extraña afirmación de Esperanza; había estado encerrada durante cien años.

Sacudiéndose aquella sensación, Beau se apresuró hacia otro armario, pero de nuevo no encontró nada de valor. Giró con lentitud sobre sus talones, esperando haber pasado por alto algún baúl, un cofre o una cajita de joyas escondida en un estante.

Fue entonces cuando la vio.

Una mujer.

Pequeña. Encogida. De pie en las sombras.

TREINTA Y SEIS

El pánico le robó el aliento. ¿Cómo no la había notado antes? Estaba apenas a unos metros de él.

«Si grita…, —murmuró su mente—. Si corre o llama a Valmont…».

La mujer estaba al otro lado de la habitación, a la derecha de las ventanas, de espaldas a él. Beau vio que sostenía una capa de seda en una mano y la acariciaba con la otra.

Su mente trabajó rápido.

«¿Será una sirvienta? ¿Una de las damas de compañía de Arabella?», se preguntó.

—Oh, eh… disculpe si la he asustado —dijo con aire despreocupado, intentando que pareciera que su presencia allí no era gran cosa, como si pasear solo por el castillo a medianoche fuera algo habitual.

La mujer no respondió, pero inclinó ligeramente la cabeza hacia él. Un rayo pálido de luz de luna iluminó su cabello, y Beau comprobó que lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza, tan blanco y fino que parecía hecho de telarañas.

—Así que… —continuó, forzando una sonrisa que le marcó el hoyuelo—, ¿ha visto a Valmont? Lo he estado buscando durante… —Soltó una risita—. ¡Ni siquiera sé! ¿Una hora?

La cabeza de la mujer giró hacia él bruscamente, con

movimientos torpes, como si fuera una marioneta manejada por un titiritero torpe. La luz de la luna recorrió su cuerpo, aunque su rostro aún estaba cubierto por las sombras.

Beau notó que era esqueléticamente delgada. La forma en que su vestido andrajoso colgaba de sus hombros, como un abrigo raído sobre un espantapájaros, le puso la piel de gallina.

—Usted sirve a la señora, ¿verdad? A *lady* Arabella —preguntó, con el tono de voz un poco más alto.

La mujer soltó la capa que sostenía, dejándola caer al suelo.

—Soy *lady* Barbosei, y sirvo a la verdadera señora de este lugar —dijo altivamente, enderezándose con aire de grandeza—. Todos lo hacemos. —Rio, entonces.

Era una risa aguda y chillona, y Beau dio un paso atrás de forma instintiva.

Mientras lo hacía, la mujer extendió una mano huesuda frente a sí.

—Brocado, satén, terciopelo, encaje… ¿Has visto alguna vez tanta elegancia? —preguntó, avanzando hacia él, con sus faldas barriendo el polvo del suelo.

Beau intentó ver su rostro, pero las sombras lo mantenían oculto.

—Todo lo que poseía era exquisito, pero solo era una fachada… El cielo sabe que el exterior no coincidía con el interior… Pero ¿qué importa eso? —prosiguió la mujer—. Las superficies brillantes son lo único que le importa a este mundo.

Pasó bajo las altas ventanas, avanzando hacia él. Al hacerlo, los rayos de la luna la iluminaron por completo. El corazón de Beau dio un vuelco. Quiso correr, pero el horror lo mantuvo inmóvil.

Su rostro era un mosaico de fragmentos de espejo roto; sus labios, una hendidura de carmín; sus ojos, botones brillantes. Su peinado altísimo no solo parecía hecho de telarañas… *Era* de telarañas, y, cuando se acercó más, comenzó a temblar.

Mientras Beau observaba, clavado en el sitio, una delgada y negra pata se asomó entre los hilos pegajosos, tanteando el aire. Luego, salió otra. Y otra. Hasta que una gran araña negra emergió,

arrastrándose por el costado del rostro de la mujer. Ella sonrió, mostrando una boca llena de puntiagudos fragmentos de tijeras rotas, y se lanzó hacia él.

Los reflejos de ladrón de Beau le salvaron la vida. Giró a la derecha y esquivó la mano ganchuda. Echó a correr, cruzó el umbral y se deslizó por el pasillo. Extendió el brazo hacia atrás, alcanzando el pomo de la puerta y la cerró de golpe.

Con las manos temblorosas, sacó el fajo de herramientas para forzar cerraduras que llevaba en la cintura y lo abrió; los instrumentos cayeron al suelo con un tintineo metálico.

—Vamos… Vamos… —susurró, agarrando el tenedor de ganzúa y el destornillador, para meterlos en la cerradura.

Una risa estridente le llegó desde el otro lado de la puerta.

Giró la ganzúa frenéticamente, esperando que encajara, pero solo raspó inútilmente el interior del cerrojo.

Un segundo después, un golpe ensordecedor sacudió la puerta: la mujer se había lanzado contra ella. Beau se precipitó hacia el pomo, desesperado por mantenerla cerrada.

Entonces, por el rabillo del ojo, un movimiento a su derecha lo distrajo.

Volvió la cabeza y la vio. La niña. Esperanza. Corría directamente hacia él.

TREINTA Y SIETE

Había dos niñas. Beau se dio cuenta en ese momento.

La segunda era más rechoncha y de aspecto más fuerte. Su vestido era azul, y estaba tan sucio y hecho jirones como el de Esperanza.

Al verlo, ambas redujeron el paso a una marcha rápida.

—¡Corre! ¡Sal de aquí! —le gritó Esperanza, mientras la otra niña se giraba y caminaba de espaldas, sin quitarle los ojos de encima al extremo del pasillo.

—¡No puedo! —respondió Beau. En ese momento, la criatura del interior de la habitación dio una patada brutal a la puerta, haciéndola temblar desde el marco—. ¡Ayudadme! ¡Coged el pomo y mantened la puerta cerrada para que pueda bloquearla!

—No hay tiempo —indicó la segunda niña.

—Pero hay una mujer ahí dentro… ¡Una cosa! ¡Ha intentado matarme!

—Lo que nos persigue a nosotras es peor que lo que te persigue a ti, te lo prometo —replicó la segunda niña, mientras ambas pasaban corriendo junto a él.

—¡Esperad, maldita sea, necesito vuestra ayuda! —alcanzó a decir Beau, pero un grito de furia que provenía de la oscuridad, al final del pasillo, lo interrumpió.

—¿Quién es esa? —preguntó, con un tono de cansada

exasperación—. Parece la voz de Ari. ¿También va a intentar matarme?

—Deja de hablar, cabeza hueca, y corre —dijo la niña del vestido azul, y echó a correr, con Esperanza justo detrás.

Beau las vio alejarse, dudando si debía soltar el pomo o seguir sujetándolo.

Otro grito lo ayudó a decidirse.

Soltó la puerta, recogió sus herramientas y corrió tras ellas, alcanzándolas justo cuando giraban por otro pasillo. Eran rápidas, pero Ari lo era más. Cada vez estaba más cerca; Beau podía escuchar sus chillidos creciendo a su espalda.

El pasillo desembocó en una amplia galería. Las paredes estaban cubiertas de pinturas de batallas. Armaduras de caballeros se alzaban en las esquinas. Contra una pared había una consola cubierta con un tapiz. De la galería partía otro corredor, largo y recto como una lanza. Con el corazón encogido, Beau comprendió que Ari las alcanzaría antes de que llegaran a la mitad.

Esperanza también lo entendió. Se quitó uno de sus zapatos y lo lanzó por el pasillo. A continuación, corrió hacia la mesa y agarró el borde del tapiz.

—¡Por aquí! ¡Rápido! —susurró.

La niña del vestido azul se arrodilló y se deslizó por debajo.

Beau se lanzó detrás de ella, y Esperanza entró la última, soltando el tapiz.

Un instante después, Ari irrumpió en la habitación. Los tres contuvieron la respiración. Escucharon cómo se detenía…, y luego reía; un sonido bajo y gutural.

—No podéis huir para siempre —dijo.

Volvieron los pasos: primero fuertes, para desvanecerse después.

Silencio.

Beau soltó un suspiro tembloroso y se recostó contra la pared.

Esperanza se dejó caer contra una pata de la mesa y cerró los ojos.

La otra niña levantó un poco el tapiz y miró fuera.

—La idiota ha mordido el anzuelo —informó—. El camino está libre. Vámonos.

—Un momento… Vosotras no vais a ninguna parte —dijo Beau—. No, hasta que me devolváis la llave.

—Ni hablar —replicó la otra niña—. La necesitamos. Tenemos que encontrar a una más de nosotras.

Su voz era la de una niña, pero sus palabras sonaban cansadas, curtidas.

—¿Quién eres tú? —preguntó Beau.

La niña, todavía mirando bajo el tapiz, no respondió.

—Es mi hermana. Se llama Fe —dijo Esperanza.

—¿Esperanza y Fe? Qué tierno, pero quiero la llave.

Fe bajó el tapiz y se volvió hacia él.

—¿Y qué crees que vas a hacer con ella?

—Piensa que va a encontrar un túnel —le aclaró Esperanza.

Fe resopló.

—No existe ningún túnel.

—Sí. Ya se lo he dicho —señaló Esperanza.

La frustración de Beau, avivada por el miedo, iba en aumento, pero se obligó a mantener la calma. Se recordó a sí mismo que solo eran niñas, y que no podían saber nada sobre castillos y su construcción.

—Tiene que haber un túnel —insistió—. Cuando los castillos eran atacados…

Fe lo interrumpió:

—Este castillo empezó a construirse por los normandos en el año 1058 y fue ampliado a principios del siglo XV por Filippo Brunelleschi. Debido a la expresión gótica que lo caracteriza en su mayoría, fue construido con granito —explicó—. Desafortunadamente, sin que lo supieran los arquitectos originales, sus cimientos se hundieron en un profundo depósito de esquisto, que es una roca frágil e inestable. Muy parecida a ti, de hecho. Si fueras una masa de tierra, estarías llena de esquisto. Pero divago. Los constructores originales intentaron cavar un túnel bajo el castillo y el foso, pero pronto

descubrieron que podía derrumbarse en cualquier momento y detuvieron la excavación. Así que, como dije… no hay túnel.

Beau se quedó boquiabierto. La cerró. La abrió de nuevo.

—Eres una niña. ¿Cómo sabes todo eso?

Fe le lanzó una mirada burlona.

—¿Quién te crees que eres? ¿Don Quijote? ¿Crees que vas a abrirte camino a espadazos para salir de aquí? Tus amigos rompieron el puente, y no hay túnel. Estás hundido, chico.

—¿Chico? ¿Chico? Tengo diecinueve años, pequeña mocosa insolente. ¡El doble que tú!

Fe soltó una risita.

—¿Eso crees? ¿Aún no lo has entendido? —dijo, mirando a su hermana.

Esperanza levantó una mano.

—Ya basta, los dos. Tenemos que escuchar. Por si no lo habéis notado, hay una maníaca homicida suelta.

Fe bufó.

—¿Solo una? Debe de ser una noche tranquila.

La ira, la frustración, el miedo y la confusión finalmente estallaron en Beau.

—¿Quién eres en realidad? ¿Quiénes sois? ¿Y quién demonios es Ari? —exigió saber.

—¿Ari? —repitió Fe, desconcertada, y miró a su hermana en busca de una explicación.

Esperanza puso los ojos en blanco.

—Es un anagrama. Lo usan para ocultar quiénes son en realidad. Arrogancia lo empezó. Cree que es ingenioso y misterioso.

Beau las miró, primero a una y luego a la otra.

—Espera, no lo entiendo… ¿*Lady* Ari no es *lady* Ari?

—Es *Ira* —informó Fe.

—¿Ese es un apodo? ¿Cómo la llaman las otras damas? —No. Eso es lo que *es*.

—¿Una mujer furiosa…?

Fe le tomó el rostro entre las manos.

—No. Son. Mujeres. Son monstruos. Destruyen todo lo que tocan —anunció, soltándolo de golpe.

—Yo… Yo no lo entiendo —balbuceó Beau, sintiéndose irremediablemente tonto.

Esperanza empezó a explicarle:

—Son las emociones de Arabella…

Y Fe terminó la frase:

—Hechas carne.

TREINTA Y OCHO

Beau miró a la pequeña y robusta mocosa luminosa que tenía sentada a solo unos centímetros, y soltó una carcajada.

—Ni en un millón de años. No me lo creo. No te creo.

Fe se encogió de hombros.

—Lo escucho a menudo.

Una vertiginosa sensación de irrealidad se apoderó de Beau, y la apartó con esfuerzo.

—¿Cómo pueden las emociones cobrar vida? Las emociones no son reales.

Fe resopló.

—¿Alguna vez has sentido alguna?

—Sí, claro que sí. Pero las mías, como las de la mayoría de la gente, viven *dentro* —replicó Beau—. No salen a pasear por ahí, llevando vestidos elegantes.

—Arabella no es como la mayoría de la gente. Y este castillo no es como la mayoría de los lugares —explicó Fe—. Imagino que incluso tú te habrás dado cuenta. Hay algo de magia oscura actuando aquí.

Beau negó. La sensación de irrealidad se hizo más intensa. Era como si estuviera avanzando sobre hielo que parecía firme, solo para oírlo crujir bajo sus pies.

Lo que Fe acababa de decir… no era cierto.

No *podía* ser cierto.

La magia no existía.

Pero… ¿Cómo explicar, si no, a la bestia? ¿El resplandor etéreo de las niñas? ¿El grotesco séquito de Arabella?

—Así que, todas sus damas de compañía… —empezó.

—No son damas —lo interrumpió Fe—. Ni de lejos.

—¿Gunezarev? ¿Paluc?

—Vergüenza y culpa —respondió Esperanza—. ¿Nunca te lo has preguntado? Vamos, Gunezarev, Paluc… Son nombres bastante raros, ¿no crees?

Beau se encogió con una sonrisa culpable.

—Pensé que eran suecos.

Esperanza cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz. —¿Y las otras? —se interesó Beau—. Diome… M… I… E… D… —Chasqueó los dedos—. ¡Miedo!

—Estoy *asombrada* de estar en presencia de tanto genio —exclamó Fe con sarcasmo.

—Celso… Densed…

—Celos y Desdén.

—Asonperides… Espera, no me lo digas —dijo Beau, agachándose junto a una franja de polvo donde el suelo se unía a la pared. Empezó a dibujar letras con el dedo. Cuando lo descifró, retiró la mano poco a poco, estremeciéndose, como si la propia Asonperides le hubiera pasado una uña afilada por la espalda—. Ella es la jefa aquí, ¿verdad?

—Lo es —afirmó Esperanza—. No siempre fue así. Antes lo éramos nosotras.

—¿Qué pasó?

—El dominio de Asonperides sobre Arabella creció, mientras el nuestro se debilitaba —explicó Esperanza—. Luchamos con todas nuestras fuerzas, pero ella fue más fuerte. Arabella también luchó. Día tras día. Hasta que los días se convirtieron en años, y los años, en décadas.

—¿Décadas? —repitió Beau.

—Casi un siglo ya —señaló Fe.

—¿No estáis bromeando?

Esperanza negó.

—¿Arabella, vosotras dos y el resto… habéis estado aquí un siglo entero? —susurró Beau.

Esperanza asintió.

Beau cerró los ojos y se pasó las manos por el cabello.

—Eso no es posible —comentó.

—Pero es así —respondió Fe.

—Entonces, tenéis…, ¿qué? ¿Ciento diez años? —preguntó Beau, abriendo los ojos.

—Umm… Un poco más —dijo Esperanza.

—¿Y Arabella?

—Arabella no es como nosotras —explicó Fe—. Ella es un ser humano, atrapado en el tiempo.

—Pero ¿cómo…?

—El corazón de Arabella se rompió —explicó Esperanza—, hace cien años, y Asonperides encontró las grietas. Encontró una forma de entrar.

—Como el moho que se filtra por las paredes —escupió Fe.

—Nos encerró —continuó Esperanza—. A mí en el sótano, a Fe en el ático. —Le sonrió a su hermana—. Acabo de encontrarla. Tenemos mucho de qué hablar. —Luego se volvió hacia Beau y le cubrió la mano con la suya—. Ten cuidado con Asonperides —le advirtió—. Nunca dejes que te toque. Ni siquiera te acerques a ella.

Fe empezó a salir de debajo de la mesa, y Esperanza la siguió.

—¡Esperad! ¿Adónde vais? —preguntó Beau.

—Tenemos otra hermana. Creemos que Asonperides la ha encerrado también.

—¿Quién es? —interrogó.

—Amor —dijeron al unísono.

—La estamos buscando —informó Esperanza.

—La encontraremos —afirmó Fe.

—¿Y después qué? —preguntó Beau.

Esperanza le dedicó una sonrisa sombría.

—Después, mataremos a Asonperides. Las tres juntas.

Beau retrocedió, atónito.

—Eh, pequeñas…, tranquilas —dijo, horrorizado—. Eso sería un asesinato…

Fe lo interrumpió:

—Antes de que ella mate a Arabella.

Beau, todavía conmocionado, preguntó:

—¿Eso es lo que Asonperides quiere? ¿Matar a Arabella?

Esperanza estaba a punto de responder, cuando el mantel se levantó de golpe. Un rostro se asomó por el borde: esquelético, de ojos hundidos y labios estirados en una mueca.

—¡Ari! ¡Ven rápido! ¡Los he encontrado!

Era *lady* Diome. Su voz sonaba como el chirrido de un portón de cementerio azotado por el viento. Retrocedió, sosteniendo el tapiz con una mano y señalando la mesa, y a los fugitivos con la otra.

—¡Ari! ¡Aaaaaaaari! —aulló.

—Cierra la boca, necrófaga —dijo Fe, saliendo de debajo de la mesa. Esperanza iba justo detrás.

Fe le arrancó el tapiz de las manos, lo levantó y se lo echó por encima de la cabeza.

En ese momento, Esperanza se abalanzó sobre ella y la derribó.

La mujer cayó al suelo con un estrépito.

Esperanza se giró hacia Beau y señaló detrás de él.

—Sube esas escaleras hasta el tercer piso —susurró—. Gira a la derecha, al llegar arriba, y continúa por el pasillo principal. Te llevará hasta la torre. Rápido. No creo que Diome te haya visto, pero, si lo hace, avisará a las demás.

Entonces, las dos niñas salieron corriendo, adentrándose por el pasillo hacia la oscuridad.

Mientras Diome gemía y se agitaba, intentando liberarse, inútilmente, Beau salió arrastrándose de su escondite. Miró hacia el pasillo que dejaba atrás, y vio cómo las dos niñas buscaban sus manos. La luz que emanaban brilló un poco más, al entrelazarse sus

dedos. Dio un paso vacilante en su dirección, dudando si debía seguirlas o huir, hasta que el sonido de unos pasos retumbando por el pasillo lo obligó a moverse.

Unos minutos después, Beau estaba de nuevo a salvo en su habitación de la torre.

Jadeando, empapado en sudor, se acercó a la ventana y la abrió. Mientras el aire frío del invierno lo envolvía, respiró hondo y se preguntó —no por primera vez— si estaba perdiendo la cordura. En el transcurso de una hora, se había encontrado con caos, maníacos y magia.

Y aún no era medianoche.

Lo peor de todo era que no había logrado llegar a las antiguas habitaciones de Arabella, ni conseguir los libros con los que pensaba presionarla para que lo ayudara a construir un puente.

Escuchó la voz de Fe resonando en su cabeza:

«Ella es un ser humano, atrapado en el tiempo…».

Sin quererlo, el corazón se le encogió de tristeza por Arabella. Y de compasión. No quería sentir aquello, pero no podía evitarlo. ¿Cómo debía de ser para ella, estar prisionera en ese lugar, durante un siglo? ¿Sería por eso, por lo que se negaba a construirle un puente? ¿Porque estaba sola, después de tanto tiempo, y quería compañía?

«Pero eso no tiene sentido», razonó Beau.

Cuando ella lo había convocado por primera vez desde su torre, estaba furiosa porque él y los otros ladrones habían destruido su puente. Además, justo antes de ese encuentro, Beau la había oído interrogando con furia a Percival, diciéndole que descubriría quién había levantado el rastrillo y dejado entrar a los ladrones, y que, cuando lo hiciera, esa persona pagaría por su desobediencia.

No, Arabella había dejado muy claro que no lo quería allí.

Beau cerró la ventana, pero permaneció frente a ella, mirando hacia la noche invernal, inquieto por otra pregunta sin respuesta.

—Alguien levantó ese rastrillo —dijo, mirando su reflejo en el vidrio—. Lo que significa que alguien quiere que estés aquí… Pero

¿quién?

TREINTA Y NUEVE

Camille sabía que no debía estar en el gran salón.

No, a esas horas de la noche.

Pisando con suavidad, subió al andén que se arqueaba frente al reloj dorado y caminó hacia las puertas de su lado izquierdo. Dejó en el suelo la vela y la cesta que llevaba, sacó un cuchillo del bolsillo y deslizó la hoja en la delgada rendija entre las puertas. Unos cuantos giros en el pestillo, y se abrieron. Colocó el pie entre ellas, para mantenerlas abiertas, recogió sus cosas y se deslizó al interior del mecanismo del reloj.

Con cuidado de no alterar nada, avanzó entre las figuras, rodeando unas, agachándose bajo otras, hasta llegar a la que buscaba: una niña sonriente sentada en el suelo, con las manos juntas, a punto de dar una palmada.

—¡Ahí estás, mi princesa! —dijo Camille, arrodillándose junto a la niña. Sacó de su cesta una pequeña corona de flores y hierbas, y la colocó sobre la cabeza de porcelana de la figura—. Lavanda para la devoción, tomillo para el valor y romero para el recuerdo. —Besó la fría mano de la muñeca—. Te echo de menos, mi niña querida. Cada minuto de cada día. Y te quiero. Te quiero tanto, tanto.

Camille también había llevado un diminuto pastel, que puso sobre el regazo de la pequeña. Sabía que los ratones se comían los dulces, pero le gustaba fingir que era su hija quien lo hacía.

—Espero que te guste este. Tiene todos tus sabores favoritos: vainilla, frambuesa y limón. Y mira, tiene una mariposa encima. La he hecho con merengue y pétalos de rosa. —Su voz se quebró, y las lágrimas comenzaron a brotarle de los ojos—. Perdóname, mi pequeña —dijo, intentando sonreír—. Mamá está cansada esta noche.

Esa mañana, como siempre, se había levantado temprano para empezar a hornear, pero, en lugar de acostarse pronto, como sabía que debía hacer, se había quedado despierta para hacer el pastel de su hija. Detrás de la figura de la niña se alzaba la de un hombre alto, sosteniendo un bocado en las manos. Camille apoyó la cabeza en sus piernas y cerró los ojos.

No había planeado quedarse dormida, pero, cuando el enorme reloj comenzó a dar la hora —las once—, se despertó sobresaltada, con un jadeo.

—¡Oh, no! —susurró, agarrando la cesta a toda prisa.

Besó una vez más a la niña, se levantó de un salto y tomó la vela. Tropezando, resbalando, golpeándose la cabeza con el brazo de una figura y enganchando el pie en las faldas de otra, avanzó hacia las puertas, rezando porque *lady* Arabella hubiera permanecido en sus aposentos esa noche.

Pero, al atravesar el umbral y saltar del andén al suelo, sus esperanzas se desmoronaron. Su señora estaba sentada en una silla, con una expresión de extrema desaprobación en el rostro. Sus damas se alineaban detrás de ella.

Camille bajó la mirada.

—L-lo siento, Su Gracia —balbuceó—. Yo solo…

—¡Habla más alto! —ordenó Asonperides—. ¿Por qué estás aquí? La señora no permite que nadie esté aquí, cerca de la medianoche, salvo su corte.

—He traído un pastel —explicó Camille en voz baja—. Para la niña.

—¿Un pastel? ¿Para una criatura de reloj? Qué gesto tan inútil.

Camille estaba arrepentida, pero, al sentir el veneno en las

palabras de Asonperides, su remordimiento se evaporó. Esa mujer era una mala hierba ponzoñosa, que extendía sus raíces por todas partes, y asfixiaba toda emoción luminosa que intentaba brotar.

Camille alzó la cabeza.

—Era para *mi* hija —repitió, luchando por contener la ira.

Asonperides soltó un sonido de repugnancia.

—Esto es lo que hacen esos pequeños monstruos; Esperanza y Fe —le comentó a Arabella—. Alborotan a la servidumbre.

Los últimos restos de contención de Camille se resquebrajaron.

—¿Crees que eres la única protagonista de esta historia? —le gritó a Arabella, con la voz alzándose—. ¡Mi marido está ahí dentro… y mi hija! —Señaló el reloj.

—Has desperdiciado tus esfuerzos —dijo Asonperides—. El reloj se está parando. La maldición no puede romperse.

Camille la ignoró.

—Ayúdalo, mi señora —pidió, con los ojos aún fijos en Arabella.

—Ten cuidado con lo que dices. Recuerda tu lugar —advirtió Asonperides.

Camille se volvió hacia ella con desafío.

—¿O qué, *lady* Asonperides? ¿Me encerrarás? ¿Me arrojarás a una celda como hiciste con las niñas? Adelante, hazlo. Tienes razón: el reloj se está parando. En cuestión de días, el castillo se derrumbará. Yo moriré. Mi marido morirá. Mi pequeña… —Su voz se quebró, pero continuó—: Mi pequeña morirá. Así que, al diablo con mi lugar, y al diablo contigo. —Se volvió de nuevo hacia Arabella—. Él quiere que le construyas un puente. Hazlo.

—¿Por qué tendría que hacerlo? Solo un necio haría un gesto tan inútil —indicó Paluc.

—Pero la pequeña panadera *es* una necia —se burló Gunezarev.

—Camille —dijo Arabella—, incluso si pudiera construir un puente, lo cual es una suposición absurda porque no puedo, en el momento en que estuviera listo, él lo cruzaría y se marcharía. Nada cambiaría. No, para nosotros. La maldición no se rompería. Todos moriríamos igual.

—Hazlo, porque te preocupas por él.

Asonperides palideció.

—¿Es eso cierto? —preguntó, mirando primero a Camille y luego a Arabella.

Su señora se giró con rapidez.

—Por supuesto que no —respondió con frialdad.

—¿Acaso esos dos demonios han encontrado a Amor? —chilló Celso—. ¿La han liberado? —Miró a Asonperides—. Tú la encerraste, ¿verdad?

Asonperides guardó silencio.

Diome se llevó las manos a las mejillas.

—*Lady* Asonperides, lo hiciste, ¿verdad? —preguntó con voz temblorosa.

Asonperides movió la cabeza, rígida y a regañadientes.

—Fue demasiado rápida. Escapó.

—Entonces, ¿sigue aquí? —susurró Diome.

—No. Abandonó el castillo. Hace casi un siglo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la busqué —espetó Asonperides—. Durante décadas. En cada habitación, en cada pasillo, en cada rincón. No está aquí. Te lo aseguro.

Diome exhaló y bajó las manos.

Camille corrió hacia Arabella y se arrodilló junto a su silla.

—Te importa, lo sé. Lo veo en tus ojos. Le quieres, mi señora. Y cuando quieres a alguien, lo ayudas.

—Camille, yo no…

—¡No digas tonterías! —interrumpió Asonperides—. Incluso si la señora quisiera al ladrón, cosa que no hace, el amor no puede construir un puente sobre un foso. Harían falta cien hombres, con pilares, cuerdas y grúas. Haría falta…

Camille se irguió.

—No hables de amor, *lady* Asonperides —dijo, con los ojos ardiendo—. No pronuncies esa palabra con la boca, cuando no la llevas en el corazón. —Señaló con el dedo a todas las damas, una

por una—. Ninguna de vosotras sabe nada del amor. El amor no huye. No da la espalda. El amor nunca, *nunca* se rinde.

Arabella se encogió, alejándose de Camille, y de todo lo que ella le pedía.

—No puedo ayudarlo. No puedo ayudar a nadie —susurró.

Lady Diermontirem dio un paso adelante, enjuta y rígida.

—La señora lo lamenta mucho, Camille. Por tu esposo y por tu hija. Pero, aun así, no se puede hacer nada.

Camille la ignoró y se dirigió a Arabella.

—Sé que lo lamentas, mi señora, pero no me importa. Estoy harta de los lamentos. Te complaces en tu dolor. Te complaces en el nuestro. Te encierras con tus damas, día tras día tras día. Dios mío, ¿no crees que todos sentimos remordimiento?

Arabella cerró los ojos. La amargura se extendió por su rostro como tinta derramada sobre un pergamino.

—Imagino que el mío es bastante más profundo —soltó.

—Por supuesto que lo imaginas —replicó Camille, con un filo de veneno en la voz.

Arabella lo escuchó y abrió los ojos.

—El relojero me maldijo —recordó, encendida por la furia—. *A mí*. Por la terrible cosa que hice.

—No tienes ni idea de lo que he hecho. De lo que cualquiera de nosotras ha hecho.

Arabella soltó una risa amarga mientras se levantaba de su silla.

—¿Qué has hecho tú, Camille? ¿Quemado una mermelada? ¿Estropeado un pastel? —preguntó, alejándose de ella, de su corte, del reloj, y de todo.

—Engañé a mi marido.

La habitación quedó en silencio absoluto, salvo por el tictac del enorme reloj dorado. Arabella se detuvo y se volvió hacia ella.

—Dos veces. Con tu maestro de danza.

Lady Lubijo soltó una risita.

—Eso es más de lo que necesitaba saber.

—Claudette roba chocolate de la bodega —continuó Camille—.

Valmont le dio una patada a Henri. Josette se divierte engañando a Florian. Josephine roba vino. Martin guarda una pinta de leche del ordeño de la mañana y se la bebe, entera.

—Por el amor de Dios, Camille —dijo Arabella—. Todo eso no es nada comparado con…

—¿Contigo? ¿Con tus errores? ¿Con tus remordimientos? —Camille se acercó a ella—. Baja de tu torre, señora. Desciende al barro con el resto de nosotros. Con los necios. Los cobardes. Los malhumorados y celosos. Los de corazón roto. Somos todos como tú. ¿No lo ves?

—No sirve de nada, Camille. Se acabó. Todo está perdido. Yo estoy perdida —insistió Arabella, y la tristeza en su voz hizo que Camille contuviera el aliento.

Tomó las manos de Arabella entre las suyas. Había una fuerza sorprendente en esos dedos delicados.

—Inténtalo, señora. Inténtalo. Haz todo lo que puedas. Ayúdalo, y no estarás perdida.

CUARENTA

Tal vez las damas de la corte tienen razón.

Tal vez Camille sea una tonta.

Horneando pasteles para una niña hecha de engranajes. Intentándolo, cuando todos los demás ya se han rendido. Desafiando a la desesperanza.

Pero ahí está la cuestión… No es tan malo ser una tonta. De hecho, la gente tonta está tremendamente subestimada.

Solo una persona tonta salva a un pájaro con un ala rota que nunca volverá a volar.

Solo una persona tonta le entrega un ramo de margaritas a un viejo enfadado.

Solo una persona tonta le da su bonito abrigo nuevo a una niña mendiga.

El mundo no necesita más gente lista. De esos hay de sobra. Los ves por todas partes: esquivando a los rotos y a los perdidos, escondiéndose detrás de un árbol para comerse sus panecillos y no tener que compartirlos, ocupándose afanosamente en evitar el dolor ajeno.

Lo único que el mundo necesita es esto: más personas irremediablemente tontas, haciendo cosas escandalosamente tontas.

CUARENTA Y UNO

Arabella los había echado a todos.

Ahora estaba sola en el gran salón, intentando decidir adonde ir. Era tarde, casi medianoche, y al llegar la mañana tendría que hacer una elección. Su cabeza le decía que debía volver a sus aposentos, pero su corazón le sugería otro camino por el castillo; uno que la conduciría a una habitación en una torre.

Estaba en una encrucijada, y sabía que esos lugares eran solitarios, umbrales entre un mundo y otro. Allí enterraban a ladrones y asesinos. También a brujas, atravesadas con estacas, para que sus espíritus inquietos no pudieran vagar. Valmont siempre decía que el diablo merodeaba en las encrucijadas, dispuesto a desviar a los mortales del camino.

—¿Qué hago? —gritó llena de angustia, y su voz resonó por todo el salón.

Como si respondiera a su súplica, el espejo sobre la repisa comenzó a brillar. Arabella lo observó, mientras se transformaba en una ventana que mostraba otro tiempo, otra Arabella.

Esa otra Arabella también estaba de pie en el gran salón.

Parecía diferente, pero, al mismo tiempo, igual: sola, insegura y llena de anhelo. Había bajado las escaleras, como hacía cada noche con los pies enfundados en medias, y ahora se detenía en las sombras.

El reloj dorado estaba solo a medio construir. Todavía no tenía esfera, ni campana, ni el riel con figuras que se moverían a su alrededor; solo un complejo y diabólico entramado de engranajes, ruedas, resortes y cadenas. Frente a esa maquinaria inmensa, un hombre, con las mangas arremangadas, ajustaba la tensión de la cadena que sostenía los pesos del reloj.

Los ojos de Arabella se desplazaron del hombre a las láminas brillantes de oro, ordenadas en una pila, que se usarían para recubrir el reloj.

Ese mismo día, desde la ventana del lujoso carruaje de su padre, había visto a un niño delgado recogiendo granos de trigo del suelo, en un campo recién cosechado. Se preguntó qué podría significar para ese niño, para toda su familia, tan solo una de aquellas láminas resplandecientes.

Arabella odiaba el reloj, esa locura de su padre creada únicamente para ostentar su riqueza. Sin embargo, no podía evitar maravillarse ante él, pues era una obra maestra de equilibrio y precisión. En su rostro había asombro al observar al relojero trabajar, y también envidia.

Permaneció en las sombras, sin querer ser vista, hasta que el relojero —mientras ajustaba un resorte— dijo:

—Ya que está aquí, haga algo útil. ¿Podría pasarme esos alicates, por favor? —Arabella no se movió, avergonzada por haber sido descubierta—. No les diré nada a sus padres, si eso es lo que le preocupa.

Aliviada, se agachó, recogió los alicates del suelo y se los entregó.

—Qué máquina tan magnífica —dijo.

Los labios del relojero se curvaron en una leve sonrisa ante el cumplido.

—Gracias —respondió, introduciendo los alicates en el mecanismo—. Pero aún no está terminada. Todavía debo fabricar la caja.

—Ojalá no lo hiciera —indicó Arabella, observando cómo

enderezaba un diente torcido de una rueda—. Nada es más hermoso que los engranajes que ha ideado. Nunca me canso de verlos. —Mientras hablaba, bajó la mirada a sus manos, entrelazadas frente a ella. En su dedo anular izquierdo, un diamante brilló bajo la luz de la lámpara. Era tan grande como una muela, y casi igual de grotesco.

El relojero lo observó.

—He oído hablar de su compromiso. Debe de estar muy feliz. El príncipe Constantine es una maravilla de la ingeniería, ¿no? Guapo, alto, poderoso, rico… Todo lo que una mujer podría desear.

—¿Cuándo estará listo el reloj? —preguntó Arabella, ignorando su comentario—. El príncipe lo admiró, y mi padre desea regalárnoslo el día de nuestra boda.

—En tres o cuatro meses, supongo —anunció el relojero. Sus ojos se alzaron por encima de las gafas y se clavaron en los de ella —. O nunca, si así lo desea.

—¿Por qué habría de desearlo? —interrogó Arabella, con expresión de desconcierto.

El relojero dejó los alicates.

—Escuché al rey. Después de las fiestas y las negociaciones. Después de firmar los contratos matrimoniales. Le oí decir a su hijo que la joven era un buen partido, una chica hermosa de una familia rica. Aunque quizá un poco voluntariosa, que aprenderá cuál es su lugar. «Será una reina algún día —repitió—, y las reinas, como los niños, deben ser vistas, pero no oídas». —Arabella se sacudió una mota imaginaria de la falda—. ¿Es eso lo que quiere, niña? ¿No ser oída jamás?

—No importa lo que yo quiera —respondió Arabella, repitiendo las palabras que su madre solía decirle—. No soy una lechera libre de ir y venir a mi antojo. Soy la única hija y heredera de un duque.

—¿De verdad no le importa?

—Es un insolente, señor —dijo Arabella, dándose la vuelta para marcharse.

—La gente siempre se ofende con la verdad —soltó el relojero, limpiándose las manos en su delantal—. La veo, Arabella. Veo el

movimiento de su corazón tan claramente como el de este reloj. ¿Y usted?

La joven se volvió, con los ojos brillando de rabia.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó.

—Escuchar a ese corazón.

—Eso es precisamente lo que *no* se supone que debo hacer. Se espera que encierre mi corazón y me someta a los deseos de los demás. De quienes saben más que yo: mis padres y, pronto, mi esposo.

—Debe hacer una sola cosa, y solo una: convertirse en la persona que está destinada a ser. Por difícil que parezca esa tarea. De lo contrario, su vida no será una vida; será solo una larga y prolongada muerte.

—No lo entiende, señor. Tengo un deber.

—¿Con quién? —preguntó el relojero—. ¿Con su padre, que exprime cruelmente a su pueblo para pagar este gigantesco juguete dorado? ¿Con su madre, que le asfixia poco a poco para cumplir sus propias ambiciones? ¿Su deber es con ellos, Arabella? ¿O con la joven que quiere construir escuelas y hospitales? ¿La joven que ideó *Paradisium*?

El color desapareció del rostro de Arabella.

—¿Cómo sabe lo de *Paradisium*? ¿Por qué me hace esas preguntas? ¿Quién es usted?

—Soy el relojero, niña. El maestro de las horas. El guardián del tiempo.

Arabella retrocedió, asustada por el hombre y por las emociones que despertaban sus palabras.

—No puedo hacer lo que me pide —dijo.

—¿No puede o no quiere? —la desafió el relojero—. Ha escuchado demasiadas voces, y todas diciéndole que no puede, que no debe, que no se le permite seguir los deseos de su corazón. Pero dígame, Arabella, ¿a quién le hablan en realidad? ¿A usted? ¿O a ellos mismos? No los escuche, niña. No son más que cuervos chillones, aterrorizados de que alguien más logre lo que ellos temen

siquiera intentar.

—Pero ¿cómo? —preguntó Arabella, con una risa incrédula—. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Meter mis libros en una bolsa? ¿Mis bocetos? ¿Abandonar a mis padres, este castillo, a todos y todo lo que he conocido?

—Si eso es lo que hace falta, sí —respondió el relojero—. Le aconsejaría que metiera algunas de sus joyas, también. Un pasaje a Roma o a Venecia, una habitación cuando llegue, los honorarios de un maestro… Esas cosas cuestan dinero.

Las palabras del relojero se hundieron en su conciencia como piedras cayendo a través del agua. Por un breve y hermoso instante, se vio a sí misma en Venecia, dibujando el Palacio Ducal, estudiando las agujas de la Basílica, caminando sobre el Puente de Rialto, y su corazón saltó de alegría.

Pero entonces la oyó: una voz que le susurraba desde un lugar aún más profundo. Una voz que se había hecho más fuerte desde que Constantine la había humillado en el baile. Era seca y áspera, como una serpiente deslizándose entre la hierba muerta:

«No seas ridícula, muchacha tonta. No eres lo bastante lista para mantenerte firme en un aula llena de hombres. Ni lo bastante fuerte para dirigir los ejércitos de albañiles y carpinteros que hacen falta para construir un castillo. Ni lo bastante talentosa para idear diseños tan magníficos como los palacios y catedrales que tanto admiras. ¿Quién te crees que eres? Todo esto no es más que…».

—Un bonito sueño —dijo Arabella en voz alta—. Eso es todo. Todo lo que será. Debo volver a mis aposentos ahora. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, *lady* Arabella —respondió el relojero con melancolía—. Duerma bien, pero recuerde esto: el mundo entero está listo y dispuesto a decirle que no. No se una al coro de los cobardes.

Arabella salió corriendo de la habitación.

Al llegar al pasillo, se detuvo, con las lágrimas llenándole los ojos. Parpadeó con fuerza, tratando de contener la tormenta de emoción

que se gestaba en su interior, antes de que la metiera, una vez más, en problemas. Mirando el anillo en su dedo, como si fuera un cáncer en su mano, murmuró:

—Demasiado tarde, relojero. Ya lo he hecho.

El espejo volvió a brillar, se endureció otra vez, y regresó a la imagen del frío cristal plateado.

Arabella sintió que ella también se endurecía, como siempre le ocurría, incapaz de escapar del pasado y de su atracción. Un día, muy pronto, ese pasado la arrastraría tan profundo que la ahogaría.

No podía salvarse a sí misma, ni a los que compartían el castillo con ella. Pero, tal vez, aún pudiera salvar al ladrón, antes de que se acabara el tiempo. Quizá él no tuviera que ahogarse con ellos.

CUARENTA Y DOS

La suave luz de la mañana bañaba a Beau mientras dormía.

Uno de sus brazos estaba extendido sobre la cama, y una pierna colgaba del borde. Roncaba. También babeaba. Necesitaba afeitarse. Pero, aun así, era hermoso.

Los ojos de Arabella se lo bebieron entero. Deseaba poder acariciar el cabello oscuro que caía sobre su almohada, deslizar los dedos por sus labios llenos, presionar los suyos sobre el pedazo de piel que se asomaba en la uve de su camisa.

«Basta, —se dijo—. No está bien mirar a un hombre dormido, que no sabe que lo observan y que estaría horrorizado si lo supiera».

—Ejem…

Beau no despertó.

Arabella se mordió el labio.

—¿*Monsieur* Beauregard Armando Fernández de Navarre? Disculpe…

Beau rodó sobre su espalda y roncó más fuerte.

Sin saber qué hacer, Arabella se llevó un mechón de cabello detrás de la oreja con torpeza. Se le había escapado del pañuelo que llevaba atado en la cabeza; era un pañuelo muy distinto a sus atuendos habituales, al igual que la chaqueta vieja y sencilla que llevaba sobre un suéter desgastado, la falda de lino de trabajo y las botas planas y abolladas. En las manos sostenía un rollo de papel.

—Beau… ¿Beau? ¡Beau! —lo llamó.

Pero este siguió durmiendo.

—De verdad… —Bufó—. No tengo todo el día. —Entonces, se acercó a él con decisión y le dio un empujón—. ¡Despierta!

Los ojos de Beau se abrieron de golpe. Un segundo después ya estaba de pie, con el puño levantado.

Arabella soltó un grito y retrocedió.

—¿Así es como se dice buenos días? —preguntó con cautela.

La había asustado mucho su reacción, pero también la había intrigado. ¿Qué le habría pasado para estar tan listo para pelear incluso antes de abrir los ojos?

—¿Cómo has entrado aquí? —interrogó Beau, bajando el puño.

—Le he pedido a Valmont la llave de la puerta —respondió Arabella.

—Pero es medianoche.

—Para nada. Son pasadas las siete. El sol está saliendo —respondió con tono firme—. Y tenemos trabajo que hacer. Aunque quizá prefieras vestirte primero.

Beau bajó la vista. Su camisa estaba arrugada. Su ropa interior le colgaba un poco. Llevaba un calcetín en uno de los pies y el otro desnudo. Sonrojándose, se levantó, tomó sus pantalones de la silla y se los puso. Luego, se sentó en la cama para calzarse las botas.

Arabella, impaciente, se arrodilló en el suelo a su lado y extendió el papel enrollado que llevaba. No había tiempo que perder.

—Dibujé esto anoche —dijo, señalando el boceto que había hecho—. Todavía hay problemas por resolver, pero es un comienzo.

Beau se inclinó hacia ella. Su expresión se agudizó al ver el dibujo.

—Es un puente…

—Qué perspicaz eres —lo picó con humor.

Pero él no parecía estar de humor para bromas. Estaba distinto esa mañana: serio y alterado. Era como si algo lo hubiera asustado.

—¿Por qué has cambiado de opinión? —se interesó, tocándole el brazo para que lo mirara.

Sus ojos, tan hermosos, estaban abiertos y llenos de preguntas, y Arabella tuvo que apartar la vista antes de que vieran demasiado.

«Para salvarte», pensó.

—Porque no puedo resistirme a un desafío —dijo en voz alta.

—No, porque quieres que me vaya —replicó él.

A Arabella no le gustó el rumbo de la conversación, así que volvió al tema del puente.

—Si empezamos a construir los pilares esta mañana, tal vez podamos…

—Arabella…

—¿Sí? —dijo, sin mirarlo aún.

—Lo sé.

El miedo le recorrió el pecho como un escalofrío.

—¿Umm? —Intentó decir con ligereza, fingiendo mirar el dibujo —. ¿Qué sabes?

—Sé quiénes son tus damas de compañía. Sé *qué son*. Lo descubrí anoche.

Arabella inhaló con brusquedad.

—¿Cómo lo sabes? —Seguía mirando el dibujo, pero ya no lo veía.

—Dos pequeñas me lo dijeron… Esperanza y Fe.

—No, eso no puede ser cierto. No puede ser —indicó Arabella, sintiendo náuseas—. ¿Las has visto?

Beau asintió.

—¿Dónde?

—Aquí. En el castillo.

—Han escapado. Lo sabía. Lo sentí. —Dejó escapar un gemido y se cubrió el rostro con las manos temblorosas.

—¿Arabella? ¿Qué pasa? ¿Les tienes miedo? —preguntó Beau, poniendo una mano suave en su espalda—. ¿Por qué? Son solo niñas. Son solo unas inocentes criaturas.

Arabella soltó una risa amarga y suave.

—Créeme —dijo—, no son ni niñas ni inocentes.

—Pues yo no te creo —replicó Beau—. Ni a ti, ni a Valmont, ni a

Camille. A nadie en este maldito lugar. ¿Cómo podría? Me habéis mentido todo este tiempo.

Sus palabras la quemaron.

—Lo siento. Debiste haberte preguntado… —empezó a decir.

—¿Preguntado? —repitió con incredulidad—. Sí, podría decirse así. Me he preguntado por qué tus damas de compañía parecen salidas de una pesadilla. Por qué tu foso está lleno de muertos vivientes. Por qué una criatura-lobo del infierno deambula por el castillo de noche. Y por qué tú no pareces tener más de dieciocho, cuando ya pasas de los cien.

Arabella se estremeció ante el sarcasmo y la furia en su voz.

—Hay cosas, Beau… Cosas que es mejor que no sepas.

Beau se irguió.

—¿Mejor para quién?

—Para ti.

Él iba a replicar.

—Ni hablar. Eso no basta.

—Tendrá que bastar. Crees que sabes cosas, sobre mis damas, sobre mí… No sabes nada. Déjalo así.

Sus palabras pretendían sonar como una orden, pero, en cambio, sonaron como lo que eran: una súplica asustada y desesperada.

—Pero *quiero* saber.

Algo en su voz —¿bondad? ¿compasión?— la quebró.

—¡No! —gritó ella—. No lo hagas. No quieres saber.

—Está bien, está bien… Cálmate, Arabella. Lo siento. No quería alterarte.

—Voy a ayudarte a construir un puente —repitió Arabella, esforzándose por mantener la voz firme—. Y luego vas a cruzarlo y seguir caminando. Cruzarás el foso, atravesarás el bosque y subirás las montañas, sin mirar atrás. Promételo…

—Arabella, yo no…

—*¡Dilo, Beau!* —gritó Arabella, golpeando el suelo con la mano.

Este se apartó de ella, alterado.

—*Lo haré*. Ya está. Lo he dicho. ¿Bien?

Arabella asintió, aún agitada, aún asustada, avergonzada por su arrebato, pero aliviada de que él hubiera dejado de insistir.

Un silencio incómodo cayó entre ellos.

Beau fue quien lo rompió. Miró el dibujo otra vez, pero con más detenimiento.

—¿Funcionará?

Arabella respiró hondo, intentando calmar sus manos, su voz y el tartamudeo de su corazón.

—Tal vez —respondió—. Aunque también podríamos caer los dos al foso antes de siquiera hundir el primer pilar. Supongo que lo sabremos, ¿no? —Enrolló su dibujo y se puso de pie.

Beau también se levantó.

Otro silencio incómodo los envolvió, pero esta vez fue Arabella quien habló.

—Desayuna algo —dijo, forzando una sonrisa—. Luego, búscame junto a la puerta de entrada. Tenemos mucho trabajo.

—Lo haré —indicó—. Y oye, gracias por ayudarme. Es amable de tu parte construir un puente nuevo, considerando que ayudé a destruir el viejo. —Entonces, la abrazó.

Fue el tipo de abrazo fuerte y sonoro que alguien daría a un amigo, a un caballo o a un perro grande.

Al principio, Arabella se quedó rígida, sorprendida por el gesto, pero su cercanía la ablandó. Sus manos encontraron su espalda. Cerró los ojos y sintió su mejilla contra la de ella y el cosquilleo de su barba incipiente. Sintió el ritmo de su respiración subir y bajar, y el calor de su cuerpo envolviéndola.

Era el primer abrazo real que recibía en cien años…

Y terminó demasiado pronto.

—Perdón —dijo Beau, soltándola—. Probablemente, no debería apretujar a la realeza.

Las piernas de Arabella temblaban tanto al salir de su habitación que pensó que se le doblarían las rodillas.

Al bajar unos escalones, casi tropezó, y se sostuvo contra la pared. Los sollozos le subieron del corazón a la garganta,

desgarrándola por dentro.

Algo se movió dentro de ella; algo tan profundo, tan sísmico, tan irreversible, que tuvo que morderse los labios para no gritar.

Llevó una mano a su pecho y sintió cómo los cerrojos de su corazón se iban liberando, uno tras otro, y eso la aterrorizó.

Esperanza y Fe estaban libres.

Asonperides había admitido que no había encerrado a Amor. Dijo que Amor había abandonado el castillo. Pero ¿y si estaba equivocada? ¿Y si aún seguía allí, y Esperanza y Fe la habían liberado?

—Maldición, ladrón —susurró Arabella—, ¿qué has hecho?

CUARENTA Y TRES

La princesa en el ataúd de cristal no está
realmente muerta.
Solo finge.
Le gusta estar dentro del cristal. Es
tranquilo y seguro.
Puede ver el mundo pasar a través de sus
entrecerrados ojos.

Las feas hermanastras disfrutan de
estar solteras.
Enredan su cabello hasta convertirlo en
nidos y usan los zapatos de su padre
muerto.
Se frotan tinta en los dientes, luego le sonríen
al príncipe y ríen cuando él huye.
¿Y Rapunzel? Podría dejar su torre
cuando quisiera.
Todo lo que tiene que hacer es cortarse la
trenza y atarla a una silla.
No creas que no lo ha pensado.
Pero, como las demás, se queda.
Porque teme no ser amada.
Y teme aún más que si lo sea.

CUARENTA Y CUATRO

Arabella estaba en el umbral de la torre que guardaba la puerta, mirando fijamente al otro lado del foso, con el ceño fruncido.

Beau estaba junto a ella, inquieto como un caballo de carreras, con cada nervio de su cuerpo vibrando de impaciencia. Quería empezar, moverse, tomar un martillo y clavar cosas, y construir el puente.

Pero Arabella aún trataba de averiguar cómo hacerlo sin que nadie muriera.

—Para que mi plan funcione, mucho depende de la resistencia a la tracción de la madera —dijo, y enseguida se lanzó con una explicación sobre la fuerza de carga, el centro de masa, la deflexión y varios otros términos que él no entendía.

Mientras ella hablaba, Beau cambió de peso y, sin querer, empujó una piedra con el pie, que cayó al agua con un plunk profundo. Unos segundos después, una docena de rostros horrendos emergieron, gruñendo y chasqueando los dientes. Más se unieron al bullicio, atraídos por el ruido, hasta que el foso se convirtió en una masa hirviente de monstruos podridos.

—¿Tenías que provocarlos? —preguntó Arabella—. No puedo oírme pensar.

Beau no respondió. Solo miraba a un muerto sin mandíbula del que salía una salamandra por la cuenca del ojo. Quería preguntarle

cómo era posible que un cadáver nadara en el foso, gruñéndoles así. Deseaba preguntarle tantas cosas…, pero Arabella había dejado claro que no iba a responder. Sus preguntas la enfadaban, lo cual no le importaba; pero también la asustaban, y eso sí lo inquietaba.

Ojalá supiera por qué le temía a Esperanza y a Fe. Ojalá confiara en él lo suficiente como para contárselo. Y, lo peor de todo, ojalá supiera por qué deseaba saberlo. ¿Por qué le importaba? Arabella, su vida, este lugar, la gente que vivía aquí… Nada de esto debía importarle. Matti era lo único que importaba. Su única prioridad.

—¿Estás segura de esta idea tuya? ¿Los pilotes de madera, las tablas? —preguntó con frustración contenida en la voz.

—En absoluto.

—¿Por qué no lanzamos una cuerda al otro lado? Podría cruzar el foso a pulso. Soy lo bastante fuerte.

—¿Y quién va a atar la cuerda al otro lado?

—Alguien.

—Eso suena un poco vago.

—Alguien tiene que rondar por el bosque, haciendo algo, yendo de algún sitio a otro —refunfuñó.

Arabella le lanzó una mirada de reojo que le decía que estaba siendo tonto e inútil.

—¿Y si atamos la cuerda a una flecha? —propuso—. ¿Y la disparamos contra un árbol?

Arabella lo consideró un momento y luego respondió:

—Una flecha disparada desde un arco largo, que tiene una tensión de unas ciento cincuenta libras, viajando, digamos, a unos ciento setenta pies por segundo, sobre una distancia de unas cuarenta yardas… Probablemente generaría la fuerza suficiente para perforar el tronco de un árbol, pero ¿se clavaría lo bastante profundo? Y aunque lo hiciera, la cuerda estaría unida solo al asta de la flecha. —Miró hacia abajo, a los monstruos—. ¿De verdad quieres confiar tu vida a un pedazo delgado de madera?

—¿Y si hacemos la flecha de metal, como un atizador? Y la disparamos con un arma.

—Eso se llama arpón. ¿Tienes uno?

La frustración de Beau estalló. Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un largo y sonoro gemido. Llevaban allí media hora y no habían avanzado nada. No estaba ni un centímetro más cerca de Matti. Cada minuto que pasaba era como un rastrillo de dientes afilados arrastrándose sobre su corazón.

Arabella, indiferente a su queja, siguió concentrada en el espacio entre el castillo y la orilla opuesta.

—Durante sus conquistas —habló al rato—, en lo que ahora llamamos Alemania, Julio César construyó un puente de madera de trescientos metros sobre el Rin. ¿Lo sabías?

—No, pero sea lo que sea lo que hizo, hagámoslo nosotros también.

—Él tenía los bosques de la Galia para talar madera y cuarenta mil hombres para cortarla. Construyeron enormes martinetes en la orilla, los movieron al agua y clavaron soportes en lo más profundo del lecho del río. Luego, conectaron los soportes con vigas horizontales, pusieron tablones encima y marcharon al otro lado. Todo eso en solo diez días. —Se volvió hacia Beau—. Podemos hacer una versión modificada.

—¿Y ahora quién es el tonto? —replicó Beau.

—De verdad creo que podemos. Basé mi dibujo en los sencillos y elegantes puentes peatonales de bambú construidos por los pueblos rurales de la India. Funcionan igual que el puente de César, en esencia, pero son mucho más fáciles de construir.

—Arabella…, no tenemos bambú.

—No, no tenemos. Tendremos que usar tablones de roble. No son tan flexibles, pero servirán… Creo.

—*Crees* —repitió Beau, mirando de nuevo a los monstruos.

Arabella desenrolló su dibujo.

—Verás, si simplemente…

Pero antes de que pudiera terminar la frase, una ráfaga helada le arrancó el papel de las manos. El viento sostuvo el dibujo unos segundos sobre el foso y luego lo dejó caer al agua. Los monstruos

lo destrozaron.

—Vaya, un buen presagio —indicó Beau.

Sin inmutarse, Arabella tomó un trozo de carbón de uno de los braseros del arco de la puerta y entró en la torre. Las paredes interiores, protegidas del clima, eran lisas y de un gris claro. Se acercó a una y comenzó a dibujar.

—Clavaremos los pilotes en pares diagonales, formando equis. No debería ser muy difícil, mientras haya suficiente capa de barro para hundirlos. El primer par va aquí. —Marcó una equis en la pared —. A unos treinta centímetros de la puerta. El siguiente par va a un metro del primero. —Trazó otra equis—. No podemos espaciar más porque cada soporte servirá de plataforma para construir el siguiente, ya que no tenemos el lujo de usar martinetes móviles…

El entusiasmo coloreó la voz de Arabella. Sus movimientos, siempre contenidos y precisos, se volvieron amplios y expresivos. El esfuerzo le dio color a las mejillas pálidas. Sus ojos, normalmente velados, brillaban ahora como mercurio líquido.

Beau la observaba, asombrado y en silencio, mientras dibujaba, fruncía el ceño, borraba un error con la manga y volvía a empezar. Le parecía como si una mariposa acabara de salir del capullo y desplegara sus magníficas y resplandecientes alas.

Ella seguía hablando, seguía dibujando, girando hacia él de vez en cuando, pero Beau no estaba seguro de que realmente lo viera. Arabella veía otra cosa, algo que él no podía. Veía líneas y ángulos, fuerzas y contrafuerzas, tensión y equilibrio. Veía elegancia, belleza y fortaleza.

Y, por primera vez, por *primera, vez*, Beau la vio de verdad.

CUARENTA Y CINCO

Se oyó una exclamación, un grito, un chapoteo y luego:

—¡Oh, maldito pequeño bastardo! ¡Asqueroso monstruo! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea todo hasta el infierno!

Beau miró a Arabella.

—Eso ha sido un poco impreciso. Piénsalo. Di lo que quieres decir. Alguien me dijo esto en una ocasión.

—¡Condena este desdichado desastre a las fétidas profundidades del inframundo y mételo directo por el trasero del diablo!

—Mucho mejor —indicó Beau, reprimiendo una sonrisa.

Lo que acababa de pasar no tenía nada de gracioso, pero Arabella sí lo era. Descubrió que, cuando estaba enfadada, maldecía como una pescadera.

En ese momento, miraba el foso, con las manos en las caderas, observando los trozos de madera labrada que flotaban en la superficie del agua.

—No podemos seguir perdiéndolos —informó—. No tenemos un suministro infinito.

Eran casi las cuatro.

Desde esa mañana temprano, ella y Beau, junto con Florian y Henri, habían intentado clavar un poste de madera en el barro del foso, para formar el primer par de pilotes del puente. En el primer intento, no lo hundieron lo suficiente y se cayó. En el segundo,

dieron con una roca, y el poste salió disparado como un corcho, antes de caer al agua. En el último, lograron anclar uno, pero el segundo resbaló y chocó con el primero con tal fuerza que ambos cayeron, casi arrastrando a Henri y Florian con ellos.

—Estamos perdiendo la luz —anunció Beau, mirando el cielo. Unos cuantos copos de nieve comenzaron a caer—. Está haciendo más frío y estamos cansados. Tal vez, deberíamos dejarlo por hoy.

Aunque Beau temía que Arabella se agotara, la idea de terminar el día sin más resultado que cuatro postes flotando en el foso lo desanimaba profundamente. Cada día sin progreso era otro día en que Matteo no recibía la ayuda que necesitaba.

Arabella, sin embargo, no parecía nada cansada.

—No estoy lista para rendirme —dijo—. Necesitamos saber si esto va a funcionar. Si no, tendré que idear otro plan. Esta noche.

—O mañana.

—O esta noche —replicó Arabella con firmeza.

Beau alzó una ceja.

—Vaya, Su Gracia, si no fuera por lo que sé, diría que quiere deshacerse de mí.

—El tiempo se agota. Has dicho que necesitas cruzar las montañas antes de que la nieve cierre el paso, ¿no es así? —Sus palabras fueron secas y tajantes, y Beau detectó la ansiedad en ellas. ¿Era por él? ¿O por ella misma? No tuvo mucho tiempo para pensarlo, porque Arabella se alejó con paso decidido, haciéndole señas para que la siguiera.

«Es tan distinta», pensó mientras la observaba atravesar la torre de la puerta hacia el patio donde Henri trabajaba con más postes. El pañuelo de su cabeza se le había caído hacía rato. Se había recogido el cabello deprisa, en una coleta, atada con un trozo de cuerda. Su falda estaba manchada de tierra. Había rasgado su chaqueta.

Pero el cambio en ella iba más allá de la ropa. No solo *parecía* diferente; *era* diferente. Beau la observaba, buscando qué era exactamente lo que había cambiado. Era su rostro, decidió. Tan a menudo cerrado e inescrutable, ahora estaba tan abierto como el

cielo. Cuando parecía frustrada por un problema, la irritación lo ensombrecía como nubes cubriendo el azul del cielo. Pero, cuando encontraba la solución, la satisfacción que él veía era como el sol abriéndose paso entre las nubes.

Beau seguía mirándola mientras se inclinaba junto a Henri y Florian, que acababan de afilar un poste. Entonces, lo comprendió: así es la Arabella feliz.

Por alguna razón que no podía explicar —ni quería—, su felicidad lo conmovía.

—La gente ha hecho esto sin martinetes. Nosotros también podemos —les dijo a los chicos, mirando cómo levantaban el pesado poste, lo llevaban hasta la torre y bajaban la punta al agua.

—Inclinadlo un poco hacia la izquierda… Eso es… Ahora, sostenedlo con firmeza —instruyó ella, y luego se volvió—. ¿Beau? ¿Estás listo?

Este salió de su ensimismamiento y levantó un mazo.

Tras asegurarse de que Arabella estuviera fuera del alcance, alzó el martillo y lo bajó con todas sus fuerzas sobre el pilote. Era un trabajo duro. Tenía que apuntar bien, golpear en ángulo y descargar todo su peso, una y otra vez, hundiendo el poste más y más en el barro. El impacto le sacudía los brazos y, aunque hacía frío, el sudor le corría por el cuerpo.

Finalmente, cuando la parte superior del poste quedó a unos sesenta centímetros por encima del umbral, Arabella le hizo una señal para que parara.

Él lo hizo con gusto, jadeando, mientras apoyaba el mazo en el suelo de piedra. Los músculos de sus brazos temblaban, y le dolía la espalda. La nieve, ahora más densa, se acumulaba en su cabello y pestañas.

Arabella sujetó el pilote con ambas manos. Empujó. No se movió. Tiró de él hacia sí. Tampoco.

—¡Sí! —gritó llena de júbilo—. ¡Está firme! —Miró el cielo—. Está cayendo la tarde. Pongamos el segundo y atémoslo al primero. Así podremos empezar mañana con el primer par terminado.

Como antes, Florian y Henri afilaron un extremo de otro poste largo y lo sostuvieron firme mientras Beau lo golpeaba. El segundo pilote fue más rápido. Arabella lo probó de nuevo: resistió.

—¡Hurra! —celebró—. ¡Lo hemos logrado! Sabía que podíamos hacerlo. Solo falta atar los dos postes y terminamos por hoy.

Corrió de nuevo hacia la torre y salió unos segundos después, trotando, con una bobina de cuerda en los brazos.

Lo que ocurrió después, tal vez no habría pasado si el sol no estuviera poniéndose, si la nieve no cayera con más fuerza o si la temperatura no siguiera bajando.

El pie de Arabella pisó un parche de hielo cubierto de nieve. Resbaló, soltó la cuerda y cayó hacia delante.

Hubo un grito, un revoloteo de faldas… y desapareció.

CUARENTA Y SEIS

—¡Arabella, no! —gritó Beau.

Se lanzó hacia ella, tratando de agarrarle el brazo, el suéter, la falda… Lo que fuera, pero fue demasiado tarde. La vio golpear la superficie del foso, y cómo el agua gris se cerraba sobre ella.

—No, no, no, no… Vamos, Arabella, sabes nadar, ¿verdad? —balbuceó, buscándola con desesperación con la mirada. Pero no había rastro de ella. Por una vez, no pensó, no calculó, no midió los riesgos ni las recompensas—. Voy a por ella —dijo, tomando una bobina de cuerda—. El agua está helada. No aguantará más de unos minutos.

—¿Dónde está? —preguntó Florian.

Él y Henri estaban ahora de rodillas en el borde.

Mientras hablaba, Arabella emergió a la superficie, jadeando y escupiendo.

—¡Allí! —gritó Henri, señalando a unos metros a la izquierda de los pilotes.

—¡Arabella! —La llamó Beau—. ¡Nada hacia los postes!

Ella asintió. Sus brazadas eran torpes, frenéticas, y removían el agua a su alrededor.

Beau se ató la cuerda alrededor de la cintura con un nudo firme. Miró hacia abajo otra vez: Arabella había llegado a los pilotes. Trató de aferrarse a uno, pero las manos se le resbalaron.

—B-Beau, l-l-lánzame una cuerda —gritó con dificultad.

Estaba casi congelada, y su ropa empapada. Beau sabía que jamás podría trepar por la muralla del castillo sin ayuda.

—¡Voy por ti! —gritó—. ¡Ya voy! Aguanta… —Pero sus palabras se apagaron. Ya no la miraba a ella, sino que observaba más allá—. Arabella, shhh… No hables. No te muevas.

—P-p-por favor… Beau…, hace tanto frío…

—Arabella, quédate quieta.

—B-B-Beau…, la cuerda…

—¡Maldita sea, Arabella, cállate! ¡Pueden oírte! ¡Pueden sentirte!

Temblando, la joven le lanzó una mirada de confusión, pero luego giró la cabeza hacia donde él miraba.

Beau la escuchó jadear, y volvió a mirarlo con ojos suplicantes.

—Voy a sacarte. Lo prometo. Solo… quédate… quieta.

El miedo le clavó las garras a Beau, como las de un halcón sobre un conejo. Sabía que solo tenía unos minutos para salvarla.

—¡Henri, distráelos! ¡Lanza algo! ¡Cualquier cosa! —ordenó—. ¡Tíralo lejos de ella!

Henri corrió dentro de la torre y volvió con el asa rota del cabrestante, una piedra y trozos de una jarra rota. Los arrojó sobre el umbral y empezó a lanzarlos al agua, lo más lejos de Arabella que pudo.

Beau comprobó el nudo en la cuerda que se había atado a la cintura, y entregó el resto de la bobina a Florian.

—Pásala por ahí. —Señaló un anillo de hierro incrustado en la pared del arco—. Después, recoge la cuerda. Rápido.

Florian obedeció, tirando de la cuerda, mano sobre mano, a toda prisa.

—Bien. Ahora suéltala poco a poco.

Mientras Florian le daba algo de holgura, Beau retrocedió hasta el borde del umbral, con los pies equilibrados en el filo, y empezó a bajar por la pared, paso a paso, con cuidado. Era difícil: gruesas enredaderas crecían desde el foso y se aferraban a la piedra, enredándole los pies. Miró por encima del hombro y vio que muchos

de los monstruos ya no se movían hacia Arabella, sino que se revolvían en el agua, girando sus horribles cabezas hacia los objetos que Henri lanzaba.

Muchos, pero no todos.

Observó a Arabella. Ella ya no lo miraba a él, sino a la cosa que estaba a una yarda de distancia: algo sin ojos ni labios, con gusanos retorciéndose en lo que quedaba de sus mejillas.

Todo dentro de Beau le gritaba que se diera prisa, pero sabía que, si resbalaba y perdía el equilibrio, perdería segundos preciosos balanceándose sin poder hacer nada.

—Oh, Dios… No, por favor…

Era Arabella.

Beau se arriesgó a echar otra mirada: el monstruo estaba a poco más de un pie de ella. Movía la cabeza como si pudiera olería.

Henri se llevó los dedos a la boca y lanzó un silbido agudo.

—¡Eh! ¡Aquí arriba, preciosa! —gritó—. ¡Mira lo que tengo para ti!

El monstruo se detuvo e inclinó su horrible rostro.

Entonces, Henri, sosteniendo un contrapeso de hierro de casi diez kilos, lo extendió sobre el agua, justo entre Beau —en la pared — y Arabella, que se aferraba al pilote. Murmuró una oración apresurada y lo soltó. El peso golpeó el cráneo del monstruo con un *crac* y lo hundió bajo la superficie.

Un momento después, Beau estaba en el agua junto a Arabella. Ella temblaba tanto que ya no podía hablar. La tensión de la cuerda en su cintura lo mantenía a flote.

—¡Henri! ¡Lánzanos más cuerda! —gritó.

Henri, asomado aún sobre el borde, asintió. Desapareció y regresó enseguida con otra bobina. Sujetó un extremo y lanzó el resto hacia Beau, que la atrapó y la pasó alrededor de la cintura de Arabella. Sus dedos, entumecidos por el frío, estaban torpes y rígidos. Le llevó varios intentos hacer un nudo, pero finalmente lo consiguió.

—Tienes que subir por la pared, igual que yo —le dijo—. Florian y Henri tirarán de ti. Ellos cargarán con la mayor parte de tu peso. Es

difícil, pero puedes hacerlo.

Arabella asintió. Beau la guio hasta la pared y la ayudó a mover el cuerpo para que apoyara los pies planos contra la piedra. La nieve caía con más fuerza, arañándole los ojos.

—¡Henri, Florian, tirad de ella! —indicó.

Los dos chicos habían pasado su extremo de cuerda por el anillo de hierro del muro, al igual que con la de Beau. Tiraron con fuerza, y Arabella empezó a subir, pulgada a pulgada, mientras el agua se escurría de su ropa empapada. El progreso era lento pero constante… hasta que, a mitad del trayecto, el pie derecho se le resbaló. Cayó hacia delante y golpeó la pared con fuerza, quedando suspendida, impotente.

—¡Vamos, Arabella! ¡Reacciona! —murmuró Beau entre dientes, lanzando una mirada nerviosa detrás de sí. No sabía qué lo alcanzaría primero: los monstruos o el frío mortal.

Con un esfuerzo doloroso, Arabella se enderezó. Con lentitud, siguió subiendo, mientras sus extremidades temblaban por el agotamiento. Cuando por fin estuvo lo bastante cerca, Florian la agarró por el suéter y la puso a salvo.

—¡Tu turno, Beau! —gritó Henri—. ¡Ahora! ¡Ya!

Este vio los ojos del chico fijos en algo que había por detrás de él. No necesitó mirar para saber qué era. En cuanto sintió la tensión de la cuerda, levantó las piernas, apoyó los pies en la pared y empezó a subir.

No había dado más de dos pasos cuando una mano huesuda le sujetó la pierna. Tiró con fuerza, y Beau resbaló. Golpeó la pared, quedó colgando, con ambas piernas luchando contra la criatura. Más monstruos se abalanzaron sobre él, gruñendo y lanzando zarpazos.

Beau pateó con más fuerza, mientras intentaba mantenerlos alejados, y una lluvia de piedrecillas caía sobre él desde arriba.

Levantó la vista.

Florian había resbalado hacia delante, enviando los escombros por el borde del umbral. Se había enderezado, pero su rostro estaba rojo por el esfuerzo. Henri, justo detrás de él, sostenía la cuerda con

todas sus fuerzas, luchando contra el peso muerto.

—¡Escala, Beau! ¡No podremos sostenerte mucho más! —gritó Florian.

Beau dio una fuerte patada. Su pie chocó con un cráneo. Los dedos que se aferraban a su tobillo se soltaron. Sus pies, arañando la piedra, encontraron apoyo. Levantó las piernas bajo su cuerpo y comenzó a subir de nuevo.

Paso a paso, Florian y Henri retrocedieron desde el borde. Con los brazos temblorosos y los tendones marcados en el cuello, lograron mantener la cuerda firme mientras ascendía por la pared.

Después de lo que pareció una eternidad, alcanzó el borde y se lanzó por encima de él.

—B-b-bien hecho, chicos —dijo.

Los dientes le castañeteaban sin control; su cuerpo entero parecía hecho de hielo. Intentó desatar la cuerda de su cintura, pero estaba endurecida por el frío, y sus dedos inútiles solo lograban tirar de ella con torpeza.

Florian la cortó con un cuchillo.

—D-d-dónde… —empezó a decir Beau, pero antes de terminar la frase la vio. Estaba tendida en el suelo de la torre, encogida como una bola temblorosa—. ¡Arabella! —gritó, tambaleándose hacia ella.

Esta abrió los ojos. Estaban lejanos y desenfocados.

—T-t-tengo tanto frío —tartamudeó.

—Henri, ¿el asador de la cocina está encendido? —preguntó Beau mientras la incorporaba, sentándola con cuidado.

El chico asintió.

—Aviva el fuego debajo. Florian, dile a Valmont lo que ha pasado. Prepara toallas, mantas y caldo caliente. ¡Rápido!

Florian y Henri salieron corriendo.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, Beau levantó a Arabella en brazos y atravesó la torre.

Al poco, corrió.

No por su vida, no esta vez.

Por la de ella.

CUARENTA Y SIETE

Beau irrumpió en la sala.

Florian y Henri habían hecho tanto ruido al tropezar en la cocina que todos los sirvientes y damas de la corte habían acudido corriendo.

—Esto es todo culpa tuya —siseó Asonperides, mirando con odio a Beau, mientras este cargaba a una Arabella inmóvil a través de la habitación, hacia el gran hogar donde asaban carne—. ¿Adónde crees que vas? ¡Llévala arriba, a sus aposentos!

—No hay tiempo —dijo Beau—. Florian, ¿cómo va ese caldo? —preguntó por encima del hombro.

—¡Casi listo! —gritó Florian, mientras Phillipe servía el líquido dorado de pollo en una taza.

Beau colocó a Arabella de pie.

Esta se tambaleó, hasta desplomarse hacia un lado. Tratar de mantenerla erguida era como intentar sostener una marioneta sin cuerdas.

—¡Arabella! —Le dio una suave palmada en la mejilla—. ¡Despierta!

La joven apartó la cabeza con un gemido débil. Trató de rechazar su mano, pero Beau le sujetó la barbilla.

—Ponte de pie. Levanta los brazos —ordenó.

Arabella obedeció como pudo, y el joven le quitó el suéter

empapado de un tirón, lanzándolo al suelo. Desabotonó su blusa y se deshizo de ella. Una larga hilera de botones bajaba por la espalda de su falda, pero él no se detuvo a desabrocharlos: tomó la cintura y la rasgó. La falda cayó al piso.

—Sal de ahí. Eso es… Acércate al fuego —indicó mientras apartaba la prenda mojada con el pie—. ¿Dónde están las mantas? —Rugió.

En ese momento, Claudette entró corriendo en la cocina, con los brazos cargados de sábanas. Josette la seguía con una bata y zapatillas.

Beau le arrebató una manta y la sostuvo en alto. Cubrió a Arabella de las miradas de los sirvientes y apartó la vista.

—Quitadle la ropa interior.

—¡Esto es el colmo de la indecencia! —chilló Gunezarev.

—Cállate, gárgola —replicó Beau.

Gunezarev soltó un graznido indignado.

—Rápido, señoritas. Rápido —apremió Beau—. ¿Ya está?

—Sí —respondió Josette.

—Frotadla con las toallas. Con cuidado en las orejas, los dedos y los pies. Puede haber sufrido congelación.

Las doncellas obedecieron, secando la humedad de la piel de Arabella y devolviendo algo de calor a su cuerpo.

—Ponedle la bata y las zapatillas —ordenó Beau en cuanto terminaron—. ¡Henri! Trae una silla aquí. Cúbrela con una manta.

Arabella permanecía encorvada, abrazándose a sí misma, temblando sin control.

Beau la guio hasta la silla y la hizo sentarse. Tomó los bordes de la manta y los dobló a su alrededor. Colocó otra sobre sus hombros y cabeza, y se arrodilló para envolverle los pies con una tercera.

Florian apareció con una taza de caldo y se la entregó.

—Tienes que beberte esto —dijo Beau, ofreciéndosela—. ¿Puedes sostenerla?

Arabella asintió.

—G-g-gracias —murmuró, derramando un poco de caldo al

tomarla. Sopló con suavidad antes de dar un sorbo. Otro escalofrío la recorrió—. Todavía puedo ver esa cosa —dijo con voz trémula—. Es lo último que recuerdo. ¿Qué pasó después…?

—Salté detrás de ti, pero Henri, el mata-monstruos, ha sido el que ha salvado el día —explicó Beau, con una sonrisa para el chico.

Henri sonrió en respuesta, orgulloso.

—¿De verdad? —preguntó Arabella, volviéndose hacia él—. Gracias, Henri. Yo…

—¿Dónde demonios está? ¡Voy a hacerlo pedazos, lo juro por Dios!

La voz profunda de Valmont retumbó en la cocina. Su cuerpo entró poco después. Se acercó al hogar y su mirada recorrió la habitación: las ropas mojadas de Arabella esparcidas por el suelo, y ella acurrucada junto al fuego. Se remangó, cerrando el puño.

—Se acabó para ti, ladrón —gruñó.

Arabella lo detuvo.

—No, Valmont —dijo—. Ha sido por mi culpa. Beau me ha salvado la vida.

Valmont la miró con escepticismo, pero bajó el puño.

Beau se incorporó para explicarle lo ocurrido, pero casi cayó al suelo.

Florian lo sostuvo a tiempo.

—Beau, ¿qué te pasa? —preguntó Arabella, alarmada.

—No lo sé —dijo él, mirando sus manos. Los dedos estaban azules, y las manos temblorosas.

Desde que Arabella había caído al foso, no había pensado en nada más que en salvarla. Ahora los dientes le castañeteaban, las piernas le flaqueaban y todo su cuerpo temblaba.

—Dadle una manta, rápido —ordenó Arabella.

Florian le envolvió los hombros, y Arabella lo hizo sentar en su propia silla.

—Henri, aviva el fuego —dijo—. Ayudadlo a quitarse la ropa mojada.

Mientras Henri se deshacía de las botas, Percival entró

apresurado.

—Haré que retrasen la cena, *lady* Arabella, y que le preparen un baño caliente —anunció.

Arabella se levantó, sosteniendo las mantas alrededor de sí, y se volvió hacia Beau.

—Si puedes perdonarme por casi matarnos a los dos, me gustaría que cenaras conmigo.

Beau arqueó las cejas.

—¿En el baño?

Florian y Henri se echaron a reír, y las doncellas reprimieron las carcajadas.

Arabella carraspeó.

—No, no en el baño. En mi mesa. Para cenar.

Fue como si hubiese lanzado fuegos artificiales en la cocina. Todos los presentes —sirvientes y damas— contuvieron el aliento mientras sus palabras flotaban en el aire, brillando.

Y Beau, que se había lanzado al agua helada y había enfrentado monstruos infernales sin pensar un segundo en su seguridad, de repente sintió miedo. Había sido tan estúpido lo que había hecho. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué había arriesgado su vida —*su vida*—, por una chica que ni siquiera tenía la cortesía de darle una respuesta sincera sobre sí misma, de su castillo o de las criaturas que lo habitaban? No lo sabía. Pero ahora se sentía atrapado. Todos lo miraban.

«¿Creen que debo sentirme deslumbrado por la oferta de Arabella? ¿Agradecido?, —pensó—. ¿Cómo un campesino invitado a la mesa de su señora?».

Pues no lo estaba.

Sí, le había salvado la vida, pero solo porque la necesitaba. Ella construiría el puente para él. Para llegar hasta su hermano. Esa era la razón. La única razón.

Asonperides lo observaba como si sospechara que había algo más que gratitud en él; como si sus ojos oscuros pudieran ver el nuevo y extraño sentimiento que había echado raíces en su corazón.

—No, gracias —dijo Beau—. No tengo hambre.

Su negativa le hizo daño a Arabella; él lo notó. Sus ojos se entrecerraron un instante por el dolor, pero luego los abrió, controlada.

—Por supuesto —respondió con calma, esforzándose por mantener la compostura—. Estoy segura de que estás exhausto por tus actos heroicos. Nos veremos por la mañana. —Se levantó y salió de la cocina.

Sus doncellas y damas la siguieron.

El brillo en el aire se apagó.

Los sirvientes que quedaron exhalaron un suspiro colectivo, liberando la esperanza como humo agrio.

Beau sintió irritación ante sus expectativas. Lo que se reflejó en su voz al hablar:

—¿Alguna posibilidad de un baño para mí, Monty? ¿Y ropa seca, quizá?

Valmont negó.

—Claro que sí: te daré un baño…, lanzándote de nuevo al foso.

Percival intervino:

—Te prepararemos uno en los aposentos de los sirvientes. Quédate junto al fuego, o te vas a morir de frío.

Beau asintió, subiendo la manta hasta el cuello. Sentía más frío que antes.

La temperatura en la habitación había descendido. Hasta estar por debajo de cero.

CUARENTA Y OCHO

—¡Beau! ¿Beau? ¡Oye, Beau! Percival dice que tu baño está listo.

El joven despertó sobresaltado, sin saber dónde se encontraba.

Vio el rostro de Florian inclinado sobre él y comprendió que se había quedado dormido frente a la chimenea. Se frotó los ojos y se puso de pie poco a poco, listo para ir a los aposentos de los sirvientes.

—¡Ah, espera! Se me ha olvidado —continuó Florian—. No hay toallas. Claudette ha utilizado un montón para secar a la señora. Percival ha dicho que se las pidamos a Josephine.

Beau puso los ojos en blanco.

Camille levantó la vista de la masa que mezclaba.

—Josephine está en las habitaciones de la señora —dijo—. Ve al armario de la ropa blanca, Florian. Hay más toallas apiladas allí.

Este salió corriendo, y Beau se acercó a la mesa de trabajo de la panadera.

—¿Podría tomar una taza de café caliente? —pidió. Necesitaba algo que lo mantuviera despierto o se quedaría dormido en la bañera.

Camille se dispuso a llenarle una taza de la olla que había sobre la estufa y que siempre parecía estar caliente.

—Aquí tienes —dijo Florian al regresar, sosteniendo dos toallas. Se las entregó a Beau. Miró alrededor, y se inclinó hacia él para que

Camille no lo oyera—. Creo que te has precipitado un poco al rechazar esa invitación para cenar.

Beau gimió.

—Tú también, no…

—El chef está en la despensa, cortando unos filetes gruesos.

—Gracias, Florian, pero eso sería un gran error…

—¿Eh?

—Olvídalo.

Con las toallas bajo un brazo, tomó la taza que Camille había dejado sobre la mesa. Quiso darle las gracias, pero ella ya estaba al otro lado de la cocina, hablando con Phillipe. Bebió un sorbo largo, y cerró los ojos mientras el calor se extendía por su pecho.

—¡Ey, son *macarons*! ¡Esta sí que es mi noche de suerte!

Los ojos de Beau se abrieron de golpe. Fe estaba allí, con los dedos sobre una bandeja de dulces de Camille. Esperanza la acompañaba. La primera tomó uno y le dio un mordisco.

—Sin lugar a dudas, eres un idiota —dijo, masticando.

—También me alegro de verte, Fe —respondió Beau, dejando su taza sobre la mesa.

—¿No hueles eso? Phillipe está cocinando como loco —prosiguió ella, terminando su dulce, mientras caminaba en dirección a la estufa y metía un dedo en una olla—. ¡Umm! —exclamó, lamiéndoselo—. Esta salsa… está de muerte.

—Deberías cenar con Arabella —indicó Esperanza. Beau se negó, obstinado.

—No.

—¿Por qué? —insistió Fe—. ¿Estás enfadado porque no te ha contado todo lo que quieres saber? ¿Porque no te ha entregado la llave de su alma? No puedes robar todas las llaves, chico. Algunas tienes que ganártelas.

—Mides metro veinte —replicó Beau—. Deja de llamarme chico.

—¿Vas a cenar con ella o no? Tienes que comer, ¿no? ¡Y es noche de filete!

Beau vaciló, inseguro. Esas dos niñas insoportables tenían la

costumbre de hacerlo dudar, de sacudirlo, haciendo que sus certezas se tambalearan, y lo empujaran hacia el terreno de las posibilidades.

—Nunca he cenado con la nobleza. ¿Qué se supone que hago? ¿Comportarme como un cortesano? No tengo ni idea —admitió. Luego, odiando haber mostrado siquiera un atisbo de vulnerabilidad, sonrió con arrogancia—. Supongo que siempre puedo ser el encantador y devastador rompecorazones que soy.

—¿Y si intentas ser su amigo, Beau? —aconsejó Fe, pero antes de que pudiera responder, escucharon pasos—. ¡Adiós! —susurró la niña, tomando otro *macaron* antes de salir corriendo de la cocina.

Esperanza se quedó un instante más.

—La culpa nunca ha construido un puente. Ni ha salvado una vida.

Un escalofrío recorrió a Beau. Era como si Esperanza hubiera mirado dentro de él, hasta dar con el verdadero motivo por el que no quería aceptar la invitación de Arabella: porque sentía que no debía estar sentado en un gran comedor, comiendo comida exquisita, mientras su hermano apenas tenía un plato de sopa caliente.

—¿Cómo sabes eso…? —empezó a preguntar.

Los pasos se acercaban.

—La bondad es un don raro en este mundo, Beau. Acéptala cuando te la ofrezcan.

—No necesito su bondad. No me servirá de nada.

—¿Quién ha dicho que hablo de ti? —respondió ella, y desapareció.

Percival entró en la cocina, seguido de Rémy. Llevaban varias bandejas en las manos. Mientras las colocaban sobre la mesa, Percival dijo:

—¿Por qué sigues aquí? Tu baño se enfría.

Beau asintió. Empezó a dirigirse hacia la escalera de los sirvientes, pero se detuvo y se dio la vuelta.

—Oye, Perce… —empezó.

—No me llames… —lo cortó Percival.

—Dile al chef que vamos a ser dos para la cena.

CUARENTA Y NUEVE

La noticia ha corrido entre los sirvientes.

Su señora y el ladrón van a cenar juntos.

Camille remueve la masa para una tarta. Usa el mejor chocolate, granos de café molidos, castañas confitadas y una pizca de pimentón. Todos saben que esa especia despierta la pasión.

Lucile, la esposa del jardinero, se envuelve en su chal de lana roja y se aventura hasta el invernadero para cortar flores para la mesa. Elige camelias para el anhelo y rosas para el amor.

Claudette, Josette, Florian y Henri preparan el gran salón como si Dios mismo fuera a cenar allí. Pulen la mesa, dan cuerda a la caja de música y colocan la mejor porcelana.

Y Phillipe, el chef, empieza a cocinar. No sabe si seguirá vivo dentro de una semana, pero sabe que la comida es amor.

Durante cien años, ha preparado sopa de pollo para su viejo amigo Valmont, que tose mucho tras pasar demasiados años respirando pólvora en los campos de batalla.

Durante cien años, ha asado huesos para Josephine, cuyo dolor de espalda proviene de levantar sábanas mojadas. La rica médula le hace bien.

Durante cien años, ha preparado pato con cerezas ácidas para Percival, el amor de su vida, que poco a poco se está perdiendo ante sus propios ojos. Sus articulaciones se endurecen, su paso se vuelve

lento. Intenta ocultarlo tras pliegues impecables y palabras aún más afiladas, pero Phillipe lo ve.

Lucha por ellos —por todos ellos—, en su enorme estufa de hierro, como un general librando una guerra.

Lucha contra enemigos poderosos: la tristeza, el dolor, la desesperanza y la desesperación. Lucha con armas igualmente poderosas: cebolla, ajo, mantequilla y sal.

Pero, desde hace un tiempo, sabe que está perdiendo la batalla.

Lo ve en los hombros encorvados de Gustave. En las lágrimas de Claudette. En los ojos destrozados de Camille. Lo ve en los rincones polvorientos del castillo, en las habitaciones que ya nadie pisa y en los jarrones vacíos.

Arabella se ha rendido. Hace mucho tiempo. Él mismo está a punto de hacerlo. No sabe cómo seguir luchando. Requiere de más fuerza de la que cree tener.

Entonces, toma una trufa blanca que había estado guardando, la acerca a su nariz e inhala su aroma terroso. Le trae el recuerdo de la primera cena que preparó para Percival, hace tanto tiempo: *tagliatelle* con crema, vino blanco y finísimas láminas de trufa.

Era un joven chef, en la mansión parisina de un duque, y aquella trufa le había costado una semana de salario.

Bertrand, el panadero, le había dicho que estaba loco.

—¿Qué sabe un hongo del amor? —se burló.

—Más que tú —le respondió Phillipe.

Aquella noche sorprendió a Percival, que entonces era un ayuda de cámara. Solo estaban ellos dos en la enorme cocina, con una fuente de pasta, media botella de champán sobrante de la cena del duque y luz de velas.

Percival nunca había probado una trufa, y Phillipe todavía recuerda su expresión al hacerlo. Masticó el primer bocado, lo tragó y luego se inclinó sobre la mesa para besarlo directamente en los labios.

«Me enamoré esa noche», suele decir Percival.

«¿De mí?, —le replica Phillipe con una sonrisa—. ¿O de la

trufa?».

Phillipe mira la pequeña joya que sostiene en su mano. Funcionó una vez…, ¿podría funcionar otra?

Aunque le duela tener esperanza, enciende una vez más la gran estufa. Calienta una olla con caldo de pollo, saca una bolsa de arroz y un trozo de parmesano. No hay tiempo para hacer pasta fresca, pero el *risotto* también sirve.

Valmont entra en la cocina con una bandeja de plata.

Percival lo sigue con un decantador de vino.

Ambos se quedan mirando la trufa.

—No funcionará —dice Percival con un suspiro.

Phillipe le lanza una mirada.

—No pienso rendirme. No puedo rendirme.

—Pero ellos no se aman. Ni siquiera se gustan. Es inútil.

—¿Qué es exactamente lo que es inútil? —pregunta Phillipe, alzando la voz.

—Todo. Absolutamente todo. Lo hemos intentado, Phillipe, ¿no es así? Una y otra y otra vez…

Phillipe golpea la olla contra la estufa y señala a Valmont.

—¡Nuestro viejo amigo no es inútil! —grita—. ¡Gustave, Lucile, Josephine tampoco lo son! ¡Las doncellas no lo son! ¡Ni siquiera Florian es inútil! ¡Importamos, Percival! Cada uno de nosotros. Esta también es nuestra historia.

El mentón de Percival tiembla. Los ojos se le llenan de lágrimas. La visión derrite la ira de Phillipe. Cruza la habitación y apoya su frente contra la de él.

—No eres inútil. Eres mi vida —dice con fiereza—. Y pelearé por ti hasta que el reloj se detenga. Hasta que las paredes se desmoronen en polvo. Hasta que exhale mi último aliento.

Percival asiente. Se seca las lágrimas y toca la mejilla de Phillipe, antes de darse la vuelta para salir de la cocina.

Phillipe lo observa marcharse, para tomar el rallador a continuación.

Este será el mejor *risotto* de trufa jamás hecho. Tan delicioso, tan

seductor, que el ladrón no sabrá qué lo ha golpeado.

Solo cuando termina de rallar el parmesano se da cuenta de que Valmont sigue allí. Está apoyado en la mesa, con una expresión de dolor en el rostro.

El ceño de Phillipe se frunce, preocupado.

—¿Qué te duele ahora, viejo amigo? —pregunta—. ¿El hombro? ¿La rodilla?

Valmont niega con la cabeza.

Se toca el pecho.

En el lado izquierdo.

Donde está el corazón.

CINCUENTA

Beau observó su reflejo en el espejo, girando de un lado a otro.

Jamás había visto una prenda tan bonita, y mucho menos había llevado una. Ponerse aquella levita era como envolverse en un trozo de medianoche. La seda índigo brillaba bajo la luz de las velas; los botones de plata, engastados con zafiros, centelleaban. Beau pellizcó uno entre el pulgar y el índice, examinándolo.

—¿Cuánto crees que vale uno de estos, Perce?

—No lo sé. Soy mayordomo, y no un traficante de objetos robados —replicó Percival con un resoplido, pasando las manos por los hombros de Beau para alisar la tela. Lo miró por encima de las gafas, y sus ojos se encontraron en el espejo—. Sin embargo, sé que hay seis botones al frente de la chaqueta y tres más en cada puño. Será mejor que sigan todos ahí cuando me la devuelvas.

—¿De dónde ha salido esto? ¿Es tuya?

Percival soltó una risa.

—Dios mío, no. Pertenecía al duque, el padre de Arabella. —Rodeó a Beau y le ajustó el cuello del abrigo. Una sonrisa nostálgica curvó sus labios—. En sus años mozos, era un hombre realmente apuesto.

Beau llevaba altas botas de cuero negro, calzones color marfil y una suave camisa de lino blanco bajo el abrigo, con volantes en el cuello y los puños.

Percival tiró de uno de los puños, haciendo que el volante cayera justo en su lugar.

—La buena ropa es importante. Te hace querer mantenerte más erguido, alzar la cabeza. Te hace querer ser…

—Mejor —terminó Beau en voz baja. La palabra había salido sin pensar.

Percival dejó de arreglar el puño y lo miró, entrecerrando los ojos, como si viera algo que antes no había notado.

—Sí —afirmó—. Mejor. —Le dio una última vuelta, inspeccionándolo, y luego anunció—: Es hora de marcharnos.

Beau asintió y lo siguió, diciéndose que solo hacía esto por cortesía, para mantenerse en buenos términos con Arabella. Hasta terminar el puente, necesitaba su ayuda.

Pero la verdad era otra.

Ahora quería otra llave: la llave del misterio que era Arabella.

Quería girarla y ver qué abría. Nunca antes había deseado algo así; nunca se lo había permitido. Había aprendido hacía mucho que era mejor no querer nada, porque así dolía menos cuando no lo conseguías.

Las grandes puertas dobles del salón estaban cerradas.

Percival tomó los tiradores, las abrió de par en par, y Beau quedó maravillado, al igual que la primera vez que había puesto un pie en el castillo. Las llamas crepitaban en la chimenea, llenando la sala de calor. Rosas blancas y camelias, entrelazadas con hiedra, caían de los jarrones. Delicados candelabros de plata sostenían velas encendidas. La caja de música tocaba una melodía suave y acogedora. Todo lucía aún más hermoso que aquella primera noche.

Excepto la cabecera de la mesa, que era un espectacular desastre.

Arabella estaba sentada allí, rodeada de pergaminos, libros, plumas y un tintero.

Había despejado un espacio para trabajar empujando el mantel, los candelabros, los floreros, los platos, las copas y los cubiertos, hasta formar una pila desordenada.

Tenía la cabeza inclinada. Dibujaba otra vez, con una intensidad casi maníaca.

Eso lo desconcertó.

Beau notó que llevaba un vestido de seda verde esmeralda. El cuello se alzaba en la parte posterior; el corpiño, bordado con hilos dorados y perlas, caía en línea recta de un hombro al otro, ajustándose en la cintura. Su brillante cabello estaba recogido y sujeto con una peineta de perlas. Un chal azul oscuro descansaba en el hueco de sus brazos.

«Qué hermosa eres», pensó.

Entonces, sintió cómo el miedo le convertía los huesos en arena, y deseó con todo su corazón no haber venido. Quiso darse la vuelta y marcharse, pero ya era demasiado tarde.

Percival carraspeó.

—Perdón, Su Gracia… —empezó.

—Déjalo en cualquier parte, Percival —respondió Arabella sin levantar la vista.

—No puedo, Su Gracia. No es una bandeja. Es el señor Beauregard.

Arabella alzó la cabeza.

—¿Beau? —dijo.

Antes de poder evitarlo, su boca, sus ojos y todo su rostro se iluminaron en una sonrisa.

—¿Sigue en pie esa invitación para cenar? —preguntó él.

—Sí, por supuesto —respondió Arabella.

Beau se quedó inmóvil, hasta que Percival volvió a carraspear. Entonces, recordando dónde estaba, tomó una rosa de un jarrón, hizo una reverencia y se la ofreció.

—Oh, no tenías por qué molestarte —señaló ella con una sonrisa picara, aceptándola.

—Bueno —dijo, algo cohibido—. He intentado comprarte un ramo en el pueblo, pero todas las floristerías estaban cerradas.

Arabella soltó una risita, y los hombros de Beau se relajaron un poco. Volvían a su ritmo habitual de burlas y medias pullas.

—Siéntate… aquí —le indicó el asiento a su derecha, frunciendo el ceño ante el desastre que había montado.

Percival también frunció el ceño; parecía al borde del drama.

—La ayudaré, *milady* —dijo.

—No hace falta —respondió ella, empujando el mantel, los floreros, los saleros y las salseras más allá, en una maraña de lino arrugado y plata tintineante—. Listo. Ahora hay espacio de sobra.

Percival suspiró, extrajo dos juegos de cubiertos y los colocó frente a Arabella y Beau.

—¿Estabas trabajando en el puente? —preguntó Beau.

—Sí, y creo que ya he descubierto cómo hundir el segundo grupo de pilotes —respondió, señalando su dibujo.

—¿De verdad? ¡Eso es genial, Arabella! —indicó Beau con entusiasmo, aunque este se desvaneció cuando se sentó y vio todo el despliegue de cubiertos frente a él.

Había estado en muchos grandes salones antes, pero siempre como sirviente. Nunca como invitado.

—Perce —susurró por lo bajo—, los cubiertos.

—Tampoco debes robarlos —le advirtió Percival, severo.

—¡No iba a hacerlo! ¡Es solo que he olvidado cuál es para qué!

La expresión de Percival se suavizó, y le dio una palmada en la espalda.

—Empieza por fuera y ve hacia dentro.

El consejo hizo poco por calmarlo, pero, por suerte, Percival tenía un remedio más eficaz: una botella de champán enfriándose en una cubitera de plata.

Sacó dos copas de cristal y buscó un sitio donde colocarlas.

—Oh, Percival, no te compliques —reprendió Arabella—. Déjalas donde sea.

Percival apartó los dibujos de Arabella y una pila de libros. Luego, puso las copas y sirvió el champán. Cuando terminó, limpió el cuello de la botella, la devolvió a su baño de hielo y salió en dirección a la cocina.

Arabella levantó su copa.

—Por no ser devorados por los monstruos del foso.

Beau chocó su copa con la de ella.

—Salud —dijo, y se bebió la mitad de un trago. Para su profunda irritación, se sentía extrañamente tímido frente a ella. Nunca se sentía así con una mujer. Nunca.

Terminó de un trago el resto del champán.

—¿Ya estás seca y calentita? —preguntó.

«¿Ya estás seca y calentita?», repitió una voz dentro de su cabeza. «Acabas de sonar como una abuela».

—Lo estoy, gracias —respondió Arabella—. ¿Y tú?

—Un baño caliente me devolvió el alma al cuerpo —indicó, señalando su atuendo—. Percival me ha conseguido esto.

—Recuerdo esa chaqueta —dijo Arabella con una sonrisa melancólica—. Era la favorita de mi padre.

Beau no supo qué responder.

—¿Ya no está aquí? —preguntó con cautela.

Arabella no contestó, pero sus ojos se llenaron de tristeza, y Beau dedujo que había muerto.

—Pero sigue aquí… En tu corazón, me refiero, ¿verdad? —Añadió enseguida, haciendo una mueca ante su propia torpeza—. Lo siento, no debí tocar un tema tan delicado. Parece que tengo talento para eso.

En ese momento, Percival regresó con un paño de lino blanco, doblado sobre un brazo, y Beau se alegró de verlo —y de poder cambiar de tema—. Tras él, iban Florian y Henri, con platos cubiertos por domos de plata. Florian dejó el suyo frente a Arabella, y Henri frente a Beau. Con una señal de Percival, levantaron las tapas.

—Vichyssoise con guarnición de *crème fraîche* y caviar —anunció Percival. Luego, se inclinó hacia Beau y le susurró al oído—: Eso, para ti, es sopa fría de patata.

Sirvió un vino blanco seco, perfectamente enfriado, y se retiraron a la cocina.

El incómodo silencio que Beau había provocado al mencionar al padre de Arabella se disipó, pero, mientras miraba su plato, una

nueva incomodidad se instaló.

Nada en esa descripción —ni «fría», ni «patata», ni «sopa»—, sonaba apetecible.

Era el tipo de comida que él, Raphael y los demás comían cuando no tenían un centavo.

Aun así, hundió la cuchara en el tazón, se la acercó a los labios… y se llevó una maravillosa sorpresa. La sopa era como terciopelo líquido sobre su lengua. Sabía a un caldo rico, cocido a fuego lento, con patatas terrosas, crema fresca y pimienta negra. El caviar era un punto de exclamación salado.

—Esto está increíble —dijo. Tomando otra cucharada—. Arabella, tienes que probarla.

—Umm, sí —respondió la joven distraída, estirando un brazo hacia los dibujos que Percival había movido, sin tomar siquiera la cuchara.

—No, en serio. Está buenísima —insistió Beau, entusiasmado por el placer que le daba la comida de Phillipe—. Tienes que probarla. Mira…

Metió de nuevo la cuchara en su plato, la llenó y se la acercó a Arabella. Pero, en su emoción, inclinó demasiado la cuchara y derramó el contenido sobre el hermoso corpiño verde de ella. Parecía que una gaviota hubiera volado justo encima.

Beau contuvo el aliento, horrorizado consigo mismo. ¿Cómo podía ser tan torpe? ¿Qué demonios le pasaba esa noche?

—Oh, Dios. Lo siento muchísimo —balbuceó—. Espera, lo arreglo.

Mojó una esquina de su servilleta en una jarra de agua y empezó a frotar con brío la mancha, decidido a eliminarla antes de que quedara marca. Tan concentrado estaba en su tarea que no notó cómo Arabella se tensaba, ni la expresión de mortificación que apareció en su rostro.

—¿Beau? —dijo ella, con la voz un poco más alta de lo normal.

—No te preocupes, de verdad, Arabella. Ya casi sale; la mancha está casi…

Arabella carraspeó.

—Beau, eso es mi escote —indicó con calma helada—. ¿Podrías no hacerlo?

Beau se quedó petrificado.

—Oh, Dios mío.

Sus ojos se abrieron, horrorizados, al darse cuenta de lo que acababa de hacer.

Arabella apartó su mano con lentitud y tomó su propia cuchara.

Beau arrugó la servilleta mojada entre los dedos. Luego, la alisó. Luego, la dobló otra vez.

—Yo… no tengo ni idea de qué decir —murmuró.

No se reconocía. Siempre había sido un encanto con las mujeres; siempre elocuente, seguro… Pero esta noche estaba torpe, desgarbado, como un adolescente de catorce años con voz chillona y las rodillas temblando.

Percival volvió a salvarlo.

Entró con el decantador de vino blanco, rellenó sus copas y le indicó a Florian y a Henri que retiraran los platos.

—¿Qué sigue ahora, Percival? ¿Lo sabes? —preguntó Arabella mientras Beau daba un trago grande de vino.

—Me temo que no, Su Gracia. Phillipe solo me avisa cuando el plato está listo para servir.

—Qué pena —dijo Arabella—. A nuestro invitado le gusta estar al tanto de todo.

Beau soltó un bufido, pero logró no escupir el vino por toda la mesa.

Percival miró de un lado a otro —a Beau, que se sonaba la nariz en la servilleta, y a Arabella, que fingía una mirada de absoluta inocencia—, y luego se retiró hacia la cocina con expresión confundida.

—Eres malvada —indicó Beau, cuando pudo hablar de nuevo.

—Eso me han dicho —respondió Arabella.

Percival había dejado el decantador de vino sobre la mesa, en su prisa por traerle una servilleta nueva. Arabella lo tomó y llenó la

copa de Beau. Cualquier resto de incomodidad entre ellos se había desvanecido.

—Hoy no hemos avanzado tanto como esperaba —comentó ella con un toque de pesar.

—Supongo que no, pero los pilotes que hemos logrado clavar en el foso van a quedarse ahí —respondió Beau—. El desafío es cómo meter el siguiente par.

Arabella, ya resignada a no encontrar sus dibujos, reunió la cubertería —la suya y la de Beau—. Colocó un cuchillo para untar de manera horizontal sobre la mesa.

—Como te decía, creo que ya tengo la solución. Digamos que esto es el umbral de la torre que hay en la puerta… —Puso dos tenedores cruzados unos centímetros más arriba—. Y estos son el primer par de pilotes…

Beau se inclinó hacia delante, con los codos sobre la mesa y la barbilla apoyada en la mano, observándola mientras explicaba la logística de colocar el segundo par de pilotes. Le gustaba verla así, tan desarmada, tan apasionada por construir cosas. Cómo fruncía la nariz, cómo entornaba los ojos, cómo se reclinaba en la silla tamborileando los dedos y luego se lanzaba hacia delante, entusiasmada por un nuevo hallazgo.

—Así que el mayor problema que tendremos mañana será la estabilidad… La nuestra —indicó—. Tendremos que improvisar una especie de plataforma en la hendidura del primer par de pilotes, para apoyarnos mientras colocamos el segundo. —Frunció el ceño, ante el diagrama que había hecho, y esbozó un par de ideas más—. ¿Qué opinas? —preguntó al terminar, pero Beau no la había escuchado. Estaba demasiado absorto en el fuego de sus ojos y en la pasión de sus gestos—. ¿Beau…? ¿Beau? —Arabella golpeó con la palma la mesa, frente a él.

—¿Umm?

—¿Has escuchado una sola palabra de lo que he dicho?

Percival volvió a salvarlo.

—Chateaubriand con *risotto* de trufa y espárragos al vapor —

anunció, reapareciendo con Florian y Henri.

Cuando colocaron los platos sobre la mesa, sirvió un vino tinto añejo, tan oscuro que parecía negro bajo la luz de las velas. A continuación, los tres regresaron a la cocina.

Beau tuvo que contenerse para no lanzarse de inmediato sobre su comida. El filete, perfectamente sellado por fuera; la salsa bearnesa amarilla cubriéndolo con su aroma a mantequilla y estragón; el perfume embriagador del arroz trufado… Se le retorció el estómago del hambre. Pero sabía que no debía empezar antes que su anfitriona, así que esperó a que Arabella tomara el primer bocado. Entonces, cortó un trozo de carne y se lo llevó a los labios.

—Oh… Wow. Quiero decir… Maldita sea —exclamó.

La comida de Phillipe estaba hechizando tanto a Beau como a Arabella.

Cuando terminaron sus platos principales, Percival trajo el postre: una imponente tarta de chocolate, con capas de crema de mantequilla al café, *ganache* de chocolate y merengue de castaña. Después, vinieron los quesos —unos desmenuzables, otros cremosos, otros mohosos y olorosos—. Cerezas confitadas en azúcar, higos macerados en *brandi*, pequeños merengues y coñac.

Tras casi dos horas sentados a la mesa, Beau se recostó en su silla y gimió:

—Si doy un bocado más, los botones de esta chaqueta van a saltar por los aires.

«Y si bebo otro trago más, mi cabeza va a despegarse del cuello», pensó.

Arabella rio.

—Esa chaqueta te queda bien. De hecho, podrías pasar por un joven noble con ella. —Tomó un sorbo de vino, se recostó en su asiento y añadió—: ¿Por qué no lo haces?

—¿Por qué no hago qué? —preguntó Beau, confundido.

—Fingir ser un conde, o un vizconde. Que te inviten a bailes y fines de semana de caza en los grandes castillos. Tal vez, incluso a Versalles. ¿Por qué no? Así podrías robar con mucha más eficiencia.

Beau sonrió, sorprendido al descubrir que Arabella tenía un lado travieso, y fascinado por ello.

Se inclinó hacia delante, con los codos sobre la mesa.

—Nunca te había imaginado como una mente criminal, Bells.

Arabella también se inclinó hacia él.

—Piénsalo. ¿Dónde crees que están los diamantes más grandes? ¿En el cuello de la esposa de un terrateniente? ¿O colgando del escote de una gran duquesa?

—Tienes razón.

—Tendría que entrenarte primero.

—¿Entrenarme? —repitió Beau con una risa incrédula—. ¿En qué?

Arabella, con una sonrisa picara, respondió:

—En etiqueta cortesana. Títulos. Jerarquías. Por ejemplo: en un desfile real, ¿quién precede inmediatamente al rey, un duque o un vizconde? En una cacería, ¿cuándo puede un conde entregar su escopeta a un príncipe?

—Umm…

—Podrías hacerte pasar por un noble de un país lejano; así se te perdonaría cierta torpeza. Pero, al menos, tendrías que saber cómo disparar faisanes, pasar pastelitos, hablar de nada… y bailar.

—Sé bailar, Arabella.

—Ah…, ¿sí? ¿El minué? ¿Una contradanza?

—Bueno…, quizá no esas —admitió Beau.

—Te enseñaré —dijo Arabella. Se quitó el chal de los hombros y fue hacia la caja de música—. Este aparato toca distintos tipos de melodías.

Abrió un costado, cambió un cilindro de bronce por otro, y se dirigió hacia el espacio abierto del salón.

Beau la siguió, sintiéndose de pronto algo fuera de lugar, cohibido con sus ropas prestadas. Había comido demasiado. Bebido más de la cuenta. Se sentía exactamente como lo que era: un chico de la calle que no sabía comportarse. Ropa cara, vinos finos, bailes cortesanos… Todo eso pertenecía al mundo de Arabella; un mundo

que él solo podía visitar.

Arabella hizo una reverencia, y él le devolvió una inclinación.

Ella se acercó a su lado y levantó un brazo.

Beau la miró sin saber qué hacer, cada vez más torpe. Entonces, ella tomó su brazo, lo alzó también, y colocó su mano sobre la de él, sonriendo. Su sonrisa era sincera. Su piel, sedosa. Su toque, cálido y suave. Lo calmó al instante.

—Paso y desliza, paso y desliza… Eso es —le indicó—. Cabeza erguida, mentón alto. Brazos extendidos… ¡No! No, como una cigüeña. Así. —Beau suspiró. La música era lenta; los pasos, complicados—. Manos gráciles. Muy bien, ahora gira —lo animó Arabella—. No, no… Hacia mí… Y ahora al otro lado. Eso es. Ahora apoyo mi mano sobre la tuya y caminamos. Los pasos son ligeros… ¡Ligeros, Beau! Y gira otra vez… Muy bien. Ahora repite.

Beau dejó caer los hombros.

—¿Repetir? ¿Quieres decir que tenemos que hacer esto otra vez? Voy a morir.

—¿Puedes dejar el drama?

—Pero es cierto. Me estoy muriendo.

Arabella lo soltó y se apartó un paso, con las manos en la cintura.

—¿De qué?

—De aburrimiento.

—Es una pavana, Beau. Una danza cortesana, refinada y elegante.

—Es una marcha fúnebre —dijo él con fastidio.

—¿Y qué harás si te invitan a un baile de la condesa viuda Von Bismarck y te pide que seas su pareja?

Beau se encogió de hombros.

—No iré.

Arabella alzó una ceja.

—Sería una pena. La condesa posee los pendientes de rubí más grandes que he visto.

Beau decidió devolverle la jugada.

—¿Y qué harías tú si te encontraras en la taberna del Cordero Desollado, bailando con Raphael, Señor de los Ladrones? —La retó —. Ha robado la llave del cofre del posadero. Podrías quitársela. Eres la mejor carterista de París…, pero primero tienes que acercarte a él. Y al Señor de los Ladrones le encanta bailar, pero no una pavana.

—Supongo que perdería mi oportunidad —respondió Arabella con una sonrisa resignada—. Solo conozco los bailes de la corte.

—Entonces, tienes suerte de que esté yo aquí —dijo Beau, animándose.

Se quitó la chaqueta prestada y la dejó sobre una silla. Luego, aflojó la corbata de seda que le rodeaba el cuello.

—Te enseñaré un baile de verdad —indicó—. Una gavota. Un rigodón. Una auténtica fiesta de campesinos. Solo necesitamos la música adecuada.

Caminó hacia la caja de música y revolvió los cilindros. Los títulos estaban grabados en ellos, pero no encontró lo que buscaba. Frunció el ceño, frustrado, hasta que chasqueó los dedos.

—¡Vamos! —dijo, tomándola de la mano, para atraerla hacia él.

—¿Adónde vamos?

—A bailar.

Casi todos los sirvientes estaban en la cocina cuando Beau y Arabella irrumpieron por la puerta. No tuvieron tiempo de hacer reverencias ni inclinaciones antes de que Beau gritara.

—¡*Lady* Arabella quiere bailar! ¡Ey, Perce! ¿Sabes tocar algo?

—Bueno…, sí. Sí que puedo —dijo Percival, una vez superada su sorpresa.

El violín.

—¡Ve a por él!

—¿Perce? —articuló Arabella, incrédula, mirando a su mayordomo.

Percival puso los ojos en blanco.

—¿Y tú, Florian? ¿Tocas algo? —preguntó Beau.

—El acordeón —respondió orgulloso el chico.

—No sé por qué no me sorprende —comentó Beau con una

sonrisa torcida. Lo hizo salir corriendo a buscar el acordeón, y se volvió hacia los demás—. ¿Y una guitarra? ¿Alguien toca la guitarra?

Valmont carraspeó.

—En su día rasgueaba algunos acordes.

—Yo tengo una pandereta —añadió Henri.

Ellos también se apresuraron a buscar sus instrumentos, mientras el resto de los sirvientes terminaban lo que hacía: lavar platos, apagar el fuego y limpiar el horno.

Cuando todos estuvieron reunidos y afinados, se quitaron los delantales, y sobre la mesa se pusieron pasteles y copas de *brandi*, a petición de Arabella.

Percival y Valmont habían tocado juntos en alguna ocasión, pero nunca los cuatro a la vez, y sus primeros intentos fueron espantosos.

Beau se tapó los oídos con las manos, giró sobre los talones y se acercó a los músicos.

—¡Parad, parad, parad! —ordenó—. Nada de música elegante. Música de verdad. ¿Nadie conoce *El pescador y su largo, largo palo*? ¿No? ¿Y *La dulce pistolita del bandolero*? Percival miró a Valmont, y este miró a Percival. Ambos negaron con la cabeza.

Beau suspiró, impaciente.

—Dame eso, Monty —dijo, arrebatándole la guitarra. La acomodó contra su cuerpo, probó unos acordes y empezó a rasguear—. Esta se llama *La cuerda floja del verdugo…*

—Jamás la he oído —comentó Percival.

—Porque me la acabo de inventar —replicó Beau—. Ahora, atención… Va así.

Empezó a cantar una canción tabernera, divertida y algo picara, acompañándose con la guitarra de Valmont.

Su voz hermosa y sus dedos ágiles obraron magia.

Al principio, los sirvientes se miraron entre sí, sorprendidos por su talento. Pero, en cuestión de segundos, reían, aplaudían y coreaban el estribillo.

Henri hizo una falsa reverencia ante Florian, que le respondió con una inclinación, y los dos comenzaron a bailar. Henri, con pasitos

cortos, mientras Florian giraba alrededor.

Cuando Beau terminó la canción, entre vítores y aplausos, hasta Arabella aplaudía.

Valmont, Percival, Florian y Henri arrimaron sillas y se sentaron. Luego, empezaron a tocar la canción de Beau. Poco a poco, el ritmo tomó fuerza.

—¡Más ánimo, chicos! ¡Esto es una fiesta, no un funeral! —gritó Beau—. ¡Uno, dos, tres! ¡Uno, dos, tres! —Marcaba el compás con las palmas.

Martin, el granjero, se subió a una silla y comenzó a gritar los pasos.

Gustave y Lucile iniciaron unos pasos. El viejo jardinero tomó las manos de su esposa, la hizo girar y la condujo entre la fila de bailarines.

Josette, con las mejillas encendidas y riendo, se unió a Claudette; sus faldas volaban mientras giraban.

Camille hizo una reverencia ante el pequeño Rémy.

Phillipe se inclinó ante Josephine.

—¡Eso es lo que digo! —gritó Beau. Tomó a Arabella del brazo y se unieron a la danza—. ¡Sígueme!

Arabella cometió algunos errores, pero pronto logró seguir el ritmo.

Al llegar al final de la fila, se separaron y volvieron al inicio.

Entonces, Henri dejó la pandereta y se lanzó a un vigoroso zapateo, entre los vítores de los demás.

Arabella aplaudió, encantada.

—¡A ver si superas eso, Beauregard Armando Fernández de Navarre! —dijo, con los ojos grises brillando.

—¿Bells, me estás retando? Porque sería un error garrafal.

Arabella asintió con una sonrisa.

—Siento…

—Deberías sentirlo.

—… que seas tan gallina.

Beau fingió ofenderse.

Los músicos aceleraron el ritmo, provocándolo.

Beau aceptó el desafío y se lanzó a su propio zapateado, moviendo los pies aún más rápido que Henri.

En el gran final, giró sobre sí mismo, tropezó con el pie, perdió el equilibrio, cayó de espaldas y aterrizó en el regazo de Valmont con un sonoro golpe.

La guitarra de Valmont se partió en pedazos, la silla se desplomó y los dos hombres quedaron uno encima del otro en el suelo, como tortugas patas arriba.

—¡Maldita sea, quítate de encima! —bramó Valmont.

—¡Ay, Monty! ¡Deja de tirarme del pelo!

—¡Suelta mi pie!

Josephine y Lucile rieron tanto que empezaron a jadear. Las doncellas chillaban de risa.

Percival se dobló en dos, y Phillipe rio hasta que las lágrimas le corrieron por las mejillas.

Arabella se tapó la boca con una mano, pero ni siquiera ella pudo contener la carcajada; le estalló en el rostro, libre y luminosa.

Y Beau, aún en el suelo, apoyado sobre manos y rodillas, tras apartarse de Valmont, la observó maravillado. La había escuchado reír antes —sin alegría, con burla, con acidez—, pero esto era distinto. Era risa de verdad: espontánea, desbordante y jubilosa. Llena y brillante, como un arroyo de plata en primavera. Y era hermosa.

Tan hermosa como ella.

Tenía las mejillas encendidas, los ojos brillantes, y unos mechones de cabello sedoso habían escapado de su recogido, enmarcando su rostro.

Y, de repente, Beau la deseó. Con una intensidad que jamás había sentido en su vida.

Quería sostenerla, besarla, decirle lo hermosa que era.

Pero bajó la vista enseguida, antes de que alguien —antes de que ella—, notara lo que sentía. Sabía muy bien que una criatura tan brillante y hermosa no estaba destinada para él.

Y que oírla decirlo, lo mataría.

Se puso de pie y ayudó a Valmont a levantarse.

Arabella le prometió a Valmont que reemplazaría su guitarra, por una del salón de música del castillo. Luego, le pidió a Percival que trajera más *brandi* de las bodegas. Mientras hablaba, un escalofrío visible la recorrió. Estaba acalorada por el baile, pero los hornos ya se habían apagado, el fuego se extinguía y la inmensa cocina se había enfriado.

—Iré por tu chal, mi señora —dijo Josette.

Arabella negó con un gesto.

—Gracias, pero puedo hacerlo yo.

—Voy contigo —se ofreció Beau—. He dejado el abrigo de tu padre allí. Percival me matará si le pasa algo.

—Sin duda lo haré —intervino Percival, escuchándolo.

Cuando llegaron al gran salón, Beau apenas podía ver. La mayoría de las velas se habían derretido, y las que quedaban eran simples muñones temblorosos. Solo quedaba una penumbra dorada.

—Pobre Valmont —comentó Arabella, recogiendo su chal—. No solo le has roto la guitarra, sino que también le he pisado el pie durante la gavota. ¡Os movíais demasiado rápido! No he podido seguir los pasos que van justo antes del salto. —Dejó el chal a un lado, levantó un poco la falda y miró sus pies—. Paso y cierra. Paso y cierra. Cruza, toca… Cruza, levanta, ¿y luego un brinco? —Alzó la vista hacia Beau.

—Casi —dijo él, acercándose—. Es así… —Le mostró los pasos y, tras dos intentos, los hizo a la perfección—. Bien, pero un poco más rápido —indicó Beau, acelerando el ritmo.

—Necesito música —protestó ella.

—Sin problema —señaló Beau, tomándola de las manos.

Comenzó a cantar *La cuerda floja del verdugo*, otra vez, pero inventando letras nuevas mientras la guiaba con los pasos.

—Eh, Arabella, ¿quién es ese apuesto caballero?

»El de rostro tan bonito, que hace suspirar a las damas.

»Tan listo como un profesor, y con tal porte y esplendor…

Arabella, girando bajo su brazo, lo interrumpió antes de que pudiera cantar la siguiente línea:

—Eh, Beauregard, haces este baile un poco difícil,

»Has pisado mis pies tantas veces, que parecen de pato,

»No quiero ser quisquillosa ni ruda,

»pero mis deditos sangran, y si no aprendes a pisar suave, seguro van a estar j…

—¡Arabella! —la reprendió Beau, cortándola.

—¿Qué? —dijo ella con fingida inocencia, mientras caminaban uno al lado del otro.

Beau la miró con severidad.

—Ibas a decir una palabra muy mala y poco imaginativa. Una de seis letras, que empieza con jota.

—Iba a decir *jorobados* —replicó Arabella—. No imagino en qué estabas pensando tú.

A Beau se le escapó una sonrisa. La hizo girar, y siguieron bailando y cantando letras inventadas, haciéndose reír el uno al otro, hasta que se quedaron sin palabras y se detuvieron, jadeando, apenas a unos centímetros de distancia, aún tomados de las manos.

Ya no reían.

«Suéltala, —le advirtió una voz interior—. Ahora. Ella no quiere esto».

Beau la soltó. Antes de avergonzarla. Antes de avergonzarse a sí mismo.

Pero Arabella no se apartó.

En cambio, lo miró, con la pregunta en los ojos.

Sin palabras, le respondió.

Entonces, ella lo besó.

CINCUENTA Y UNO

Cuando Beauregard Armando Fernández de Navarre besaba a una mujer, solo pensaba en robar. Su mente nunca estaba en ella; siempre estaba en otros cien lugares, tratando de averiguar cómo sacar una llave de su bolsillo, deslizar una pulsera de su muñeca o sonsacarle con dulces palabras la ubicación del cofre del amo.

Pero ahora, por primera vez, por única vez en su vida, no pensó en nada.

Solo sintió.

Sintió el calor dulce de los labios de Arabella sobre los suyos, el sabor de ella —*brandi* y chocolate amargo.

Sintió la calidez de su cuerpo presionándose contra el suyo.

Y sintió puertas abrirse en su corazón que sabía que jamás podría volver a cerrar.

Nada —ni las balas, ni los cuchillos, ni las celdas—, lo había asustado tanto como eso.

Rompió el beso, dominado por el miedo, y dio un paso atrás, luchando contra el pánico, contra el impulso de salvarse, de salir de la habitación y de alejarse de ella sin mirar atrás.

Los ojos de Arabella, primero interrogantes, se llenaron de dolor de inmediato, y Beau no pudo soportarlo. Tomó su rostro entre las manos y la besó otra vez. Pero entonces, detrás de ellos, se oyó un sonido: el siniestro traqueteo de los contrapesos del reloj subiendo

por sus cadenas.

El reloj dorado cobró vida. Engranajes, ruedas dentadas y trinquetes se pusieron en marcha. Una compuerta se abrió junto a la gran campana de plata. El relojero mecánico emergió con su martillo y comenzó a marcar la hora: medianoche.

Las campanadas, brillantes e insistentes, sonaban como una alarma. Golpeaban la conciencia de Beau, irrumpiendo, tratando de advertirle de algo. Él las bloqueó; no quería oírlas. Solo deseaba permanecer así, con los labios sobre los de Arabella y las manos hundidas en la seda de su cabello.

Pero antes de darse cuenta de lo que pasaba, Arabella se apartó de golpe, retrocediendo, con los ojos desorbitados por el terror.

—¿Qué pasa? —preguntó Beau, confundido.

Ella no respondió. Solo siguió retrocediendo, con la mirada fija en el relojero y las manos levantadas como para expulsarlo de la habitación.

—¿Arabella? —insistió. Entonces, lo comprendió. Medianoche—. Dios mío…, la bestia —murmuró.

Arabella lo miró, pero sus ojos estaban muy lejos. No estaba seguro de que en realidad lo viera.

Beau sabía que la criatura salvaje saldría a rondar el castillo en cualquier momento, si no lo hacía ya. Estaban en grave peligro. Ambos. Y también los sirvientes.

—Todo está bien —dijo, intentando calmarla mientras la alcanzaba—. Te llevaré a tu habitación. Estarás a salvo allí.

Los ojos de Arabella se enfocaron en él… y se abrieron de par en par ante el miedo. Con voz ahogada, susurró una sola palabra:

—Corre.

CINCUENTA Y DOS

—No me voy a ir. No dejaré que te haga daño. Toma mi mano, Arabella.

Pero la mirada de Arabella estaba ahora perdida. Parecía incapaz siquiera de escuchar a Beau.

Este dio un paso hacia ella, decidido a ponerla a salvo, pero antes de avanzar tres pasos, Arabella gritó y se dobló en dos.

—¡Arabella! ¿Qué pasa?

—¡No la toques! —Tronó una voz detrás de él.

Beau se dio la vuelta: era Valmont. Corría hacia él, alcanzando el aro de hierro que colgaba de su cadera, y con dedos temblorosos soltó una llave maestra. Percival venía justo detrás. Sus rostros eran un retrato del terror contenido.

—Algo le pasa… Está herida —dijo Beau.

—Aléjate de ella —ordenó Percival.

Beau se quedó atónito ante tanta frialdad.

—¡Pero está sufriendo!

—¡Vete, insensato! —Rugió Valmont, y le metió la llave en la mano—. ¡Vete a tu habitación! ¡Ahora! ¡Enciérrate!

—¡No me voy a ningún lado! ¡Necesita ayuda! —gritó Beau—. ¡Mírala!

Arabella se había desplomado de rodillas, gimiendo de dolor, retorcida en la agonía que sufría.

Valmont lo agarró por la espalda del abrigo, lo empujó con fuerza hasta la puerta y lo lanzó al vestíbulo. Beau tropezó, se sostuvo del borde de una mesa, y enseguida se giró, dispuesto a regresar, pero las puertas se cerraron de golpe frente a él.

—¿Ah, sí, Monty? ¿Eso crees? —Gruñó.

Corrió escaleras arriba, cruzó la galería, giró por un pasillo estrecho y bajó como un rayo por la escalera de servicio hasta la cocina. Un momento después, entraba otra vez al gran salón, con la furia brillándole en los ojos.

—¡Beau, no! —gritó Percival, lanzándose hacia él.

Pero este, ágil como una pantera, lo esquivó. Corrió hacia la figura encogida en un rincón oscuro.

—Arabella, háblame —ordenó, tomándole el brazo—. ¿Qué está…?

Un grito desgarrador de dolor y furia llenó el aire, y lo siguiente que Beau supo fue que estaba tendido de espaldas, con la cabeza martilleándole, tras golpear el suelo de piedra. Se incorporó tambaleándose y miró a su alrededor. Arabella lo había lanzado al otro extremo de la habitación.

—¿Por qué…? ¿Cómo…? —balbuceó, aturdido.

—Levántate, Beau. Despacio. Muy, muy despacio —dijo Valmont en voz baja—. Luego, vuelve a la cocina y escóndete. Es tu única oportunidad.

—Arabella… —repitió Beau, ignorándolo—. Háblame. Por favor.

Un gruñido resonó, profundo y gutural. Entonces, Arabella emergió de las sombras, lenta, como una depredadora al acecho.

El horror paralizó a Beau al cruzar su mirada con la de ella. Sus ojos se habían agrandado, las pupilas estaban dilatadas hasta lo imposible. Los colmillos se habían alargado, curvándose con filo brillante contra sus labios, ahora oscurecidos. Su mano se extendió y se aferró al respaldo de una silla… Solo que ya no era una mano. Era una garra cubierta de pelaje, rematada con uñas como cuchillos. Su ropa había desaparecido, hecha jirones tras ella. Un denso manto de pelo oscuro cubría su cuerpo y, aunque se mantenía sobre dos

piernas, su espalda estaba arqueada y sus extremidades torcidas, con un aspecto muy animal.

Mientras el último tañido de medianoche se desvanecía en el aire, Beau alzó la vista hacia los ojos de la mujer que momentos antes había tenido entre sus brazos… y se encontró mirando de frente el rostro de la bestia.

CINCUENTA Y TRES

Arabella era una pesadilla hecha realidad.

Un hilo plateado de saliva le caía del hocico. El terciopelo de su pelaje estaba erizado, y los labios retraídos en un gruñido feroz.

Pero fueron sus ojos los que hicieron que el estómago de Beau se encogiera. No había nada en ellos. Ni compasión, ni piedad. Solo fría y metódica inteligencia. Lo observaba como un lobo estudia a un ciervo, calculando la mejor manera de hacerlo caer.

Cada vez se acercaba más, la cabeza baja, los ojos clavados en él.

«No te molestes en correr, —decían—. No lo lograrás».

Pero Beau no podía creer que ella fuera a atacarlo. No, hasta el último segundo.

Fue como si una cuerda invisible se rompiera. Ella se lanzó sobre él, rugiendo, con los colmillos desnudos.

Beau apenas tuvo tiempo de levantar un brazo para protegerse la garganta.

Las garras fallaron su objetivo y, en su lugar, desgarraron tela y piel, haciéndolo sangrar.

El impacto lo lanzó al suelo. Mientras caía, la bestia chocó con una pared, pero con la agilidad felina de un depredador, se giró antes de golpearla.

Sus ojos se estrecharon llenos de furia; las orejas se aplanaron

contra su cráneo y se preparó para embestir de nuevo.

Beau no tuvo tiempo de levantarse antes de que ella volviera a lanzarse sobre él.

—¡Arabella, soy yo… *yo*! —gritó, sujetándola por los hombros.

Ella se abalanzó otra vez, con los dientes chasqueando a pulgadas de su rostro.

Mientras forcejeaba para mantenerla alejada, percibió varias voces a su alrededor. Le gritaban a ella. Valmont blandía una barra de hierro y Percival había agarrado un leño de la pila junto a la chimenea. Beau oyó también la voz de Camille, que llevaba un cuchillo de trinchar. Todos intentaban ayudarlo, distraerla y salvarlo.

—Para, Arabella, *por favor…*, antes de que me mates —jadeó Beau.

Sus palabras lograron lo que los gritos y las armas no pudieron.

Con un rugido, ya no de ira, sino de angustia, Arabella retrocedió. Por un instante, la chica humana —asustada y atormentada—, emergió en lo profundo de sus ojos plateados.

Beau se incorporó con lentitud.

—Está bien. No debes tener miedo —le dijo con suavidad.

Arabella vaciló.

Beau sintió que lo escuchaba. Sintió que quería creerle. Pero entonces se sacudió, como un lobo que se quita el agua, y con un último rugido desgarrado, se fue. Salió del gran salón, atravesó las puertas del castillo, y se perdió en la tormenta de nieve.

Beau, apretando su brazo herido, la vio marcharse. Luego, se volvió hacia los demás.

—¿Arabella es la bestia? ¿*Arabella*? —preguntó, con la voz quebrada.

Percival asintió.

Dentro de Beau, la ira estalló, y se plantó frente a Valmont.

—¡Maldito mentiroso, hijo de…!

—Cuida tu lengua, muchacho —gruñó Valmont.

—¡Me debías la verdad! —le gritó Beau, empujándolo.

—No te debo nada, ladrón —escupió Valmont, cerrando los

puños.

—¡Basta! —gritó Camille, interponiéndose entre ambos.

Beau dio un paso atrás, temblando de furia.

—¿Adónde ha ido? —le preguntó a Camille.

—Al bosque. A la oscuridad —respondió ella—. Es peligroso cuando se transforma. Apenas se reconoce a sí misma, y apenas nos reconoce a nosotros. Ahora está perdida, hasta que amanezca. Hasta que la luz la cambie de nuevo.

Beau tomó una servilleta de la mesa y se la ató al brazo como un torniquete. Luego, se dirigió a la puerta.

—¿Adónde crees que vas? —exigió Valmont.

—A buscarla.

Y se marchó, corriendo por el largo pasillo de los sirvientes hacia la cocina. Se detuvo junto a la puerta, arrancó un abrigo con capucha del perchero y un par de guantes de una cesta. Agarró una linterna encendida que estaba sobre una mesa y salió al exterior. El lobo de la tormenta aulló sobre él, como si lo estuviera esperando. El viento desgarró su ropa y la nieve lo cegó.

Dio unos pasos, protegiendo la linterna con una mano, antes de que el lobo de la tormenta se cerrara sobre él y lo devorara entero.

CINCUENTA Y CUATRO

Algunos dicen que los cuentos de hadas son ventanas que nos muestran un mundo de fantasía. Un mundo lleno de criaturas imposibles.

Pero están equivocados.

Los cuentos de hadas no son ventanas, son espejos. Nos muestran este mundo. Nos muestran a nosotros mismos.

Acércate, mira bien, justo aquí, en el cristal plateado… Eso que ves ahí no es una hermanastra fea, ni una reina malvada, ni un hada perversa.

Eres tú.

Tú, arrebatando el zapatito de cristal. Tú, amañando el concurso de belleza. Tú, dejando objetos afilados por ahí.

Eres tú.

Perdida en el bosque. Encerrada en la casita de dulces.

Sola. Asustada. Y muy, muy enfadada.

Porque una madrastra cruel te arrancó el corazón.

Porque un padre descuidado te dejó a los lobos.

Acércate más al espejo, niña.

Más cerca. ¿Qué ves?

¿Un trol? ¿Una bruja? ¿Un ogro? ¿Una bestia?

Caza a la bestia, dicen los viejos. *Mata a la bestia*.

Pero… ¿y si tú eres la bestia?

CINCUENTA Y CINCO

Arabella lo había besado.

Había estado tan cerca de él, tan cerca, que el aire entre ambos había desaparecido.

Ella le había preguntado, él había respondido que sí, y sus labios habían sido todo aquello que nunca había sabido que deseaba. Su cuerpo, apretado contra el suyo, se había sentido como un hogar.

Y luego…, había intentado matarlo.

Beau podía sentir su propia sangre, húmeda y caliente, empapando la servilleta que había improvisado como venda, y filtrándose hasta su manga. Necesitaba una venda de verdad. Una fogata. Un refugio. Necesitaba regresar al castillo antes de morir de frío.

Pero no lo haría. No, hasta encontrarla.

El viento desgarrador, cargado de nieve, le azotaba el rostro, obligándolo a agachar la cabeza. Las capas de hielo le sujetaban las piernas, hundiéndolo a cada paso, y todo su esfuerzo estaba en mantener viva la llama temblorosa de su linterna.

Aun así, siguió avanzando, empujado por una furia blanca y ardiente que ninguna tormenta podía enfriar.

El viento giraba a su alrededor, burlándose de él con la voz de Arabella:

«Hay cosas, Beau… Cosas que es mejor que no sepas…».

—¡Eres una mentirosa, Arabella! —le gritó al aire.

Ese *no saber* le había costado tres tajos profundos en el brazo. Había terminado con las mentiras, con los secretos, con el no entender.

¿Era Arabella una mujer de carne y hueso? ¿O una bestia cazadora? ¿Era la muchacha fría y contenida que había conocido al principio —esa que podía herir con una sola palabra o mirada—? ¿O la joven con la que había bailado, la del fuego en los labios?

Beau iba a encontrarla y, bestia o no, le diría la verdad.

Mientras avanzaba, adentrándose en el bosque oscuro, el viento empezó a amainar, y la nieve se volvió menos densa. Ya no necesitaba cubrirse los ojos. Se quitó la capucha y levantó la linterna, iluminando el camino.

—¡Arabella! —gritó—. ¡Soy yo, Beau!

No hubo respuesta.

Beau avanzó un poco más, escudriñando los montículos blancos en busca de huellas.

—¡Arabella, sal! ¡Quiero hablar contigo!

Apenas pronunció las palabras, vio algo: una sombra oscura que se deslizó entre un grupo de pinos.

El estómago se le encogió. Su llamada había atraído a una criatura… pero no la que buscaba.

De entre los árboles emergió un lobo negro, que se detuvo a pocos metros de él, con la cabeza baja y los ojos brillando. Y tras él, aparecieron cinco más.

No eran bestias encantadas.

Pero eran igual de peligrosas.

CINCUENTA Y SEIS

La manada salió de entre los árboles. Parecían sombras bajo la débil luz de la linterna. El líder avanzó hacia Beau en cuclillas, mientras los otros se desplegaban a su alrededor, cerrando el círculo.

Supo en ese instante que estaba en serios problemas.

Había salido del castillo y se había adentrado en el bosque armado solo con su rabia. Fue un acto estúpido que no tenía perdón. Si moría allí fuera, Matti moriría también.

Giró sobre sí mismo, pisoteando la nieve, blandiendo la linterna y gritando, tratando de parecer más grande de lo que era, pero los lobos seguían avanzando, cada vez más cerca, apretando el lazo.

No vio al lobo plateado. Solo escuchó sus patas rozando la nieve detrás de él, un susurro antes del salto.

El impacto lo lanzó sobre las rodillas.

La linterna cayó y se apagó con un siseo.

Beau golpeó al lobo plateado, y la criatura retrocedió, pero la oscuridad envalentonó a los demás. Uno se acercó demasiado y se lanzó sobre él.

Lo vio venir por el rabillo del ojo, le propinó una patada y sintió cómo su bota chocaba con el hocico del animal.

El lobo chilló y retrocedió.

Un tercero se abalanzó y le mordió el hombro, pero Beau logró moverse a tiempo: los dientes se hundieron en la tela de su abrigo,

y no en su carne. El tirón lo hizo trastabillar hacia un lado, y agitó los brazos buscando el equilibrio. El lobo plateado vio otra oportunidad y saltó hacia su abdomen, pero falló el golpe y le clavó los colmillos en la pierna.

Beau rugió de dolor. Golpeó al lobo con los puños, una y otra vez, pero la bestia no soltaba. Entonces, escuchó gruñidos, chasquidos y, de pronto, un rugido tan poderoso y furioso que sacudió la nieve de las ramas de los pinos. ¿Se peleaban entre sí?

No podía ver casi nada en la oscuridad, pero oyó al líder aullar con fuerza y, un instante después, lo soltó y retrocedió hacia las sombras junto con el resto de la manada.

Beau cayó de espaldas en la nieve, jadeando. La sangre de su herida se extendía sobre el blanco suelo, tiñéndolo de rojo. Parecía estar acostado en un campo de amapolas carmesí, deformes y obscenas. No sabía por qué los lobos habían huido, pero sabía que tenía que volver al castillo antes de desangrarse. El frío de la noche ya estaba endureciendo sus miembros. Pronto llegaría a su pecho y congelaría su corazón.

Intentó incorporarse, pero una marejada de vértigo lo derribó otra vez. Miró hacia el cielo, buscando una estrella en la que fijarse, algo que detuviera el horrible remolino en su cabeza, pero, en su lugar, las imágenes comenzaron a girar; un torbellino de color y sonido.

Vio una calle sinuosa de ciudad. Una monja, la cabeza inclinada, un rosario entre los dedos. Escuchó una tos húmeda y entrecortada. Una campana de iglesia repicando.

—Levántate… Levántate, inútil bastardo —jadeó, con la voz rota.

Pero no pudo. Su cuerpo había soportado demasiado. Su fuerza se escapaba con su sangre. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Apenas tuvo tiempo de susurrar unas últimas palabras al cielo, antes de que la oscuridad lo envolviera por completo.

—Lo siento, Matti… Lo siento tanto…

CINCUENTA Y SIETE

«Así que esto es la muerte», pensó Beau.

No era tan terrible como había imaginado. Al menos, era cálida. Y estaba recostado sobre algo blando.

«¿Estoy en el cielo?, —se preguntó—. ¿Encontraría allí a su madre? ¿Qué le diría? ¿Cómo le explicaría que había fallado, que había dejado a Matteo completamente solo?».

Abrió los ojos con esfuerzo, buscando su rostro, esos ojos marrones tan cálidos y llenos de bondad que recordaba, pero, en su lugar, vio un par de ojos grises observándolo, suaves como el ala de una gaviota y llenos de preocupación.

—¿Arabella? —susurró con la garganta seca, como si le hubieran pasado papel de lija por dentro—. ¿Estoy… vivo?

—¿Ya has tenido suficiente de holgazanear, Bella Durmiente? —replicó ella—. Es hora de que levantes tu flaco trasero.

Beau giró la cabeza y vio otro rostro inclinado sobre él, uno cubierto de bigotes y con una expresión gruñona.

—Parece que no he entrado en el cielo —dijo con voz ronca—. Parece que estoy en el infierno…, con el mismísimo Satán.

Valmont se irguió, ofendido.

—Yo te he limpiado, ladrón. Te he cosido las heridas, te he lavado, y me he quedado contigo la mitad de la noche.

—No sabía que te importaba tanto, Monty.

Valmont se volvió hacia Arabella.

—Haré que le lleven el desayuno, Su Gracia —dijo con frialdad, y salió de la habitación.

—Has herido sus sentimientos —lo reprendió Arabella.

Beau cerró los ojos. No le importaban los sentimientos de nadie. Le habían mentido, todos, y sus mentiras casi le habían costado la vida.

Después de tragar un par de veces para aliviar su garganta reseca, habló de nuevo:

—¿Cómo llegué aquí?

—Valmont y Florian —respondió Arabella—. Salieron a buscarte, te encontraron en el bosque y te trajeron de vuelta.

—Pero los lobos…

—Yo me ocupé de ellos.

Sirvió un vaso de agua y se lo entregó, explicándole que había huido del castillo, internándose en el bosque, pero que, al escuchar los aullidos de los lobos y sus gritos, había regresado y los había ahuyentado.

«¿Debería agradecerle por ello?», se preguntó Beau.

No lo hizo.

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaba acostado en una cama con dosel, en una habitación grande y lujosamente decorada. Se incorporó con un gesto de dolor, cuando las punzadas en el brazo y la pierna hicieron su aparición.

—¿Por qué no estoy en mi habitación de la torre? —preguntó con voz rasposa.

—Esta está más cerca de la cocina —explicó Arabella—. Es más fácil traer aquí agua caliente, medicinas y ungüentos para evitar infecciones.

Entonces, la miró. Estaba sentada en una silla junto a la cama, con un batín de noche. Parecía recién llegada del bosque: el cabello suelto, enredado, con hojas y ramitas pegadas. Le sostuvo la mirada un instante, antes de bajarla a sus manos, entrelazadas sobre su regazo.

—Me viste —dijo él—. La primera vez que intenté escapar. Bajé por las escaleras de la torre hasta el rellano. Me seguiste…

—Solo quería asustarte. Evitar que vagaras por el castillo y descubrieras sus secretos. Si hay alguien con quien deberías enfadarte, es conmigo, y no con Valmont. Por perseguirte. Por atacarte en el comedor. Por las heridas en el brazo. Yo… no siempre puedo controlarlo. Lo siento, Beau. Lo siento mucho. Por todo. Florian, Henri y yo construiremos el puente para ti. Te lo prometo. Valmont también ayudará. Y Martin, y Gustave, y cualquiera que sepa afilar una estaca o manejar un martillo. —Mientras hablaba, algunas de sus damas entraron en la habitación de Beau. Se agruparon al fondo, murmurando entre ellas y lanzándole miradas curiosas.

—Creo que va a morir —dijo *lady* Diome—. De alguna horrible infección. Tal vez, sepsis. O gangrena. O rabia.

Lady Densed frunció la nariz.

—Esperemos que lo haga rápido y no deje un olor desagradable.

Más miembros de la corte fueron entrando, amontonándose en la puerta, seguidos de Josette, que traía una bandeja con el desayuno. Había tanto murmullo que nadie notó a las dos niñas pequeñas que se colaron tras ella y se escondieron entre las cortinas.

Josette dejó la bandeja sobre una mesa, hizo una reverencia y se marchó.

Arabella se levantó, sirvió un plato para Beau y lo colocó sobre su mesilla. Sus damas observaban cada movimiento con ojos vivaces y ansiosos.

—Me voy. Debes descansar —indicó la joven, dándose vuelta.

Había algo evasivo en su voz, un temblor nervioso en su forma de moverse.

—No —dijo Beau.

Arabella se detuvo en el umbral.

—¿Sucede algo con el desayuno? ¿Quieres otra cosa?

—Basta, Arabella.

Ella asintió, como si lo hubiera estado esperando.

—Entonces, ¿qué quieres? —preguntó.

—La verdad.

Arabella soltó una risa amarga.

—¿Y por dónde se supone que debo empezar?

No se lo preguntó a él, sino a sí misma, pero Beau respondió de todos modos.

—Te vi. En el espejo que hay en tus antiguos aposentos. Con tu madre y tu tía.

Te probabas vestidos para un baile. Empieza por ahí.

CINCUENTA Y OCHO

Arabella se sentó en el borde de la cama de Beau.

Tantas preguntas queriendo salir de su boca; ella lo veía, lo sentía. ¿Cómo podría responderlas? En cuanto lo hiciera, lo perdería. Él la odiaría cuando supiera la verdad, como todos los demás antes que él. Verlo apartarse, ver sus ojos hermosos llenarse de furia… era más de lo que podría soportar.

—Los secretos son secretos por una razón —dijo, apartando la mirada.

—Te vi transformarte en una bestia —replicó Beau—. Frente a mis ojos.

Te vi con pelaje, orejas puntiagudas y dientes afilados. —Su voz se elevó con cada palabra, y su ira empezó a dominarlo—. Te besé, Arabella. Justo antes de que intentaras matarme. Así que basta ya de tus malditos secretos.

Una parte de Arabella ansiaba contarlo todo, y liberarse de esa carga, pero una parte aún mayor tenía miedo, y las palabras se le quedaron atascadas en la garganta como espinas.

En ese momento, *lady* Lubijo entró dando saltitos sobre la punta de los pies, con su rostro cubierto con su habitual maquillaje de payaso: círculos rojos en el centro de las mejillas blanqueadas, cejas negras y arqueadas, y los labios en forma de corazón.

—¡Pero qué reunión tan encantadora! —exclamó, mirando a

Beau, a Arabella y al resto de la corte.

—Oh, demonios, no —dijo Fe, saliendo de detrás de las cortinas.

—Cuidado con Lubijo, Beau, está loca —advirtió Esperanza, uniéndose a su hermana.

Arabella escuchó las voces y se volvió hacia ellas, como quien se vuelve hacia su verdugo.

—¡Tened cuidado, señora! —gritó *lady* Diome, escondiéndose tras *lady* Ari—. ¡Solo Dios sabe lo que harán!

Ari lanzó un gruñido a las dos muchachas y avanzó hacia ellas.

Fe sacó una daga de los pliegues de su falda y la apuntó directamente.

—Anímame el día —soltó.

Ari retrocedió.

Entonces, *lady* Confendizasa se acercó con sigilo a Arabella, lanzándole una mirada a Beau. Llevaba un vestido del color de la hiedra húmeda. Su cabello era negro y grasiento, y su piel tenía el tono pálido y translúcido de una criatura que vive bajo una piedra.

—Fue él —le susurró al oído a Arabella—. Él las liberó. Robó la llave maestra.

Lo supe. Lo supe desde el principio.

Arabella se volvió hacia Beau, horrorizada.

—¿Tú las has liberado?

La ira de Beau, que hasta entonces había contenido, estalló.

—¡Maldita sea, Arabella, ahora soy yo quien hace las preguntas!

Lubijo corrió hacia el lecho de Beau y le pasó un brazo por los hombros. Este intentó apartarla, pero lo sujetó con fuerza.

—¡No te preocupes, ni un poquitititito! —canturreó con voz melosa, tocándole la nariz con el dedo—. Si ella no te responde, ¡yo encontraré a alguien que lo haga! —Lo soltó y sonrió…, con tanta fuerza que las grietas se abrieron en su maquillaje, como en un jarrón roto.

Beau palideció ante la visión.

Lubijo soltó una risita por su reacción y salió corriendo entre la multitud de damas.

—¡Gunezarev! ¡Paluc! ¿Dóóóóónde están? —cantó, desapareciendo entre la gente—. Vamos, queridas, no es momento para la timidez. ¡Ah! ¡Aquí estáis!

Un momento después, el grupo de cortesanas se abrió, y Gunezarev apareció empujada por Lubijo. Como una rata sacada de su madriguera, intentó volver a esconderse, pero la otra dama no se lo permitió.

—¡Ah, ah, ah! —la reprendió, moviendo un dedo. La giró y le dio otro empujón.

Gunezarev vestía un saco gris sin forma, más propio de una prisionera que de una dama de la corte. Lubijo la empujó, guiándola hacia Beau. Cuando llegó hasta él, encorvada y temblorosa, empezó a hablar, pero su voz era tan débil que el joven tuvo que inclinarse para oírla.

—No, Gunezarev. Detente —ordenó Arabella, poniéndose en pie. Sus uñas se clavaban en las palmas de sus manos—. Basta.

Lubijo se volvió hacia su señora.

—Tiene derecho a saberlo, ¿no crees? —preguntó con una sonrisa que se volvió repentinamente cruel.

—No tienes derecho a contárselo. Te lo he prohibido.

—Lo sé —dijo Lubijo con tono despreocupado—, pero ¿y qué? ¡Voy a traicionarte! ¡Todas lo haremos! ¡Es lo que hacemos! —canturreó y miró de nuevo a Gunezarev—. Vamos, tonta, ¡habla!

—¡Todo es por culpa suya!

No fue Gunezarev quien habló, sino Paluc, que apuntaba directamente a Arabella.

Al sentir todas las miradas de la corte sobre ella, Paluc encogió los hombros y bajó la cabeza. Habló otra vez, pero su voz salió ahogada entre los mechones grasientos que le cubrían el rostro.

Lubijo corrió hacia ella.

—¡Querida, no te oímos! ¡Y no vemos tu preciosa carita! —dijo mientras le apartaba el pelo y se lo sujetaba tras la oreja, revelando un rostro de todo menos bonito: ojos apagados y huidizos, mejillas con costras y labios mordidos hasta sangrar.

—Ella lo hizo —insistió Paluc, mirando a Arabella con odio—. Siempre fue una chica monstruosa.

—¿De qué habla? —preguntó Beau.

—¡No debes contar eso! —gritó Arabella.

Lubijo la miró con una expresión brillante y venenosa.

—Eso no es muy justo para él, ¿no crees? —dijo en tono teatral, señalando a Beau con el pulgar—. Quiero decir…, ¿no te gustaría saberlo si fueras tú…?

—Por el amor de Dios, basta —suplicó Arabella, con la voz quebrada.

—Como desees —ronroneó Lubijo—. No diré ni una palabra más.

—Pero yo sí.

Asonperides avanzó y se colocó junto a Arabella, posando una mano marchita sobre su hombro. La joven se derrumbó bajo ese toque, sin fuerzas, y las lágrimas comenzaron a llenarle los ojos.

—Hace cien años —dijo Asonperides con voz grave—, Arabella mató a alguien.

—A un joven —agregó Gunezarev.

Asonperides sonrió.

—Al príncipe Constantine.

CINCUENTA Y NUEVE

Beau sintió que su corazón era de vidrio y que las palabras de Asonperides habían abierto una grieta, delgada y ramificada, en su interior. Luchó contra ellas, negándose a creer lo que acababa de escuchar.

—Eso no es cierto. No lo es, ¿verdad, Arabella? —preguntó.

La joven cerró los ojos y asintió. La grieta se hizo más grande.

—¿Cuándo… cuándo eras una bestia? —dijo Beau, recordando las garras afiladas y los colmillos curvados.

—Oh, no —intervino Paluc—. Fue cuando aún era muy humana.

—¿Y ese Constantine… quién era? —interrogó Beau.

—El prometido de Arabella —respondió Lubijo, con voz temblorosa cargada de emoción—. ¡Jamás verás a un hombre así! No es que tú estés mal, Beau —añadió, dándole un golpecito en el brazo—, y desde luego no te echaría de mi sofá, pero el príncipe… —Su expresión fue similar a la que se tiene cuando acabas de probar el bocado más delicioso—. Era tan guapo como un dios.

—Y apestaba a dinero —añadió *lady* Cadicio, cogiendo un panecillo de la bandeja del desayuno de Beau.

—El duque y la duquesa decidieron que sería el esposo de Arabella —explicó Paluc—. Querían una alianza con una casa real.

Lubijo tiró de la manga de Beau y señaló un espejo colgado en la pared cercana.

—Aquí sucedió una magia poderosa —dijo con tono teatral—. Tan poderosa que quedó grabada en los espejos. Ahora la repiten para Arabella, una y otra vez, para que nunca olvide. Es parte de la maldición.

—¿Maldición? —repitió Beau.

Lubijo se llevó una mano al pecho.

—¡Sí! —exclamó—. ¡La más terrible que puedas imaginar! Todo sucedió durante la cacería del ciervo.

—Basta, *lady* Lubijo. —La voz provenía de *lady* Diermontirem. Llevaba un vestido del color de las ciruelas machacadas. Su rostro, sus manos, cada centímetro visible de su piel, estaba cubierto de moretones, algunos antiguos, pero otros recientes.

—Se los hace ella misma, ¿sabes? —le susurró Lubijo, ahogando una risita.

—Siéntate, Lubijo —ordenó Diermontirem—. No te lo repetiré.

Lubijo bajó los hombros.

—Siempre lo arruinas todo —bufó, caminando hasta una silla, arrastrando los pies.

—Antes de una boda real —explicó Diermontirem—, la tradición exige que las familias del novio y la novia celebren una cacería del ciervo. El padre de Arabella fue el anfitrión. —Se acercó al espejo y señaló el cristal—. Mira ahí…

—No —dijo Beau—. No lo haré.

Se volvió hacia Arabella.

—A menos que tú me lo permitas. Tú. No, ellas.

Ahora comprendía algo que antes no: que esas imágenes no eran simples recuerdos, sino recuerdos que vivían dentro de Arabella, y verlos sería un acto contra su intimidad.

Arabella seguía con los ojos cerrados. Las lágrimas que había contenido rodaron por sus mejillas.

Esperanza se acercó a ella, con Fe a su lado como guardiana, y le tomó la mano.

—Puedes hacerlo —le susurró—. Puedes.

Arabella abrió los ojos, y pronunció una sola palabra, en apenas

un suspiro:

—Sí.

SESENTA

—Ayer visité a la duquesa de Orleans —informa la marquesa d'Alençon—, y tenía el juego de té más encantador que puedas imaginar.

—¿Has visto el bonito sombrero de montar de *lady* Louise? —pregunta la condesa de Marignac—. Debo averiguar el nombre de su sombrerera.

—Si me preguntas a mí, las hortensias no tienen cabida en un jardín de hierbas —dice la baronesa de Beauvais con un resoplido de desdén.

Arabella está en el patio de las caballerizas del castillo, sentada sobre una yegua dócil. Su sonrisa está pintada, como la de un muñeco de feria. Lleva un traje de montar rosa con ribetes negros, porque el príncipe considera que el rosa le sienta de maravilla. Las rígidas enaguas susurran bajo su falda. Un corsé de lino almidonado encierra su torso, con los cordones tan apretados que crujen al moverse.

Ya no aprieta los dientes ante las conversaciones triviales, y solo de vez en cuando clava las uñas en sus palmas. Si su corazón se rompe un poco cada vez que pasa frente a un castillo o una catedral, bueno… ¿Qué importa? Está encerrado en una jaula de hueso donde nadie puede ver las grietas.

El príncipe está montado en Horado, el magnífico semental de

Arabella, ya que se considera impropio que una futura princesa cabalgue a un animal tan indómito.

Un destello de celos cruza los ojos de Arabella al verlos juntos, pero lo apaga antes de que alguien lo note. Su padre ríe esa mañana; su madre sonríe. No les arruinará su felicidad.

—¡Una copa de oporto por aquí! —grita Constantine, chasqueando los dedos en el aire—. ¡Por Dios! ¿Dónde está ese maldito muchacho?

Henri, que lleva una bandeja con una botella y copas, se apresura hacia el príncipe y le sirve una.

Constantine se la arrebata de la mano.

Henri hace una reverencia.

Al darse la vuelta para marcharse, Constantine se inclina desde la silla y le da una patada en el trasero.

El muchacho cae de bruces y la bandeja resuena contra el empedrado del patio.

La botella y las copas se hacen añicos. Mientras intenta levantarse, con el rostro raspado, una carcajada burlona y sonora llena el aire.

Los nobles de la corte saben bien que quedarse con el rostro serio ante un príncipe que ríe y vocifera es peligroso. Primero se escuchan risitas; luego, cuchicheos alegres; al final, carcajadas abiertas.

La sonrisa pintada de Arabella se desvanece. La ira amenaza con salir.

Alarmada, cierra los ojos y respira como puede; el corsé de ballena no le permite hacerlo más profundo.

Escucha la voz de Constantine, su prometido, el hombre con quien pasará el resto de su vida, gritarle a Valmont que pula una mancha en su bota, ordenarle a Florian que apriete la cincha de Horatio, y mandar a Percival, como si fuera un sirviente de cocina, a buscarle un plato de pasteles.

Cuando abre los ojos de nuevo, su sonrisa ha vuelto. Charla con la duquesa sobre teteras, aliviada de sentir solo aquello para lo que

se ha entrenado durante años: nada.

Los jinetes ya están montados. Los perros salen de las perreras, ladrando y aullando, impacientes por partir. La cacería está a punto de comenzar. Pero entonces Horatio relincha con desagrado y cocea a otro caballo. El animal se encabrita, y su jinete casi se cae.

—Afloja las riendas —susurra Arabella.

Sabe que el semental es orgulloso y testarudo, y no tolera a los necios.

Es un caballo digno de un príncipe, pero el príncipe no está a la altura del caballo.

Constantine tira con más fuerza, intentando dominarlo, jalando cruelmente del freno.

Las narinas de Horatio se abren; el animal sacude la cabeza y gira en círculos, tratando de deshacerse del monstruo que lo monta.

El archiduque austríaco ríe, al verlo perder el control.

El orgullo herido se convierte en furia en el hermoso rostro de Constantine, encendiendo sus mejillas de un rojo intenso.

—¡La cincha está demasiado apretada, imbécil! —le grita a Florian, golpeándolo con el látigo.

Arabella palidece al verlo. Aprieta los labios, consciente de que no debe decir nada. Fuerza su rostro a permanecer impasible, aunque por dentro piensa: ¿cómo puede un hombre tan bello ser tan monstruoso?

El príncipe golpea de nuevo, pero esta vez el látigo abre una herida en la mejilla de Florian.

Arabella jadea.

—¡Detente! —dice.

Las palabras escapan de sus labios sin que lo planee, pero nadie las escucha. Quedan ahogadas entre los gritos del mozo, los alaridos del príncipe y los relinchos frenéticos del caballo.

Arabella necesita hacerse oír. Intenta coger aire, pero el corsé le oprime tanto que apenas puede respirar, y mucho menos gritar.

La duquesa, montada a su lado, le agarra del brazo, clavándole las uñas.

—Calla. No te corresponde reprender al príncipe.

«Pero alguien debe hacerlo, —desea con desesperación—. Alguien tiene que pararlo. Su padre, su hermano… Alguien».

Horatio patalea frenético. Los mozos y criados se dispersan. El príncipe lo azota sin piedad y el pobre animal emite un relincho de dolor.

Algo se rompe dentro de Arabella.

—¡Dios santo! —grita, tirando de las riendas—. ¿Nadie va a detenerlo?

La duquesa le arrebata las riendas.

—¡Quédate donde estás, niña insensata! —le ordena.

Pero ya es demasiado tarde.

Arabella libera las riendas de su madre y clava los talones en los flancos de su caballo.

—¡Detente! ¡Detente, bestia! —grita.

Levanta su propio látigo, con la intención de golpear el del príncipe y quitárselo, pero el pobre Horatio no lo sabe. La ve acercarse y su terror se multiplica.

Todo sucede tan rápido, apenas un latido, pero, para Arabella, durará cien años.

El semental se encabrita.

El príncipe cae de la silla.

Un crujido seco retumba cuando su cuerpo golpea el empedrado. Se estremece y gime, y entonces el aire abandona sus pulmones, antes de quedarse inmóvil, con los ojos vacíos, mientras su sangre se filtra entre las grietas de la piedra.

SESENTA Y UNO

Al bajar de la montura, se tambalea.

Mientras los cortesanos gimen y señalan horrorizados, ella tropieza, se endereza y cae de rodillas junto al cuerpo destrozado del príncipe. Le agarra la mano, la frota e intenta despertarlo.

La sangre de Constantine mancha sus faldas.

No puede respirar. Las emociones revolotean dentro de ella como una tormenta.

Araña su rígido corpiño, el cruel corsé que la oprime por dentro.

Unas manos afiladas se clavan en su hombro. La duquesa está detrás de ella.

—Dios del cielo, Arabella, ¿qué has hecho?

Los pulmones de Arabella jadean, en busca de aire. Intenta calmarse, pero no puede. Ha estado contenida demasiado tiempo.

Los cortesanos gritan, señalándola, condenándola.

Los criados del príncipe levantan su cuerpo y lo llevan al interior del castillo.

El duque intenta ayudarlos, ordenando a sus sirvientes que se unan, pero lo rechazan con frialdad.

—¿Lo ves? —le sisea su madre—. ¿Ves lo que pasa cuando las chicas no se contienen? El príncipe está muerto. Nuestras vidas han terminado. Estamos arruinados.

Su madre tiene razón. Debería haberse callado. Todo es por su

culpa.

Arabella se rasga el pecho con las uñas; se asfixia.

Un sonido áspero, parecido a una rasgadura, corta el aire. Su chaqueta y su corsé se rompen por las costuras. El aire entra en sus pulmones. Inhala con fuerza, luego lanza un grito desgarrador, vencida, ante la oleada de emoción. Sus sentimientos, enjaulados durante tanto tiempo, estallan, salvajes.

Entonces, se escucha otro desgarro —más profundo, más fuerte, más temible que el de la tela—, es el desgarro del alma de Arabella.

SESENTA Y DOS

Arabella permanece de rodillas, con la frente apoyada contra el suelo helado y los dedos clavándose en sus costillas.

Durante un largo instante solo hay silencio; luego, se rompe con el rítmico y metálico pok-pok-pok de unos tacones resonando sobre el empedrado. Una mujer aparece entre la multitud, espectral e imponente, vestida con un traje del color de las cenizas.

El gentío se aparta mientras ella avanza por el patio.

Arabella levanta la cabeza. Sus mejillas están cubiertas de lágrimas. Sus ojos, vacíos.

—Soy *lady* Asonperides —se presenta la mujer al acercarse—. Y esta —añade, señalando al séquito sombrío que la acompaña— es mi corte.

La duquesa, siempre tan dueña de sí misma, empieza a resquebrajarse.

—¿Quién te ha convocado aquí? —pregunta, confundida ante los rostros desconocidos.

—*Lady* Arabella, por supuesto —responde Asonperides, con una sonrisa gélida.

La duquesa señala a tres niñas pequeñas y resplandecientes que observan desde lejos.

—¿Y esas criaturas? ¿También son tuyas?

Asonperides sigue la mirada de la duquesa, pero su sonrisa se

congela.

—No por mucho tiempo —indica.

Lady Lubijo da un paso al frente.

—¡Vamos, marchaos! ¡Fuera todos! —les dice a los últimos miembros del séquito del príncipe—. Salid de aquí mientras podáis.

Asustados por la sonrisa demasiado amplia de Lubijo y sus ojos de muñeca vidriosa, los cortesanos obedecen, tropezando entre ellos en su prisa por huir, pero el duque, indignado por la osadía de Asonperides, comienza a dar órdenes a gritos.

Asonperides levanta una mano.

—Malinterpretáis la situación, Excelencia —dice con voz fría—. Ya no mandáis aquí. Yo, sí.

—¡Valmont! ¡Saca a estas mujeres de inmediato! —brama el duque—. ¡No toleraré que me den órdenes en mi propio…!

Asonperides se le acerca, coloca una mano huesuda como una garra sobre su hombro… y, al contacto, el duque se desploma sobre sí mismo, como una manzana podrida. Apenas aprieta y, con un suave y sorprendido suspiro, el duque cae de rodillas.

A continuación, se vuelve hacia la duquesa y la deja en el mismo estado.

Los cortesanos del duque y la duquesa, presos del miedo, retroceden, mientras Asonperides clava sus ojos vacíos en Arabella.

—Una muchacha que no puede controlar sus emociones no es mejor que una bestia… ¿No es eso lo que te decía tu madre? —La atormenta.

Como un chacal, Asonperides empieza a rodearla y, mientras lo hace, habla en verso.

El color se desvanece del rostro de Arabella cuando comprende lo que ocurre.

Un encantamiento.

Un hechizo.

Una maldición.

Una niña que se niega a ceder;
ha causado un fin sangriento a este ser.
Tan terca, egoísta, torpe y errada,
se convierte en culpable y desvergonzada.
Sé lo que eres, una fiera salvaje.
De criaturas peludas haz tu vasallaje.
Vive por siempre en el bosque profundo,
duerme entre musgo y hojas muertas.
Para que tu penitencia sea peor,
envolveré este castillo con tu maldición.
Y condenaré por toda la eternidad
a cada alma que aquí contemple,
a un destino peor que la muerte:
vivas, pero sin suerte.
Figuras mudas de engranajes,
presas del tiempo, esclavas de esta imagen.
Luego borraré la esperanza y la fe,
mientras tus sueños insensatos destruiré.
Y con mi corte, mano a mano,
traeré la muerte del amor humano.
Así devoro el alma mortal,
cobrando mi precio oscuro y letal.
Ah, cuánto disfruto mi cruel labor.
¿Era tanto pedir silencio, por favor?

—¡No! —grita Arabella, enferma de miedo—. ¡Por favor! ¡No quería hacerle daño! ¡Por favor!

Pero Asonperides solo ríe.

—¡Ayudad a mi hija…! ¡Que alguien ayude, por favor! ¡No permitáis que este sea su fin! —Es la duquesa, que, de alguna manera, ha logrado ponerse en pie y se tambalea hacia Asonperides.

Esta le dedica una sonrisa de falsa compasión y le ofrece la

mano.

La duquesa la toma… y ahoga un grito. Intenta retroceder, pero no puede moverse. Sus pies parecen clavados al suelo. Pequeños gemidos aterrados se le escapan al forcejear.

—¿Qué le has hecho? —Ruge el duque, lanzándose hacia Asonperides.

Pero su cuerpo se paraliza antes de alcanzarla. Un sonido metálico y chirriante llena el aire, como si alguien diera cuerda a una caja de música… o a un reloj. El cuerpo de la duquesa se endurece. El del duque queda inmóvil. Sus ojos se vuelven brillantes y vidriosos, como los de un animal disecado. Círculos de color pintado brotan en sus mejillas.

Los cortesanos y sirvientes, aterrorizados, no pueden apartar la vista de aquellas transformaciones grotescas.

Asonperides se mueve entre ellos, con un brillo de crueldad gozosa. Toca a una condesa, acaricia a una doncella, pasa la mano por la cabeza de un niño… y, con cada toque, todo lo humano, cálido y vivo, se desvanece hasta que, uno a uno, todos se convierten en figuras de reloj.

Demasiado tarde, los que aún no han sido tocados entienden lo que sucede. Intentan huir, pero las puertas del patio se cierran de golpe.

Solo Arabella, aún de rodillas, no trata de escapar.

—Por favor…, no castigues a estas personas por mis pecados —suplica—. Sus palabras son interrumpidas por una nueva voz, fuerte y resonante:

—¡*Lady* Asonperides! —Truena—. ¡Te ordeno que te detengas!

Asonperides se da la vuelta con brusquedad. Su rostro se retuerce en una mueca de odio. Conoce a esa criatura. Envidia su fuerza; codicia su poder.

El que ha hablado avanza hasta el centro del patio. El golpeteo de su bastón sobre las piedras suena como un metrónomo.

Arabella lo mira a través del velo de sus lágrimas, y lo reconoce.

Es el relojero.

SESENTA Y TRES

—Has ido demasiado lejos, *lady* Asonperides —dice el relojero—. Una vez más.

Arabella se levanta y tropieza hacia él.

—¡Ayúdenos! ¡Deshaga esta maldición, se lo ruego!

El relojero toma sus manos entre las de él. Sus labios se abren y también pronuncia un encantamiento, pero es demasiado poco, demasiado tarde:

Hija, ¿qué has invocado?
Temo que a un demonio llamado
Desesperación.
Una criatura sin corazón, terrible y oscura
cuyas manos encenderán tu pira.
No puedo detener lo que ha comenzado,
ni revertir lo que ya está hechizado.
Pero algunas cosas aún puedo corregir:
una bestia serás, pero solo a medianoche.
Las almas en el reloj encerradas, allí deben permanecer; sus vidas no pueden ser liberadas.
A aquellas aún libres, por ahora,
en tus manos confiaré, para que sean
cuidadas.

La vil maldición de la Desesperación no
puede desdecirse,
pero hay una forma de romperla y
redimirse.
Repara lo que has destrozado.
Recoge los pedazos de tu corazón agrietado.
Busca bondad, confianza, una mano
tendida,
hasta que quien rechazaste se vuelva tu
amiga.
Cruza el puente, desenreda los años,
escapa de la prisión de tus miedos y daños.
Así romperás la maldición
y desharás este verso infernal.
Y, cuando al fin aprendas a amar,
serás amada en su lugar.
Pero una advertencia para todos,
y prestad atención,
mientras lucháis contra la sombra de la
Desesperación…

El relojero está a punto de pronunciar los últimos versos de su poema, pero, antes de que pueda hacerlo, se oye un estruendo y llueven fragmentos de vidrio sobre el suelo. Arabella está de pie detrás de Beau, jadeando. Ha lanzado un tintero contra el espejo, pero ha sido el tintero, y no el espejo, el que se ha roto, cubriendo el cristal plateado con tinta negra. Esta se escurre por el marco y se acumula en el suelo.

El espejo parece sangrar.

SESENTA Y CUATRO

Arabella, completamente expuesta, habló:

—Basta, ladrón. Ya tienes mi historia, y tus respuestas.

Lubijo, incapaz de contenerse, cruzó la habitación a toda prisa y se dejó caer junto a Beau con un plof.

—¿Puedes imaginarte la culpa? ¿La vergüenza? —susurró con deleite.

Arabella cerró los ojos. Su mano se aferró a la bata con los dedos, enredándose en la tela. Su pecho se estremeció, como si alguien acabara de clavarle un cuchillo.

Paluc se encargó de retorcerlo.

—Todas esas personas atrapadas como insectos en ámbar… Creo que son capaces de ver. Creo que sienten. Imagina estar inmovilizado en un cuerpo mecánico, completamente consciente, pero sin poder moverte ni hablar.

Celso apartó a Paluc con el codo.

—Al principio, Arabella soportó todo con entereza —le contó a Beau—. Tenía esperanza. Después de todo, el relojero dijo que la maldición podía romperse si aprendía a amar. Cada vez que un hombre cruzaba el puente levadizo, cada vez que entraba al castillo, ella esperaba que fuera su pretendiente. Pero todos se iban en cuanto descubrían a la verdadera Arabella. ¿Y quién podría culparlos? ¿Quién podría amar a una bestia? Hizo todo lo posible por

recuperarse, por seguir adelante, por no perder la esperanza ni la fe. Pero, tras fracasar una y otra vez en encontrar el amor, tras ver sufrir a los que la rodeaban, sabiendo todo el tiempo que era ella quien causaba ese sufrimiento… Bueno, fue demasiado. La esperanza dejó de consolarla, y se convirtió en un tormento.

—Así que Asonperides me encerró —dijo Esperanza—. A mí y a mis hermanas.

—Y cuando nosotras desaparecimos, Arabella se rindió —añadió Fe—. Bajó la reja del puente, y ahí ha permanecido desde entonces.

—Hasta ahora —indicó Lubijo, dando palmadas como una niña—. Hasta que llegaste tú.

—¿Ahora? ¿Yo? —dijo Beau—. No… No entiendo.

—Oh, ¿no? —replicó Lubijo con una sonrisa macabra.

Entonces, lo entendió. La comprensión lo golpeó tan fuerte y visceral, que sintió náuseas.

—Poooooorque… —lo incitó Lubijo, dándole un codazo en las costillas.

—Porque —dijo Beau, en un susurro apenas audible—, yo soy el último pretendiente.

SESENTA Y CINCO

Beau se tambaleó.

Se sentía como si lo hubiera atropellado una carreta desbocada y lo hubieran dado por muerto.

—Dejar el rastrillo alzado no fue un accidente. No fue un error —dijo con voz hueca—. Me has atrapado aquí a propósito.

—¡No, Beau, eso no es verdad! —replicó Arabella con vehemencia.

Pero Beau apenas escuchó su negación.

—Ordenaste que subieran el rastrillo, como un cazador colocando una trampa. Pusiste un banquete en el gran salón, como si estuvieras dejando un cebo. ¿Y nosotros? —Rio con amargura—. Raphael, Antonio, todos los demás… fuimos los conejos idiotas que saltaron dentro. Y yo soy el más idiota de todos. Se suponía que debía salvarte, ¿verdad? Enamorarme de ti y romper la maldición.

—Yo no lo hice —protestó Arabella, con la voz quebrada—. Te lo juro, no fui yo.

Beau negó, ahora furioso. ¿Por qué había confiado en ella? ¿Por qué la había dejado entrar en su corazón? Debería haberlo sabido. No era diferente de las otras mujeres que lo habían usado. Mujeres que solo veían en él una cara bonita, una distracción pasajera.

—Entonces, ¿quién lo hizo? —preguntó—. ¿Tus sirvientes? Por favor. Por alguna razón, son leales a ti como leones. —El dolor de su

traición le robó las palabras, y tardó un momento antes de que pudiera volver a hablar—. Parece que tú también eres una ladrona, Arabella —concluyó—. Pero tú me has robado más de lo que yo jamás he robado.

Esperanza dio un paso adelante. Apartó a Lubijo de la cama y la alejó de Beau, para mirarlo con ojos suplicantes.

—No. No me mires así —le dijo este—. Ella no es mi problema. Nadie en esta maldita casa lo es.

Entonces, apartó las mantas, bajó las piernas del lecho y se puso de pie. El dobladillo de su camisa le caía hasta los muslos. Una constelación de marcas de mordidas de lobo salpicaba una de sus pantorrillas. Feas costuras atravesaban las heridas que las garras de Arabella le habían hecho en un antebrazo. Un gemido de dolor escapó de él, cuando sus piernas soportaron su peso.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Arabella—. ¡Acuéstate o te arrancarás los puntos! —Se volvió hacia Lubijo—. ¡Llama a Valmont!

Beau la ignoró.

—¿Dónde está mi chaqueta? ¿Y mis calzones? —exigió, mientras Lubijo tiraba frenéticamente del cordón de la campanilla.

—Los están arreglando. Estaban rotos y manchados de sangre —explicó Arabella—. Percival encontró algo de ropa vieja para que te pongas.

—¿Dónde están?

Arabella vaciló, pero, al ver que estaba decidido, señaló una pila de ropa doblada sobre una cómoda.

Luchando contra el mareo, se vistió con rapidez. Se calzó las botas, aliviado al ver que el cuero de una de ellas solo tenía una perforación, y no un desgarro.

Valmont entró justo cuando él se abotonaba la chaqueta.

—¿Sí, Su Gracia? —preguntó Valmont.

—Por favor, Valmont, dile que no debería levantarse. Hazle entrar en razón —suplicó Arabella.

Beau, ya completamente vestido, se dirigía a la puerta, pero el hombre se interpuso, listo para obligarlo a regresar a la cama.

—Quítate de mi camino —dijo Beau, apartándolo—. No voy a volver a la cama, y no vas a encerrarme. Ni hoy, ni esta noche, ni nunca más. Si todavía te preocupa que te asesine mientras duermes, entonces puedes dejarme fuera. —Lanzó una mirada desdeñosa alrededor de la habitación, hacia la corte y los sirvientes—. Todos vosotros sois tan culpables como vuestra señora. Todos lo sabíais, pero ninguno me dijo la verdad. Ni uno solo. —Y se fue, dejándolos a todos ahí, observando cómo se marchaba.

Pocos minutos después, estaba fuera del castillo.

El día era claro, pero brutalmente frío. Avanzó, con lentitud, hacia la torre de la puerta, con paso rígido y vacilante. La ira todavía ardía por su sangre.

Una ráfaga de viento levantó hojas muertas a su paso. Sonaban como fantasmas murmurando al rozar los adoquines.

Desde lo más profundo de su mente, surgió un recuerdo de años atrás. Estaba en el extremo de un mercado navideño, en una plaza abarrotada, observando a los compradores. Tenían las mejillas rojas y reían. Estaban bien abrigados, bien alimentados, comprando regalos para sus familias y amigos. Las parejas caminaban del brazo. Los padres tomaban de la mano a sus hijos.

Mientras Beau los observaba, algo oscuro se desplegó dentro de él. Se frotó las manos para calentarlas y luego se deslizó entre la multitud como un tiburón entre arenques.

Cuando regresó al escondite de los ladrones, se acercó a Raphael, que estaba junto al fuego, y vació su botín. Sacó carteras de billetes y monedas, relojes, anillos, pulseras, tabaqueras, cajitas, incluso algunos botones de plata, y los dejó caer en el regazo del Señor de los Ladrones. Tardó cinco minutos en vaciar todos sus bolsillos: los del pantalón, los del abrigo, e incluso los de las botas.

Los ojos de Raphael se iluminaron de asombro al ver el botín que Beau había traído. Estaba tan complacido, tan orgulloso de su protegido, que le dio una moneda de oro brillante para que se la quedara.

Pero Beau la devolvió. No la quería.

Raphael no lo entendió; ninguno de los ladrones lo hizo.

Beau no había robado monedas ni relojes de bolsillo. Había robado sus sonrisas, su felicidad. Había intentado arrebatarles el amor que había entre ellos. Si él no podía tenerlo, ¿por qué deberían poseerlo los demás?

Al entrar ahora en la torre del portón, el recuerdo se desvaneció.

No podía esperar a marcharse de allí.

Qué idiota había sido, fingiendo ser un constructor. Fingiendo ser un noble. Un amante.

No era más que un ladrón. Eso era todo lo que era. Todo lo que sería jamás. ¿Acaso no se lo había dicho el mundo entero?

Tomó un martillo, apretó los dientes ante el dolor de sus heridas y se puso a trabajar. Tenía un puente que construir. No era el maldito salvador de nadie.

SESENTA Y SEIS

—¿Por qué demonios has hecho eso? —le gritó Fe a Arabella.

Pero la joven, todavía de pie junto al espejo, no le respondió.

Densed se acercó a Fe y la miró de arriba abajo.

—Podría atraparte y encerrarte yo misma. Eres muy pequeña.

—También lo es una granada, hermana. *Muévete* —replicó Fe, levantando de nuevo su daga.

Densed se apartó con torpeza y Fe avanzó hacia Arabella.

—¡Has interrumpido al relojero antes de que pudiera terminar su hechizo! —gritó—. ¡Evitaste que Beau escuchara la parte más importante! ¿Se te ha olvidado lo que pasa? Espera, te lo recordaré.

Tomó una servilleta de la bandeja del desayuno y limpió la tinta del espejo.

El relojero seguía visible en el cristal y, mientras lo observaban, pronunció unos últimos versos:

Ya no tendrás la eternidad, el reloj contará un siglo más.
En cien años, la maldición se irá.
Apresúrate, no te duermas.
O adiós, mis amigos, os iréis en paz.

—Ese siglo ya casi ha terminado, Arabella —le recordó Fe cuando la imagen en el espejo se desvaneció—. Solo te quedan unos pocos días. Cinco, para ser exacta. Sabes lo que eso significa, ¿verdad? Si no rompes la maldición en los próximos cinco días, morirás. —Señaló a los sirvientes—. Ellos morirán. —Gesticuló hacia Esperanza y las damas de compañía—. Moriremos todas.

Apenas terminó de hablar, se oyó un golpeteo lejano. Era el eco de martillazos que llegaba desde la torre del portón hasta las ventanas de la habitación.

Fe tomó la mano de Esperanza y se dirigió hacia la cocina.

—¿Adónde vais? —preguntó Arabella.

—A decírselo —respondió Fe por encima del hombro.

—¡No! ¡Os lo prohíbo! —gritó Arabella—. Ya habéis oído lo que ha dicho. No me ama. De hecho, me odia, y no seré la causa de otra muerte. Todavía tiene una oportunidad de escapar, de vivir. Si supiera la verdad, podría intentar quedarse… Intentar romper la maldición por compasión hacia nosotras. Pero, si sigue aquí cuando el reloj marque la medianoche del quinto día, morirá.

Los martillazos se hicieron más fuertes. Cada golpe era como un clavo hundiéndose en su corazón.

Asonperides se acercó a Arabella y le tomó de la mano.

—El puente que has empezado es asombroso, pequeña —dijo—. Una maravilla, construida solo con restos y con ingenio. A veces los puentes son cosas buenas, pero también son estructuras peligrosas. Muy a menudo se derrumban. Las murallas son mejores, en mi experiencia. Tan amplias y fuertes. Tan impenetrables. Tan seguras. —Posó una mano marchita en la espalda de Arabella—. Sé que sientes algo por el ladrón. No cedas a esos sentimientos. Solo terminará mal. Siempre has sido una chica egoísta. Así arruinaste tu vida y la de todos los demás. No arruines también la de él. Por una vez en tu vida, sé tu mejor versión. Si de verdad amas al ladrón, déjalo ir.

Habría seguido hablando, pero, justo en ese momento, un cruasán cubierto de mermelada de fresa le dio de lleno en la parte trasera de la cabeza. Se quedó pegado un instante y luego cayó al suelo con un chof espeso y húmedo.

Asonperides se volvió furiosa. Allí estaba Fe, con los brazos cruzados y una sonrisa desafiante.

—¡Tú lo has lanzado! —Gruñó Asonperides—. ¡Cómo te atreves!

—Hablas demasiado, bocazas —replicó Fe, y miró a Arabella—. Esta es tu última oportunidad. Lo sabes, ¿verdad?

Esperanza tomó las manos de Arabella.

—Beau debe saber la verdad —insistió.

Una fiereza renació en la mirada de Arabella; la clavó en Esperanza.

—Si le dices una sola palabra, me arrojaré al foso. Lo juro.

—Pero estarías matándote a ti misma —dijo la niña.

Arabella asintió y se soltó.

—Mejor aún, te mataría a ti. Sin dolor. Sin sufrimiento. Sin Esperanza.

Esperanza tragó saliva.

—¿Tanto me odias?

—No tienes ni idea.

—¿Por qué?

—Porque eres cruel. Más cruel que todos estos monstruos juntos —dijo, señalando a su corte—. Me hiciste creer. Una y otra vez. Me hiciste creer que existían cosas como el perdón, la redención, el amor… Incluso para mí. Me hiciste creer que había una salida.

—La hay —insistió la pequeña.

—Ah, ¿sí? —intervino Asonperides con ironía—. Dime, niña, ¿ya has encontrado a tu otra hermana?

Fe le lanzó una mirada de advertencia a Esperanza. Fue rápida y discreta, pero Asonperides la vio.

—Eso pensaba —comentó con una sonrisa cargada de veneno—. El Amor fue la única de vosotras con suficiente sentido común para marcharse de este lugar.

—Quiero vuestra palabra de que no le diréis nada más sobre la maldición. La de ambas —exigió Arabella.

Esperanza parecía a punto de protestar, pero Fe la agarró y la arrastró hacia la puerta, aún empuñando su daga. Gunezarev, Paluc y Celso se acercaban con sigilo, intentando rodearlas.

—Tienes nuestra palabra —dijo Esperanza mientras Fe tiraba de su brazo.

Las dos salieron corriendo de la habitación, cerraron la puerta de un golpe y la aseguraron con la llave maestra.

—Eso las retrasará un poco y nos dará tiempo para escondernos —indicó Esperanza, arrastrando a su hermana por el gran salón hacia la escalera principal.

—Lo hemos arruinado —dijo Fe, guardando su daga en la vaina —. Estamos todas condenadas.

—¡Ni hablar! Lo que acaba de pasar ha sido maravilloso. ¡El mejor resultado posible! —respondió Esperanza.

Fe la miró, parpadeando.

—¿Has perdido la cabeza?

—Piénsalo… Arabella se ha traicionado a sí misma. Nos ha mostrado lo que siente, en realidad. No quiere que le pase nada al ladrón. Prefiere que él se vaya y morir, antes que dejar que se quede y que él muera.

Fe lo pensó un momento.

—¿Crees que de verdad le importa?

Esperanza asintió.

—Sí. Antes, habría hecho o dicho cualquier cosa para que un pretendiente se enamorara de ella. Para romper la maldición. Para salvar su pellejo. Pero nunca los había amado, no de verdad.

Fe sonrió.

—Creo que podemos trabajar con eso.

—Podemos, pero necesitamos la ayuda de Amor. Tenemos que encontrarla, y no tenemos mucho tiempo —señaló Esperanza mientras subían las escaleras.

El brillo de Fe se apagó.

—Ya hemos buscado por todas partes. ¿Y si Asonperides tiene razón? ¿Y si de verdad se fue?

Esperanza la interrumpió:

—Está aquí. Puedo sentirla. —La miró con firmeza—. No pierdas la fe.

SESENTA Y SIETE

Todas las chicas de los cuentos de hadas son mentirosas.

¿Crees que es al lobo a quien Caperucita Roja teme tanto? Esa es solo una mentira que le cuenta a su madre para evitar una paliza. Lo que realmente le aterra es su propio corazón. Es su anhelo de hablar con un desconocido de lengua de plata, y su deseo salvaje de seguirlo al bosque.

No es la reina malvada quien asusta a Blancanieves. Ni el bosque. Eso es lo que les dice a los siete hombres bondadosos para que la acojan. Lo que realmente la devora, como un cáncer, es la creencia de que no tiene más opción que aceptar el veneno que le ofrecen.

Cenicienta cuenta las peores mentiras de todas. Le dice a su madrastra, a sus hermanastras, a los señores y damas, y a cualquiera que la escuche, todo sobre su final feliz. Sonríe hasta que le duelen las mejillas. Pero lo que nunca le cuenta a nadie, es lo mucho que le hacen daño esos zapatitos de cristal. Cómo le abren surcos sangrientos en los talones y le aplastan los dedos de los pies. Cómo le impiden correr. Pisar fuerte. Patear. Cómo, lo único que puede hacer ahora, es caminar. Y cómo, todo lo que hará el resto de su vida, será caminar; despacio, con recato, y dos pasos por detrás.

Si quieres conocer a una persona, no le pidas que te diga su verdad.

Escucha sus mentiras.

SESENTA Y OCHO

—Pronto oscurecerá.

Beau dejó de serrar y levantó la vista. Camille estaba allí, envuelta en su capa azul, con el asa de una cesta de mimbre colgando del brazo.

—Te he traído la cena.

—Gracias —dijo, volviendo al trabajo.

Florian y Henri habían regresado al castillo hacía una hora, pero Beau no había vuelto desde que esa mañana había descubierto la verdad sobre Arabella.

No quería verla, y esta debía de sentir lo mismo, porque ella tampoco se había acercado a la torre del portón, enviándole mensajes y consejos a través de Valmont.

Había trabajado sin descanso, deteniéndose solo para beber agua o comer el bocadillo que Rémy le había llevado al mediodía. El esfuerzo y sus heridas le pasaban factura: el cansancio le marcaba sombras bajo los ojos y el dolor se grababa en su frente, pero se negaba a descansar. Descansar no lo llevaría al otro lado del foso. No lo acercaría a Matti.

Ari le hacía compañía en ese momento, entretenida lanzando piedras a los monstruos del foso. A Beau no le molestaba tenerla cerca; estaba demasiado consumido por la rabia. Rabia contra Asonperides y su corte grotesca. Contra Valmont, Percival y los

demás sirvientes. Contra Arabella. Pero, sobre todo, contra sí mismo, por haber creído cosas en las que no debía creer. Por haber deseado cosas que no debía desear.

Había sido un tonto al pensar que Arabella podría preocuparse por él.

Una vez había conocido el amor. Hacía mucho tiempo. Olía a romero y clementinas. Sabía tan dulce como los pastelitos de San Juan. Se sentía tan cálido como el sol de Cataluña. Perderlo lo había vuelto una criatura salvaje: solitaria, desconfiada, y siempre alerta ante las trampas.

Y así seguiría siendo.

—Te he preparado un plato de pollo —dijo Camille, intentando entablar conversación—. Con patatas asadas, salsa, panecillos…

Beau iba a pedirle que dejara la cesta y se fuera cuando Ari, cuando esta se dio la vuelta con brusquedad y olfateó el aire. Soltó la piedra que tenía en la mano y salió corriendo de la caseta, con la expresión de quien acaba de oler un cadáver de una semana.

Camille la vio marcharse.

—Odia el olor del pollo asado. Todas lo odian —explicó y se volvió hacia Beau—. ¿El trabajo va bien?

—Ya casi termino —respondió el joven—. Debería estar listo en unos días.

—Ajá —murmuró Camille, bajando la cabeza.

—¿Pasa algo? —preguntó Beau, observándola.

Camille dejó la cesta en el suelo. Sus ojos brillaban, llenos de emoción.

—No te importa nadie, ¿verdad? Excepto tú mismo.

—¿Qué? ¿De dónde ha venido eso? —replicó Beau, echándose hacia atrás.

—La amas.

—¿A quién?

—Oh, por favor.

—No sé de qué hablas.

—¿Por qué estás tan enfadado?

—¿Tal vez porque me ha encerrado aquí?

Camille soltó un bufido de disgusto.

—Ella no te ha encerrado. Ya te lo ha dicho.

—No la creo.

—Pues deberías, porque no lo hizo.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿quién lo hizo?

—Yo —confesó Camille.

Beau soltó una carcajada incrédula.

Camille alzó la barbilla y cruzó los brazos.

—Una noche, le robé la llave a Percival de su habitación, mientras se bañaba. Abrí la puerta de la torre y devolví la llave antes de que terminara. Más tarde, esa noche, saqué el caballo de labranza del establo, lo até al torno y levanté el rastrillo. Unas horas después, tú y tus amigos entrasteis en el patio.

Beau la observó con atención y dejó la sierra a un lado.

—No me estás mintiendo, ¿verdad?

Camille negó.

—Maldita sea, Camille, ¿por qué? —exigió saber.

—¡Porque mi hija pequeña es una figura de reloj y mi marido también! —gritó Camille en respuesta—. ¡Porque quiero recuperarlos! ¿Es suficiente razón para ti?

La mirada de Camille —una mezcla de dolor, rabia y miedo— era tan cruda que Beau tuvo que apartar la vista.

—Lo siento, de verdad. Pero no puedo fingir…

—No estás fingiendo. La amas, pero no lo admitirás, porque eres un lobo solitario, ¿verdad? El amor es para los tontos, y tú no eres ningún tonto. Eres demasiado duro, demasiado listo. —Le dedicó una sonrisa empapada en vinagre—. Tengo noticias para ti: no eres duro. Eres un cobarde.

Beau levantó las manos.

—Espera, Camille…

Pero la mujer no se detuvo.

—Crees que el amor es para los débiles, pero te equivocas. El amor es para los más fuertes. Los más valientes. Los más fieros. —

Alzó la vista hacia el techo de la torre durante un momento, parpadeando—. Cuando tenía once años, mi madre enfermó. Cáncer.

—Eso es terrible, yo…

—Cállate y escucha —dijo ella—. La enfermedad era un monstruo con cuchillos por dientes, y la devoró. Dios mío, cómo gritaba. Y cuando la garganta le dolía demasiado para gritar, golpeaba la cabeza contra la pared hasta que la sangre corría por el yeso. Maldijo a mi padre, un hombre bueno y gentil. Lo llamó con nombres que me avergonzaría repetir. Todo, porque no podía detener el dolor. Nada de lo que tenía, ni el *brandi*, ni el vino, podía ayudarla. —Camille tragó saliva y siguió hablando—. Mi padre no era médico; no sabía qué hacer. A veces metía la pata y empeoraba las cosas, y entonces se cubría el rostro con las manos y lloraba. Lo intentó con todas sus fuerzas. Le ponía hielo en los labios resecos. Le besaba las manos. La sostenía y le cantaba nanas… —Su voz tembló—. Y al final, cuando sus ojos eran dos pozos negros y su cara solo un cráneo cubierto de piel, le dijo que era hermosa, la mujer más hermosa que había visto. Le dijo lo feliz que lo había hecho. Lo orgulloso que estaba de ser su esposo. Le prometió que cuidaría de nosotras y le pidió que no se preocupara. Estaba muerto de miedo, furioso, perdido y con el corazón roto, pero sonrió, le besó la mejilla y le dijo que estaba bien, que podía irse. —Las lágrimas rodaron por el rostro de Camille—. Eso… Eso, Beau, es amor. —Se secó el rostro con las palmas y salió de allí apresurada.

—Camille, espera… —dijo Beau, yendo tras ella.

Pero ya se había ido.

Lo lamentaba. Lo lamentaba por Camille. Por su madre y su padre. Por su hija y su esposo, y por todos los que estaban atrapados dentro del reloj.

Pero ella se equivocaba.

Él no podía ayudarlos. No podía romper la maldición.

También se sentía culpable.

El remordimiento se le incrustó en los huesos como una enfermedad, mientras recordaba lo horrible que había sido con

Arabella. No la había creído cuando le dijo que no lo había atrapado. Le había gritado, la había acusado de algo que no había hecho… y luego se había marchado furioso.

Beau se apartó del arco y volvió al trabajo. Habría otros. Construiría ese puente. Por sí mismo, sí, pero también por ellos. Así podría ayudar a Camille y a su familia, a Valmont, a Percival… A todos. Así repararía el daño hecho a Arabella. Otros hombres cruzarían el puente, y uno de ellos se enamoraría de ella.

Tomó de nuevo la sierra. Tenía las manos azules por el frío y le dolía todo el cuerpo. Aún quedaba tanto por hacer. Tendría que colocar la tabla sobre pilotes que se tambaleaban. Tendría que enfrentarse a los monstruos del foso mientras lo hacía. Y luego, si el puente aguantaba, si lograba llegar al otro lado, tendría que desafiar tormentas y lobos al cruzar las montañas.

Pero lo haría.

Enfrentaría a todos esos monstruos, y a más, antes que enfrentarse a una sola cosa: a su traidor y pérfido corazón.

SESENTA Y NUEVE

Beau no tenía intención de quedarse dormido.

No habría pasado, si no se hubiera exigido tanto. Si no hubiera estado tan cansado. Y hambriento. Y helado. Y terco.

Se había sentado junto al pequeño fuego que había encendido en el suelo del arco de la puerta y se había recostado contra la pared, pensando cerrar los ojos solo unos minutos.

Dos horas después, había caído tan hondo en el pozo negro del sueño que no oyó las campanadas del reloj dorado que llegaban, atravesando el patio, cuando marcaron la hora: medianoche.

Un suave y seco crujido lo despertó. El sonido de pasos sobre hojas muertas.

Sus ojos se abrieron de golpe y el instinto se impuso.

Al instante, estuvo en alerta; cada sentido punzando, lleno de alarma.

Miró alrededor, pero no vio a nadie. ¿Acaso se había imaginado el ruido? El fuego se había apagado; solo quedaban unas brasas. Había pasado tiempo… ¿Cuánto? Sus ojos se fijaron en el arco. La nieve barría la oscuridad. Un vuelco en el estómago le avisó de que era demasiado tarde. Debería haberse ido de allí hacía horas. Debería haberse dirigido a la seguridad de las caballerizas y cerrado la puerta.

«Cálmate, mocoso, —se dijo en silencio—. No hay nadie aquí,

aparte de ti».

Entonces, vio el brillo de las brasas reflejado en un par de ojos plateados y comprendió que estaba equivocado. Ella estaba allí, al otro lado del arco, agazapada en las sombras.

Por una fracción de segundo pensó en salir corriendo, pero supo que nunca sería capaz de dejarla atrás.

Sus ojos miraron a su alrededor, rastreando en busca de algo que pudiera usar como arma. Pero el martillo… La sierra… Las tablas… Estaban demasiado lejos. Ni siquiera pensó en gritar pidiendo ayuda. Era inútil. Nadie lo oiría.

Estaba solo con la bestia.

Totalmente indefenso.

SETENTA

Arabella emergió de la oscuridad, cautelosa y alerta.

En una mano sostenía un conejo muerto; en la otra, varias ardillas. La sangre oscurecía su hocico. La lamió.

Sus ojos plateados se quedaron fijos en él, observándolo, evaluándolo, mientras caminaba de un lado a otro junto a las brasas encendidas.

«Está decidiendo si matarme o no», pensó Beau.

Ella resopló; un sonido hondo y potente, advirtiéndole que mantuviera la distancia, y luego arrojó sus presas al suelo.

Con lentitud, para no asustarla, Beau se levantó y recogió los trozos y restos de las tablas que había cortado antes, y los colocó sobre las brasas. Pequeñas volutas de humo se elevaron. Delgados dedos se enroscaron en la madera.

Arabella se sentó junto al fuego. Tomó una de las ardillas y le arrancó la cabeza, partiendo el cráneo entre sus dientes. Se la terminó en dos bocados y luego devoró la otra. Mientras desgarraba el pelaje y crujía los huesos, sus ojos se apartaron de Beau y se posaron en el dibujo de carbón del puente que había hecho dos días antes en la pared de la torre.

Era la primera vez que Beau podía sentarse con ella sin huir. La primera vez que podía mirarla sin más. Era un milagro; poderosa. Fiera. Magnífica. Su pelaje era de un gris oscuro y rico. Sus ojos, del

color de una luna invernal. Olía a arroyos plateados, al viento del norte, y a la nieve.

Él extendió una mano temblorosa y tocó el pelaje de su brazo.

Los ojos de Arabella se clavaron en los suyos. Las orejas se aplastaron. El hocico se arrugó y mostró los colmillos.

Pero Beau no tuvo miedo. Unos versos que había leído en su antigua habitación, en un libro de sonetos, acudieron a sus labios; palabras que se le habían quedado grabadas en el corazón:

—¿De qué sustancia estás hecha, que millones de sombras extrañas de ti dependen?

La ferocidad en el rostro de Arabella se suavizó, mostrando sorpresa. Sus ojos se abrieron, y Beau vio en ellos una vulnerabilidad dolorosa. Apartó la mirada con rapidez, sin estar acostumbrada, supuso él, a ver asombro en el rostro de un ser humano. No acostumbrada a ver otra cosa que miedo.

—Soneto cincuenta y tres. Mi favorito —dijo, con la vista fija en el fuego—. No sabía que leías a Shakespeare.

Beau parpadeó, asombrado.

—¿Tú… puedes hablar?

—Por supuesto que puedo hablar. —Se irguió sobre las patas traseras y empezó a caminar hacia su dibujo, pero a mitad de camino se volvió y levantó un dedo con garras—. No toques mi conejo.

—Ni en sueños.

Ella asintió, y luego, algo avergonzada, añadió:

—Supongo que podrías quedarte con una pata, si quieres.

—Estoy bien así.

Arabella le lanzó una última mirada posesiva a sus presas y volvió a su dibujo. Inclinó la cabeza, examinándolo todo, trazando líneas con una garra negra curvada, y borró una parte con la pata. Tras una breve búsqueda, encontró el pedazo de carbón con el que había hecho el boceto y comenzó a redibujar las líneas borradas.

—Los pilotes están demasiado juntos —dijo—. Tenemos que colocarlos más separados, o nunca terminaremos.

«Nosotros», pensó Beau. «Ha dicho *nosotros*, no *tú*. Quería ayudarlo, aunque él no pudiera ayudarla».

La comprensión lo atravesó con una punzada de culpa. Una vez más. Por haberla acusado de algo que no había hecho. No habían hablado desde que salió furioso del castillo. Tal vez, era hora de hacerlo.

—Arabella… —empezó—. Lo siento. Estaba equivocado. Sobre el puente levadizo. Te creo. Sé que no fuiste tú.

Arabella dejó de dibujar, pero no se volvió.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Beau abrió la boca para responder, pero se dio cuenta de que eso podría meter a Camille en problemas. Con rapidez, buscó palabras que no fueran del todo verdad, pero tampoco una mentira completa.

—El tiempo —dijo al fin—. Enfriarme. Pensar las cosas con calma. —Arabella asintió, y Beau continuó. Había algo más que quería decir —: Mira, sobre… Sobre…

El beso, iba a decir. El que tú me diste. El que yo te devolví. Pero ella no lo dejó.

—¿Las tablas? —preguntó—. ¿Has colocado alguna entre los pilotes ya? Creo que podremos usar una más delgada en los tramos largos. Rebotará un poco más, pero, con suerte, no lo suficiente como para mandar tu trasero de ladrón al foso.

—Evitar que mi trasero de ladrón acabe en el foso suena bien —comentó Beau, reprimiendo una sonrisa por su lenguaje.

Después de sacar un trozo de hueso de entre sus dientes con una garra, Arabella borró otra parte de su dibujo y la redibujó, hablando de la extensión y la inclinación, términos que Beau no entendía. Pero comprendía una cosa: ella no quería hablar del beso que habían compartido.

Y él se sintió aliviado, o al menos eso se dijo a sí mismo.

Era más fácil mantener la conversación en los problemas de la superficie, en la solidez de las tablas; en lugar de hablar de tensiones, hacerlo de los fosos y de las cosas que se escondían en ellos.

—Estoy consultando todo lo que puedo encontrar sobre puentes peatonales —continuó Arabella—. Me preocupa el otro extremo del puente. El lado del bosque parece estar más alto que el del portón. ¿Qué hacemos si llegamos allí y quedamos por debajo del nivel?

Beau pensó un momento, y luego tanteó:

—¿Poner una escalera sobre la plataforma?

—No, a menos que quieras darte otro baño —replicó—. He estado mirando dibujos de puentes venecianos para ver si puedo resolver ese problema. Los venecianos hicieron lo mismo que nosotros intentamos hacer, pero un millón de veces mejor. Hundieron pilotes en el cieno y el barro de la laguna, y los unieron con tablones. Después colocaron capas de piedra caliza sobre los tablones para que sirvieran de cimientos para los edificios. Fue un trabajo duro y feo, pero, aun así, con madera, lodo y piedra, esos constructores crearon una de las ciudades más bellas del mundo.

—¿Una ciudad entera construida sobre el agua? —dijo Beau—. No parece posible.

—Un embajador veneciano me contó, una vez, historias sobre su hogar. Lo hacía cobrar vida: los palacios y el arte, la música y los bailes de máscaras, el olor del aire salado, las canciones de los gondoleros… —Su voz se apagó. Cuando volvió a hablar, sus palabras estaban llenas de anhelo—. ¿Puedes imaginar su belleza, Beau? Por eso construyen los arquitectos, ¿no? Por eso intentan que sus castillos y catedrales toquen las estrellas. Para que podamos pararnos sobre los hombros del pasado y ver el infinito.

Beau la miró y pensó: «Esta criatura triste y brillante también ha estado prisionera aquí. Mucho más tiempo que yo».

La magnitud de aquello —los años que había pasado viviendo en aquel lugar sombrío, aislada del mundo— golpeó a Beau con fuerza.

«Qué sola ha debido estar, —pensó—. Qué tortura, para una mente tan viva y curiosa».

—Romperás este hechizo, Arabella. Irás a Venecia algún día. Lo sé —dijo él, con la voz de repente ronca.

Arabella le ofreció una fantasmal sonrisa.

—Tal vez. —Miró su dibujo de nuevo, frunciendo el ceño con preocupación—. Aún queda tanto por hacer, y solo tenemos cuatro días. —Luego, como si se corrigiera, añadió con rapidez—: Para adelantarnos al invierno, quiero decir. —Hizo una mueca y se rascó detrás de una oreja, con furia—. Pulgas. Qué fastidio. Todas las mañanas tengo que ahogar a los malditos bichos en un baño caliente.

Beau soltó una carcajada. Le gustaba esta Arabella-bestia. Era directa y divertida. Malhablada. Glotona y grosera. Y lista. Endiabladamente lista. Igual que la otra Arabella.

Aún con el carbón en la mano, Arabella caminó hacia otra pared, sin dibujos.

—Ojalá tuviera tiempo. Y cabrestantes. Una cantera de granito. Caballos y carretas. Y doscientos albañiles —enumeró—. ¡Qué puente podría construir entonces!

Empezó a dibujar, no una pasarela tambaleante hecha de tablones viejos, sino una maravilla arqueada, lo bastante ancha para que dos carruajes pudieran cruzarse a la vez, con pasarelas con barandillas y faroles de hierro.

Beau le hacía preguntas mientras ella dibujaba, una tras otra, solo para oír la pasión en su voz al responder. Una vez más, perdidos en el trabajo, en la conversación y el uno en el otro, Beau y Arabella se olvidaron del tiempo.

Hasta que Beau, sintiendo el peso de la falta de sueño, bostezó. Hasta que se frotó la cara con ambas manos, intentando sacudirse el cansancio. Hasta que el estómago le gruñó pidiendo comida.

—Me pregunto si Camille estará despierta —dijo—. Necesito una taza de su café. Y un cruasán calentito… o cinco.

Arabella se volvió hacia él y parpadeó, como si la hubiera sacado de un trance. Luego, dirigió la mirada hacia el arco. Seguía nevando, pero la oscuridad empezaba a aclararse.

—Oh, no. Oh, maldición. ¡Beau, dame tu camisa, rápido!

Él la miró con suspicacia.

—¿Mi camisa? ¿Por qué?

—Solo dámela —exigió.

Beau negó. No quería quitarse la camisa. No delante de ella.

—Toma —dijo, alcanzando su chaqueta—. Lleva esto.

—Es demasiado corta. Necesito tu camisa.

—No.

—¡Por el amor de Dios, Beau! —gritó ella, con los ojos desorbitados, llenos de pánico—. ¡No tengo tiempo para discutir!

—No puedes tenerla. Es que… hace mucho frío. Tengo mucho frío.

—Dentro de sesenta segundos la que tendrá mucho frío seré yo, porque voy a estar completamente desnuda. ¡Por decencia, Beau, dame tu maldita camisa!

SETENTA Y UNO

—Date la vuelta.

—¿De eso se trata?

—¿Eres la única a la que se le permite tener pudor?

—*Touché* —dijo Arabella, dándole la espalda a Beau—. Pero, de todas formas, necesito esa camisa. Ahora mismo.

Estiró la mano hacia atrás y, unos segundos después, sintió que él ponía la prenda sobre su palma. Apretándola, corrió hacia el otro lado de la torre del portón, justo a tiempo para esconderse detrás del torno.

Un instante después, comenzó su agonía. La había soportado cada noche durante un siglo, pero, aun así, la intensidad siempre la rompía. Todo lo que era demasiado grande, demasiado fuerte —los largos huesos de sus extremidades, sus dientes, su hocico, sus poderosos músculos—, se encogía hacia dentro. Sentía como si todo su cuerpo, cada pulgada de carne, cada tendón, vaso y nervio, estuviera siendo doblado dentro de una caja demasiado pequeña. Contuvo sus gritos para que Beau no los escuchara, y entonces, justo cuando creyó que enloquecería de dolor, terminó. Volvió a ser humana, comprimida y contenida.

Respiró hondo unas cuantas veces, y se enfundó la camisa de Beau. No tenía botones, solo una abertura en forma de uve en el cuello, y se deslizó sobre su cabeza con facilidad. Los puños le

colgaban sobre las manos y el dobladillo le caía hasta los muslos. No era cálida, pero al menos estaba cubierta.

—G-gracias —dijo, con los dientes castañeteando, cuando salió de detrás del torno.

—Deberías entrar antes de morir congelada —respondió él. Se había puesto la chaqueta. Era de cuero, suave y gastada, sin cuello.

—Tú también deberías.

—Tengo que atender el fuego.

—Te esperaré.

—No hace falta.

Arabella asintió, incómoda, sin entender nada. Un momento antes, él se había disculpado. No lo esperaba y, en lo más profundo, la había complacido que la creyera, pero ahora había vuelto a levantarse un muro entre ellos. Ni siquiera la miraba y ella no sabía la razón.

—Está bien —dijo, abrazándose para darse calor—. Te veré dentro.

Beau no respondió. Se inclinó hacia el fuego, removiendo las brasas y, al hacerlo, la parte delantera de su chaqueta se abrió, dejando al descubierto su cuello, parte del pecho y la curva de su hombro izquierdo.

Se apresuró a cerrársela de nuevo, pero no fue lo bastante rápido.

Arabella se detuvo en seco al verlo. Lo miró. No pudo evitarlo.

Beau la sorprendió observándolo. Tiró de la chaqueta, tratando de cubrirse, con el rubor subiéndole por las mejillas, y Arabella sintió que acababa de ver algo que no debía. Algo que él nunca habría mostrado por voluntad propia.

«Mira a otro lado, —le dijo una voz interior—. Mira el dibujo. Esa pila de cuerdas. El suelo. Cualquier cosa, menos a él».

Pero no lo hizo.

—Supongo que tenías razón, ¿eh? —dijo Beau con amargura—. No soy nada *bello*.

Arabella no respondió.

En cambio, tomó su chaqueta y, mirándolo a los ojos en busca de permiso, se la apartó de los hombros, quedando colgada en los pliegues de sus brazos.

Contuvo el aliento y, con suavidad, tocó una de las cicatrices.

—¿Todavía duelen? —Beau asintió—. ¿Qué te pasó?

Él negó con la cabeza.

—Está en el pasado y debería quedarse allí.

—Cuéntamelo.

Beau se quedó muy quieto durante un momento, y Arabella supo que luchaba consigo mismo, decidiendo si debía confiar en ella o no. Por un segundo fugaz, vio la indecisión en sus ojos, una vulnerabilidad cruda; pero enseguida su rostro se endureció. Se subió la chaqueta de nuevo y un segundo después ya cruzaba la torre, rumbo a la puerta.

—Beau, espera… —Este se detuvo, pero no se volvió—. Gustave prepara un ungüento que alivia el dolor. Podría ayudarte.

—No necesito el ungüento de Gustave. Lo único que necesito es salir de aquí.

Cuando se marchó de la caseta, sus pasos sonaron definitivos, irrevocables, como el portazo de una celda. Arabella lo miró alejarse, temiendo haber ido demasiado lejos, haberlo empujado demasiado. Temiendo que fuera el final.

Hasta que una niña entró en la caseta y, con una voz pequeña y tranquila, dijo:

—No dejes que lo sea.

Arabella la miró. Era la primera vez que estaban solas en mucho tiempo.

—Ve con él. Date prisa. El reloj se está acabando.

Arabella negó.

—Me odia.

—Se odia a sí mismo —dijo Esperanza—. Tenéis mucho en común.

—Ya estás otra vez… Prometes tanto.

—Yo doy posibilidades. Convertirlas en certezas es tu tarea.

Arabella se quedó de pie, mirando con temor hacia el arco.

Entonces, Esperanza le dio un pequeño empujón.

Fue todo lo que necesitó.

Siguió adelante, atravesó el arco y salió al patio, con sus pasos acelerándose hasta que empezó a correr.

SETENTA Y DOS

Arabella corrió hacia el interior del castillo y subió por la escalera.

Cuando llegó a la torre, estaba sin aliento.

Se detuvo frente a la puerta de Beau, aún vestida con su camisa demasiado grande, y llamó.

Pero él no abrió.

Giró el picaporte, pero estaba cerrado.

—¿Beau? Beau, sé que estás ahí. Abre la puerta —dijo, golpeando con la palma de la mano.

No hubo respuesta.

—Estás siendo infantil, Beau.

Nada.

—¡Cobarde! —gritó, dándole una patada a la puerta.

Siempre preocupada por el reloj que seguía su curso, Arabella se dejó caer al suelo, apoyando la espalda contra la puerta, sin saber qué hacer.

Un momento después, escuchó el sonido de unos pasos apresurados. Levantó la vista y vio a Fe corriendo hacia ella.

—¿Por qué estás sentada en el suelo? —preguntó, jadeando.

Arabella le dedicó una débil sonrisa.

—Como siempre, tu hermana me ha hecho una deslumbrante promesa y me ha dejado con las manos vacías —respondió.

—¿Quieres un poco de queso con ese lamento? —dijo Fe.

—¡No estoy lamentándome! —replicó Arabella, ofendida—. Solo…

Fe la interrumpió:

—El ladrón no dejaría que una puerta cerrada lo detuviera.

—Él sabe forzar cerraduras. Yo no.

—Entonces, tienes suerte de que haya venido —indicó la pequeña. Metió la mano en el bolsillo y sacó la llave maestra.

—¿Fuiste tú quien la robó? —preguntó Arabella, indignada.

—No, exactamente. La conseguí de alguien… De alguien que la volvió a robar.

Antes de que Arabella pudiera seguir interrogándola, nuevas voces resonaron por la escalera.

—¿*Lady* Arabella? ¿Estás ahí? ¿Qué te pasa? ¡Ese comportamiento no te corresponde! ¡Es un vulgar criminal!

—¡Aléjate de esa puerta! ¡Antes de que la abra y te parta la cabeza con una silla!

—Ugh…, ahí vienen —murmuró Fe. Cruzó el rellano a toda prisa y se escondió detrás de una mesa—. Puedes hacerlo. Cree en ti misma.

Arabella se irguió un poco más, animada por sus palabras.

—¿Crees en mí? —preguntó.

Fe se encogió de hombros y giró la mano de un lado a otro.

—Ehhhh… —dijo, y se agachó.

Unos segundos después, las damas de la corte de Arabella llegaron al rellano, alborotadas como un saco de ratas.

—No quiere saber nada de ti, ¿no lo ves? ¡Nadie quiere!

—Solo te besó porque le diste pena.

—Vas a hacer el ridículo.

Arabella se volvió hacia la puerta de Beau, apretando la llave entre las manos. Intentó reunir valor para girarla, pero era imposible sentirse valiente mientras las palabras de sus damas resonaban a su alrededor. Durante cien años, esas voces venenosas le habían susurrado al oído, pero ahora deseaba escuchar otra voz: la suya propia.

—¡Silencio! —ordenó, dándose la vuelta de golpe.

Densed retrocedió, horrorizada. Se llevó una mano al pecho.

—Una dama nunca alza la voz —reprochó—. Es vulgar y poco digno, y… y…

—Te he dicho que pares.

Densed dio un paso atrás. Parecía más pequeña.

—*Lady* Asonperides se enterará de esto —amenazó.

Diome le aferró el brazo con fuerza y empezó a sollozar. Densed la sacudió.

—¡Oh, deja de gimotear!

Diome rompió en llanto.

—¿Diome? ¿Eres tú la que hace todo ese ruido? —preguntó Gunezarev, que venía detrás con Paluc.

—¿Quién la ha hecho llorar? —exigió saber Gunezarev—. Has sido tú, Densed, ¿verdad? Eres una bruja.

Densed la miró de arriba abajo.

—¿Dónde has conseguido ese vestido, querida? ¿Se lo has robado a una mendiga?

Gunezarev jadeó y le lanzó un insulto.

Densed le devolvió uno peor.

Celso, Lubijo y Ari se unieron al alboroto y los gritos aumentaron.

Arabella las dejó discutir. Cuadró los hombros, se volvió, metió la llave en la cerradura, la giró y empujó la puerta.

Beau estaba tendido en la cama, con los pies en el suelo, mirando al techo.

—Estás invadiendo mi privacidad —dijo.

—Supongo que estamos empatados —respondió Arabella. Cruzó el cuarto y se dejó caer junto a él.

—No te he invitado a mi habitación, y mucho menos a tumbarte en mi cama —indicó, sin apartar la vista del techo.

Arabella giró la cabeza hacia él.

—Me he autoinvitado. Ya que es mi habitación. Y mi cama.

Mientras Beau intentaba concentrarse en el techo y Arabella lo miraba a él, ninguno de los dos escuchó cómo las damas entraban en la habitación y se colocaban como espectadoras en un círculo,

ansiosas por ver correr la sangre.

Fe se escabulló tras ellas, en silencio.

Arabella estaba asustada, pero reunió su nueva reserva de esperanza y fe, y volvió a intentarlo:

—¿Cómo te hiciste esas cicatrices?

—Arabella, no quiero hablar de eso.

—Tú lo sabes todo sobre mí, Beau. Todo —remarcó—. Y yo no sé nada de ti. Exiges que comparta mis secretos, pero guardas los tuyos.

—Sabes lo que importa: que soy un ladrón.

Arabella pensó en cómo había saltado al foso para salvarla. En cómo le había enseñado a robar bolsillos. A bailar de nuevo. A reír de nuevo. Pensó en los versos del soneto que le había recitado, y en cómo la habían hecho sentirse, por primera vez en cien años, como algo más que un monstruo.

—Beauregard Armando Fernández de Navarre —dijo en voz baja —, eres mucho más que un ladrón. ¿No lo ves?

Le tomó la mano, temerosa de que él la apartara, pero no lo hizo. Entonces, volvió a preguntarle cómo se había hecho las cicatrices.

—No te rindes, ¿eh? —soltó Beau. Permaneció callado durante un largo rato, con su mirada lejos, en el pasado. Finalmente habló—: Le robé la cartera a un hombre. Me atrapó y trató de apuñalarme hasta matarme.

Arabella sintió que el corazón se le partía en pedazos.

—¿Cuándo…? —empezó, pero se le quebró la voz. Tragó saliva y volvió a intentarlo—. ¿Cuándo ocurrió? ¿Qué edad tenías?

Beau cerró los ojos.

—Diez.

SETENTA Y TRES

Beau guardaba una caja de recuerdos en su mente, llena de tesoros. A veces la sacaba y los giraba entre sus pensamientos, como si fueran trozos de vidrio de mar o guijarros pulidos: la pequeña casa de piedra y la luz del sol colándose por las ventanas; un cuenco de clementinas sobre la mesa; el sonido de una mujer cantando.

Eran suyos, solo suyos.

Nunca se los había mostrado a nadie.

Y ahora Arabella quería verlos.

«Sería más fácil abrirme el pecho con un cuchillo y mostrarle mi corazón», pensó.

Arabella tenía los ojos llenos de lágrimas, volviéndolos dos estanques plateados y brillantes.

—Cuéntamelo —le pidió.

—El hombre había salido de una taberna, borracho. Pensé que sería una presa fácil, pero sintió el momento en que agarré la cartera, y sacó un cuchillo. Cuando todo terminó, yo estaba en el suelo con una hoja clavada en el pecho. De alguna forma, no tocó el corazón.

Beau seguía mirando al techo; Arabella también.

Ninguno vio a otra dama entrar en la habitación —una que no había caminado, libre, por los pasillos del castillo en décadas—: *lady* Camposino. Alta y de complexión fuerte, llevaba un vestido azul

celeste, sin ninguna joya. Su largo cabello castaño le caía por la espalda. Se sentó en la única silla del cuarto. Las demás damas retrocedieron al verla, como un nido de cobras que acababan de ver una mangosta.

—¿Qué pasó después? —preguntó Arabella.

—Raphael me encontró. Me recogió. Me curó. Me salvó la vida. Cuando mejoré, me dijo que era bueno que mi rostro se hubiera salvado, porque sería su fortuna. Me enseñó todo lo que sabía: cómo robar bolsillos y cerraduras, cómo asaltar tiendas y casas. Trabajé en las calles de Barcelona durante años, hasta que las cosas se pusieron demasiado difíciles y nos fuimos al campo. Allí, en España, y luego a Francia. Tenía quince años cuando empecé a trabajar como ayudante de cocina en casas de ricos. Era alto, por lo que las sirvientas siempre pensaban que era mayor. Unas cuantas miradas románticas, algunos besos robados, y me contaban lo que quería saber: dónde guardaban la plata, las joyas, la caja fuerte… —Abrió los ojos y se volvió hacia ella—. Ahí lo tienes. Mi historia.

Arabella se secó las lágrimas con el puño.

—Mentiroso. No me has contado nada. Tenías solo diez años cuando robaste la cartera. ¿Por qué estabas solo? ¿Dónde estaban tus padres?

Beau inhaló fuerte. Esto era justo lo que temía: que Arabella no se detuviera, que intentara desenterrar todas las sombras que había enterrado.

—Beau… —insistió.

Él soltó el aire de golpe, y las palabras le siguieron.

—Mi madre murió al dar a luz. El bebé, una niña, murió con ella —declaró—. Mi padre quedó destrozado y empezó a beber. Una noche se cayó de un puente y se ahogó. Yo tenía nueve años. Mi hermano, Matteo, tres. No había nadie que nos cuidara, así que nos enviaron a un hospicio. Nos separaron y nos golpeaban por cualquier motivo, o por ninguno. Lo escuchaba, Arabella. Escuchaba a Matti gritar mientras lo azotaban. Era tan pequeño… —La voz de Beau se quebró. Su garganta trabajó en silencio durante un largo instante

antes de poder continuar—: Una noche, fui a por él y huimos.

Lady Apen entró en la habitación, en silencio.

Las demás le hicieron señas para que se uniera a ellas, pero no quiso. Se quedó sola, descalza, con el cabello blanco cayéndole por la espalda, y las lágrimas corriéndole por las mejillas.

Gunezarev la señaló y soltó una risita.

Camposino la escuchó y negó con la cabeza. Se acercó a Gunezarev y ordenó:

—Basta.

—¿Un niño de nueve años y otro de tres, solos? —dijo Arabella—. ¿Cómo sobrevivisteis?

—Robábamos huevos de los gallineros —explicó Beau—. Bebíamos leche directamente de las vacas en el campo. Arrancábamos zanahorias de los huertos y manzanas de los árboles. Dormíamos en graneros. Pero luego llegó el mal tiempo, y encontrar comida fue cada vez más difícil. Matti siempre tenía hambre, y siempre estaba helado. Necesitaba calor y un techo. Así que, lo llevé a un convento en el barrio viejo de la ciudad y le rogué a las monjas que lo cuidaran. Eran pobres y dijeron que no podían, pero les prometí que pagaría su manutención. Robé el dinero. Al principio, solo; luego, con la banda. Me guardaba unas monedas. Raphael nunca lo supo.

—¿Dónde está Matteo ahora? Debe de tener… ¿Qué? ¿Trece años? ¿Ha dejado el convento?

—Sigue allí. Está enfermo. Tisis.

Arabella palideció al escucharlo. Sabía que quienes padecían tisis rara vez se recuperaban.

—Lo siento tanto, Beau.

—No lo sientas, Arabella. No lo sientas —dijo él con vehemencia —. Va a recuperarse. Lo hará. Voy a sacarlo de allí. Le prometí a mi madre que lo cuidaría. He roto todas las demás promesas que he hecho, pero esa no la romperé.

Se incorporó, agitado, inclinándose hacia delante con los antebrazos apoyados en las rodillas. Los rayos de la mañana se

posaban sobre su rostro, marcando las nuevas sombras en sus mejillas y en las líneas tenues de su frente.

—Lloró tanto cuando me fui. A veces lo oigo. Llamándome. Rogándome que no me vaya. Nunca desaparece. Solo empeora.

—¿Qué quieres decir?

Beau la miró; sus ojos eran pozos profundos de dolor.

—Mis padres eran pobres —explicó—, pero mi madre quería más para nosotros. Vendió lo único de valor que tenía, una pequeña pulsera de oro, para pagar mi escuela. Aún la veo. En mis recuerdos, en mis sueños. Está destrozada por lo que he hecho. Por lo que soy.

—Beau, lo que te pasó a ti y a Matti no fue por tu culpa —dijo Arabella.

—Pfff… Sí que lo fue —murmuró Paluc.

Camposino la oyó.

—¿Necesito explicarte lo que significa *basta*? —le preguntó.

—Solo… desearía que las cosas hubieran sido distintas —comentó Beau, roto.

Mientras hablaba, Paluc le respondió a Camposino con un insulto.

Densed abofeteó a Apen.

Apen, furiosa, tiró a Densed al suelo.

Gunezarev empujó a Diermontirem.

Entonces, estalló una pelea ensordecedora, mientras las damas luchaban por imponerse unas a otras.

Arabella, observando con angustia cómo se golpeaban entre gritos, se sintió sacudida por emociones contrarias. Por un momento, la dominó la furia. Luego, una risa histérica burbujeó en su garganta, solo para ser reemplazada al instante por una pena fría y aplastante.

—Ojalá las cosas hubieran sido distintas —comentó con un suspiro pesado—. Eso es quedarse corta, Beau. Es el eufemismo del año. No, del siglo. Cien largos años; impotentes, sin esperanza, sin alegría, aterradores, asfixiantes, grises y podridos. Si al menos las cosas hubieran sido distintas. ¿Por qué no podemos volver atrás en el tiempo? —Intentó contenerse, pero la presa se rompió, y

entonces, como una riada furiosa bajando por un cauce seco, los sollozos la arrasaron por completo.

Beau, preocupado, le tomó la mano y la apretó.

Arabella le devolvió la presión, llorando. Un instante después, cuando el torrente se redujo a un hilo, bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas y, con voz temblorosa, dijo:

—Sé que no serás tú quien rompa la maldición. Sé que tú no tienes… sentimientos… Dios, esto es tan incómodo… Sé que no me quieres. Pero prometí que haría todo lo posible para sacarte de aquí, y lo decía en serio. No hay tiempo que perder. Cuanto antes te vayas, antes podrás reunirte con tu hermano.

Había una sombra en la voz de Arabella, algo que no quería ser visto. Beau la notó y se quedó pensando en ello. Habría insistido, de no ser porque él mismo luchaba por ocultar algo.

—Beau…, ¿me has oído? —preguntó ella, soltándole la mano, para ponerse de pie—. Deberíamos irnos. Hay mucho por hacer. ¿Beau? Te has quedado callado. ¿Pasa algo?

Este la miró.

—Sí, Arabella —dijo—. Pasa algo. Estás equivocada. Yo sí que te quiero.

SETENTA Y CUATRO

En la pequeña habitación de Beau cayó el silencio.

Las damas dejaron de pelear y se quedaron inmóviles. Todas, excepto Esperanza, que se había unido a Fe. Le dio un codazo a su hermana y dijo:

—¡Mira! ¡Mira! Es Alegría. —Señaló a la cortesana que acababa de llegar: una mujer pelirroja, pecosa y sonriente, con curvas generosas, envueltas en un vestido color lavanda. Nadie la había visto en un siglo.

Arabella se quedó tan inmóvil como el resto de su corte. Todo lo que podía escuchar era el estrépito de su propio corazón.

¿Cómo había pasado esto? Esperanza y Fe no habían encontrado a *Amor* y, sin embargo, Arabella sabía que lo que sentía era real. ¿Se habría equivocado Asonperides? ¿Estaba Amor en algún lugar del castillo?

Arabella cerró los ojos, convencida de que sus damas le estaban jugando una broma cruel. Temía que, si se movía, o hablaba, o incluso respiraba, Beau negaría lo que había dicho. Que le diría que lo había oído mal. Que se reiría de ella. Pasaron unos segundos. Medio minuto.

Entonces, Beau habló de nuevo, con un tono herido en la voz.

—Por lo general, cuando alguien pone su corazón entero sobre la mesa, obtiene una respuesta. Aunque no sea la que quiere oír.

Aunque…

—¿Qué has dicho? —preguntó Arabella, casi en un susurro.

Beau la miró, incrédulo.

—Perdona… ¿Te estoy aburriendo?

—No.

—¿No estabas escuchando?

—Sí… Te he escuchado. Pero no puedo… No puedo creerlo del todo… ¿Has dicho…?

—¿Qué te quiero? Sí, Arabella. Lo he dicho.

—¿A mí…?

—Sí.

—Pero… ¿estás seguro de que te refieres a mí?

—Solo quieres que lo repita.

Arabella abrió los ojos y lo miró.

—Sí, Beau. Quiero escucharlo otra vez. Más de lo que he querido cualquier cosa en toda mi triste, extraña y desastrosa vida.

Pero en sus ojos había más dolor que alegría. Era como una criatura pobre que había pasado tanto tiempo encerrada que ya no recordaba cómo era ser libre.

Beau vio su angustia. Se levantó y le sostuvo el rostro entre las manos, pasando el pulgar por su pómulo.

—Te quiero, Arabella. Lo diré mil veces, si hace falta. Si eso es lo que rompe la maldición. —Sus ojos buscaron los de ella—. ¿La hemos roto? ¿Ya se ha acabado?

Arabella negó.

—Aún no. Falta una cosa más por hacer. Cruzar el puente, desandar los años…

—Y escapar de esta prisión hecha por tus miedos —terminó Beau.

Entonces, sus labios se encontraron, y ella sintió el calor en su beso. Y el deseo. Y una promesa —una que olía a humo de leña en una noche de invierno, que sabía a un caballo veloz en un bosque peligroso, y a regresar a casa justo antes del anochecer.

—Te quiero, Arabella —confesó Beau—. Te quiero, y

terminaremos el puente, y luego lo cruzaremos juntos. —Hizo una pausa y añadió con cautela—: O al menos eso creo.

—¿Crees? —repitió Arabella, con una sombra de duda empañando su recién hallada felicidad.

—Sí, *creo*. Estoy un poco… a la deriva, ahora mismo —dijo Beau, impotente.

—No te entiendo.

—¿Tú… me quieres?

Arabella lo miró, atónita.

—Sí, por supuesto que te quiero. ¿No lo sabes?

—Curiosamente, no. Teniendo en cuenta que has intentado matarme varias veces.

—Tenía miedo de demostrarlo. Miedo por ti, sobre todo. De que te quedaras aquí, condenado como el resto de nosotros. —Le tocó el rostro, necesitando asegurarse una y otra vez de que era real, de que *esto* era real—. Y miedo por mí. Miedo de que vieras mis sentimientos y te burlaras de ellos.

Beau hizo salir a todas las damas de la habitación y cerró la puerta. Luego, tomó a Arabella en sus brazos y la besó hasta que a ninguno de los dos les quedó aire.

—Pídele otra camisa a Percival —le dijo ella, separándose a regañadientes del beso—. Y toma un poco de café. Vamos a necesitarlo. Tenemos que terminar un puente.

Tras un último beso, Arabella se marchó, atravesando toda su corte en dirección a su habitación.

Desde lo más profundo del castillo, el reloj dorado dio la hora —las ocho en punto—, recordándole que el tiempo se acababa. Que quedaban muy pocos días. Casi se dio la vuelta en ese mismo instante. Casi corrió de regreso hacia Beau para decirle que no había escuchado la peor parte del poema del relojero —que había un final para la maldición, y que estaba muy cerca.

Él lo entendería; lo sabía.

Pero una voz pequeña y asustada dentro de ella, marcada por un siglo de tristeza, se negó a confiar en el amor. Durante tanto tiempo

le habían dicho que las chicas que sentían demasiado, pensaban demasiado y hablaban demasiado, no lo merecían, que desconfiaba.

Esa voz le dijo que guardara silencio.

Le dijo que Beau podría enfadarse si lo sabía. Que podría perderlo.

Y así, Arabella cometió un terrible error: le hizo caso.

SESENTA Y CINCO

Camille acarició la hermosa calabaza anaranjada que Gustave acababa de traerle. Luego, tomó su cuchillo grande.

—¿Qué vas a hacer con ella? —preguntó él.

—Una Charlotte, para la cena de esta noche —le explicó—. Rellena con una *mousse* de calabaza especiada y bordeada con bizcochos de chocolate.

—¡Umm! ¡Yo seré tu catadora! —dijo Josette, apilando cruasanes aún calientes en una bandeja para el desayuno de Arabella y Beau.

La cocina rebosaba de entusiasmo. La noticia se había esparcido por todo el castillo —gracias a Esperanza y Fe, maestras del arte de escuchar detrás de las puertas—, y sabían lo que había ocurrido en la habitación de Beau.

—Amor… —había dicho Valmont, escéptico, con las cejas fruncidas, mientras los sirvientes se agrupaban alrededor de las dos chicas.

—Sí —había respondido Esperanza.

—¿Amor, *amor*? —preguntó Lucile.

—¡Sí! —exclamó Esperanza.

—¿A-M-O-R? —Añadió Florian.

—¡Florian, sabes deletrear! —dijo Fe, aplaudiendo con falsedad —. ¿Quieres que te enseñe otras palabras de cuatro letras?

—Entonces…, está aquí, en algún lugar. ¿Tu otra hermana? —

preguntó Valmont.

—Nadie la ha visto.

—Debe de estarlo —respondió Esperanza—. Arabella se ha enamorado, ¿no?

—Todavía no la hemos encontrado —reconoció Fe.

—Pero lo haremos. Lo haremos —añadió Esperanza, como si intentara convencerlos a todos. Y a sí misma.

—¿Sabes lo que esto significa? —preguntó Percival en voz baja.

—Significa que *lady* Arabella cruzará el puente, y la maldición se romperá —respondió Phillipe—. Significa que viviremos.

Percival apretó el trapo de cocina que tenía en las manos hasta que se le pusieron blancos los nudillos. Miró a Phillipe.

—¿Lo recuerdas? —le preguntó—. ¿La pequeña cabaña de piedra en el bosque?

Todos la recordaban. Los dos la habían comprado con sus ahorros, con la esperanza de retirarse allí algún día.

Durante un largo instante, Phillipe no pudo responder.

—Sí —afirmó por fin, intercambiando, con Percival, una mirada de anhelo y esperanza que había tardado un siglo en gestarse.

Todos los sirvientes tenían esperanza, aunque les daba miedo. Esperaban poder salir del castillo y cruzar el puente también. Esperaban no volver a oír nunca más el tictac del reloj dorado marcando los minutos, las horas y los años de sus vidas.

Pero no todos en el castillo recibieron la noticia con alegría.

Lady Gunezarev y *lady* Lubijo irrumpieron en la cocina en un torbellino de gris y rojo, chillándole a los sirvientes. Una llevaba un trozo de cuerda, y la otra un par de grilletes de hierro.

—¿Dónde están? ¿Metiendo sus mugrientos dedos en la masa? ¿Robando dulces? —exigió saber Lubijo.

—Las niñas que buscan no están aquí, Sus Señorías —respondió Percival, con la voz cargada de desprecio.

Lubijo lo notó.

—Cuidado, viejo —le advirtió—. Seguimos al mando. ¿Te gustaría pasar un tiempo encerrado en la bodega? Puedo arreglarlo.

Mientras hablaba, Rémy se acercó con una bandeja de salchichas recién hechas. Estaba tan sucio como siempre, salpicado de grasa y hollín, y dejando tras de sí el aroma a salvia, tomillo y nuez moscada.

Los labios toscamente pintados de Lubijo se torcieron en una mueca, al verlo pasar. Apretó el collar de perlas que llevaba al cuello y comenzó a jadear como un gato con una bola de pelo.

—¡Dios mío, qué peste! —gritó.

Rémy se detuvo y la miró con incertidumbre.

Gunezarev se abalanzó.

—Sí, eso es. Está hablando de ti, mocoso apestoso.

El niño se estremeció. Bajo la suciedad, se pudo ver el rojo en sus mejillas.

Gunezarev observó su humillación, y sus ojos brillaron con crueldad.

—Apestas. Estás sucio y repugnante. ¿Es que no te lavas nunca?

Los ojos de Rémy se llenaron de lágrimas. Retrocedió como un cachorro al que acaban de patear.

Camille apretó con fuerza su cuchillo.

—Vamos, Rem. El chef necesita huevos —dijo Henri, interviniendo. Hizo un gesto al chico para que se acercara, tomó la bandeja y la dejó sobre la mesa de trabajo de Phillipe.

Rémy se secó los ojos con el puño.

Henri se agachó a su altura.

—El chef también necesita patatas y cebollas. ¿Puedes ayudarme a llevarlas?

Rémy asintió.

—Buen chico —indicó Henri, dándole una palmada en la espalda antes de marcharse con el niño.

—¿Contenta, *lady* Gunezarev? Has hecho llorar a un niño —dijo Camille.

—¿Contenta? Dios mío, no. ¡Eufórica! —respondió Gunezarev.

Camille levantó su cuchillo.

—Fuera de aquí, antes de que os saque yo misma. A pedazos.

Gunezarev jadeó.

La cabeza de Lubijo giró hacia Camille. Sus ojos de muñeca se entrecerraron y su sonrisa se ensanchó.

—Pobrecita, de verdad crees que esto es el final feliz, ¿verdad? —dijo—. ¿El gran y glorioso «vivieron felices para siempre»? Solo porque Esperanza y Fe corren por el castillo como dos lunáticas fugitivas. Pero olvidas algo… Amor no está aquí. ¿Alguien la ha encontrado? No. Sea lo que sea que Arabella y el ladrón crean sentir el uno por el otro —atracción, fascinación, deseo—, no es amor.

Camille bajó el cuchillo con tal fuerza que la calabaza se partió limpiamente en dos.

Lubijo miró las mitades crudas y anaranjadas que se mecían sobre la mesa. Sus dedos jugaron nerviosos con un botón de su vestido.

—Vamos, Gunezarev —dijo—. Estamos distrayendo al servicio.

Las dos damas salieron de la cocina y avanzaron por el pasillo hacia el gran salón, pero se detuvieron a escuchar mientras las voces de los sirvientes les llegaban desde atrás.

—No podemos rendirnos. Esperanza y Fe son fuertes —comentó Camille.

—Han sobrevivido todos estos años —añadió Percival.

—Quizá sean suficientes —dijo Josette.

Lubijo apretó el brazo de Gunezarev, exultante.

—¿Escuchas el delicioso miedo en sus voces? ¿La magnífica angustia? ¿El fantástico pavor?

Gunezarev arqueó una ceja.

—Oigo tu absurda aliteración.

Lubijo besó la mejilla grasienta de Gunezarev, dejando una mancha de carmín, y tiró de su brazo, obligándola a seguir adelante.

—Los mortales son tan idiotas —señaló—. Rompen sus propios corazones, una y otra y otra vez, y luego se quedan entre los pedazos y declaran que el amor todo lo conquista. —Estalló en una risa chillona—. Cuatro días, Gunezarev, querida. Solo cuatro días más. Entonces, el reloj se detendrá, el castillo se derrumbará, y

nosotras ganaremos.

SETENTA Y SEIS

Asonperides observaba a Arabella y a Beau.

Estaban sentados a la mesa del comedor, con tazas y platos esparcidos por todas partes, inclinados el uno hacia el otro, revisando con fervor un nuevo dibujo que Arabella había hecho para la última sección del puente.

Asonperides ya había sido informada de la pequeña conversación que había tenido lugar, en la habitación de Beau unos días antes. La sangre oscura que corría por sus venas hervía, al ver a otras damas de la corte —damas que habían sido desterradas a las sombras— volver a emerger: la Compasión, el Orgullo, la Vulnerabilidad.

La maldición terminaría la noche siguiente, cuando el reloj diera las doce, y el puente estaba casi terminado. ¿Y si el ladrón lograba romper la maldición? Eso significaría su fin.

«No, no ocurrirá, —se dijo Asonperides—. No puede». Sabía las condiciones de la maldición: Arabella debía aprender a amar y ser amada a cambio.

Pero la tercera hermana no había sido encontrada. Porque no estaba allí; Asonperides estaba segura de eso.

El ladrón era solo un capricho, una fantasía pasajera. Arabella no lo amaba. Era imposible.

Asonperides se inclinó hacia Paluc, que leía un libro, y susurró:

—Necesito unos minutos con él. A solas. —Asintió hacia el vaso

de agua de Arabella, que estaba cerca del borde de la mesa—. Mira a ver qué puedes hacer.

Paluc se levantó y cerró su libro.

—Hace fresco esta mañana, *lady* Asonperides —dijo—. Iré a buscar un chal. No tardaré.

Caminó hacia la mesa, se detuvo junto a Arabella y le hizo una rápida reverencia, como era costumbre. Sin embargo, al incorporarse y continuar su camino, tropezó. El libro salió volando. Su cuerpo se inclinó hacia delante. Parecía a punto de caer al suelo, pero en el último momento logró sostenerse del borde de la mesa… y derramar el vaso de agua de Arabella en su regazo.

La joven soltó un grito cuando el agua fría le empapó la ropa.

Paluc gritó aún más fuerte y se llevó las manos a la boca.

—¡Lo siento tanto, Su Gracia! Soy tan torpe. Tan inútil. Tan mala para todo.

—Basta, *lady* Paluc —dijo Arabella, poniéndose de pie—. Es solo agua. —Miró a Beau—. Voy a cambiarme. No tardaré. Te veré en la torre de la puerta.

Este también se levantó. Dio un último mordisco a un panecillo y lo bajó con un trago de café. Luego, se puso la chaqueta.

Asonperides se le acercó.

—Qué afortunado que la torpe *lady* Paluc no haya arruinado tu dibujo. ¿Es el definitivo? —preguntó con ligereza.

—Eso esperamos —respondió Beau, observándola con desconfianza.

La mirada de Asonperides se posó en el dibujo.

—Por todos los cielos, qué puente tan estrecho —indicó—. ¿De verdad será lo bastante fuerte para sosteneros a los dos?

Beau comenzó a enrollar el dibujo.

—¿Qué está tratando de preguntarme exactamente, *lady* Asonperides?

Asonperides puso una mano sobre su brazo. Al contacto, la luz brillante en los hermosos ojos de Beau se apagó un poco. El color de sus mejillas se desvaneció, y su pulso, antes fuerte y vivo, se

debilitó.

—Me gustaría ver este puente tan maravilloso —dijo Asonperides —. Vamos, caminemos juntos hasta él.

El chal le caía por los codos; se lo acomodó alrededor del cuello y luego entrelazó su brazo con el de Beau.

Los dos atravesaron el gran salón, salieron del castillo y cruzaron el patio cubierto de nieve.

Asonperides comentó algo sobre el viento helado y las nubes pasajeras, y predijo un día despejado y soleado, un buen día para construir.

Caminaron por la torre y, al llegar al umbral exterior, lo soltó. Sus ojos recorrieron los pilotes cruzados, dispuestos en pares a lo largo de la mitad del foso, y la pasarela estrecha.

—Debo decir que es ingenioso. Bien hecho, *monsieur* Beauregard —dijo, volviendo su rostro hacia él—. Conozco el plan. Mañana cruzaréis, ¿no? ¿A primera hora?

—No, al mediodía —respondió Beau—. Para que el sol derrita cualquier hielo que haya sobre las tablas.

Asonperides negó, con fingido pesar.

—Ah, mi joven amigo, tan lleno de esperanza. Crees que puedes ayudarla, pero no puedes.

—Ya la he ayudado —replicó Beau con firmeza—, y ella me ha ayudado a mí.

Los ojos de Asonperides se endurecieron como la obsidiana.

—No pienso entregarte a Arabella sin pelear. Sé quién es. Sé de lo que es capaz. Y, a pesar de eso, me importa. Soy la única a la que realmente le ha importado.

—A mí también me importa, *lady* Asonperides.

—¿De veras? —replicó, fijando la mirada en el otro lado del foso —. Imagina por un momento que lográis romper la maldición y devolverle su forma original. ¿Y luego qué? ¿Un final de cuento de hadas?

La mandíbula de Beau se tensó.

Asonperides lo vio y atacó donde dolía.

—No lo creo. Y tú tampoco. Oh, quizá quieras ser el caballero de brillante armadura que viene a salvar a la doncella, pero no puedes. Porque, en el fondo, sabes que no eres digno de ella. Ella es instruida, culta, refinada. De la aristocracia. ¿Y tú?

Rio con desdén y, mientras lo hacía, su rostro cambió, derritiéndose y deformándose. De pronto, ya no era Asonperides quien estaba frente a él, sino el *sheriff*, justo después de encerrarlo en una celda.

Beau quiso correr, pero el horror lo paralizó.

Asonperides abrió la boca, y las palabras salieron con voz de hombre.

—Una paliza es demasiado castigo para ti, muchacho. No eres más que un ladrón… —Su rostro cambió otra vez, al del maestro de escuela—. No hay lugar para ti en mi escuela, chico. No eres más que un ladrón… —Y luego, el sacerdote—. No eres bienvenido en esta iglesia santa, hijo. No eres más que un ladrón…

—N-no… No. No es verdad… —balbuceó Beau, moviendo la cabeza, pero su protesta era débil. Las palabras de Asonperides le habían drenado toda la fuerza.

—Tenían razón, ¿no es así? —susurró Asonperides, retomando su propio rostro—. En realidad, no eres más que un ladrón, Beauregard. Un chiquillo sin valor, salido de los barrios bajos. Tu cuello debería haber sido roto por una soga hace años, y no tengo duda de que pronto lo será.

Los ojos de Beau se apagaron. Sus hombros se hundieron.

Asonperides apretó su brazo con fuerza y lo acercó al borde. Un paso, luego otro, dirigiéndolo, no hacia la pasarela estrecha del puente, sino hacia la derecha, donde no había nada… salvo una caída directa al foso.

—Arabella necesita amor para romper la maldición. El amor de un buen hombre. Si de verdad te importa, sé ese buen hombre. Por una vez en tu vida, haz lo correcto. Cuando llegue mañana y cruces ese puente, déjala.

La mirada de Beau cayó al suelo, e intentó resistir la

desesperanza que lo inmovilizaba.

—Tú… Tú eres…

—Tienes razón —terminó Asonperides, empujándolo un poco más hacia el borde—. Siempre la soy. Te veo, Beau. Veo al hombre que realmente eres: astuto, retorcido, egoísta… y sé que nunca podrás escapar de ese hombre, por mucho que lo intentes. Es demasiado tarde. Has hecho demasiado daño. Has causado demasiado sufrimiento.

Entonces, Beau tropezó con algo y se tambaleó. Miró hacia abajo y vio un conejo muerto.

—¿Qué demonios hace eso aquí? —murmuró Asonperides, apartándolo de una patada.

Tiró del joven de nuevo; ya estaban a solo dos pasos del borde, pero, esta vez, Beau seguía mirando al conejo y no se movió.

—Vamos —lo instó ella con voz sedosa—. Solo un paso más…

Beau se resistía, forcejeando, intentando reunir los últimos restos de fuerza.

Asonperides lo había visto antes, muchas veces. Los mortales solían hacer un último y desesperado intento por escapar antes de sucumbir ante ella. Le recordaba a una gacela tratando de zafarse de las garras del león, o a un ratón huyendo de la sombra de un búho. Tan nobles. Tan valientes. Tan absurdos.

Esperó a que Beau comprendiera que era inútil, que se rindiera.

Pero no lo hizo.

Enderezó la espalda y alzó la cabeza. Le costó una gran fuerza de voluntad. Pudo ver que le dolía.

El temor estremeció su encogido corazón.

Esperó, rogando en silencio que él fracasara.

En cambio, el color regresó a sus mejillas. Un fuego se encendió en sus ojos y se sacudió su toque como un perro se quita el barro.

—Tiene razón, *lady* Asonperides —dijo—. No valgo nada. Pero Arabella, sí. Y ella merece más que roedores muertos, que este lugar, y que usted. Merece una oportunidad para demostrarlo. — Tomó el conejo, caminó hasta el borde del foso y lo arrojó a su

interior—. Si me disculpa, tengo un puente que construir —añadió, con voz dura como el granito y llena de determinación.

Asonperides retrocedió, horrorizada.

Se dio la vuelta y salió apresurada de la torre hacia el castillo. Por primera vez, vio la posibilidad de su propio fracaso, porque Asonperides había hecho algo que rara vez hacía: había cometido un error.

El ladrón era astuto.

Le había enseñado a Arabella a robar.

Y lo primero que aquella muchacha feroz había robado… fue su corazón.

SETENTA Y SIETE

Es medianoche, y Arabella corre.

Bajo la pálida luna plateada, atravesando los campos blancos, hacia el bosque, persiguiendo a un ciervo.

Sus poderosas extremidades la llevan por cauces de arroyos. Sus amplias patas rompen el hielo fino como cáscara de huevo. El golpe del agua helada la hace jadear, y luego reír.

Se abre paso entre brezos y zarzas, bajo ramas de pino, junto a enormes rocas.

El aroma resinoso de los abetos, la tierra húmeda del suelo del bosque, el olor mineral de la nieve recién caída… Esos perfumes son para ella más finos que el civeta o el ámbar gris más costoso. Llaman a su sangre. La impulsan a seguir.

Allí, en el bosque, desatada y sin testigos, la bestia dentro de ella es libre de desear. De perseguir lo que quiere y tomarlo. Sin vergüenza. Sin culpa. Sin disculpas.

Hoy, cuando amanezca, se despojará de este pesado pelaje para siempre. Desterrará a su corte oscura y cruel, y no volverá a mirar sus rostros. Saldrá del castillo y cruzará ese puente.

Hoy, la maldición se romperá.

Y, sin embargo, cuando abandona el bosque con hojas en el pelaje y tierra bajo las garras, mientras el amanecer gris se alza sobre los árboles, no son los rayos del sol naciente los que la hacen

parpadear.

Son sus propias lágrimas.

SETENTA Y OCHO

Era la última vez.

La última vez que Beau caminaría entre las sombras. La última vez que se colaría en la casa de otra persona. La última vez que forzaría una cerradura.

De ahora en adelante, sería un hombre mejor. Por Arabella. Y por Matti.

—Lo juro —susurró.

Pero primero debían romper la maldición.

Hoy.

Arabella se había exigido a sí misma, y a todos los de a su alrededor, sin piedad, intentando terminar el puente. Cuando Beau le había preguntado por qué estaba tan ansiosa, ella había murmurado algo sobre tormentas de nieve. Habían trabajado duro, y casi lo habían terminado entrada la noche, pero entonces llegó la medianoche y, con ella, la bestia, obligándolos a entrar al castillo.

Beau también había estado tenso el día de ayer, aunque por otra razón: Asonperides.

Ella quería detenerlos. Había intentado matarlo dos días antes, y no dudaba de que lo intentaría de nuevo.

Por eso, ahora se movía tan sigilosamente por el castillo, justo después del amanecer. Había decidido evitarla.

Estaba sucio, sudoroso y con los ojos enrojecidos por el

cansancio.

Había salido de su habitación poco después de medianoche y había regresado a escondidas para terminar el puente, con las palabras de Asonperides resonando en su cabeza: «No renunciaré a Arabella. No, sin pelear».

La creía.

Asonperides no era de las que bromeaban.

Las piezas de la cerradura cedieron. El dios de los ladrones estaba con él.

Abrió la puerta apenas un resquicio, rezando para que las bisagras no chirriaran, y se deslizó dentro, para cerrarla tras de sí.

Una sonrisa se dibujó en su rostro al verla, bañada por la pálida luz de la mañana. Estaba tendida boca abajo en su enorme cama, con la cabeza colgando de un lado, los brazos extendidos hacia el suelo, las piernas enredadas en las sábanas y un pie descalzo sobre una almohada.

Avanzó hacia ella, esquivando las huellas embarradas en el suelo, las hojas muertas, y la ardilla medio devorada.

Tenía que despertarla.

Debían irse, antes de que el castillo despertara. Antes de que Asonperides pudiera cumplir su amenaza.

Sin embargo, tenía que ser cuidadoso. Si la asustaba, si gritaba, Asonperides, Gunezarev y el resto de los espectros acudirían de inmediato.

—Arabella… —susurró.

Nada.

—Arabella, despierta.

Un gruñido. Luego, un ronquido.

Beau miró nervioso hacia la puerta.

—Vamos, Arabella… —Cruzó la habitación en silencio y le hizo cosquillas en la planta del pie.

—Erf. Blerg. Jajaja.

—¡Arabella!

La joven se incorporó y se volvió hacia él. Sus ojos se abrieron de

par en par. Inhaló profundamente, lista para gritar a pleno pulmón.

—¡Shhh! —susurró Beau, cubriéndole la boca con la mano—. ¡Soy yo!

Arabella apartó su mano de un manotazo.

—¿Qué estás haciendo? —le espetó entre dientes—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Tenemos que irnos. Ahora mismo.

—Eso va a ser difícil —respondió adormecida—, dado que el puente no está terminado.

—Sí lo está. Lo he terminado. He trabajado toda la noche. He colocado las últimas tablas, justo antes del amanecer. No quería que nadie lo supiera. No quería que Asonperides se enterara. Va a intentar detenernos, Arabella. Lo sé. Hace unos días le mentí. Le dije que partiríamos al mediodía. No espera que nos vayamos ahora. Y, por eso mismo, lo haremos.

Arabella se incorporó en la cama, parpadeando, mientras recuperaba la lucidez. El cuello de su camisón se había deslizado sobre un hombro. Su cabello caía suelto por la espalda. Tenía las mejillas encendidas.

Beau no podía apartar la mirada de ella.

Ella lo notó.

—¿Quieres besarme tanto como yo quiero besarte? —preguntó.

—Más, pero si lo hago, nunca saldremos de esta habitación.

—Entonces, al llegar al otro lado.

—Sí, al llegar al otro lado. Cien veces, espero. Pero ahora tienes que vestirte. Rápido, Arabella.

Esta entró en su vestidor, pero casi de inmediato sacó la cabeza.

—Beau, ¿qué me pongo? —le preguntó—. ¿Qué haremos cuando lleguemos al otro lado?

Habían estado tan ocupados construyendo el puente que ninguno había pensado en lo que vendría después de cruzarlo.

—Tengo que ir a Barcelona, con Matti —respondió Beau—. Pero volveré a por ti, Arabella. Te lo juro.

—Voy contigo.

—No puedes —dijo Beau—. Es un viaje largo y duro, cruzando las montañas en invierno.

—Le hablas a una chica que pasa sus noches fuera, en la nieve, y desayuna roedores. Puedo con las montañas.

Beau quiso protestar, pero vio la determinación en sus ojos y supo que perdería esa discusión. También vio algo más allí: bondad. Arabella entendía lo que su hermano pequeño significaba para él, y quería ayudarlo a reunirse con él. No había conocido la bondad en mucho tiempo, y tuvo que tragar saliva antes de decir:

—Gracias.

Arabella se vistió con rapidez con ropa abrigada y botas de cuero, guardó unas monedas de oro en una pequeña bolsa y, unos instantes después, salían sigilosamente de sus aposentos, tomados de la mano.

—Conozco un atajo —dijo ella, guiándolo.

Beau la siguió, alerta y tenso, con los ojos recorriendo los pasillos. No tenían que ir muy lejos, y no había motivo para pensar que no lo lograrían. Nadie esperaría que estuvieran despiertos tan temprano. Las damas de la corte todavía dormirían.

Y, sin embargo, Beau sabía que no debía subestimar a Asonperides.

Era como una víbora bajo hojas muertas.

Un escorpión.

Una araña venenosa.

Algo que no ves venir…, hasta que es demasiado tarde.

SETENTA Y NUEVE

—¡Llévate unos panecillos! —susurró Camille, metiendo en las manos de Beau un pequeño bulto envuelto en un paño tibio—. ¿Quieres un poco de mermelada?

—Camille, ¿qué vamos a hacer con panecillos y mermelada? —le respondió Beau en voz baja.

—¿Comerlos? —se atrevió a sugerir Esperanza.

—Nunca deberías ir a ningún sitio sin panecillos y mermelada —aconsejó Fe.

Los cinco estaban de pie en la cocina, intentando mantener las voces bajas.

Camille se había asegurado de que tanto Beau como Arabella llevaran gorros, bufandas y mitones abrigados.

—El sol ya ha salido. Pronto lo hará la corte también. Tenemos que irnos —dijo Beau—. ¿Qué pasa cuando se rompe una maldición? ¿Cae un rayo o algo así?

—No lo sé. Nunca he roto una antes —indicó Arabella.

—Volverán a nosotros los que están dentro del reloj. Eso es lo que pasará —dijo Camille—. Y tú también volverás, señora —añadió, tomando la mano de Arabella.

—Regresaré, Camille —respondió Arabella, cubriendo la mano de la panadera con la suya.

Un golpe resonó desde el piso de arriba y todos alzaron la vista

hacia el techo.

—Es Percival —informó Camille—. Pronto bajará. Prepara una bandeja de té para la señora y la lleva a sus aposentos.

—*Lady* Asonperides se la quita —añadió Arabella—. Ella lo espera en mi puerta. Si ya está levantado, es más tarde de lo que pensaba. Probablemente, esté allí ahora mismo, preguntándose dónde…

—¡*Lady* Arabella! —La voz de Asonperides, aguda y alarmada, resonó desde el gran salón—. ¡Percival! ¡Valmont! ¿Dónde está la señora? ¡No está en su cama!

—¡Hora de marcharnos! —susurró Fe, tirando del brazo de Esperanza y corriendo hacia la puerta trasera.

—¡Marchaos, señora! ¡Rápido! Yo la entretendré —dijo Camille en un murmullo urgente.

Beau y Arabella echaron a correr tras las dos chicas, pero Arabella se detuvo de pronto y se volvió. Las palabras de Camille resonaban en su mente: *Volverán a nosotros… los que están en el reloj…*

—Fuiste tú, ¿verdad? —le dijo—. Tú fuiste quien levantó el rastrillo.

Camille asintió, preparándose para la furia de Arabella.

Pero, en lugar de eso, esta la abrazó con fuerza.

—¡Gracias! —susurró en su oído.

Y luego se marchó, atravesando la puerta trasera tras las demás. Hacia la torre. Y hacia la libertad.

OCHENTA

—Este es el gran momento —dijo Beau—. Yo iré primero y comprobaré si hay puntos débiles. Cuando esté a la mitad, empiezas tú.

Hablaba demasiado. Estaba nervioso, y Arabella podía verlo.

—Estaremos bien —indicó ella—. Es lo bastante fuerte para los dos. Os aguantó a ti, a Henri y a Florian mientras lo construíais.

—A duras penas —recordó Beau, con preocupación en la voz. Miró hacia el otro lado del puente—. Bien, pues… Allá voy. Pero antes quiero hacer algo…

La envolvió entre sus brazos, y el tiempo se detuvo para Arabella.

Cerró los ojos, sintiendo su calor, el vaivén de su pecho y el latido de su corazón bajo su mano.

—Es mi última oportunidad de abrazar a la chica bestia —susurró —. La voy a echar de menos. —La sostuvo un instante más y luego se apartó, avanzando por el puente.

Caminaba con cuidado, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio, y el paquete de panecillos de Camille apretado en una mano. No había barandilla que lo protegiera de una caída, solo los pilotes y las delgadas tablas tendidas entre ellos. Arabella podía oírlas crujir y chasquear bajo sus pies.

—Sigue. No te detengas —murmuró, animándolo en voz baja.

Los monstruos del foso oyeron los crujidos de la madera;

sintieron las vibraciones de sus pasos. Uno a uno, emergieron, con sus rostros retorcidos en muecas de odio y sus manos huesudas arañando el aire.

Cuando una tabla gimió y se dobló de forma peligrosa, casi se le sale el corazón del pecho, pero Beau logró pasar y, milagrosamente, alcanzó la otra orilla. Puso un pie en la ribera, dejó el paquete a un lado y se giró.

Arabella vio cómo una sonrisa amplia y luminosa se extendía por su rostro.

—¡No se ha caído! ¿Puedes creerlo? ¡Vamos, Bells! ¡Cruza! —gritó, haciéndole señas.

Arabella sintió una mano tomar la suya. Miró hacia abajo. Era Esperanza.

—Ve —dijo la niña.

Fe estaba a su lado.

—Y date prisa —añadió, mirando el puente—. Ni toda la fe del mundo va a mantener esa porquería en pie.

Arabella llevó la mano de Esperanza a sus labios y la besó. Abrazó a Fe, y luego comenzó a caminar.

Los primeros pasos fueron fáciles; la superficie apenas se movía bajo sus pies. Pero, a medida que avanzaba, las tablas empezaron a rebotar. Tuvo que extender los brazos, como Beau, para mantener el equilibrio. Dio unos pasos más, y una ráfaga de viento descendió, sacudiendo el puente y haciendo que se tambaleara.

Sus brazos giraron en el aire. Se detuvo, respiró hondo, recuperó el equilibrio y continuó adelante.

—¡Sigue caminando! ¡Lo estás haciendo bien! —gritó Beau.

Unos pasos más, unos metros ganados, y entonces Arabella cometió el error de mirar hacia abajo. Las oscuras aguas grises parecieron elevarse hacia ella; uno de los monstruos abrió sus fauces negras. El vértigo la golpeó, y se inclinó hacia un lado.

—¡Arabella, ey! ¡Mírame! ¡Mírame a mí! —gritó Beau.

El filo de su voz la arrancó del mareo. Fijó la vista en él, estabilizó su respiración y siguió caminando. Si miraba hacia arriba,

y no hacia abajo; si mantenía los ojos en él, podría lograrlo. Dos pies más. Cinco. El corazón le brincó de alegría. Estaba cruzando el puente.

Pero su felicidad duró poco.

Justo cuando llegó a la mitad, descubrió que ya no podía avanzar. Ni un paso, ni una pulgada.

No era el vértigo de la altura ni el miedo a las criaturas que se agitaban bajo ella. Era una pared invisible, impenetrable, que bloqueaba su camino.

Arabella sintió como si su corazón hubiera desaparecido de su cuerpo y se hubiera hundido en el foso, para ser destrozado por las criaturas sin alma que lo habitaban.

Bajó la cabeza, conteniendo las lágrimas.

—Qué tonta eres —se dijo—. Tonta por haber tenido esperanza. Tonta por haber creído.

Amaba a Beau. Con todo su corazón. Pero él no la amaba. Solo lo había dicho… por lástima, quizá. O por interés. Después de todo, ¿no era un ladrón? Si de verdad la amara, la maldición se habría roto; no habría ninguna pared entre ellos.

—¡Vamos! ¡No te detengas, Arabella! ¡Sigue caminando! —gritó él.

—No puedo —respondió entre sollozos.

Así había ocurrido todas las veces anteriores. Una pared, justo a la mitad. Deteniéndola. Obligándola a volver atrás. Hacia los sirvientes desdichados. Hacia las figuras del reloj. Hacia la sombría prisión que era su vida.

—¡Claro que puedes! ¡No mires abajo, mírame a mí!

Arabella levantó el rostro.

—No ha funcionado. Nunca iba a funcionar. Pero tú lo sabías, ¿verdad?

—¿De qué hablas? ¡Ya estás a medio camino! ¡Solo sigue!

Arabella negó. Levantó las manos por encima de su cabeza y golpeó el aire frente a ella, pero sus manos no pasaron. Se detuvieron con brusquedad, golpeando con fuerza una barrera

invisible.

Beau la miró, desconcertado. Dio unos pasos hacia delante.

—No… No… Quédate ahí, Arabella. Voy a buscarte. —Echó a correr de vuelta por las estrechas tablas.

Arabella las vio doblarse y crujir bajo sus pies. Un par de pilotes entrecruzados se inclinaron hacia delante, torciendo la estructura. El miedo le apretó el pecho.

Si no lo detenía ahora, los pilotes sueltos volcarían y el entablado se derrumbaría bajo él. Caería en el centro del foso, donde nadie podría ayudarlo. Las criaturas lo destrozarían.

Tenía que hacerle parar.

—¡Detente, idiota! —le gritó, apartándose del muro invisible—. ¡Vas a hacer caer todo el puente! ¡Nos matarás a los dos!

Pero Beau ya estaba a la mitad.

—¡Llegaré hasta ti! —dijo, golpeando el muro con los puños—. ¡Encontraré una forma de atravesarlo!

Arabella forzó una carcajada amarga, y palabras aún más crueles.

—No te molestes. Claro que hay una pared. Claro que no hemos roto la maldición. ¿De verdad creías que podría enamorarme de ti? No eres más que un ladrón.

Las palabras de Arabella lo atravesaron como una flecha en el corazón.

—¿Qué estás diciendo? —murmuró, aturdido y herido—. Esta no eres tú. Estás alterada…

—Oh, sí que lo soy. Lo que ves es lo que hay, Beau: una bestia, por dentro y por fuera. ¿No lo entiendes? Solo he fingido, para que construyeras el puente. Para que te fueras. ¿De qué otra manera iba a deshacerme de ti?

—Arabella…

Su nariz se arrugó.

—Vete —gruñó.

El dolor en los ojos de Beau se profundizó. Golpeó la pared. Una y otra vez. Hasta que sus nudillos sangraron. Luego, se dio la vuelta

y se alejó. Se detuvo al llegar al otro extremo del tambaleante puente, como si fuera a volver a hablarle, pero no lo hizo. Siguió caminando, hacia el bosque oscuro, y los árboles lo recibieron… Se cerraron tras él.

Beau desapareció.

—Eres libre —susurró Arabella.

El alivio la inundó, pero enseguida lo siguió una oleada de dolor tan ardiente que cayó de rodillas sobre el puente. Dolor por Valmont y Percival, por Camille, por sus padres y por todos los del castillo que ansiaban ser libres de la maldición, pero nunca lo serían. No sintió pena por sí misma. Solo un deseo profundo de que todo terminara. Después de cien años, lo único que quería era descanso. Del dolor. Del remordimiento. De la desesperación. Asonperides tenía razón. Siempre la tenía. Amor la había abandonado.

Sintió una mano sobre el hombro.

—Ven, pequeña —dijo una voz hueca.

Arabella asintió y se levantó.

El relojero estaba de pie detrás de ella, delgado, y elegante con su traje negro. La condujo de regreso a la torre del puente levadizo. Cuando ambos estuvieron dentro, él se volvió, alzó una mano pálida e hizo un movimiento circular en el aire. En el foso, las aguas comenzaron a agitarse. Los monstruos se arremolinaron alrededor de los pilotes. Algunos los empujaban, y otros los tiraban. Algunos golpeaban sus cráneos, una y otra vez, contra la madera, hasta que los pilotes temblaron y se balancearon, las cuerdas que los sujetaban se rompieron, y se precipitaron al foso, arrastrando la pasarela con ellos.

Arabella observó cómo el relojero destruía su obra.

Miró hasta que la última tabla cayó dando vueltas al agua. Hasta que el último pilote se desplomó, y no quedó nada de lo que ella y Beau habían construido juntos.

Entonces, el relojero se giró atravesando la torre, cruzó el patio y entró en el castillo.

Solo miró hacia atrás una vez, una sola vez, antes de que las

pesadas puertas de madera se cerraran con estrépito tras ella.

OCHENTA Y UNO

Sabías que la muerte se acercaba.

Vio en sus ojos lo que planeaba hacer, mucho antes de ver el cuchillo.

¿Pero qué podías hacer? Ella era una reina, y él un cazador.

¿Y tú? Tú eras una niña. Y nadie puede permitir que eso siga siendo así.

Él creyó que todo había terminado cuando arrojó el cuchillo, pero tú sabías que apenas comenzaba.

Corriste hacia él cuando montaba su caballo, suplicando, aferrándote a las riendas, pero te apartó de una patada.

Te quedaste allí, llorando, mientras lo veías alejarse. Luego, llegó el pánico. Gritaste hasta quedarte sin voz.

La primera noche fue la peor. Nunca habías conocido una oscuridad así. Una soledad así. Un miedo así. Aprendiste tanto mientras intentabas no morir: qué era seguro comer, dónde encontrar agua, cómo esconderte de las cosas que husmean y gruñen…

Saliste de esos bosques hace mucho, mucho tiempo, pero una parte de ti sigue allí, y siempre seguirá. Perdida para siempre. Hambrienta para siempre. Asustada para siempre.

A veces desearías que el cazador hubiera sido lo bastante valiente como para cumplir sus órdenes.

A veces piensas que la reina solo intentaba ser amable.

Resulta que ella sabía algo que tú desconocías: nadie puede romperte el corazón, si no tienes uno.

OCHENTA Y DOS

Bien merecido lo tenía.

¿A cuánta gente había robado? ¿A cuántos había engañado y estafado?

Mientras Beau avanzaba, a duras penas, por el bosque nevado, su propio cortejo de emociones lo atormentaba. Se sentía en carne viva. Enfadado. Confundido. Destrozado.

Arabella le había dicho que le quería. Lo que él había sentido cuando ella lo tocó, cuando lo besó —eso era real—. Ella no era lo bastante buena mentirosa para fingir algo así. Nadie lo era. Pero luego, las palabras de ella volvieron a su mente, y supo que solo se engañaba a sí mismo…

«¿Pensaste por un momento que podría enamorarme de ti? No eres más que un ladrón…».

Ella no lo amaba. Eso era un hecho. Si lo hubiera hecho, habría podido cruzar el puente. Aquella barrera invisible también era real. Él la había sentido con sus propias manos.

Su abatimiento se hizo más profundo al recordar cómo Esperanza y Fe habían buscado a su hermana sin encontrarla. Claro que no la habían hallado. ¿Quién querría tener Amor con alguien como él?

Jadeante, Beau se detuvo un momento, alzó la cabeza y miró el cielo encapotado. Las palabras del poema del relojero regresaron a su memoria:

«Y cuando al fin aprendas a amar, serás amada en su lugar».

Cuando Arabella amara de verdad, sería libre. Pero no lo hacía, así que no lo era. Quizá la próxima vez. Cuando apareciera un hombre mejor.

Beau deseó poder odiarla. Eso lo haría todo mucho más fácil. Pero no la odiaba; la amaba y la echaba de menos. Deseaba tenerla a su lado. Echaba de menos desvelarse con ella en la mesa del gran salón, con una cafetera humeante y un plato de pasteles cerca. Extrañaba martillar, golpear y construir aquel puente torcido. Extrañaba celebrar cada vez que un pilote se mantenía en pie, y maldecir —con precisión y creatividad— cada vez que uno se caía.

Antes, pensaba que abrir una cerradura imposible o colarse en una mansión bien protegida era el mayor logro al que podía aspirar, pero su tiempo con Arabella le había enseñado otra cosa.

Descubrir qué era en realidad aquella criatura fiera y atormentada, quién era en verdad…, había sido lo mejor que había hecho jamás. Había abierto el cofre de su corazón, y las riquezas que encontró allí lo habían deslumbrado.

Arabella le había devuelto algo que le habían robado hacía mucho: una sensación de posibilidad. Ella había visto algo en él —una chispa, un destello, una promesa brillante de que podía ser algo más—. Alguien más. Un hombre que no robara, sino que diera.

O eso había creído.

«En realidad, no eres más que un ladrón, Beauregard. Un muchacho sin valor salido de los barrios bajos. Tu cuello debió romperse con una soga hace años…».

Asonperides tenía razón: no era digno de Arabella. Si tuviera algo de juicio, haría todo lo posible por olvidarla y concentrarse en llegar a Matti cuanto antes.

Beau siguió caminando, milla tras milla, a través del denso bosque, encorvado por el frío, deseando que la mezcla de sentimientos que lo envolvía —melancolía, pérdida y una extraña inquietud— se disipara. Pero no lo hizo. Solo se intensificó.

Tenía las manos y los pies medio congelados cuando vio el cartel:

Ville des Bois-Perdus.

Unos minutos después, caminaba por la calle principal del pueblo, buscando una posada o una cafetería donde pudiera conseguir una comida caliente y calentarse junto al fuego. Había dejado los panecillos de Camille en la nieve, junto al foso.

Su primera impresión del pueblo fue la de un lugar triste y gris, sin promesa alguna.

Entonces, con un sobresalto, comprendió que lo conocía —al menos, sus huesos—, aunque nunca hubiera estado allí. Lo había visto cambiado, transformado, bordado en plata en el reverso de una colcha. ¿Pero podía este sitio gris y sin vida ser la base del *Paradisium* de Arabella?

Beau entrecerró los ojos, y la fea plaza, con su fuente oxidada, cobró una nueva y brillante vida: árboles frondosos, bancos, niños riendo… El ennegrecido ayuntamiento, con su fachada limpia, se alzaba orgulloso, y la escuela, con su frontón desmoronado y sus ventanas tapiadas, se transformaba en el nuevo centro del pueblo, recién pintada y reluciente; la joya de su corona.

Abrió los ojos del todo y la visión se desvaneció. El destartalado pueblecito no era ningún paraíso, pero Beau sabía que Arabella podría haberlo convertido en uno. Como los mejores arquitectos, ella veía con el corazón, y no con los ojos. No veía lo que era, sino lo que podía ser.

Una campana de iglesia repicó, avisándole de que ya era mediodía, recordándole que aún tenía cosas que hacer. Buscó el anillo de esmeralda, que seguía bien guardado en su escondite. Pasó el pulgar sobre él, una y otra vez, inquieto. Debería sentirse feliz por tener el anillo, pero no lo estaba. Era como una cicatriz fea, un recordatorio de algo doloroso.

Se encaminó hacia la herrería, sabiendo que gran parte del trabajo de un herrero consistía en herrar caballos, y esperando que este supiera de alguno que estuviera a la venta.

Al cruzar la plaza, vio un grupo de niños delgados, con abrigos raídos y manoplas de lana. Algunos hacían muñecos de nieve. Dos

niñas jugaban a palmearse las manos mientras cantaban una rima al unísono:

Relojero, relojero, da cuerda a tu reloj.
Mira las manecillas: tic, tic, toc.
Giran y giran sin cesar,
¿quién perderá y quién ganará?
Castillo gris, foso sin luz,
donde flotan los muertos sin cruz.
Roca negra, arroyo de plata, roble partido
corre como el diablo si los has visto.

Beau se quedó helado. Un escalofrío le recorrió la espalda. Se giró, corrió hacia los niños y se agachó junto a ellos.

—Escuchad, ¿de dónde habéis sacado esa canción? —les preguntó.

Los niños se apartaron, asustados.

—No sé —dijo uno.

Un chico mayor dio un paso adelante, protegiendo a los más pequeños.

—Es solo una canción, señor. No significa nada.

—¿Dónde la habéis oído? —insistió Beau—. ¿Quién os la enseñó?

—¡Eh, tú! —Tronó una voz—. ¿Qué quieres hacer con esos mocosos?

Beau se giró. Las palabras provenían de un hombre corpulento, que estaba de pie en la puerta de una carnicería. Pudo escuchar la amenaza en su voz…, acompañada de un cuchillo de carnicero en su mano.

Se incorporó y levantó las suyas, mostrando que no representaba peligro.

—Solo preguntaba por la rima que cantaban.

El ceño del hombre se hizo más profundo.

—Eres demasiado mayor para andar jugando con niños,

muchacho.

Beau asintió, conciliador, y siguió su camino. Sentía sobre él unas miradas cargadas de sospechas, y se reprendió a sí mismo. ¿Qué le pasaba? ¿En qué pensaba? ¿Acercándose así a unos niños pequeños?

Y, sin embargo, no podía dejar de pensar en aquella extraña rima. El castillo que describía… era igual al de Arabella. Las señales que mencionaba, las advertencias para retroceder —la roca negra, el arroyo plateado, el árbol partido—… ¿Acaso no había pasado junto a los tres?

«No seas ridículo, —se dijo—. Todos los bosques tienen arroyos, rocas y árboles dañados. Y hay muchos castillos a lo largo de la frontera».

Aun así, su inquietud creció, hasta que se detuvo otra vez, dominado por la convicción de que debía dar media vuelta ahora mismo y regresar.

Beau ignoró el presentimiento y continuó andando, intentando convencerse de que la rima infantil no tenía nada que ver con Arabella ni con su castillo.

Pero justo cuando llegó a la herrería, los niños empezaron de nuevo a palmear y cantar:

Caballero, mayordomo, jardinero, mozo,
ninguno escapará de su destino horroroso.
Doncellas y damas, oíd su agonía:
en cien años… ¡todos morirán algún día!

Y allí estaba la respuesta.

Con un estremecimiento de pavor, Beau comprendió que nunca había oído los últimos versos del hechizo del relojero, porque Arabella había arrojado un tintero al espejo antes de que él pudiera escucharlos.

Las imágenes se agolparon en su mente: el sótano lleno de

provisiones suficientes para alimentar a toda la servidumbre durante un siglo, los toneles de vino de un *château* incendiado hacía décadas, y las algas podridas custodiadas por un monstruo de ojos como espejos. Y Arabella, exigiendo sin descanso que terminaran el puente.

La maldición terminaba en cien años… y los cien años se habían cumplido.

—Eres un estúpido… Un completo estúpido —susurró.

La había dejado.

Aunque la quería.

Había huido, como siempre hacía.

¿Por qué?

¿Porque creyó lo peor de ella? ¿O porque creyó lo peor de sí mismo?

Beau se dio la vuelta y echó a correr. Dejó la plaza atrás, al igual que el pueblo, de regreso al bosque.

Corrió más rápido de lo que había corrido cuando los hombres del mercader lo perseguían. Más rápido que la noche en que intentó escapar de la bestia.

Más rápido que en toda su vida.

OCHENTA Y TRES

El bosque era ahora el enemigo de Beau.

Nada le resultaba familiar. Era como si cada árbol, cada roca y cada arroyo conspiraran contra él, tratando de confundirlo, haciéndolo dar vueltas, para enviarlo en la dirección equivocada.

La nieve caía con fuerza, impulsada por un viento despiadado. En unas horas llegaría el anochecer, y Beau sabía que, si no encontraba el camino pronto, si no alcanzaba el refugio del castillo antes del crepúsculo, estaría en serios problemas.

Con los ojos entrecerrados ante el viento cruel, no vio que el terreno descendía bruscamente frente a él. Tropezó, cayó de bruces, resbaló por una colina empinada y logró detenerse a solo unos metros de un arroyo que corría con fuerza.

Gimió, se incorporó y se sacudió la nieve de los pantalones. Reconoció el arroyo: lo había cruzado en su camino hacia el pueblo. Recordó haber trepado la orilla alta. Ese grupo de rocas que sobresalía del agua… ¿No era lo que había usado para cruzar?

Las rocas estaban cubiertas de nieve.

—Probablemente, también de hielo —dijo con amargura.

Miró a un lado y al otro, buscando una forma más segura de cruzar —tal vez un árbol caído—, pero no había nada.

Una ráfaga brutal de viento lo golpeó otra vez, obligándolo a inclinar la cabeza.

—¿Por qué me has mentido? —gritó al aire.

«Ya sabes por qué, —respondió la voz dentro de él—. Para hacer que te vayas. Para salvarte».

Durante casi toda su miserable vida, a nadie le había importado si vivía o moría.

Pero a Arabella, sí.

Le había importado tanto que construyó un puente para él, y luego había dado su vida para asegurarse de que lo cruzara.

Beau sabía que la voz tenía razón.

Arabella no le había dicho la verdad sobre la maldición. Después de cien años, esta llegaría a su fin.

«Y Arabella acabaría con ella».

El miedo lo impulsó a cruzar las piedras cubiertas de nieve.

Fue una mala idea. Estaba agotado; sus extremidades rígidas y torpes por el frío. Su pie resbaló sobre una de las rocas y cayó, lanzando un grito de sorpresa al golpear el agua helada.

Jadeando y escupiendo, logró ponerse de pie. Atravesó el arroyo tambaleándose y subió por la orilla opuesta.

Al llegar arriba, se miró: la ropa empapada, los guantes perdidos, los pantalones rasgados y la rodilla sangrando. Con la mente y el cuerpo entumecidos, avanzó tambaleándose, pero no dio ni cinco pasos antes de que su pierna herida cediera y cayera de rodillas. Con la cabeza gacha, comprendió que moriría allí. Estaba demasiado lejos de cualquier ayuda, y ya no le importaba. Nunca había sentido tanto frío en su vida.

—¡Beau! ¡Mi querido niño!

Levantó la cabeza, y sus ojos se abrieron de par en par al ver quién lo llamaba.

Su madre estaba de pie frente a un abedul plateado, extendiendo una mano hacia él a través de la nieve, con una expresión de desgarradora tristeza.

—Vamos, Beau. ¡Rápido!

Él asintió.

«*Iría*. Muy pronto».

—¡No eres más que un mocoso inútil! ¡Vamos! ¡Lárgate de aquí!

Beau giró bruscamente hacia la nueva voz. Su padre estaba junto a un pino cubierto de nieve, con los ojos enrojecidos como brasas en su rostro hinchado y una botella vacía de *whiski* en la mano.

Sintió otra mano aferrarse a su hombro. Se volvió lentamente, demasiado entumecido para asustarse, y vio a Raphael inclinándose junto a él.

—Mírate, idiota sin remedio —dijo—. Vas a morir congelado aquí. ¿Y para qué?

¿Por una mujer a la que no le importas? Se reirá de ti cuando regreses al castillo, si es que te deja entrar. No eres más que un ladrón, y eso es todo lo que serás.

«No eres más que un niño inútil… No eres más que un ladrón…».

—N-n-no —susurró entre dientes, castañeteando. Luego, más fuerte—: ¡No!

Beau cerró los ojos con fuerza. Cuando los volvió a abrir, su madre y su padre habían desaparecido. Solo eran una ilusión, un engaño creado por un cerebro que empezaba a apagarse.

¿Y Raphael? Sus palabras también eran mentiras. En medio de la tormenta rugiente, con el frío robándole la vida, minuto a minuto, lo comprendió con claridad.

El amor había roto a Beau.

Había amado a su madre con todo su corazón, y se la habían arrebatado.

Había amado a su padre, y el hombre lo había abandonado.

Amaba a Matteo y, aun así, tuvo que dejarlo.

Y el dolor de esas pérdidas había sido insoportable.

Pero cerrar el corazón era el camino fácil. Era fácil construir muros, y difícil construir puentes. El amor no era para los débiles. Requería valor amar a otro ser humano. Requería ferocidad. Una panadera se lo había dicho. Una mujer que lo había perdido todo, pero que se negó a perder la esperanza. Una mujer diez veces más valiente que él.

No había entendido sus palabras, entonces.

No estaba listo.

Pero ahora sí lo estaba.

Con un grito que nació muy dentro de él, que subió desde su corazón hasta su garganta, Beau se puso de pie. Subió el cuello del abrigo, se caló el gorro sobre las orejas, bajó la cabeza y avanzó, tambaleándose, por la tormenta.

No veía mucho, apenas unos metros delante de sí, pero, aun así, lo veía todo.

Veía la verdad de la que había estado huyendo toda su vida.

La única manera de salir de la oscuridad era adentrarse más en ella.

OCHENTA Y CUATRO

Beau observó el castillo desde el borde del acantilado, incapaz de creer lo que veían sus ojos.

El puente, el que él y Arabella habían construido juntos, había desaparecido. La única evidencia de que alguna vez existió eran unas cuantas tablas flotando sobre la superficie medio helada del foso.

Se llevó las manos a la boca y gritó.

Una vez.

Dos.

Pero nadie respondió.

Golpeó el suelo con los pies, y se abrazó a sí mismo con fuerza, intentando devolver el calor a su cuerpo. Su ropa estaba rígida por el hielo. No sentía los pies. Después de caer al arroyo, había vagado por el bosque durante horas. Le había hecho falta toda su voluntad, toda su fuerza, para seguir moviéndose, paso tras paso. Por suerte, la nieve había cesado, pero el sol ya se ocultaba. Si no lograba entrar al castillo pronto, moriría.

—¡Valmont! —Rugió—. ¡Percival! ¿Puede alguien oírme?

Vio movimiento dentro de la torre y soltó una carcajada de alivio.

Alguien venía. Alguien lo ayudaría. Gracias a Dios.

Pero entonces, un hombre emergió de entre las sombras y se detuvo en el umbral.

La risa de Beau se apagó de inmediato.

Era el relojero, con su levita negra. Parecía inmune al frío mortal y se mantenía erguido, solemne, enmarcado por el arco de la puerta.

A su lado aparecieron las damas de la corte.

Formaban una galería grotesca, con sus sonrisas sombrías y triunfales, y su vestimenta chillona. Cada una parecía lista para un baile. Asonperides se encontraba a la derecha del relojero, majestuosa en seda gris. Sostenía una linterna en una mano, y relucían bajo su luz los muchos diamantes que llevaba.

Beau odiaba la idea de volver a estar entre ellas, pero no tenía opción.

—¡Buscad a Valmont! ¡A Florian y a Henri!

No tenía ni idea de cómo cruzar el foso, pero confiaba en que ellos podrían idear algo.

Quizá pudieran arrojar una puerta vieja al agua, empujarla con un palo hasta él, y así usarla como balsa. O tal vez podrían lanzar una cuerda con alguna catapulta improvisada.

Juntos, encontrarían una solución.

—¡Vamos! ¡Rápido! —instó a las cortesanas.

Pero nadie se movió para ayudarlo, y pronto comprendió que nadie lo haría.

—No —dijo, atónito—. No podéis dejarme aquí afuera. No podéis.

Una a una, las damas del cortejo de Arabella se dieron la vuelta y se desvanecieron entre las sombras.

El relojero lo observó un momento más, y luego también se marchó.

—No, espera… Espera. ¡Relojero, detente! ¡No tienes derecho! ¿Quién eres tú para condenar a Arabella? ¿Para dejarme morir aquí? ¿Quién demonios eres? —le gritó.

Se oyó un chirrido desgarrador y, entonces, una ventana en lo alto de la garita se abrió. Una pequeña cabeza asomó por ella.

—¿Aún no lo has entendido? ¡Es la MUERTE, cabeza hueca!

Una niña se apoyaba en el alféizar.

Beau entrecerró los ojos en la penumbra.

—¿Fe? —preguntó.

Otra cabeza apareció junto a la suya.

—¿Dónde está Arabella? ¡Buscadla! ¡Rápido! —les gritó Beau a las dos hermanas.

—Beau…, Arabella se está muriendo —dijo Esperanza.

Un hueco se abrió en el pecho del joven. Sintió que se derrumbaba.

—¡No! —gritó. Se golpeó la frente con las manos, tratando de pensar. Tenía que haber una forma de llegar hasta ella. Tenía que haberla.

—Tenemos que irnos —gritó Esperanza—. ¡Nos están cazando! Tenemos que seguir moviéndonos. ¡Haz algo, Beau! ¡Usa las enredaderas! ¡La cadena! —Y desaparecieron.

¿Las habían atrapado los miembros de la corte? ¿El relojero?

Beau no tenía manera de saberlo. Solo sabía una cosa: si iba a entrar en el castillo, tendría que hacerlo solo. Pero ¿cómo?

«Las enredaderas… La cadena…», había gritado Esperanza.

Sus ojos recorrieron el muro sobre el foso. Una cadena colgaba de un anillo de hierro, cerca del arco de la torre. Bajó la mirada hacia las gruesas y feas enredaderas que crecían desde el agua turbia y trepaban por la pared de piedra. Recordó haber enredado sus pies en ellas cuando descendió por el muro para rescatar a Arabella. Se extendían en todas direcciones; algunas, entrelazadas, quedaban a solo unos metros de la cadena.

Beau supo lo que tenía que hacer.

Respiró hondo.

Y saltó.

OCHENTA Y CINCO

Beau sintió como si le hubieran arrancado la piel viva.

El agua del foso estaba tan fría que desgarró cada nervio de su cuerpo. Había caído de pie, se hundió profundamente y luego se impulsó hacia la superficie, rompiéndola con un grito.

«¡Nada, maldita sea, nada!», le gritaba su mente, desesperada por sacar su cuerpo de aquella agua helada.

Pero algo más en el foso quería matarlo.

Beau los oyó, emergiendo entre la masa gris y gélida, gruñendo y gorgoteando.

Los no muertos no sentían el frío.

Percibieron los movimientos frenéticos de Beau y se lanzaron hacia él. En cuestión de segundos, lo habían rodeado.

Logró abrirse paso entre el agua espumosa, pero entonces uno de ellos le agarró la chaqueta por la espalda y lo arrastró hacia abajo. Con el corazón martilleando de terror, nadó con más fuerza, luchando por mantener la cabeza fuera del agua, pero más criaturas se abalanzaban sobre él. Consiguió llenar los pulmones con una última bocanada de aire, antes de que el monstruo que lo sujetaba lo hundiera por completo.

Beau forcejeó para liberarse, pero no pudo. Los pulmones le ardían. Luces brillantes estallaban como fuegos artificiales detrás de sus ojos. Su cuerpo, llevado más allá del límite, empezó a ceder. Sus

manos arañaban el agua, los dedos tanteaban, desesperados, en busca de las enredaderas, pero estaban demasiado lejos. Los fuegos artificiales comenzaron a desvanecerse. Ya no podía contener la respiración. En cualquier momento, sus pulmones se contraerían y tragaría el agua turbia.

Rezó a los santos para que le concedieran una muerte rápida, pero los santos no escuchaban.

O tal vez sí.

Tal vez siempre lo habían hecho, porque algo duro le golpeó la cabeza.

Se giró con brusquedad y vio lo que era: una tabla del puente destruido. La agarró y, con las últimas fuerzas que le quedaban, la clavó en el rostro de su atacante. Hubo un crujido nauseabundo cuando el cráneo del monstruo cedió.

Beau sintió que su agarre aflojaba y lo vio hundirse en el agua.

Pateó con fuerza y emergió, jadeando, girando en círculos, buscando la pared.

Más criaturas del foso se abalanzaron sobre él.

Hundió la tabla en el torso del más cercano, apartándolo de su camino, y golpeó a otro con tanta fuerza que su cabeza se separó del cuello.

Poco a poco fue abriéndose paso hasta la pared, empujando y golpeando a los monstruos, hasta que por fin las enredaderas quedaron a su alcance.

Justo cuando Beau logró agarrar una, otra criatura emergió, a solo unos centímetros de su cara. Su cráneo estaba cubierto de una baba verdosa. Enredaderas negras y retorcidas salían de su boca abierta, cubriendo su rostro como una red. Sus dedos huesudos arañaron a Beau, pero enseguida se dio cuenta de que no podía hacerle daño, porque más enredaderas atravesaban su caja torácica, y lo sujetaban a la pared.

—Con tu permiso, amigo —dijo Beau, mientras empezaba a salir del agua.

Un pie se hundió entre, dos enredaderas; el otro encontró apoyo

en una grieta de la piedra. Pulgada a pulgada, con un dolor atroz, trepó por el muro del castillo, obligando a sus dedos entumecidos a aferrarse.

Por fin alcanzó la cadena que colgaba un poco más arriba.

El metal helado le quemó las manos al tocarlo, pero, ignorando el dolor, apoyó los pies en la piedra y se impulsó, para subir por el metal, mano sobre mano.

A mitad de camino, un ataque de temblores lo sacudió con tanta violencia que pensó que lo despegaría de la pared.

Esperó, con los ojos cerrados, hasta que pasó. Entonces, siguió trepando hasta alcanzar el arco y asirse de la anilla de hierro.

Ahora venía la parte difícil.

La anilla estaba a varios centímetros del umbral, y dentro del arco no había nada de lo que pudiera valerse para impulsarse. Si no tenía cuidado, perdería el equilibrio y volvería a caer al foso.

Con precaución, colocó el pie derecho sobre el umbral y apoyó también la mano derecha contra la pared interior del arco. Empezó a balancear su cuerpo de un lado a otro, más y más rápido, hasta ganar impulso. Con un grito gutural, soltó el anillo y se lanzó de lado. Su pie derecho soportó el peso y consiguió entrar en la torre.

Tropezó, pero se sostuvo.

La sangre manaba de la rodilla que se había abierto al caer al arroyo, pero ni siquiera lo notó.

Lo había logrado.

La noche había caído, y al salir de la torre y cruzar el patio, vio las antorchas encendidas a ambos lados de las puertas del castillo, al igual que la primera vez que había llegado.

El terror le apretó el pecho como una garra. Había atravesado una tormenta de nieve cegadora, había escapado de morir congelado y luego ahogado, pero nada de eso se comparaba con el miedo que sentía ahora: el miedo de haber llegado demasiado tarde para salvar a Arabella.

Cuando Beau vio por primera vez al relojero, había sentido una certeza inquebrantable de que ya lo conocía, aunque no sabía de

dónde.

Ahora lo recordaba.

La primera vez que el relojero lo visitó, vino vestido de enterrador. Había levantado el cuerpo sin vida de su madre de su lecho, aunque Beau le había rogado que no lo hiciera.

La segunda visita ocurrió un año después: el relojero fue uno de los hombres que sacaron el cadáver de su padre del río.

La tercera vez fue cuando yacía en un callejón sucio, con un cuchillo clavado en el pecho. El relojero se había inclinado junto a él, pero Raphael lo había cogido antes de que pudiera llevárselo.

Ahora el relojero quería a Arabella.

Aunque Beau estaba medio muerto, llegó hasta las puertas del castillo.

Las tres veces anteriores que el relojero había aparecido ante él, Beau era un niño.

Esta vez, era un hombre.

Y esta vez, iba a luchar contra él.

OCHENTA Y SEIS

El castillo estaba tan oscuro como una tumba.

Beau avanzó a trompicones por el vestíbulo, guiándose solo por la memoria.

—¡Arabella! —gritó.

Pero no obtuvo respuesta.

Giró sobre sí mismo, desesperado, y entonces vio un resplandor. Provenía de debajo de las puertas del gran salón.

Las empujó con fuerza.

La escena que lo recibió le desgarró las entrañas.

Arabella yacía en el suelo. Valmont estaba a su lado, sosteniendo su cabeza en el regazo. Sus ojos estaban cerrados; su pecho subía y bajaba con respiraciones rápidas y débiles. A su alrededor, formando un semicírculo, se encontraban muchos de sus sirvientes. Detrás de ellos, las damas de la corte observaban en silencio.

—¿Por qué estáis ahí parados? —gritó Beau—. ¡Levantadla del suelo! ¡Llevadla a sus aposentos!

Valmont, respirando con dificultad, levantó la cabeza.

—No vamos a moverla. Desea morir aquí… Con nosotros, con sus padres.

—¡No! —exclamó Beau. Se arrodilló junto a Arabella y la tomó entre sus brazos, apartándola de Valmont—. Soy yo, Bells. Soy Beau. Despierta… Vamos, despierta.

—Llegas demasiado tarde, me temo —dijo Asonperides, con una sonrisa afilada, como una guadaña, curvándose en su rostro—. La maldición termina a medianoche.

Beau alzó la vista hacia el imponente reloj dorado.

La medianoche estaba a solo media hora.

El tiempo se agotaba.

Los sirvientes ya empezaban a desvanecerse. Parecían haber envejecido cien años en unas pocas horas. Estaban encorvados, el cabello les había encanecido y sus ojos se nublaban. Algunos, como Percival y Phillipe, se tomaban de las manos, buscando consuelo mutuo hasta el final. Otros, permanecían solos, en los extremos de la sala, aceptando su destino en silencio.

Incluso Esperanza y Fe se apagaban. De pie, en la puerta del fondo, observaban la escena con sus rostros pálidos, mientras la luz de dentro de ellas titilaba.

Beau buscó frenéticamente una forma de romper la maldición.

Tenía que haber una manera; solo que no la veía.

Trató de recordar las palabras del poema del relojero.

Decía que Arabella debía amar y ser amada.

Pero ella no lo amaba… Si lo hiciera, la tercera hermana pequeña habría aparecido. Si lo hubiera hecho, la maldición ya estaría rota.

Pero él sí que la quería.

Tal vez su amor bastara.

Quizá, si se lo decía otra vez, eso la salvaría.

—Yo… te quiero, Bells. Eres mi mejor amiga. La única amiga verdadera que he tenido.

Los ojos de Arabella, nublados, se abrieron un poco.

—¿Beau?

Este llevó su mano a los labios y la besó.

—Sí, soy yo. ¿Puedes oírme? Te quiero, Arabella. Por favor, no mueras… Por favor, por favor, no mueras.

—Yo… también te quiero, Beau —susurró Arabella, esforzándose por sonreír.

Beau soltó una carcajada de alivio. Le besó la mano otra vez. Ella

le quería. Se habían equivocado en algo. Tal vez hicieron las cosas en un orden incorrecto, pero ya no importaba. Todo se arreglaría.

Se giró hacia el relojero, con una sonrisa de triunfo, deseando verlo marchar.

—Vete. Lárgate. Has terminado aquí —le dijo.

Pero el relojero no se movió.

Permaneció junto a su reloj, con las pálidas manos cruzadas sobre su bastón, y una media sonrisa en los delgados labios.

Un nuevo temor empezó a retorcerse en el estómago de Beau. Miró a su alrededor, esperando que el castillo se derrumbara, o que aparecieran ángeles, o que Asonperides y su corte ardieran en llamas. Escuchó, esperando el estruendo de los muros de piedra cediendo, el sonido de trompetas celestiales o el rugido del fuego infernal. Pero lo único que oyó fue el tictac del reloj.

—¿Por qué no pasa nada? —preguntó, mirando a Valmont—. Le he dicho que la quiero. Ella me ha dicho que me quiere.

Tocó la mano de Arabella. Estaba fría. El pánico empezó a rugir dentro de su cabeza.

—Tal vez lo hemos dicho mal. Tal vez deberíamos haberlo dicho en voz alta. Justo antes de cruzar el puente. O en medio del puente, o…

El corazón de Beau se detuvo.

«El puente».

—Valmont, ¿cuáles eran los versos del hechizo del relojero? —preguntó—. Los que hablaban del puente.

El anciano sirviente levantó la cabeza. Sus mejillas estaban empapadas en lágrimas.

—*Cruza el puente, desenreda los años, escapa de la prisión de tus miedos y daños…* —Recitó—. La señora debía cruzar el puente, pero no pudo. Y ahora nunca podrá, porque ya no hay puente.

—Pero tal vez nos equivocamos con el puente —dijo Beau, desesperado—. Tal vez, no era un puente real. Tal vez, es solo un símbolo…

Valmont soltó una risa amarga.

—Nos equivocamos en todo.

Pero Beau se negó a rendirse, y forzó una sonrisa esperanzada.

—Vamos, Bells, siéntate. Vamos a romper esta maldita maldición. Lo haremos juntos. Encontraremos la manera.

Y, cuando lo hagamos, no querrás que te vean ahí tirada como si estuvieras borracha, ¿verdad? Anda…, siéntate.

Tiró de sus manos, pero su cuerpo era un peso muerto. Deslizó un brazo detrás de su espalda e intentó incorporarla, pero esta soltó un gemido de dolor.

Al oír su queja, la determinación de Beau se quebró, y su sonrisa se desmoronó.

—Que alguien haga algo. ¡Traedle sales aromáticas! ¡Un vaso de *brandi*, por amor de Dios! ¡Sois sirvientes, ¿no?! —gritó.

Percival se arrodilló junto a Beau. Se inclinó y apoyó el oído sobre el pecho de Arabella. Cuando volvió a incorporarse, su rostro mostraba un gris de tristeza.

—Apenas puedo oír un latido —dijo.

—No —susurró Beau, con la voz rota y el corazón hecho añicos.

—El poema del relojero era un engaño… Una mentira —dijo Valmont—. La maldición no se puede romper.

—Sí se puede —indicó una voz.

Venía desde la puerta de la cocina.

Beau levantó la vista.

Abriéndose paso entre la multitud, había una mujer pequeña y decidida. En una mano empuñaba un rodillo, que levantaba frente a ella como si fuera una espada. La otra descansaba protectora sobre el hombro de un niño pequeño.

—Vete, panadera, y llévate a ese sucio mocoso contigo —dijo Asonperides—. No puedes hacer nada.

Camille apretó con fuerza el hombro del niño.

—Sigue caminando, Rémy. Es la hora. Ve con ella —le indicó.

—¿No me has oído? Vuelve…

Las palabras de Asonperides se apagaron. El desprecio en su rostro se transformó en puro asombro.

—No… —susurró—. No puede ser. —Giró en redondo, gritándole a su corte—. ¿Qué esperáis? ¡Atrapadlos!

Camille alzó su arma sobre la cabeza, dispuesta a proteger a Rémy.

Ari dio un paso en su dirección, y las demás damas la siguieron.

—Se acabó para ti, niño —gruñó Ari—. Una sola mujer no puede protegerte.

Pero Camille no estaba sola.

Florian, Henri, Gustave, Lucile, Josephine, Claudette, Josette, Phillipe, Percival y Valmont… Todos los sirvientes, reuniendo la poca fuerza que les quedaba, rodearon a Camille y a Rémy, empujando a las cortesanas hacia atrás, despejando el camino.

Rodeada por sus amigos, Camille siguió avanzando, guiando a su protegido hasta Arabella. Cuando llegaron, le quitó a Rémy la mugrienta gorra y una larga cabellera rubia cayó en cascada de debajo de ella.

La niña dio un paso al frente. Era pequeña, como sus hermanas. Delgada. Frágil. Manchada de hollín y grasa.

Y resplandeciente como el amanecer.

OCHENTA Y SIETE

Beau vio que la niña llevaba una cesta.

Cuando llegó hasta Arabella, la dejó en el suelo y comenzó a sacar cosas de su interior, colocándolas a su alrededor: una pila de libros, un compás y una escuadra, plumas y frascos de tinta. Por último, extrajo un voluminoso fardo de seda color medianoche.

Beau lo reconoció enseguida.

La niña extendió la tela sobre Arabella, y la ciudad plateada que ella había bordado hacía tanto tiempo brilló como un cielo estrellado.

—Has estado aquí todo el tiempo —dijo Beau, con la voz cargada de asombro.

La pequeña asintió.

—La escondí a plena vista —explicó Camille—. La tomé bajo mi protección justo después de que Asonperides maldijera a Arabella. La vestí con ropa de niño y dije que era mi sobrino, de visita desde el pueblo, atrapado por la maldición, como el resto de nosotros. La unté cada día con mantequilla. Grasa de tocino. Canela y nuez moscada. Todo lo que odian las damas de la corte. —Camille sonrió —. Funcionó de maravilla, como el ajo con los vampiros. Apenas la miraban y, cuando lo hacían, solo era para gritarle que se fuera. Ojalá hubiera podido esconder también a Esperanza y a Fe, pero Asonperides las encontró antes de que pudiera hacerlo.

—No puedo creerlo —dijo Fe—. Nos has engañado a nosotras

también. Nunca miramos dos veces al chico de la cocina. —Tomó la mano de Esperanza, y la luz de dentro de ambas se avivó.

—Ayúdala, por favor —dijo Beau a la niña—. ¿Por qué la maldición no se ha roto? ¿Por qué?

Amor no respondió.

En cambio, caminó hacia una de las altas ventanas del salón, tomó las cortinas de seda y las arrancó de cuajo. Un murmullo de asombro recorrió la sala cuando los hilos de plata captaron los rayos de la luna, y la ciudad de los sueños que Arabella había bordado tanto tiempo atrás estalló en un resplandor brillante y deslumbrante.

—¿Ahora lo entiendes? —preguntó Amor.

Beau asintió. Lo entendía. Por fin lo entendía.

Agarró a Valmont por las solapas.

—No se trata de mí, Valmont. Ni de ninguno de los pretendientes de Arabella. Nunca se trató de eso —dijo con urgencia—. El hechizo del relojero… ¿Cómo era? *La vil maldición de la Desesperación no puede desdecirse, pero hay una forma de romperla y redimirse*.

—Repara lo que has destrozado. Recoge los pedazos de tu corazón agrietado —continuó Valmont—. *Busca bondad, confianza, una mano tendida, hasta que quien rechazaste se vuelva tu amiga. Cruza el puente, desenreda los años, escapa de la prisión de tus miedos y daños. Así romperás la maldición y desharás este, verso infernal*.

—Y cuando al fin aprendas a amar, serás amada en su lugar —interrumpió Beau—. «Serás amada en su lugar». Dijo eso, ¿verdad? El relojero, ¿esas fueron sus palabras exactas?

—Sí, sí —respondió Valmont—, pero no veo qué…

Beau lo soltó. Su mirada se centró en algo invisible.

—Hasta que quien rechazaste se vuelva tu amiga —repitió en voz baja. Volvió a mirar a Valmont—. No quiso decir que debía amar a un príncipe, o un duque, o un conde, o un herrero, o un capitán, o un ladrón.

—Despacito, Beau —le advirtió Valmont—. No tiene sentido lo que dices.

—No puedo —respondió Beau con desesperación—. No hay tiempo.

Aún de rodillas, Beau tomó las muñecas de Arabella y trató de levantarla del suelo. Su cabeza se ladeó como la de una muñeca rota.

—¡Arabella! —gritó—. Abre los ojos. Maldita sea, pequeña, ¡despierta!

Arabella gimió. Su cabeza se alzó un poco. Sus párpados se abrieron, pero sus ojos estaban vacíos. La luz plateada en ellos se había vuelto gris opaco.

Percival escondió el rostro entre las manos. Gustave y Lucile se abrazaron. Otros sirvientes susurraban oraciones o lloraban.

Beau no los oyó. No los vio. Solo tenía ojos para Arabella, mirándola fijamente, implorándole que se quedara.

El tictac del reloj dorado perdía su ritmo. El largo péndulo de oro se movía cada vez menos.

«Es demasiado tarde», susurró una voz en su mente.

Y entonces escuchó los pasos: lentos, medidos e inexorables.

Sosteniendo a Arabella en el hueco de su brazo, levantó la cabeza y enfrentó al relojero. Con una mano temblorosa, sacó el puñal de la vaina en su cadera y lo apuntó.

—Atrás… Te lo advierto —dijo.

—¿En serio, Beau? —bufó Fe—. ¿Vas a amenazar a la Muerte con la muerte? Claro, seguro que funciona.

—No te rindas —dijo Esperanza, con la mirada fija en el relojero —. Encuentra la forma, Beau.

Amor, ahora junto a él, le quitó el cuchillo con suavidad y lo dejó a un lado.

Beau apartó la mirada del relojero y la dirigió hacia ella, hacia esa niña resplandeciente que ya conocía. Le daba miedo. Más que el propio relojero.

—Tú puedes hacerlo —le dijo ella.

—Haz algo, Beau —suplicó Valmont—. Lo que sea. Dile otra vez que la amas.

—No, Valmont. No sirve. Yo no soy el indicado. Hay alguien más a quien ella necesita amar.

Valmont se puso de pie y miró a su alrededor, desesperado, buscando a esa persona.

—¿Quién es? ¿Dónde está?

—Ella —dijo Beau—. *Ella*.

El relojero se acercaba; sus pasos sonaban más fuertes. Estaba ya a pocos metros.

Los ojos de Beau estaban fijos en él, pero sus brazos seguían aferrando a Arabella.

Respiró hondo y empezó a hablar. Las palabras salían de forma atropellada, desesperadas.

—Escúchame, Arabella, escúchame —dijo con fiereza—. Valmont te quiere. También Percival. Y Phillipe, y Gustave, y Lucile, y Josephine, y Camille… y yo. Yo te quiero. Porque eres fuerte, valiente, feroz… y una completa pesadilla. Y eres lista. Tan condenadamente lista. Adoro el ceño que frunces cuando dibujas. Adoro el fuego en tus ojos cuando construyes. Adoro que maldigas como un marinero cuando crees que nadie te escucha. Adoro cómo tropiezas cuando bailas. Incluso la forma en que arrancas de un mordisco la cabeza de una ardilla. Te quiero, Arabella, con tus defectos, rarezas y fallas. Así que, por favor, por favor, por favor… ¿No puedes amarte tú también?

Los pasos se detuvieron.

El relojero estaba a solo unos centímetros.

Beau sintió su aliento helado en la nuca, y cerró los ojos con fuerza.

—No. No… —murmuró, estrechándola contra su pecho—. No te vayas. Quédate aquí. Estábamos equivocados. Todos nosotros. Todo este tiempo. Eres tú. Siempre has sido tú. Oh, Bells, ¿no lo ves? Tú eres a quien has estado esperando.

OCHENTA Y OCHO

Arabella estaba perdida en el bosque.

Era de noche.

Extendió las manos frente a ella, pero apenas podía verlas.

Sabía el camino de regreso a casa, por supuesto. Solo que… no lograba recordarlo. Necesitaba recordar algo para poder encontrarlo otra vez. ¿O era a *alguien* lo que necesitaba recordar?

Pensar se le hacía tan difícil. Le dolía la cabeza. Estaba muy cansada.

¿Al igual que se había sentido cuando su madre le dijo que nunca debía decir palabras como «alcantarillado» o «baños públicos» en voz alta, si quería conseguir un marido? ¿O como cuando su padre le advirtió que no debía hablar sobre la física de los arcos, ni sobre la proporción ideal entre altura y grosor de las columnas de carga, porque la hacía sonar ridícula? ¿O cómo se sentía cuando las otras chicas intercambiaban miradas y risitas porque ella se detenía frente a las obras en construcción, en lugar de en las tiendas? ¿O cuando los chicos se irritaban porque ella sabía cosas que ellos no?

Dio unos pasos vacilantes, y entonces una voz surgió de lo más profundo del bosque.

—Ese no es el camino a tu casa, Arabella —dijo la voz—. Aunque sí es el camino a la mía.

La joven se volvió, sobresaltada. El relojero estaba de pie a

pocos metros de ella.

—Esos recuerdos solo te harán adentrarte más en la noche —le indicó—. Mira hacia arriba, pequeña. Observa las estrellas. Mira la noche que las acuna.

Arabella obedeció. Alzó el rostro hacia el cielo brillante y recordó.

Recordó la sensación de un trozo de grafito entre los dedos, la manera en que se deslizaba sobre el papel, trazando arcos y logias, pórticos y frontones. Y cómo hacía reales las visiones que tenía en su cabeza.

Recordó cómo se le ensanchaba el corazón al abrir un libro y encontrarse en el Templo de Dendur, en el Partenón o en las ciudades de los aztecas.

Recordó cómo la mente le latía, tan llena de ideas que sentía que iba a estallar. Ideas de caminos y puentes, acueductos y plazas. Catedrales, castillos y palacios.

Las lágrimas ardieron detrás de sus ojos ante tanta belleza. La del cielo oscuro, la de las estrellas. La de sus recuerdos. La de la niña que alguna vez fue.

Miró al relojero.

—Cien años —dijo con suavidad—. Me ha llevado cien años volver a casa.

—Hay quienes nunca logran regresar —respondió el hombre.

—¿Está rota? —preguntó Arabella, temerosa de tener esperanza —. ¿La maldición que Asonperides me lanzó?

—¿Aún no lo ves? —preguntó el relojero—. Tú misma te maldijiste, hija mía, cuando le diste la espalda a tus difíciles emociones y sucumbiste a la desesperanza. Ahora debes hacer las paces con ellas y darles un lugar en tu corazón. Les pertenece tanto como a la alegría, el orgullo y la compasión.

—Pero les tengo miedo —susurró Arabella—. Las dejé salir y un hombre murió.

—El príncipe eligió comportarse así —respondió la Muerte, tomando la mano de Arabella—. El muchacho al que golpeaba, el animal indefenso al que torturaba… Ellos no lo eligieron. Tú

intentaste ayudarlos. Trataste de controlar tus emociones, de mantenerlas reprimidas, pero se desbordaron y terminaron controlándote a ti. Si quieres romper la maldición, deja de luchar contra ellas. Déjalas ser. Las necesitas.

Arabella asintió. Ahora lo comprendía.

—Sin la oscuridad no apreciaríamos la luz —dijo.

La Muerte negó.

—No, pequeña. Sin la *luz* no apreciaríamos la oscuridad. Hay bien en los sentimientos difíciles. ¿Cómo se detendría la injusticia sin la ira? ¿Cómo se frenaría el egoísmo sin la culpa o la vergüenza? ¿Cómo crecería la compasión sin el arrepentimiento o el remordimiento? Haz esto, Arabella, y la desesperanza se mantendrá alejada. Es la única emoción contra la que debes protegerte, porque siente celos de mi poder y desea hacer mi trabajo por mí. —La Muerte apretó la mano de Arabella y luego la soltó.

En la otra mano sostenía un sombrero de tres picos. Le quitó un poco de polvo y se lo colocó en la cabeza.

—Te vas —afirmó la joven.

—Por ahora.

—¿Y yo?

—Tú también puedes irte, pero debes darte prisa. Casi es medianoche.

—Pero volverás algún día.

—Siempre vuelvo.

—¿Cuándo?

El relojero le dedicó una triste sonrisa.

—No querrás que te arruine la sorpresa.

Arabella asintió. Luego, corrió hacia él y lo abrazó con fuerza.

—Gracias —dijo—. Gracias.

Entonces, se fue.

Salió corriendo del bosque oscuro y cruzó el puente que la llevaba de su pasado hacia su futuro.

Hacia su hogar.

OCHENTA Y NUEVE

Beau sabía que el amor le había fallado.

Había encontrado el valor para volver a tener esperanza. Para volver a creer. Y había vuelto a perder.

Arabella se había ido.

Alzó la cabeza, obligándose a mirar su rostro sin vida. Pero, cuando abrió los ojos, vio que los de ella también estaban abiertos. Parpadeaba, como una soñadora recién liberada del sueño.

—Beau, ¿qué hora es? —preguntó, intentando incorporarse.

—No te muevas, Arabella. Quédate quieta.

—Por favor, Beau… La hora…

El joven miró el reloj.

—Diez minutos para la medianoche.

—Ayúdame a levantarme.

—Arabella, no creo que…

—La maldición no está rota, todavía no, y si no lo hago…

—Moriremos todos —dijo Beau, poniéndose en pie de un salto. Le pasó las manos por debajo de los brazos y la levantó del suelo.

Arabella se aferró a su brazo, tambaleándose con las piernas inestables, y luego preguntó:

—¿Dónde están… las damas de la corte?

Beau observó el gran salón.

—Allí —dijo, señalando las ventanas.

Las damas se habían reunido bajo ellas. Algunas permanecían abatidas, con la cabeza gacha, jugando, nerviosas, con los botones y los puños de sus vestidos. Otras gritaban, pisoteaban el suelo y rompían cosas.

Los dedos de Arabella se clavaron en el antebrazo de Beau.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De la bestia. Siento que ya viene. Que nunca podré escapar de ella. Que me destrozará.

—Te ayudaré, Arabella. Solo dime cómo. Dime qué tengo que hacer.

—No puedes ayudarme. Tengo que hacerlo sola.

Entonces, Arabella tocó su rostro. Pasó los dedos por su mandíbula firme, los deslizó detrás de su cuello y lo atrajo hacia ella para besarlo.

Beau la correspondió, y trató de tener esperanza. De tener fe. De creer que el amor traería a Arabella de regreso a él.

—Quédate conmigo. Después —le dijo, al romper el beso.

Entonces, corrió.

Arabella atravesó el gran salón, alejándose de él. Puso distancia entre ambos, lo suficiente para que este no pudiera escucharla cuando murmuró:

—Si es que hay un *después*.

NOVENTA

Arabella tragó con dificultad. Cerró los ojos, reuniendo todo su valor, y los abrió de nuevo, para dar un paso al frente, adentrándose en la corte de sus emociones.

Las damas giraban a su alrededor como tiburones.

Paluc fue la primera en atacar.

—Míralos —dijo con voz fría—, a tus pobres sirvientes… y a esas figuras atormentadas dentro del reloj… Todos sufriendo. Durante *décadas*, Arabella. Por tu culpa.

—L-lo siento. Lo siento muchísimo —indicó Arabella, con voz temblorosa y débil.

—¿Lo sientes? ¿Crees que a alguien aquí le importa que lo sientas? ¿Piensas que un simple «lo siento» arregla lo que has hecho?

—Yo… Yo no quería hacerlo… El príncipe estaba haciéndole daño a Florian… Maltrataba a mi caballo…

Gunezarev intervino con su voz grasienta; un murmullo venenoso que hizo que el corazón de Arabella se encogiera sobre sí mismo:

—Eres una chica con una opinión muy alta de ti misma, ¿verdad? Demasiado buena para el príncipe, y demasiado lista para quedarte callada. Tienes tus propias ideas. Crees que puedes construir cosas. Que puedes *cambiar el mundo*. ¿Sabes qué pienso yo? Que eres patética. ¿Has oído lo que la gente dice de ti? ¿Sabes lo ridícula que

te ves con tu compás y tu regla? ¿Quién te crees que eres? —Estalló en una risa burlona.

Las palabras fueron como ácido derramándose por la columna vertebral de Arabella, disolviéndola.

Tenían razón.

Claro que la tenían.

¿Quién era ella, después de todo? ¿Quién era para abrir la boca? ¿Para defenderse? ¿Para defender a otros?

Lady Diome fue la siguiente, encogida y temblorosa, mirando a todos lados con miedo:

—Aunque rompas la maldición, luego…, ¿qué? Han pasado cien años. ¿Cómo piensas recomponerlo todo? Los sirvientes nunca te perdonarán. Las personas dentro del reloj estarán furiosas contigo. ¿Y qué dirá tu madre cuando sepa que el chico que está allí roba para ganarse la vida? Lo echará a la calle de inmediato. Y entonces, ¿qué? ¿Qué harás, Arabella, dime?

Las últimas palabras de Diome fueron un chillido histérico que desató al resto. Todas se abalanzaron sobre ella, exigiendo ser escuchadas.

La joven se tapó los oídos con las manos, tratando de bloquear las voces, y de aferrarse a los últimos restos de coraje que le quedaban.

Entonces, se escuchó otro sonido: el siniestro clic-clic-clic de los contrapesos del reloj, subiendo por sus cadenas.

—¡El reloj está despertando! ¡Ya casi es medianoche! ¡Se te acaba el tiempo! —gritó *lady* Lubijo, aplaudiendo emocionada.

—¡No! —gritó Arabella.

Empujó a las damas con desesperación, intentando liberarse de ellas, pero eran demasiadas; la rodeaban, la ahogaban.

—¿Qué vas a hacer, Arabella? ¿Desterrarnos, otra vez? —se burló Paluc.

Dentro del reloj, las ruedas giraban, los engranajes encajaban. Las dos puertas doradas a cada lado del arco se abrieron. Desde el torbellino de sus emociones, Arabella oyó el movimiento. Pronto

comenzaría el desfile nocturno. Pronto sonarían las campanadas.

Sus ojos se posaron en el relojero. Estaba allí, de pie, junto a su obra maestra, y escuchó su voz dentro de su mente:

«Si deseas romper la maldición, deja de luchar contra ellas…».

Así que, Arabella lo hizo. Dejó de empujar, dejó de resistirse, y se quedó muy quieta.

A continuación, extendió las manos, tomó la de Paluc y la de Gunezarev, y las apretó con fuerza.

—No voy a desterraros. Nunca más volveré a hacerlo. Os necesito. A todas. *Lady* Paluc, cuando hago algo mal, tú me haces verlo. Y *lady* Gunezarev, tú me impulsas a reparar mis errores.

Paluc dejó de gritar. Sus pequeños ojos se abrieron, llenos de asombro. Apretó la mano de Arabella y le dedicó una sonrisa temblorosa.

—G-gracias, mi señora —susurró—. Gracias.

Gunezarev besó la mejilla de Arabella, y ambas se desvanecieron como la niebla bajo el sol de la mañana.

Arabella se volvió hacia *lady* Diome.

—Gracias, querida dama, por protegerme siempre. Por apartarme del caballo desbocado, del acantilado que se derrumbaba, y del hielo demasiado delgado. Por evitar que me partiera la cabeza más veces de las que puedo recordar.

Le tocó la mejilla, y Diome también se desvaneció.

Densed, Celso, Diermontirem… Una tras otra, Arabella enfrentó a sus emociones más difíciles, agradeciéndoles, abrazándolas y devolviéndolas a su corazón.

Acababa de ver desvanecerse a *lady* Apen cuando algo voló por el aire y estalló a sus pies.

Arabella retrocedió ante los restos de un jarrón roto. Sabía quién lo había lanzado.

Lady Ari estaba allí, hirviendo de furia. Úlceras rojizas le cubrían la piel, y se había mordido la mano hasta hacerla sangrar.

El mecanismo del reloj dorado zumbaba, giraba y martilleaba, preparándose. El minutero avanzó un clic. Faltaba un minuto para la

medianoche.

Arabella se clavó las uñas en las palmas y dio un pequeño paso al frente.

Ari la vio y rugió como un toro, advirtiéndole que se detuviera. Agarró un candelabro y lo alzó como arma, pero Arabella siguió caminando, lenta, deliberadamente, hasta llegar frente a la temible cortesana.

Titubeó un segundo, hasta que la envolvió en un abrazo, sujetándola con fuerza, mientras Ari forcejeaba para soltarse.

—Te he hecho el mayor de los agravios, *lady* Ari —susurró Arabella—. Debí escucharte. En cambio, te di la espalda. Te cerré mi corazón. Debí hacer mis maletas, empeñar mis joyas y dejar este lugar para ir a Roma, París, Londres… A algún sitio donde pudiera estudiar, dibujar y construir. Perdóname, Ari. Por favor, por favor, perdóname.

Ari intentó rugir de nuevo, pero el sonido se quebró en un sollozo. Dejó de resistirse y apoyó la frente contra la de Arabella. Después, también se desvaneció.

Todas se habían marchado, excepto una.

El minutero marcó la hora.

Medianoche.

La campana del reloj comenzó a sonar. Las puertas doradas se abrieron y la corte del reloj inició su grotesco desfile. Las figuras, antaño radiantes, se desintegraban. Sus ropas se desvanecían. Las joyas que antes brillaban, en dedos y gargantas, ahora parecían trozos opacos de vidrio. Sus rostros de porcelana se agrietaban, y las sonrisas pintadas se retorcían en muecas de agonía.

Ya casi no le quedaba tiempo.

Una, dos…

Giró sobre sí misma, desesperada, buscándola. Buscando aquella cabeza altiva, el cabello negro y el vestido gris ceniza.

—¿Dónde estás? —susurró.

Tres, cuatro…

Por fin la vio. De pie, al otro lado del reloj, observando la esfera,

con las manos cruzadas tras la espalda.

—¿También vas a abrazarme? —preguntó Asonperides cuando Arabella se acercó.

La joven se detuvo a pocos pasos de ella.

—No te abrazaré, *lady* Asonperides. Te mantendré alejada el resto de mi vida y rezaré para no volver a ver tu rostro nunca más.

—Pero yo sí que te abrazaré de nuevo, Arabella —dijo Asonperides, avanzando hacia ella—. Estaré allí cuando esas despreciables niñas te abandonen.

Arabella negó.

—Fui *yo* quien las abandonó, y luego aprendí lo difícil que es encontrar esperanza en este mundo. Mantener la fe. Dar amor. Nunca volveré a soltarlas.

La campana del reloj seguía tañendo, llevándolas cada vez más cerca de la medianoche.

—Más fácil decirlo, que hacerlo. No puedes amar a otro, si primero no te amas a ti misma —indicó Asonperides—. ¿Lo haces?

Ya estaba cerca de Arabella, lo bastante como para tocarla. Extendió la mano hacia ella, pero Esperanza se interpuso, bloqueándola.

—Estamos trabajando en eso —dijo la pequeña con firmeza.

Fe apareció junto a ella.

—La puerta está por ahí, *lady* D —indicó, señalando un arco con el pulgar—. Y ten cuidado de que no te golpee al salir.

Los ojos de Asonperides brillaron, llenos de peligro, pero inclinó la cabeza.

—Buena suerte, Arabella —le deseó.

—Adiós, *lady* Asonperides.

La última campanada sonó, suspendida en el aire.

Los ojos de Asonperides se apagaron, volviéndose de un blanco lechoso. Surcos profundos se abrieron en su piel, como grietas en un tronco quemado. Su cuerpo se mantuvo erguido un segundo, tal vez dos, y luego se desplomó en una pila de cenizas.

—¡Mira! —gritó Camille.

Arabella siguió su mirada y lo que vio le robó el aliento. Las figuras del reloj —que momentos antes se agrietaban, desmoronaban y caían—, ahora enderezaban sus espaldas y estiraban los brazos. Respiraban. Miraban a su alrededor, mientras el color volvía a sus mejillas y la vida iluminaba sus ojos.

Una joven cocinera fue la primera en bajar. Avanzó lentamente, con rigidez, como si tuviera que sacar los pies de un lodo espeso.

—¿Dónde está mi hermano? —dijo con una voz oxidada—. ¿Florian? ¿Estás ahí? —Bajó del estrado, tambaleándose, casi cayéndose.

—¿Amélie? ¡Amélie! —gritó Florian, que corrió hacia ella y la atrapó entre sus brazos.

Una anciana condesa fue la siguiente en bajar, pidiendo una copa de *brandi*.

Tras ella, lo hicieron un obispo, un paje joven, un herrero y un guardia. Uno tras otro, los habitantes del castillo tropezaban y se tambaleaban, hasta salir del reloj, de regreso a sus vidas. Gritos, risas y sollozos llenaban el salón, mientras se reencontraban con sus familias y amigos.

Mientras Arabella los observaba, con el corazón henchido, vio a Camille dirigirse hacia la plataforma. Sus ojos estaban fijos en un hombre alto y fuerte, que aún permanecía allí. A sus pies se sentaba una niña pequeña. La expresión en el rostro de Camille era de un anhelo tan profundo, tan desnudo, que Arabella temió por ella; temió que no lograra obtener aquello por lo que había luchado tanto tiempo.

Entonces, la niña se movió. Balbuceó y rio. El hombre se agachó, la levantó y la estrechó contra su pecho, tras besarla en la cabeza. A continuación, bajó del estrado, con ella en brazos, hacia su madre.

Las manos de Camille cubrieron su boca.

Cuando el hombre tocó el suelo, ella gritó de alegría —una alegría salvaje, feroz—, y corrió hacia su familia.

Su esposo la envolvió en sus brazos, con la pequeña entre ambos.

Todas las figuras del reloj habían bajado ya, salvo dos.

Los padres de Arabella —el duque y la duquesa— seguían en la plataforma. Orgullosos. Inmóviles.

Arabella caminó hacia ellos, con una mezcla de ira, tristeza y amor en el rostro.

Al llegar, se detuvo, insegura.

La vieja Arabella habría esperado, fría y altiva, a que ellos se acercaran.

Y sus padres habrían esperado, igual de fríos, igual de altivos, a que ella diera el primer paso.

Pero la vieja Arabella había desaparecido.

La nueva tomó sus faldas con ambas manos, subió al estrado, inclinó la cabeza ante su madre y su padre, y luego se irguió. Más alta, más recta que nunca. Y entonces, abrió sus brazos.

Su simple acto de bondad hizo lo que los actos de bondad hacen: derribó resistencias, disolvió la ira y desarmó la crueldad.

El rostro de la duquesa se quebró.

—Oh, mi querida y adorada niña. Yo creí… —Su voz se rompió—. Creí que hacía lo mejor para ti. ¿Podrás perdonarme algún día?

—Ya lo he hecho, madre —dijo Arabella—. Con todo mi corazón.

—Empezaremos de nuevo, Arabella. Las cosas serán distintas —indicó el duque—. Tendrás lo que te guste: tus libros y tus herramientas. Te encontraremos un marido que dé espacio a los intereses de su esposa.

El corazón de Arabella se hundió al escucharlo, pero su voz fue suave.

—Papá, voy a marcharme. No puedo quedarme. Tú quieres que encaje en tu mundo, y yo quiero cambiarlo.

El duque pareció herido.

—No —dijo, negando con la cabeza—. Debes quedarte, Arabella. No puedo perderte otra vez, hija mía… Mi única hija.

Arabella tomó su mano entre las suyas.

—No puedo volver a perderme a mí misma.

Las lágrimas asomaron en los ojos del duque. Sacudió la cabeza,

impotente.

—Soy viejo, Arabella. Esto es difícil.

—Lo sé, papá. Lo sé.

Los tres permanecieron juntos, tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos. Tratando de tender puentes sobre los años y los silencios que los separaban.

Y Beau, que había estado observando a Arabella, se giró. Se sintió como un intruso. Miró a su alrededor: a todas las personas en el gran salón, abrazándose, besándose, llorando. Separados durante un siglo, y ahora reunidos.

Gustave abrazaba a Lucile.

Josette lloraba.

Percival y Phillipe estaban frente a frente, inmóviles, con las palmas unidas, los dedos entrelazados y lágrimas cayendo por sus mejillas.

Josephine cojeó hacia ellos y la recibieron en su abrazo.

La felicidad era tan grande que Beau podía sentirla, pero también estaba el dolor. El peso de los años perdidos, de todo lo que habían sufrido. El tiempo se había detenido dentro del castillo, pero fuera de él, el mundo había seguido. Había tanto que habían perdido, tantas personas que ya no estaban. Y, tarde o temprano, eso los alcanzaría.

Ahí de pie, apartado de ellos y su duelo, Beau estaba solo.

O eso creía.

Una mano pequeña y cálida se agarró a la suya.

Miró hacia abajo y vio a la radiante niña.

Amor le devolvía la mirada.

—Tiene mucho con lo que lidiar, después de un siglo y todo lo sucedido —le comentó—, pero volverá a besarte, si eso es lo que te preocupa. Y bastante pronto, diría yo, si nos guiamos por el último beso. Quiero decir… —Sacudió la mano libre como si se hubiera quemado—. ¡Vaya intensidad!

—¿Te *importa*? —dijo Beau, incómodo.

—¿Amigos? —preguntó ella, apretándole la mano.

Beau le lanzó una sonrisa resignada.

—Eres una persona con la que es difícil ser amiga.
—Lo sé. Pero vale la pena. Entonces…, ¿amigos?
Beau asintió y le devolvió el apretón.
—Sí, pequeña. Amigos.

NOVENTA Y UNO

El relojero alzó la vista hacia su obra. Las manecillas se habían detenido y, sin embargo, el tiempo seguía avanzando para Arabella. Para Beau. Para todas las personas a su alrededor.

Por ahora.

Volvería a encontrarlos algún día, cuando el puñado de horas y minutos que componían sus vidas humanas finalmente se agotara. Era su tarea y su destino, y nada podía cambiarlo.

Había muchos tipos de muerte, la mayoría difíciles y desgarradoras, pero las que más le dolían —porque tenía corazón, por mucho que algunos dijeran lo contrario— eran las de los mortales que morían mucho antes de que él fuera a por ellos. Aquellos que habían aprendido más sobre el miedo y la ira, que sobre el amor.

Cruzó la pista mecánica del reloj, donde hasta hacía solo unos momentos las figuras habían estado de pie. Solo quedaban los accesorios. Sus dedos rozaron un tablero de ajedrez, un espejo, el respaldo de una silla. Se detuvo un instante para mirar hacia atrás: al ladrón, a la valiente panadera, a las tres pequeñas, y a Arabella.

Esperaba que encontrara el camino de regreso a la vida —una vida elegida por ella, y no una impuesta—. Y esperaba, de todo corazón, que antes de volver a encontrarse, eligiera ser —cada segundo, de cada día que le quedara—, sin disculpas, quién era: una

constructora de puentes, una arquitecta de ideas, una mujer que veía, no lo que *era*, sino lo que *podía ser*.

El relojero sonrió.

Caminó entre las altas columnas doradas de su obra maestra, atravesó las puertas del reloj… y desapareció.

Cuando las puertas se cerraron tras él, el enorme reloj dorado suspiró y se estremeció, como una criatura viva exhalando su último aliento, y su superficie dorada se apagó.

Las manecillas de las horas y los minutos giraron hacia atrás, y luego cayeron al suelo.

Una red de grietas se abrió sobre la esfera y se extendió por toda la superficie del reloj. Se oyó un retumbar, como el de una avalancha que se avecina. Creció hasta convertirse en un rugido y, entonces, el reloj dorado se desmoronó. Los números cayeron de la esfera. Las columnas se desplomaron, y varios fragmentos de la fachada golpearon el suelo y se hicieron pedazos.

Mientras todos en el gran salón observaban, los restos —engranajes, ruedas, martillos y campanas— colapsaron hasta convertirse en un fino y brillante polvo.

Una ráfaga de viento invernal abrió una ventana. Entró con fuerza, levantó el polvo del suelo y lo arrastró fuera, hacia la noche oscura y estrellada.

NOVENTA Y DOS

Un año después

El hermoso carruaje cruzó el nuevo puente de piedra del castillo. Dentro iban tres hombres. Encima, tres niñas.

—Esto es peligroso, ¿no te parece? —preguntó Fe.

—¡Para nada! —gritó Esperanza.

—¡Estaremos bien! —vociferó Amor.

—Vamos a morir todos —suspiró Fe.

Mientras el carruaje aceleraba, Amor se tumbó boca abajo y asomó la cabeza por el costado para ver mejor a los pasajeros. Le encantaban sus bromas, sus burlas cariñosas y su amistad.

Percival hablaba.

—¿Por qué vas a ir al pueblo esta mañana? —le preguntó a Beau.

—A robar un banco —bromeó este.

—No me sorprendería —respondió Percival—. Aún no puedo creer que el duque te haya nombrado su canciller del tesoro. Es como poner al zorro a cuidar el gallinero.

—Así es —admitió Beau—. El duque es un hombre astuto. Piénsalo: ¿quién sabe mejor cómo entrar al gallinero que el zorro? Entonces, ¿quién mejor para mantener fuera a los demás zorros que uno reformado?

—Tiene razón —dijo Valmont—. No puedes negarlo, viejo amigo. Desde que asumió el puesto, ha hecho el tesoro impenetrable, ha

erradicado la corrupción y ha encontrado nuevas formas de financiar las obras del reino. Son logros notables, en mi opinión.

—Una vez ladrón, siempre ladrón, si quieres la mía —gruñó Percival.

Beau se encogió de hombros.

—Uno tiene que mantener los dedos ágiles —indicó, alzando el reloj de bolsillo dorado de Percival y haciéndolo oscilar como un péndulo.

Percival, frunciendo el ceño, se lo arrebató.

Amor se incorporó y dejó que sus manos cortaran el viento como si fueran alas.

El carruaje avanzaba entre el bosque, camino del pueblo. Los hombres tenían asuntos que atender: Percival, con el importador de vinos del duque; Valmont, con el joyero de la duquesa, y Beau, con el nuevo ministro de obras públicas del reino.

—En un día como este, parece que ni siquiera los mortales pueden llenar el mundo de problemas —dijo Amor, sonriendo al sol.

—Los mortales *siempre* pueden llenar el mundo de problemas. Es su mayor talento —respondió Fe.

—¡Mirad! —dijo Esperanza, señalando hacia delante, donde el pueblo ya se veía a lo lejos.

—*¡Paradisium!* —exclamó Amor, al pasar bajo el nuevo cartel de la ciudad.

Un año atrás, Ville des Bois-Perdus era un lugar gris, con calles llenas de baches y edificios en ruinas. Ahora, las calles estaban lisas. Una fuente nueva burbujeaba en la plaza y se habían plantado árboles a su alrededor. El mercado tenía techo nuevo. Los ancianos se sentaban en los bancos a conversar. Los niños corrían y jugaban bajo el sol, y pronto asistirían a una escuela recién construida.

El hermoso pueblo que hacía un siglo había sido bordado en hilo de plata cobraba vida.

El carruaje se detuvo primero en un almacén para dejar a Percival, luego en la joyería de Valmont, y finalmente en una obra de construcción a la que iba Beau.

Las tres hermanas saltaron en la última parada y se alejaron, perdiéndose por una calle sinuosa. Su labor en el castillo había terminado; ahora eran necesarias en otro sitio. En el pueblo acababa de abrirse un hospital, y la gente que llegaba allí —sus cuerpos heridos o enfermos, sus mentes llenas de miedo o tristeza— necesitaba a las niñas.

Beau bajó del carruaje con una cesta en la mano, antes incluso de que se detuviera por completo.

Se quedó junto a la obra un momento, buscando con la mirada y, de pronto, se le iluminaron los ojos, como siempre lo hacían cuando veía a su esposa.

«Los buenos arquitectos construyen edificios, —pensó—. Los grandes construyen sueños».

Ella estaba de pie ante una mesa plegable de madera, revisando los planos de la nueva escuela, junto a su maestro de obras. Llevaba el cabello recogido en un moño bajo. Su atuendo era práctico: falda de sarga marrón, blusa blanca sencilla, chaleco *beige* y botas negras.

Matteo estaba a su lado, entregándole los planos adecuados, y buscando el cuaderno correcto. Aún estaba demasiado delgado para el gusto de Beau, pero tenía color en las mejillas y ya no tosía.

Arabella no había perdido el tiempo y los había ayudado a reunirse.

Apenas unas horas después de romperse la maldición, cuando amaneció lo suficiente para ver, comenzaron a reconstruir el puente, con la ayuda de los sirvientes liberados.

Una semana después, lo cruzaron con prisa, rumbo al pueblo, donde Arabella compró caballos, monturas y provisiones. Luego, partieron hacia Barcelona.

Beau no quería que ella fuera; discutieron, pero no hubo manera de convencerla.

Enfrentaron lobos y tormentas, y escaparon por poco de los bandidos, pero, tras una semana de duro viaje, llegaron al convento.

Beau temía que fuera demasiado tarde. Tanto, que ni siquiera

pudo llamar a la puerta; tuvo que hacerlo Arabella.

Pero la puerta se abrió, y sor María Teresa los recibió.

Momentos después, Beau estaba sentado en la cama de su hermano pequeño, abrazándolo.

Arabella envió a buscar a los mejores médicos de la ciudad. Mandó traer la comida más fina —lujos que las monjas jamás habrían podido costear—, suficiente para alimentarlas a todas, e hizo entregar cargas de leña para calentar el convento.

Tras tres meses, Matti se había recuperado lo suficiente para viajar al castillo de Arabella, donde el aire limpio de la montaña terminó de devolverle la salud.

Beau estaba profundamente agradecido por su nueva vida, aunque había algo que seguía inquietándolo: el anillo de esmeralda aún cosido dentro de su vieja chaqueta. Así que, una mañana, unas semanas después de su boda, cabalgó antes del amanecer hasta la mansión del mercader.

Las luces estaban apagadas y no había ningún sirviente despierto.

Bajó del caballo en silencio, se acercó a la puerta principal y dejó una pequeña caja en el umbral. Dentro estaba el anillo, envuelto en un papel con solo una palabra escrita: *Perdóname*.

Al alejarse, echó una última mirada a la mansión, al lugar donde había montado sobre Amar, su caballo, para huir hacia la perdición.

Había un camino diferente a esa senda.

Ahora lo sabía.

Arabella también.

En los días difíciles —y aún había muchos—, ella pensaba demasiado en el tiempo perdido. Pensaba en los familiares, en los amigos y sirvientes ya muertos, y enterrados. En la cabaña de Percival y Phillipe en el bosque, ahora reducida a ruinas. Y entonces, las lágrimas hacían acto de presencia. Cuando eso pasaba, Beau tomaba su mano con ternura y la guiaba hasta el espejo. A veces tardaba mucho en ser capaz de sostener su propia mirada y decir las mismas dos palabras: Perdóname.

Pero no importaba.

Él se quedaba con ella, abrazándola, todo el tiempo que hiciera falta.

Arabella estaba reconstruyendo un pueblo y, poco a poco, su vida, mientras ella y Beau construían la suya juntos.

Mientras Beau cruzaba la obra, vio a Matteo enrollar un plano y correr para entregarlo a un carpintero. Entonces, como si Arabella sintiera su mirada, se giró, y sus labios, su rostro, su ser entero, se iluminaron con una sonrisa.

Para él.

Beau señaló un viejo roble y se reunieron allí, extendiendo una manta bajo las ramas protectoras del árbol.

El joven colocó la cesta en el centro y ambos se sentaron. Se inclinó sobre ella para besarla y, al hacerlo, tiró del delgado trozo de grafito que había utilizado para sujetar su moño, solo para observar cómo su cabello caía sobre sus hombros.

—Una vez ladrón, siempre ladrón —dijo Arabella riendo, mientras lo recuperaba.

—Eso mismo ha dicho Percival —respondió Beau.

—Tiene razón.

—Tal vez —acordó Beau—. Pero tú eres una ladrona aún mayor, mi querida Bells.

—¿Yo? ¿Y qué he robado?

—Mi corazón. Y prométeme una cosa…

Arabella arqueó una ceja, curiosa.

Beau la besó de nuevo y luego le susurró al oído:

—Que nunca me lo devolverás.

EPÍLOGO

Aunque esta historia haya terminado, no hablaremos de finales.
Los finales rara vez son felices. Solo pregúntale a un sepulturero.
En cambio, hablaremos de comienzos.
Desordenados, difíciles y dolorosos comienzos.
Alguien escribió un mal inicio para ti.
Y ahora quiere escribir el resto.
Quiere terminarlo. Quiere terminarte.
No lo permitas.
Toma la pluma. Exígela.
Arrebátala, si es necesario.
Pero sostenía en tu propia mano.
Y entonces, desde hoy en adelante,
este día de *nunca, más*,
con todo lo que tengas
—tus agallas, tu mente, tu corazón que estalla y retumba—
respira hondo,
y escribe tu propia historia.

AGRADECIMIENTOS

Una vez más, gracias a mi talentosa editora, Mallory Kass, por hacer de *Belleza feroz* una historia mejor, y por hacer de mí una mejor escritora. Te aprecio más de lo que las palabras pueden expresar.

Gracias también a Peter Warwick, Iole Lucchese, Ellie Berger, David Levithan, Lori Benton, Erin Berger, Rachel Feld, Daisy Glasgow, Lizette Serrano, Emily Heddleson, Jalen García-Hall, Melissa Schirmer, Jessica White, Seale Ballenger, Amanda Trautmann, Maeve Norton, Elizabeth Parisi, Paul Gagne, John Pels, al equipo de Scholastic Audio, Elizabeth Whiting, y al resto del equipo de ventas de Scholastic.

Un enorme y sincero agradecimiento a mi agente, Steve Malk, cuya duradera amistad y sabio consejo significan el mundo para mí, y a mis agentes de derechos internacionales, Cecilia de la Campa y Alessandra Birch, por todo el trabajo que realizan en mi nombre.

Y, por último, gracias a mi maravillosa familia —Doug, Daisy y Wilfriede—, por ser mis primeros lectores. Vuestra amabilidad, aliento, generosidad y amor me mantienen fuera del castillo.



JENNIFER DONNELLY (Port Chester, Nueva York, Estados Unidos; 1963). Hija de emigrantes Irlandeses, se graduó en Historia Europea y Literatura Inglesa, licenciándose en esta última en la Universidad de Rochester en Nueva York. Vivió en Londres algún tiempo y estudió en al Bikbeck College. Antes de dedicarse a la escritura, trabajó como distribuidora de antigüedades y periodista.

Es autora de libros históricos de ficción, desarrollados en la Inglaterra del siglo XIX.